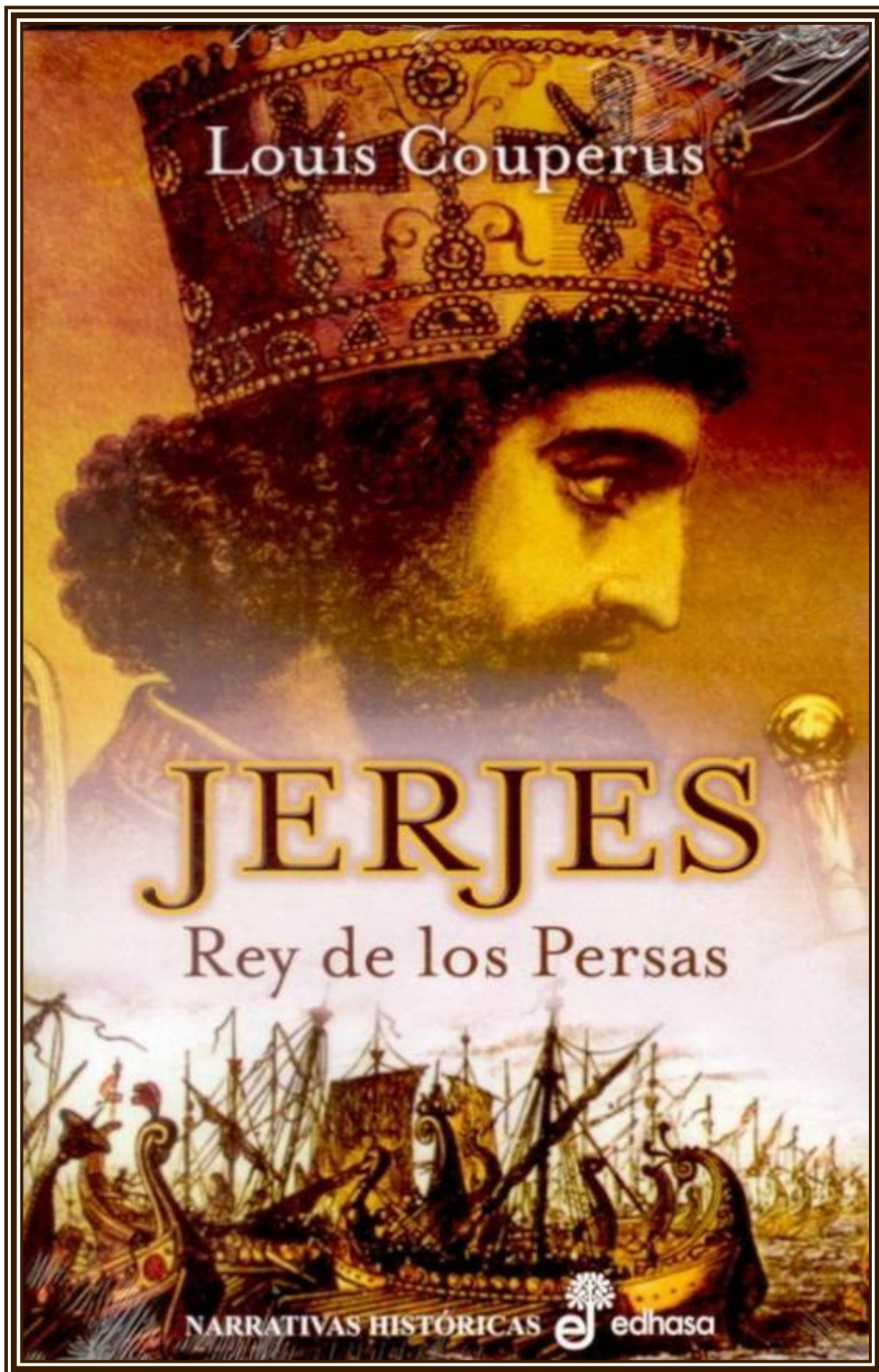


Louis Couperus



Jerjes, rey de los persas



~1~

www.FreeLibros.me



LOUIS COUPERUS

JERJES
REY DE LOS
PERSAS



Índice

| | |
|---|----|
| RESUMEN..... | 5 |
| ALGUNAS FECHAS QUE EL LECTOR PROBABLEMENTE HAYA OLVIDADO Y QUE HARÍA BIEN EN RECORDAR: | 7 |
| I..... | 8 |
| II..... | 14 |
| III..... | 16 |
| IV..... | 20 |
| V..... | 24 |
| VI..... | 27 |
| VII..... | 38 |
| VIII..... | 41 |
| IX..... | 44 |
| X..... | 47 |
| XI..... | 50 |
| XII..... | 55 |
| XIII..... | 63 |
| XIV..... | 67 |
| XV..... | 70 |
| XVI..... | 72 |
| XVII..... | 74 |
| XVIII..... | 76 |
| XIX..... | 78 |
| XX..... | 80 |
| XXI..... | 82 |
| XXII..... | 84 |
| XXIII..... | 87 |
| XXIV..... | 88 |
| XXV..... | 90 |
| XXVI..... | 92 |
| XXVII..... | 95 |
| XXVIII..... | 97 |



| | |
|---------------|-----|
| XXIX..... | 101 |
| XXX..... | 103 |
| XXXI..... | 105 |
| XXXII | 107 |
| XXXIII..... | 111 |
| XXXIV | 114 |
| XXXV | 116 |
| XXXVI..... | 118 |
| XXXVII..... | 119 |
| XXXVIII | 121 |
| XXXIX..... | 130 |
| XL..... | 135 |
| XLI..... | 140 |
| XLII | 144 |
| XLIII..... | 147 |
| XLIV..... | 149 |
| XLV | 153 |
| XLVI..... | 161 |
| XLVII | 163 |
| XLVIII..... | 167 |
| XLIX..... | 169 |
| L | 172 |
| LI..... | 175 |
| LII..... | 178 |
| LIII..... | 181 |
| LIV | 183 |
| LV..... | 186 |
| LVI | 188 |
| LVII..... | 193 |



RESUMEN

El Imperio persa bajo el mando del rey Jerjes (486-465 a. C.) cobra vida en esta soberbia novela de Louis Couperus, quien pone de manifiesto, junto a un excepcional conocimiento de la historia antigua, una extraordinaria sensibilidad narrativa.

Autoproclamado rey de reyes, Jerjes se nos revela aquí como un hombre arrogante y ambicioso, cuya megalomanía llevó a los persas a una guerra contra los griegos que no aportó a su pueblo sino calamidades como nunca antes se habían visto.

El evocador retrato que Couperus hace de la vida en la antigua Persia, en un momento en que la decadencia reina en la corte de Jerjes, así como sus vívidos relatos de las expediciones militares y las batallas navales hacen de esta novela una de las obras más inspiradas y estremecedoras jamás escritas sobre el mundo antiguo. Pero, sobre todo, denuncia, de un modo sugerente, con ironía y sarcasmo, la soberbia, vanidad y quiméricas ilusiones de un hombre enigmático como Jerjes.



DE LOS ANALES DE LA HISTORIA IRÓNICA
(ADAPTACIÓN LIBRE DE HERÓDOTO)



ALGUNAS FECHAS QUE EL LECTOR PROBABLEMENTE HAYA OLVIDADO Y QUE HARÍA BIEN EN RECORDAR:

500-494 a.C. La causa desencadenante: la revuelta de los griegos iónicos abanderada por Aristágoras de Mileto.

494 El futuro emergente: nacimiento de Pericles.

492 Advertencia del destino: durante la primera campaña de los persas contra Grecia, la flota persa naufraga frente a las costas del monte Atos.

490 Primer golpe de la fatalidad: Datis y Artafernes, al mando de la segunda expedición del ejército persa contra Grecia, son derrotados por Milcíades en Maratón.

480 Segundo golpe del destino: en la tercera expedición de los persas contra los griegos, después de la gesta de las Termopilas, la flota persa es aniquilada en la batalla naval de Salamina.

479 Tercer golpe del destino y quiebra de la soberbia: la batalla de Platea, destrucción total del ejército persa.

478 Compasión y reparación estética: primera representación en Atenas de *Los persas* de Esquilo.



I

En la Apadana, el gran salón de audiencia del palacio de Susa, Jerjes se dirigió a su asamblea de nobles con estas palabras:

—Persas, no es mi intención ofender a los dioses. Lo que yo quiero es conquistar el mundo.

Y con el cetro trazó un elegante gesto para reafirmar sus honestas intenciones y su lealtad hacia los hombres y los dioses.

Jerjes, Rey de reyes, ocupaba su elevado trono sostenido por dos leones de oro de fiera expresión. Otros seis leones de oro, con idéntica expresión, flanqueaban ambos lados de las anchas gradas del trono. Jerjes se hallaba en la plenitud de su juventud viril. Su mirada iluminó la Apadana mientras se dirigía con una afable sonrisa a sus nobles (como para hacerles comprender que eso de «conquistar el mundo» era una aspiración perfectamente legítima para el Rey de reyes, esto es, el rey de los persas). Los nobles, apiñados entre las columnas, a cierta distancia unas de otras, ocupaban el salón hasta el fondo. Muchos de ellos, los de inferior condición, no alcanzaban a oír las palabras de Jerjes. Pero eso poco importaba, dado que ellos siempre estaban de acuerdo con los nobles de más alto rango que sí alcanzaban a entender las palabras que el rey pronunciaba con su voz sonora.

Caía la tarde y el sol (que a juicio de los sacerdotes es el ojo de Ormuzd) penetraba el salón del trono a través de las numerosas ventanas cuadradas trazando oblicuas franjas de polvo luminiscente. Dos toros arrodillados, de mármol gris, coronaban las estilizadas columnas con sus capiteles en cáliz rematados con dobles volutas grises. Las columnas eran casi demasiado altas para lo finas que eran. Los toros sostenían las vigas de cedro, decoradas en oro, del techo. En lo alto se distinguía una sombra azulada... Pero las franjas oblicuas de luz solar enfocaban al monarca iluminándolo por la espalda y los costados. Los ingenuos se imaginarían fácilmente a los genios divinos descendiendo por esos senderos de polvareda dorada para posarse alrededor de Jerjes; o se imaginarían al rey, al concluir su discurso, ascendiendo al cielo por esos mismos senderos, al encuentro de Ormuzd, como si ello fuera tan plausible como su aspiración de conquistar el mundo.



Jerjes era un hombre de complexión fuerte. Con su porte altivo a la par que afable, sonriendo complaciente en su trono de leones de fiera expresión y ataviado con su túnica tejida por las mismísimas reinas de Persia, el rey causaba impresión, incluso a los nobles que se encontraban a mayor distancia de él. Los tirabuzones que asomaban por debajo de su tiara enmarcaban su rostro ambarino. Eran unos tirabuzones regulares y negros, igual que los de su barba negra de reflejos azules. Jerjes reanudó su discurso desplegando todos sus encantos:

—Acabamos de conquistar Egipto. Egipto nos pertenece.

Su afirmación era cierta y sus nobles lo sabían: el rey acababa de conquistar Egipto. Egipto había sido sometido a Persia y las tropas de Jerjes habían regresado durante esos meses a sus ciudades de procedencia.

—Desde que Ciro depuso a Astiages y conquistamos el imperio de los medos, no hemos parado, ni mis antepasados ni yo...

Jerjes sonrió mirando a su alrededor mientras un suave zumbido de abejas atravesaba el salón del trono.

—Que Dios nos guíe —exclamó Jerjes en tono solemne, y, a modo de aclaración, añadió—: El dios de los persas...

Y es que cada nación poseía su propio dios, mejor dicho, sus propios dioses. Jerjes pretendía dejar claro que era el dios de los persas quien había asistido a su pueblo en su afán de conquistar el mundo y que gracias a él habían estado a punto de alcanzarlo.

El Rey de reyes continuó su discurso, muy inspirado:

—Sabéis muy bien que Ciro, Cambises y mi memorable padre Darío anexionaron numerosas provincias a nuestro reino. Mi obligación es estar a la altura de ellos y perpetuar la tradición de mi dinastía. Mi obligación es conquistar un reino, más aún: un reino que no tenga nada que envidiar a los que sometimos en el pasado. Al mismo tiempo, deseo vengar el asedio que hemos sufrido los persas. Comprenderéis ahora a lo que voy: quiero tender un puente sobre el Helesponto para invadir Grecia con mis (ropas. Los atenienses agraviaron a mi memorable padre y a Persia. Por esta razón me he propuesto sojuzgar a Atenas. Además, no olvidemos que los atenienses fueron los instigadores. Conducidos por Aristágoras de Mileto, que era un esclavo nuestro, pues Mileto nos pertenece, llegaron a Sardes, profanaron sus altiplanos sagrados y prendieron luego a sus bosques. Los atenienses nos llaman bárbaros. Pero los bárbaros son ellos. Cuando Datis y Artafernes marcharon contra Grecia con nuestras tropas... Bueno, de Maratón prefiero no hablar. Ignoramos todavía la verdad histórica acerca de lo que sucedió en Maratón. Retornando a mi punto de partida: cuanto más pienso en la conquista de Grecia, más me seduce ese sencillo plan. Pelops



fundó el Peloponeso, aunque en realidad era un esclavo nuestro, de los persas, dado que era frigio y Frigia nos pertenece. En realidad nos pertenece el mundo entero. Quiero que Persia no posea más fronteras que el cielo. El sol no se pondrá en mi reino. A propósito, los magos han anunciado el advenimiento de un reino en el que el sol no se pondrá jamás: se refieren a Persia, por supuesto. Yo quiero conquistar Europa entera y ser el Rey de reyes del mundo. Una vez sometamos a los griegos, no habrá ciudad ni pueblo que se nos resista. Culpables o no, sojuzgaremos a todas las naciones. Vosotros, sátrapas míos, me complaceréis si ejecutáis mis designios. Movilizado a todos los soldados en vuestras satrapías. Quien me aporte las tropas mejor pertrechadas, recibirá de mi regia mano el don máspreciado. Así lo ordeno. Ahora bien, para que no penséis que todo lo decido yo solo, os ruego, oh, nobles míos, que deliberéis acerca de mi propuesta y que no os abstengáis de transmitirme vuestros valiosos pareceres.

Jerjes miró a su alrededor con expresión afable, satisfecho de su habilidad y de sus palabras recién pronunciadas. Él sabía cómo tratar a sus nobles. Estaba convencido de que si se mostraba así de benévolo y de humilde al pedir consejo a sus sátrapas, éstos no le aconsejarían sino lo que él deseaba oír. Y paseando su mirada por el salón con una sonrisa falsa, rodeado por la polvareda dorada de los senderos de sol, como si acabara de descender del cielo por ellos, Jerjes advirtió que en el fondo del inmenso salón del trono los nobles que estaban a mayor distancia alzaban la cabeza ahuecando la mano detrás de la oreja para atrapar la última palabra del rey, ya desvanecida. Pero a él le daba igual que no le oyeran. Al fin y al cabo, esos nobles eran de rango inferior y estaban lejos de su trono y de su gloria, arrinconados por los grandes. Bajo su túnica de oro que relumbraba al sol, Jerjes se encogió de hombros, imperceptiblemente...

Entonces, Mardonio, hasta ese momento sentado a su lado en una banqueta de patas de león, se puso en pie. Mardonio era su cuñado. Su nombre, como los de muchos persas, era de origen griego. Pues si Jerjes¹ era y es un nombre persa, Mardonio era y es un nombre típicamente griego.

Mardonio era un militar joven y entusiasta, esposo de Artazostra, hermana de Jerjes. Había luchado ya anteriormente contra los griegos. Estuvo en Macedonia al mando de numerosas huestes, pero su flota fue aniquilada frente a las costas del monte Atos. Trescientos navíos, más de veinte mil hombres... Los naufragos habían sido devorados por fieras marinas. Ni con todo su ardor guerrero, su ejército y su flota habían logrado vencer a los griegos ni dominar la tormenta, las circunstancias y el destino. Aquel episodio le había quedado para siempre grabado en la memoria. En los momentos de intimidad, mientras bebían en una orgía, Mardonio había ido

¹ Jerjes — guerrero; Artajerjes — gran guerrero.



persuadiendo a su cuñado, el Rey de reyes, de que formulara las palabras que acababa de pronunciar. Mardonio, a quien su ardor guerrero perjudicaba a veces, era más militar que diplomático. Estaba deseando que su cuñado, el Rey de reyes, exhortara a los nobles persas a marchar de nuevo contra Grecia. Así que Mardonio exclamó con ese fervor inherente a su persona:

—¡Oh, gran déspota! ¡Vos sois el más noble de los persas que ha existido y existirá jamás!

Su fervor era sincero. Carecía de intención irónica. Ni tan siquiera conocía la ironía. Mardonio poseía el alma de un guerrero y de un entusiasta, un alma noble. Pero él no era consciente de su alma noble y sólo veía la grandeza de Persia y del rey, de modo que continuó con ardor:

—¡Señor, no podéis consentir que los jonios de Europa, ese pueblo inferior y execrable, continúen despreciándonos! ¿Acaso no hemos derrotado a los sacas, iodios, etíopes, asirios y otros muchos pueblos que nunca nos agraviaron? ¿Cómo no íbamos entonces a atacar a los griegos que profanaron nuestros altiplanos sagrados en Sardes y osaron incendiar nuestros bosques sagrados? ¿Y qué tenemos que temer nosotros? ¿El número de sus huestes? ¿Sus riquezas? Nuestros ejércitos serán más fuertes y nuestros tesoros más valiosos. Y, además, ellos están tan locos que se empeñan en luchar en campo abierto. ¡Nuestros ejércitos, más poderosos, los derrotarán en campo abierto! Eso si se atreven, porque en Macedonia les faltó el valor de enfrentarse conmigo cuando me presenté con las tropas persas. Señor, en la guerra, además de ser los más valientes somos también los mejores estrategas.

Un murmullo de adhesión cruzó el gran salón del trono como el zumbido de una multitud de abejas. Era un murmullo forzado, nacido de la costumbre en la corte persa de adherirse, por prudencia, a las palabras del orador. En realidad, los persas no deseaban la guerra, pues no habían olvidado lo sucedido en Maratón, pese a que Jerjes asegurara que se desconocía aún la verdad histórica acerca de ese episodio.

Así, pues, se alegraron sobremanera cuando el viejo Artabano, hijo de Histaspes y tío de Jerjes, se levantó de una segunda banqueta de patas de león y dijo:

—Soberano, si queréis saber qué oro es el puro, comparad vuestro oro con otro. Reflexionad acerca del punto de vista que vos y Mardonio defendéis y comparadlo con el mío. ¿Acaso no intenté yo disuadir a mi hermano Darío, a vuestro padre, de atacar a ciegas a los escitas? Pero él no siguió mis consejos y perdió a sus ejércitos en Escitia. Vos queréis tender un puente sobre el Helesponto para cruzar Europa con vuestras huestes, pero imaginaos que los enemigos derrotan nuestra flota y destruyen vuestro puente sobre el Helesponto, ¿cómo regresarán entonces las tropas a casa? ¡Oh, gran rey, tened prudencia! Los más grandes son quienes mayor peligro corren. El rayo alcanza torres y elefantes; las hormigas, en cambio, avanzan



tranquilamente bajo la tormenta. Y vos, Mardonio, haríais bien en no seguir calumniando a los griegos. ¡Jamás merecieron vuestro desprecio! Mejor será que os acordéis de todo cuanto habéis olvidado o interpretado a vuestra manera. Así no correréis peligro ni causaréis la desgracia de los persas, ni caeréis vos mismo en tierra ática o lacedemonia para acabar siendo presa de buitres y de perros.

Sus palabras, cargadas de la sabiduría que confiere la edad madura, no gustaron ni a Jerjes ni a Mardonio. Sin embargo, en el salón volvió a sonar el murmullo de adhesión de los prohombres, como era costumbre al concluir una asamblea o un discurso. Dado que nunca sabían qué decisión tomaría el rey, siempre le daban la razón, por prudencia y cortesía.

Pero Jerjes, furioso, se puso en pie y espetó a su tío:

—¡Sois un cobarde! ¡Una mujer vieja, eso es lo que sois! Voy a dejaros aquí con las mujeres. ¡Yo soy hijo de Darío y descendiente de Histaspes, Arsames, Ciro, Cambises, Aquemenes! No voy a ser menos que ellos. Lo único que yo quiero es conquistar el mundo. ¡Quiero la guerra! ¡Mi decisión es la guerra!

Los nobles escucharon a Jerjes con inquietud. El zumbido de abejas de adhesión atravesó de nuevo el salón del trono. El tío Artabano volvió a tomar asiento en su banqueta con la cabeza inclinada y expresión sombría. Mardonio, sin embargo, tenía la mirada animada, como la de un joven león, y Jerjes se volvió de espaldas al salón, mostrando el oro de su túnica, en señal de que el parlamento había concluido.

Jerjes no se deslizó por los rayos de sol oblicuos hacia el palacio de Ormuzd, el dios del sol. Simplemente, se retiró a sus aposentos, satisfecho de que sus nobles hubiesen decidido emprender la marcha contra Grecia y algo menos satisfecho con Artabano. Al abandonar el salón del trono, la multitud de príncipes, sátrapas y nobles se dispersó. En el salón, ya más vacío, cuyas cien columnas con sus capiteles de toros dobles sostenían las vigas de cedro del techo, se veía ahora mejor el brillo del trono y de sus leones.

Y a medida que el salón se vaciaba, esos mismos leones, los leones regios, símbolo de la fuerza y del poder supremo, se tornaban cada vez más visibles, representados como estaban en la cenefa de ladrillos esmaltados que circundaba el inconmensurable salón del trono: leones ebúrneos de melena verde y azul con el lomo firme y musculoso, leones de fauces abiertas, doradas y redondas, con la cola erguida y serpenteante.

Una vez el salón se hubo vaciado del todo, por una verja dorada asomó Atosa, madre de Jerjes, una mujer de avanzada edad, muy corta de vista y envuelta toda ella en velos violetas. Se dirigió a las otras tres reinas viudas de Darío que la acompañaban, a ella, la favorita, y dijo:



—Ah, ya tengo mi guerrita asegurada. Yo lo que quiero son esclavas atenienses y dóricas. Son las mejores...



II

Una vez que Jerjes se encontró a solas, la noche, el silencio y la soledad le hicieron ver las cosas de forma muy distinta de cuando estaba en el salón mirando sonriente a sus sátrapas desde el trono. Frunciendo el entrecejo, se sentó en el borde de su lecho, que se alzaba sobre patas de león de oro como si fuera otro trono, aunque éste para dormir, y apoyando la barbilla en la palma de la mano se sumió en sus pensamientos. De repente todo le pareció muy complicado. Organizar una expedición contra los griegos... Tender un puente sobre el Helesponto... Y se acordó de las eternas tormentas que azotaban las costas que rodean el promontorio Atos y que ya una vez devastaron una flota... Apretó los puños conteniendo su rabia hacia el dios del viento, que no le era favorable. Resolvió entonces no emprender la guerra contra los griegos. Un cambio de opinión repentino pero muy humano. En prendas de dormir y en el silencio de sus aposentos, es comprensible que un rey de reyes adopte decisiones muy distintas a las que adopta ataviado con su atuendo de ceremonia entre la pompa de su realeza. Con todo, estaba disgustado con las circunstancias y con todo el mundo, consigo mismo, con su madre, con Mardonio. Se arrojó en la cama y dio la espalda a su aposento. Y se durmió, pues en aquella época todavía no padecía de insomnio. Y mientras dormía, tuvo un sueño. Los sueños son deidades. Deidades menores pero deidades al fin. Las hay buenas y malas, y la mayoría de las veces, es Zeus —a quien rinden culto tanto los persas como los griegos, cada cual a su manera— quien envía los sueños buenos a los dioses, a los héroes y a los mortales. ¿Quién envió aquel sueño a Jerjes? ¿Zeus o Ahriman? La historia no lo refiere. Sólo dice que el sueño se presentó a Jerjes en forma de guerrero alado, grande y apuesto, y que éste interrogó al rey:

—¿Cómo, Jerjes? ¿Se os ocurre de repente renunciar a la guerra después de haber ordenado a los sátrapas movilizar las tropas? ¿De dónde os viene esa inseguridad? Yo os advierto: ¡no os echéis atrás, emprended la guerra!

Jerjes se despertó sobresaltado y muy alterado. ¿Guerra? No, él no quería ninguna guerra. Maldijo la insensata visión y volvió a dar la espalda a su aposento. Y se durmió. Y a la mañana siguiente convocó de nuevo a sus sátrapas. Algunos ya estaban de camino hacia sus satrapías en busca de sus soldados, y, alcanzados por



raudos mensajeros que les trasladaron la orden del rey, regresaron con sus carros, caballos y séquitos... Entraron en el salón del trono justo en el momento en que Jerjes exponía su cambio de planes. En un discurso muy formal, el rey habló de la prudencia que en adelante pensaba poner en práctica. Los sátrapas que acababan de regresar no comprendieron en un principio lo que decía el rey. Ni siquiera lograron oír bien sus palabras: ahuecaban la mano detrás de la oreja intentando captar así las elocuentes palabras de Jerjes acerca de la prudencia... Lo que sí alcanzaron a oír es que Jerjes presentaba sus excusas. Y lo hizo con sentimiento, con la intención de aumentar el efectismo de su oratoria. Presentó sus excusas a su tío Artabano. Por haberle insultado el día anterior llamándole mujer vieja. No había sido su intención ofenderle, se disculpó Jerjes. Y se extendió sobre los diferentes significados que la expresión «mujer vieja» tenía en persa. El tío Artabano se emocionó. Se le humedecieron los ojos. Desde su banqueta hizo un gesto de súplica a su sobrino emperador para que no continuara disculpándose, que no, que no... Jerjes, con un giro oratorio muy acertado, resolvió:

—Así pues, revoco mi orden. No quiero entrar en guerra con los griegos. ¡Regresen todos a sus ciudades y queden en paz, señores!

El rey les dio la espalda y todos se postraron en el suelo, en señal de alegría y de respeto.



III

El único que no estaba contento era Mardonio. Era un hombre muy enérgico y necesitaba acción. Se aburría en la corte de Susa y deseaba la guerra contra Grecia. Atosa deseaba lo mismo que él: una pequeña guerra contra Grecia que le aportara esclavas dóricas y atenienses. De modo que esa noche Mardonio fingió un dolor de cabeza y no se presentó al banquete de Estado. Discutió sobre ello acaloradamente con su esposa, Artazostra, hermana de Jerjes. Ella logró sacarle de quicio y él quiso ofenderla diciéndole que su nombre era malsonante.

—¡Artazostra! —le espetó con desprecio.

No dispuesta a tolerar semejante ofensa, Artazostra reaccionó diciéndole que su nombre, Mardonio, era demasiado griego para un persa. ¡Su mujer le reprochaba su propio nombre! Mardonio, furioso, contestó que él no era el único príncipe de nombre griego. Lloraba de rabia. Al ver llorar a su esposo, Artazostra rompió también en sollozos y lo abrazó. Entonces él la abrazó a ella y le concedió permiso para acudir sola al banquete oficial. Jerjes, junto con la reina Amestris, ocupaba esta vez un trono diseñado para comer y se mostró muy extrañado cuando Artazostra excusó a Mardonio. «Le duele la cabeza», dijo ella. Jerjes no se lo creyó...

Aquella noche, mientras dormía, Jerjes volvió a tener la misma visión:

—Hijo de Darío —advirtió el sueño—. Escuchad lo que os sucederá si no seguís mi consejo y declaráis la guerra a los griegos. Os encogeréis y os reduciréis hasta tal extremo que...

Y Jerjes vio cómo el sueño señalaba irónicamente con la mano la altura, a escasa distancia del suelo, que alcanzaría después de encogerse.

Jerjes se despertó aterrado. El sudor le resbalaba por las sienes.

—¡Tío! —gritó—. ¡Tío Artabano!

De un aposento contiguo acudió de inmediato la reina, Amestris. De otro, Atosa, la madre.

—¡Quiero que venga mi tío! —gritó Jerjes nervioso.



De otros aposentos acudieron, entre guardias y sirvientas, Artazostra y Mardonio.

—¡Quiero que venga el tío Artabano! —insistió Jerjes. Y se arrojó a los brazos de su tío. Artabano se lo llevó a su aposento.

—¡Tío! —exclamó Jerjes—, ¡He vuelto a tener la misma visión! ¡Por segunda vez! El sueño me ha vaticinado que me haré así de pequeño si no declaro la guerra a Grecia. Y con la mano señaló su futura altura a escasa distancia del suelo.

El tío Artabano se espantó. Esa altura, transmitida en un sueño, era un símbolo. El símbolo de la futura caída del imperio persa. ¿Qué hacer?

—¡Tío! —susurró Jerjes, y temblando arrimó su barba de un negro azulado a la barba gris de su tío—. ¡Escuchad! Pero hablemos en voz baja, no vaya a ser que el sueño nos escuche. Hay que poner a prueba al sueño, tantearle. Quiero saber quién me envía esa visión, si Zeus, Ormuzd o Ahriman. Y por ello quiero que os disfracéis mañana por la noche, primero con mi atuendo de ceremonia y a continuación con mis prendas de dormir, y que os acostéis en mi lecho. Si el sueño vuelve a presentarse y os ordena lo mismo que a mí, es que ha sido enviado por los dioses. ¡Entonces sabré cómo actuar!

El tío Artabano se excusó. Dijo que él no se juzgaba digno de vestirse con el atavío de su sobrino ni de acostarse en su lecho real. Pero Jerjes insistió, magnánimo. El tío aceptó murmurando.

Había que evitar levantar las sospechas del sueño. De modo que, en el mayor de los secretos, la noche siguiente, después de la cena, Jerjes y el tío Artabano se retiraron con disimulo, el último para vestirse con el atuendo de ceremonia del primero. A continuación, Jerjes dejó a su tío solo y éste entró en los aposentos de Jerjes y se quitó la ropa como si fuera el rey. Y se acostó en el lecho como si fuera el rey.

Y, en efecto, mientras dormía se le presentó el sueño... Pero el sueño se había percatado de que el durmiente no era Jerjes.

—¡Artabano! —dijo el sueño—. ¿Por qué impedisteis a Jerjes emprender la guerra contra Grecia?

Artabano se levantó aterrado. Y se fue corriendo hacia Jerjes. Mientras se intercambiaban las prendas de dormir, exclamó:

—Oh, Señor, sobrino mío, ¡han sido los dioses grandes quienes nos han enviado el sueño! No tengo la menor duda. Yo os desaconsejé la guerra, porque me acordaba de Ciro, vencido por los masagetas, y de Cambises, vencido por los etíopes, y de vuestro memorable padre Darío, vencido por los escitas. Y por ello creí que nos convenía mantener la paz y no desafiar al destino. Pero ahora creo que es mejor desafiar al destino. ¡Ordenad a vuestros sátrapas movilizar sus tropas! ¡Empreded la guerra!



—¡Que el dios de los persas nos guíe! —exclamó Jerjes.

Aquella noche el rey tuvo otro sueño. Y al día siguiente, Jerjes reparó en la preocupación de los magos cuando los vio cruzando en fila, con el semblante muy serio, el extenso pórtico de columnas del palacio camino de su sala de juntas. Comprendió por qué. Los magos estaban inquietos porque el Rey de reyes nos les había consultado acerca del significado de los sueños, ni del primero ni del segundo ni del sueño de Artabano. Los magos fingían no ver al rey.

Entonces Jerjes, en tono afable, les llamó:

—¡Magos!

Todos se dieron la vuelta al mismo tiempo. Sus gorros de punta semejaban cuernos. Sus barbas negras lucían unos tirabuzones regulares. Parecían tener todos la misma edad, y todos poseían el mismo porte digno, la misma altura, la misma sabiduría. Impresionaba la gran semejanza que había entre ellos.

—¡Magos! —sonrió Jerjes—. Decidme. ¿Qué significado tiene mi sueño de esta noche?

Y les contó el sueño. Un tallo de olivo le coronaba la cabeza. Sus ramas se extendieron por toda la tierra. Y luego... la corona desapareció.

Los magos (eran tres veces nueve), sin tan siquiera cruzar una mirada, gritaron al unísono:

—¡La conquista del mundo!

La potencia de sus voces sobresaltó a Jerjes. Las veintisiete voces parecían una sola voz.

Mientras Jerjes se reponía de la impresión, los magos volvieron sus cabezas con los gorros de punta y prosiguieron su camino hacia la sala de juntas. La sala era oscura, pues estaba rodeada por los edificios del palacio. Por eso los magos no alcanzaron a verse las caras ni la expresión de inquietud tras las barbas ensortijadas. Se adentraron en la sala oscura en silencio, con gesto de preocupación.

En la sala, vasta como una noche oscura, no había ni una sola imagen ni tampoco un altar. Los persas no erigían altares ni imágenes a sus dioses, ni tan siquiera poseían un templo accesible al pueblo. Sin embargo, en cuanto los magos penetraban en su oscuro santuario, se encendía, como por arte de magia, una luz misteriosa.

Fue en aquel momento cuando los magos pudieron verse las caras de preocupación. Atemorizados se postraron en el suelo ante el gran ojo redondo de Ormuzd, que estaba en el fondo del santuario.

Y todos exclamaron al unísono:



—¡Tened compasión de Persia, oh, Dios!



IV

Los persas consideraban a los griegos unos bárbaros y los griegos opinaban lo mismo de los persas. Es más, para los griegos todo aquel que no era griego era bárbaro, con mayúscula. Puede que llevaran razón ambos o ninguno de los dos. Comoquiera que fuera, los griegos constituían un pueblo joven, poderoso y floreciente, y los persas, al cabo de tres generaciones, ya tenían una gran civilización. Probablemente por ello jamás se toleraron los unos a los otros. Los griegos no soportaban ni los modales ni la religión ni las costumbres de los persas; y éstos no soportaban las de los griegos. La amistad era imposible. Por si fuera poco, Jerjes despreciaba a los griegos. También los magos despreciaban a los griegos. Los consideraban un pueblo inferior y los criticaban por sus templos llenos de ídolos accesibles al pueblo. Los magos ofrecían sacrificios a Zeus, es cierto, pero lo hacían en las cimas de las montañas más altas, entre rayos y truenos, dirigiéndose al sol, la luna, la tierra, el fuego, el agua y los vientos. El dios favorito de los persas era Mitra, femenino y masculino en uno, dios y diosa, poder creador y receptor, accesible a toda la humanidad.

Desde que Ciro ocupara todas las tierras de Asia —hacia de ello aproximadamente un siglo—, los persas dominaban un gran número de naciones. Con Ciro, Persia había sido joven y poderosa, tal como lo era Grecia en aquel momento. Después de que los reyes persas sometieran a un gran número de naciones, se formó la gran civilización persa. Es lo que suele ocurrir: las naciones nacen, florecen y decaen. Pero Jerjes no lo veía de este modo, ni tan siquiera era consciente de su gran civilización. Él odiaba a los griegos, y, alentado por sus sueños, resolvió declararles la guerra.

Jerjes se preparó durante cuatro años. Se movilizaron tropas de las naciones sometidas por todo el vasto imperio y se *hizo* acopio de provisiones. Así y todo, había dos cuestiones que preocupaban a Jerjes: el Helesponto y el monte Atos. Jerjes, que ya había decidido tender un puente de barcas sobre el Helesponto, resolvió que mandaría excavar un canal en el monte Atos. De este modo, su flota alcanzaría las aguas griegas por un canal seguro y se evitaría el riesgo de que volviera a ser aniquilada frente al promontorio por intervención de los dioses griegos del viento, sus enemigos acérrimos.



Durante aquellos primeros meses de preparativos bélicos, en todas las plazas y calles de las ciudades persas, en especial en Susa y Sardes, los persas se agolpaban frente a unos enormes rótulos en los que se leía, en una elegante escritura cuneiforme, una copia del mensaje del rey dirigido al monte Atos: «¡Divino Atos! Vos que alcanzáis con vuestra cima las nubes, no me aflijáis más, a mí, Rey de reyes. No cortéis el paso a mis ingenieros y esclavos con impertinentes bloques de roca, pues de lo contrario ordenaré que os derriben y os arrojen al mar reducidos a escombros».

El correo real trasladó el mensaje del rey al monte Atos. El texto fue grabado en una de las paredes de roca para que el monte no pudiera objetar jamás que no lo había recibido. Del puerto de Eleunte, ciudad del Quersoneso, partieron tropas en trirremes con el objetivo de horadar el monte Atos. Ese famoso monte es un inmenso promontorio sagrado que se adentra en el mar con majestuosidad, como una nave de Titanes hecha de piedra y roca. En sus cauces y valles se agazapan ciudades y aldeas. El istmo de veinte estadios une el promontorio con la tierra firme. El istmo es un valle y en ese valle se encuentra la ciudad de Sana.

Decenas de miles de soldados arribaron a Sana y asaltaron la pequeña y pacífica ciudad. Al mando de la expedición estaban Bubares y Artaquees. Decenas de miles de soldados eran adiestrados con el látigo, como exigía la disciplina persa. Artaquees, el aqueménido, era un hombre de gran complexión, lo cual, para un militar, es siempre un buen atributo. Los persas admiraban la corpulencia, lo colosal. Artaquees medía cinco codos de rey menos cuatro pulgadas, lo que constituye un poco más de siete pies. Tenía una voz imponente. Cuando la alzaba, se estremecían sus oficiales, sus mecánicos y hasta sus suboficiales, quienes, a voz en grito también ellos, cruzaban con el látigo la espalda de los soldados. A pesar del griterío, la obra avanzaba a buen ritmo. A cada una de las naciones persas que formaban parte del imperio se le asignó la tarea de excavar un tramo del Atos. La organización era buena. Cada nación midió, por medio de cordeles y cabos, la parte que le correspondía. Partieron desde la ciudad de Sana. Mientras restallaban los látigos, los soldados de los ingenieros persas horadaban y excavaban. El monte Atos se partía en dos, de manera lenta pero constante. Pretendían partirlo por el medio, de un mar al otro, con el objeto de castigar a los dioses griegos del viento, que revoloteaban constantemente sobre su cima, por haber hundido la flota de Mardonio unos años atrás. Las fieras marinas que por aquel entonces habían devorado a los marineros naufragos asomaban su cabeza entre el oleaje para ver lo que sucedía. Observaban la construcción del canal con perplejidad, sospechando que si éste realmente llegaba a atravesar el Atos, se acabarían las presas persas. Los persas, por prudencia, ofrecían cada mañana sacrificios a los vientos malignos y a las fieras marinas, incluso mientras avanzaba la obra del canal. Éste era cada vez más profundo. Bajo los pies de los picadores y cavadores brotaba ya el agua a borbotones. Éstos cargaban los



bloques de roca y los entregaban a los que estaban encima de ellos en unas gradas. Los bloques de roca iban amontonándose gracias a las manos de decenas de miles de hombres, que, subidos a las gradas sujetas a la roca con una junta de hierro, se pasaban las piedras de mano en mano. Los látigos restallaban cortando el aire. La piedra de roca, sometida a tortura, gemía y chirriaba. Picos y martillos fustigaban la roca con la música brutal que emite el hierro sobre la piedra entre los paredones ya inclinados del canal. Los cestos repletos de escombros y arena sujetos a unos sistemas de cables se acumulaban infinitamente. En la cima del monte, los bloques de piedra, los escombros y la arena eran arrojados a diestra y siniestra. Los leones que se ocultaban en las cuevas —por aquel entonces aún había leones en Europa— salían huyendo o se arrojaban al mar, aterrados. Las fieras marinas los devoraban. Y el Atos se abrió por la mitad y los mensajeros anunciaron a Jerjes, que se disponía a trasladarse de Susa a Sardes, que el Atos se estaba partiendo. El rey envió a Artaquees y Bubares collares y brazaletes, las insignias de los persas. Entretanto, cuando los picos y martillos picaban y martilleaban en exceso bajo el chasquido de los látigos, se desmoronaban los paredones del canal. Y los bloques de roca se precipitaban hacia abajo derribando las gradas e hiriendo a los afanosos esclavos. Entre maldiciones y azotes, los hombres recogían los escombros, reconstruían de nuevo las gradas y seguían pasándose los bloques de roca de mano en mano. Artaquees, el gigante, montado sobre un caballo enorme, recorría la cima rocosa del monte supervisando la obra: sus poderosos brazos lucían los numerosos brazaletes que el rey le había regalado.

Los buitres sobrevolaban la obra buscando los cuerpos de los hombres que habían sido sepultados. A éstos los subían hasta la cima por las gradas, junto con los bloques de roca, y a continuación los arrojaban monte abajo con la arena y los escombros. De noche, cuando la luna se deslizaba entre las nubes y la obra estaba parada, las aves carroñeras se posaban sobre los cuerpos como larvas voladoras. Y así era cómo se deshacían de los cadáveres conforme al rito persa. Durante el día apenas se notaban los olores pestilentes. Los fenicios, muy ingeniosos en todo, demostraron también su habilidad para este trabajo. Abrieron una boca doble en el tramo que se les había asignado, y, con el fin de evitar hundimientos, fueron estrechando el canal por abajo.

Bubares, que estaba al mando de una sección de las tropas de ingenieros, era un hombre de talante sarcástico. Iba a caballo junto a la gigantesca figura de Artaquees, también a caballo, y sonreía y se encogía de hombros mientras observaba la ardua labor de los soldados bajo los látigos de los suboficiales. Inclínándose hacia Artaquees, le susurró al oído:

—Esta obra es un despropósito... La tripulación de nuestra flota podría cargar los barcos y cruzar con ellos el istmo, lo que haría innecesario el canal.

Artaquees, con cara de pocos amigos, frunció el ceño y le contestó:



—Es mejor un canal... Será tan ancho que podrán pasar por él dos trirremes a la vez.

—Sí, sí, un canal es mejor, desde luego —admitió Bubares al instante.

Y es que, cada vez que hablaban de algo, Bubares enseguida le daba la razón a Artaquees. Sólo que su sonrisa se tornaba más picara.

Artaquees no se percataba de su sonrisa picara. Movía sus poderosos brazos y sus brazaletes tintineaban con fuerza. Bubares se subió los brazaletes un poco para mitigar el sonido y calculó que una vez que el canal estuviera listo él sería lo suficientemente rico como para...



V

Entretanto, Jerjes se dirigía de Capadocia a Sardes con unas cuantas tropas. ¿Quién fue el sátrapa que recibió de su mano el obsequio más bello por tener las tropas mejor pertrechadas? La historia no lo refiere y lo más probable es que no haya nada que referir. Jerjes llegó a la ciudad de Celenas, en Frigia. Las tropas acamparon a las afueras y Jerjes se adentró en la ciudad para visitar los lugares de interés. En la plaza del mercado se inclinó sobre la gran alberca de mármol de la que brotan las fuentes del Catarractes, el río que desagua en el famoso Meandros. Y una vez visto el manantial —que no le pareció digno de interés, salvo por el hecho de que brotase en una plaza de mercado—, fue a visitar el templo de Apolo. Ahí se conservaba el odre confeccionado con la piel de Marsias, el sileno desollado por desafiar a Apolo en un concurso de canto y flauta. La verdad es que Apolo no actuó con justicia cuando mandó desollar al sileno, pues Marsias, hijo de Hiagnis, quien había inventado la flauta en Celea, tocaba mejor el instrumento de su padre que el propio dios, quien consideraba la flauta inferior a la lira. A Jerjes el odre le pareció tan insignificante como el manantial del Catarractes, de modo que sentenció:

—Esta ciudad de Celenas no tiene el menor interés.

Miró a su alrededor, desalentado. Era pleno día y no tenía nada que hacer. El palacio en el que se había instalado desde hacía unos días era un edificio viejo en ruinas que los arquitectos y decoradores persas apenas habían logrado hacer habitable. El lugar había sido elegido por ser el más espacioso para albergar al séquito del rey. Justo cuando Jerjes se disponía a preguntar a los oficiales que le acompañaban si no había nada más que ver en ese agujero, vio acercarse por la plaza una cabalgata: camellos, acémilas, una silla de manos...

—¿Quién viene por ahí? —preguntó Jerjes sorprendido.

Los ciudadanos de Celenas que le rodeaban susurraron con respeto el nombre al oído de los oficiales de Jerjes... Y los oficiales dijeron a Jerjes:

—Gran déspota, es Pitio el lidio, el hombre más rico del mundo después de vos y de Darío, vuestro padre. ¡El fue quien entregó a vuestro padre el plátano y la vid de oro que están en vuestro palacio de Susa!



Jerjes sintió una gran curiosidad. Pitio se acercó al Rey de reyes avanzando entre su nutrida comitiva. Hizo una profunda reverencia, rozando con la cabeza el suelo, las manos y brazos extendidos. Y todos los otros hombres que estaban delante de Jerjes en la plaza de Celenas se postraron en el suelo, las manos y los brazos extendidos.

Tras intercambiarse los saludos de rigor, Jerjes preguntó a Pitios a cuánto ascendía su hacienda. La historia se refiere a ello como una indiscreción por parte del rey, pero hay que tener en cuenta que en aquellos tiempos regían otros modales, también en la corte. En la pregunta de Jerjes no había sino interés sincero.

Así se lo tomó Pitio e incluso se alegró de que el rey le hubiera formulado esa pregunta, pues ésta le llevaba adonde él mismo quería llegar. Y le respondió:

—Oh, Rey de reyes, no os ocultaré la información ni fingiré no tener conocimiento de mi fortuna. Os diré exactamente hasta cuánto asciende mi patrimonio, pues acabo de hacer un recuento. En cuanto supe que acudiríais al mar de Grecia, hice un cálculo de mis caudales con el propósito de apoyaros en la guerra. Hallé que tenía dos mil talentos en plata y en oro cuatro millones, menos siete millares, de estateres, que nosotros llamamos dáricos. Os ofrezco mi fortuna como fondos para la guerra, oh, déspota.

Jerjes se sintió halagado y complacido.

—¿Y vos? —preguntó Jerjes—. ¿De qué viviréis, oh, Pitio?

—Yo poseo mis propiedades y mis esclavos —replicó Pitio con modestia.

Y no mencionó los ocho mil talentos de plata y los veinte millones de estateres de oro que guardaba enterrados bajo el suelo de mosaico de sus palacios y residencias.

Jerjes sonrió afable mostrándose jovial y simpático.

—Desde que partí de Persia —dijo Jerjes esbozando una sonrisa radiante tras su barba negra— no he hallado hasta hoy ningún hombre tan noble, generoso y amante de su patria como vos. Recibid a cambio, oh, Pitio, mi agradecimiento y amistad de rey...

Jerjes abrió los brazos, estrechó en ellos a Pitio y le besó en la boca. Éste era el más grande honor que un persa podía conceder a otro persa. Por un instante, la barba negra y la barba gris se rozaron en demostración de afecto.

Y Jerjes añadió, magnánimo:

—Para que no falte ni un solo dárico de los cuatro millones que vos queréis entregarme y que no poseéis, yo mismo, oh, Pitio, completaré de mi mano regia los siete mil que faltan.



Un murmullo de adhesión salió de las barbas y las bocas afeitadas.

—Gozad sin cuidado de vuestras otras propiedades, Pitio —continuó Jerjes afable—. Y procurad ser siempre tal como sois, pues nunca os arrepentiréis, ni ahora ni en el futuro. ¿Compartís mi mesa real?

Pitio aceptó la invitación agradecido... No hizo alusión alguna al hecho de que era él quien ofrecía el banquete real al que Jerjes le acababa de invitar. Ni que había hospedado a su ejército extramuros de la ciudad. Al lado del rey, Pitio hizo su entrada en el palacio improvisadamente decorado y le pareció innecesario recordar al monarca que había sido él quien había ofrecido a los intendentes reales las valiosas tapicerías, los lechos dorados y la vajilla de oro.

Fue un día agradable, y la noche más agradable aún.



VI

Las mujeres de la familia real permanecieron en Susa. Ellas y las sirvientas se quedaron en el palacio real, una inmensa ciudadela llena de patios, pórticos, jardines, salas y terrazas. Había un gran número de sirvientas. Servían a la reina, Amestris; a las cuatro reinas viudas de Darío, el memorable padre de Jerjes, y a las princesas más jóvenes. Había millares de sirvientas y esclavas. El jefe de los eunucos conocía el número exacto, pero la historia no lo consigna.

Era primavera. De los jardines llegaba, mezclado con el aroma dulce y sensual de las conservas de jalea, el perfume de rosas, de rosas persas, rosas grandes. La fragancia de decenas de miles de rosas penetraba en la gran sala abierta de múltiples columnas, donde se entretenía la reina Amestris en compañía de las cuatro reinas viudas y de las princesas. Estaban todas sentadas en círculo, en unos divanes cuadrados. La reina Amestris y sus esclavas tejían. Entre los dos extremos del telar estaban tendidos los hilos brillantes de la túnica que Amestris tejía para Jerjes. Frente a la reina estaba la reina viuda de más edad, Atosa. Entre las mujeres que la rodeaban se percibía un respeto casi temeroso hacia ella, sobre todo cuando paseaba su mirada por la estancia femenina con los ojos entornados, como espiando. Tenía sesenta años y una reina viuda persa de sesenta años es una anciana. Atosa era hija de Ciro: sólo ya por esa condición merecía el máximo respeto. Ella había vivido el período del florecimiento del imperio persa, hecho que generaba también un respeto histórico. Atosa había tenido como esposos a tres reyes persas y había vivido todo cuanto había sucedido en el palacio de Susa desde hacía más de medio siglo. Su vida era digna de respeto pero también infundía temor. Conocía todas las intrigas, asesinatos y secretos de la corte. Tal como estaba ahí sentada en su diván frente a la reina Amestris, con sus viejas manos cargadas de anillos de amatista descansando inmóviles sobre el regazo y los ojos orientales entornados y flanqueados por unos velos violetas, daba la impresión de que espiaba para seguir descubriendo más secretos por temor a perderse los chismes más recientes... Su primer esposo había sido Cambises, su propio hermano, con quien había contraído matrimonio en cumplimiento de la ley de la casa real que prescribía que el rey concediera a su hermana el rango de reina. Y cuando Cambises falleció, entonces... se casó con el falso Esmerdis conforme a la costumbre que obliga al rey vencedor a contraer



matrimonio con todas las esposas de sus predecesores. Aquella fue una época interesante para las mujeres de la corte: la época del falso Esmerdis, el sacerdote mago que se había hecho pasar por el hermano de Cambises, el Esmerdis que Cambises había ordenado asesinar. Y cuando Darío y los otros, los siete persas, desenmascararon al impostor, Atosa se convirtió en esposa del último vencedor, Darío. Y ahora era ella la reina madre, la madre de Jerjes, Rey de reyes... Y espiaba a su alrededor o en el círculo de las mujeres de la familia real tratando de descubrir alguna intriga que pudiera haberle pasado desapercibida debido a su edad.

Flotaba en el aire un murmullo infinito de voces femeninas, y, a espaldas de la reina que tejía, una esclava le cuchicheó a otra, mientras devanaban hilo de oro para la reina:

—Han vaticinado que Atosa...

—¿Cómo? —preguntó la otra.

—Que Atosa será devorada por el rey...

—¡Brrr! —se estremeció la esclava, y ambas soltaron una risita.

Pero Atosa había oído susurrar su nombre.

—¿Qué dice la bruja esa? —exclamó la reina, furiosa, con voz chillona.

—¿A quién se refiere vos, hija de Ciro, madre de Jerjes, reina madre? —inquirió Amestris mirando desde su telar a la anciana Atosa.

—Ahí, detrás de ti, esa muchacha sidonia. ¿Por qué se ríen esas dos?

—Por nada, reina madre —la calmó Amestris, y prosiguió su labor—. Son unas criaturas, se ríen por una mosca que les revolotea delante de la nariz.

—¡Venid aquí las dos! —ordenó Atosa.

Y agarró un látigo que tenía delante de sus rodillas encima del diván, un látigo con el mango de amatistas.

La muchacha sidonia y la otra empezaron a gimotear, pero Amestris les gritó:

—¡Daos prisa! ¡Rápido!

Las dos esclavas se arrastraron por el suelo de la sala en dirección al diván de Atosa.

—¡Bellacas, idiotas, gandulas! —les gritó Atosa mientras les propinaba unos latigazos.

Su vieja mano no dejaba de temblar. Apenas logró rozar a las esclavas con el látigo. Éstas, sin embargo, salieron huyendo entre chillidos y gimoteos, la una hacia



la izquierda y la otra hacia la derecha, moviéndose con la elegancia rítmica de un ballet, y se fueron a sentar detrás de la reina.

—Enrollad el hilo de seda púrpura —ordenó enojada Amestris.

Las esclavas volvieron a devanar un ovillo y a reírse, escudándose detrás de la reina y el telar.

En un diván a la izquierda de Atosa estaba sentada Artistona, y a la derecha, en otros dos divanes, Faidima y Parmis. Éstas eran las otras tres reinas viudas, las esposas de Darío, el memorable padre de Jerjes. Estaban rodeadas de sus esclavas y en aquel preciso momento entró un séquito de lavanderas portando un gran número de cestos con los velos y los pañuelos de las reinas y princesas. Al lado de Parmis se hallaba Artainta, la joven y bellísima hija de Masistes, el hermanastro del rey, y al lado de Artistona estaba Artazostra, la hermana de Jerjes —si bien no hija de Atosa—, esposa de Mardonio, primo de Jerjes.

Las mujeres que traían la colada ignoraban cuáles eran exactamente las relaciones de parentesco entre las reinas y princesas y el rey, sus hermanos y primos. Eran en verdad parentescos muy complejos y difíciles de recordar (dado que en la corte persa se casaban hermanos con hermanas, primos con primas y los hijos entre sí). Sólo los propios interesados lo sabían. Lo cierto es que nunca ningún persa se preocupó por esclarecer ese asunto, con lo que el autor de estos anales recomienda que nadie se tome la molestia de hacerlo.

Las esclavas depositaron un gran cesto frente al diván de Atosa. Ésta escudriñó su interior...

Sus esclavas sacaron con cuidado de la cesta los velos doblados y planchados y los contaron, mientras la mismísima Atosa repasaba en voz alta el listado de la colada:

—Siete velos violetas de lino egipcio ribeteados con pespunte en oro.

—Aquí están los velos, reina madre —señaló Bactra, la jefa de las esclavas, natural de Bactria.

—Tres veces siete —continuó Atosa.

Las esclavas trajeron los cestos para la reina y para las otras mujeres de la familia real y seleccionaron para sus amas los velos y pañuelos, mientras que éstas repasaban sentadas el listado de sus respectivas coladas...

—Hija de Ciro —dijo Artistona, sentada al lado de Atosa pero en su propio diván—, ¿Este pañuelo no está marcado con la «A» de la casa real?

Y le tendió un pañuelo a la reina madre.



Esta alargó la mano para coger el pañuelo. Numerosas esclavas alargaron la mano para facilitar el traslado del pañuelo de una mano real a otra, pero no fue necesario. Atosa ya tenía el pañuelo en sus manos y lo examinaba.

—En efecto, Artistona —dijo la reina con una mueca de rabia contenida—. Otro error...

E hizo restallar el látigo en el aire.

Las esclavas doblaron la espalda y se encogieron rítmicamente... Atosa depositó el látigo en el suelo, súbitamente calmada.

—Siete veces siete velos de linaza para la noche —leyó.

—Con tantas «A», no me extraña que se confundan las lavanderas, la verdad —dijo Artistona.

Artistona era amable y de talante apacible. Había sido una mujer bellísima y la favorita de Darío, la cuarta en rango. Darío la había desposado siendo aún virgen y le había hecho erigir una estatua de oro. Uno de sus hijos era Gobrias, el padre de Mardonio, y el otro, Arsames. Mardonio, el que había incitado a la guerra, era por tanto primo de Jerjes. Arsames era militar, al igual que Mardonio, y estaba al mando de los etíopes. Y Mardonio estaba casado con la hermana de Jerjes, Artazostra, quien estaba sentada en su diván al lado de Artistona, siendo pues la nieta política de ésta.

—Abuela reina —dijo Artazostra. Artistona parecía su verdadera abuela pese a ser su abuela política. Aunque no llegaba a los cuarenta años, ya no era joven: una reina viuda persa nunca es joven, y todas las reinas se parecían un poco—. Abuela, aquí hay tres pañuelos de púrpura de Tiro marcados con la «A» de su condición de abuela reina...

Artistona, quien fue la mujer favorita de Darío, tomó amorosamente en sus manos los pañuelos que le tendía su nieta. Las esclavas alargaron sus manos hacia los pañuelos, haciendo un vano gesto de ayuda.

—¿Quién ha cogido un velo mío con un sol bordado en el centro? —exclamó irritada la reina Amestris.

—¡Sagrado! —exclamaron al unísono las esclavas inclinándose en señal de respeto o postrándose en el suelo, pues la palabra «sol» era sagrada.

—¡Yo, tía Amestris soberana! —dijo la joven Artainta, y se levantó del diván para llevarle el velo del sol a la reina. Las esclavas la seguían, volando tras ella cual pajaritos.

—Mi única marca es el sol —exclamó Amestris.



—¡Sagrado! —volvieron a murmurar las esclavas como un zumbido de abejas entre el perfume de rosas.

—¡Más errores! —insistió Amestris—. Artainta, esos pañuelos están marcados con tu «A»...

—Sí, tía soberana —asintió Artainta tomando en sus manos el montoncito de pañuelos.

Amestris se la quedó mirando fijamente.

—Estás guapa, muchacha —dijo la reina con cierta acritud—, No conviene que te vuelvas demasiado guapa.

—No, tía soberana —se rio Artainta sin comprender el comentario—. Mi madre es más guapa que yo.

—¿Por qué no está aquí tu madre? —preguntó la reina.

—Está preparando mermelada de escaramujos, tía soberana.

—¡Ah! —se rio Amestris relamiéndose los labios.

Entretanto, Faidima y Parmis, las otras dos viudas de Darío, la segunda y tercera en rango, contaban tranquilamente sus pañuelos. En ellos no había ningún error: estaban marcados con la «P» y la «F».

Parmis era hija de Esmerdis, a quien su hermano Cambises había ordenado asesinar. Y Faidima, la hermana mayor de la reina Amestris, se había visto obligada a contraer matrimonio con el falso Esmerdis, al igual que Atosa, y no había nada que le gustara más que relatar la historia del falso Esmerdis, a pesar de que toda la corte se la sabía de memoria. Amestris, la reina, disfrutaba burlándose de Faidima para ganarse la estima de las mujeres de inferior rango y de las esclavas. Cansada de tejer, se detuvo unos instantes —la colada fue retirada— y con una vocecita dulce como la miel dijo:

—Mi queridísima hermana mayor, Faidima soberana, cuéntenos, os lo ruego: ¿qué sucedió exactamente? ¿Cómo se descubrió que el falso Esmerdis no era Esmerdis sino un mago pérfido? Os lo ruego, hija primogénita de mi padre Otanes, queridísima hermana, contádnoslo con detalle: ¿cómo sucedió?

Y, desde su diván, la reina Amestris hizo señas dirigidas a los pórticos exteriores, por donde pululaban centenares de sirvientas y de esclavas. Las mujeres tejían, hilaban, bordaban, preparaban la conserva de escaramujos. En cuanto se percataron de que la reina Amestris había conseguido una vez más que su hermana Faidima se dispusiera a relatar la archiconocida historia, acudieron de todos los lados. Se agolparon todas detrás del telar y alrededor de los divanes de Artazostra y Artainta, un hervidero de cabezas y cabecitas femeninas persas, bactrias y caspias; caras y



caritas pálidas como el ámbar o de color rosa de té; ojos negros y picaros bajo cejas perfiladas en negro; naricitas y boquitas burlonas que reían en silencio. E incluso las otras tres reinas viudas (Parmis, la hija del verdadero Esmerdis; Artistona, la esposa favorita de Darío, y Atosa, la que infundía respeto y temor) miraban divertidas y con disimulo a su compañera viuda, que se disponía a relatar la historia por enésima vez.

Faidima empezó:

—¿Acaso no os he contado ya la historia? Bueno, de acuerdo, lo haré con placer. Yo, hija de Otanes, fui una de las esposas de Cambises, junto con Atosa. ¿Verdad, hija de Ciro?

Atosa asintió con la cabeza, condescendiente. En el fondo, a ella también le divertía que Faidima volviera a caer en la trampa de relatar otra vez la historia. A pesar de que Faidima era sólo algo más joven que ella, que ya era anciana, la tenía por una verdadera ingenua. Atosa era todo menos ingenua. Había empezado a sentir que ya no era parte implicada en las nuevas intrigas palaciegas y eso era algo que no podía soportar. En el pasado sí que había participado en todas las intrigas. De modo que, a pesar de sí misma, se dispuso a escuchar a la hija de Ciro con sus ojos acechantes y su cara de malas pulgas.

—Cuando Ciro marchó contra Egipto... —empezó Faidima con voz monótona. Y se interrumpió a sí misma—: Estaba chiflado, medio loco... Estaba completamente ido, ¿verdad, hija de Ciro?

—Cierto que mi hermano no estuvo siempre en su sano juicio —murmuró Atosa, que a pesar de la broma volvía a evocar el pasado.

—Sí, no estaba muy bien de la cabeza —prosiguió Faidima—. En Menfis apuñaló e insultó a Apis, porque opinaba que un toro joven no podía ser un dios.

—Los dioses lo castigaron —masculló de forma apenas audible Parmis, la tercera reina viuda—. En ese mismo lugar donde atacó a Apis se le desenvainó la espada y ésta le causó una herida mortal en el muslo...

—Eso fue en Ecbatana —musitó Atosa—. El oráculo le había vaticinado que moriría en Ecbatana. El creía que se refería a la Ecbatana en Media, la ciudad de los siete muros donde había dejado sus tesoros. Estaba convencido de que moriría ahí al final de sus días... Pero murió en la Ecbatana siria.

Atosa hablaba entre dientes. Las mujeres arremolinadas detrás de Amestris y de su telar se divertían escuchando a Faidima, pero contenían la risa. Jamás osarían reírse de Atosa, tan siniestra ella con sus ojos acechantes.

—Así que —reanudó Faidima su relato— cuando Cambises marchó contra Egipto... El mago Patisithes, administrador de sus bienes, tuvo la ocurrencia de que



su hermano, llamado también Esmerdis, al igual que el padre de Parmis, hija de Esmerdis...

Y Faidima hizo un gesto con la cabeza en dirección al diván donde estaba sentada Parmis en actitud lacónica.

—Sí, mi padre Esmerdis fue asesinado por Prexaspes por orden de Cambises, porque éste había soñado que mi padre había ocupado su trono y que la cabeza le llegaba al cielo... —recordó Parmis.

—Sucedió aquí mismo —susurró Atosa—. Aquí, en la estancia femenina.

Y sus pensamientos retornaron al lejano pasado.

Faidima prosiguió su habitual relato:

—Entonces Patisithes pensó en su hermano, que por casualidad se llamaba también Esmerdis y guardaba un gran parecido con el hermano de Cambises...

Las sirvientas situadas detrás de Amestris, las esclavas detrás de las sirvientas y Amestris detrás del telar empezaron a reírse.

—Y se le ocurrió la idea de proclamar rey a su hermano, en lugar de a Cambises... Como Cambises estaba tan lejos... El hermano de Patisithes y el hermano de Cambises se llamaban ambos Esmerdis y, en efecto, guardaban un gran parecido físico. Sólo que éste último no tenía orejas, porque Ciro, vuestro gran padre, oh, Atosa, había ordenado cortárselas por una falta que cometió. No sabría decirnos qué falta, la verdad.

—Pobre Faidima —dijo Artazostra, sentada al otro lado de Atosa, a su nieta Artistona, quien había sido la mujer favorita de Darío— No recuerda nunca qué falta cometió... Amestris y las sirvientas no debieran burlarse tanto de ella.

Sin embargo, Artazostra y la joven Artaina cruzaron miradas cómplices, haciéndose señas con los ojos y la boca. Se lo pasaban en grande cada vez que Faidima contaba la historia.

—El falso Esmerdis nunca se dejó ver entre los nobles del país —prosiguió Faidima sin inmutarse—. No salía del palacio y eso desató las sospechas. Fue mi padre Otanes el primero en recelar...

Faidima guardó un instante silencio para probar la conserva de escaramujos que las esclavas habían servido a las reinas y a las princesas sobre grandes hojas redondas.

—Fue mi padre el primero en sospechar que ese hombre que se hacía llamar Esmerdis era un impostor —prosiguió Faidima saboreando los escaramujos—, Y entonces mi padre empezó a hacerme preguntas relativas a Esmerdis, con quien yo



compartía el lecho, siempre que fuera mi turno y no durmiera con vos, ¿verdad, Atosa?, o con las otras mujeres...

Atosa frunció el ceño de un modo siniestro. Le hubiera gustado dar a Faidima una respuesta cortante, por rabia y por los celos que aún sentía, pero en el fondo le divertía su relato, como a todas las demás. De modo que sonrió melosa mientras sus ojos acechantes atravesaban el telar intentando advertir si la reina Amestris y las otras mujeres hacían algo más que burlarse de Faidima...

—Pero yo nunca llegué a ver al verdadero Esmerdis, hermano de Cambises y vuestro padre, oh, Parmis...

—Sí, mi padre —replicó Parmis con rabia—. ¡Fue una vergüenza que Cambises lo asesinara!

—¡Psss! —dijo Atosa en tono autoritario— ¡Cambises era mi hermano y esposo! ¡No lo olvidéis, Parmis! ¡Os lo ruego!

Amestris terció:

—Continuad, querida Faidima. Anda, hermana mía. ¿Qué sucedió luego y qué os preguntó nuestro padre Otanes?

—Me pidió que deliberara con las otras mujeres, y también con vos, oh, Atosa. Pero yo no os veía nunca. El falso Esmerdis había separado a todas las mujeres en diferentes estancias.

A Atosa le vino a la memoria aquella época. Recordó que había vivido como una prisionera, ella, la hija de Ciro; ella, la hermana y esposa de Cambises; ella, a quien el falso Esmerdis había desposado tras la muerte de Cambises junto con el resto del harén. Recordó los mensajes secretos de Otanes, los ardides de éste y la imposibilidad de que las mujeres aisladas se comunicaran entre sí pese a las maquinaciones de las sirvientas y esclavas...

—Y, entonces... —dijo Faidima.

—Ahora, ahora... —se regocijó Amestris.

—Ahora, ahora... —se reían las mujeres detrás de ella.

—Entonces mi padre me ordenó mediante el emisario secreto que comprobara si Esmerdis tenía orejas, pues el verdadero Esmerdis sí las tenía pero el falso no. Ciro había mandado cortárselas, a saber por qué razón...

En los divanes se escucharon risitas y burlas.

—Fue muy arriesgado comprobar si Esmerdis tenía orejas —continuó Faidima imperturbable—, Pero yo lo hice para averiguar si Esmerdis era Esmerdis. Así que, una noche en que me tocaba compartir el lecho con él...



Todas las mujeres se apiñaron un poco más, como para no perderse ni una palabra de los labios de Faidima.

—... Esmerdis se durmió después de hacer el amor.

—¿Y entonces, oh, hermana?

—¿Y entonces, oh, Faidima?

—¿Qué pasó? ¿Qué sucedió entonces, reina Faidima? —exclamaron las concubinas, la reina...

—Entonces palpé...

Faidima palpó con las manos.

—Y entonces sentí..., sentí... que bajo su larga melena... Esmerdis no tenía orejas.

Estalló una carcajada general entre las mujeres. Pero ésta se extinguió en el acto.

—¿Qué sucede? —preguntó Faidima sorprendida.

—Nada, hermana mayor —dijo Amestris—. Una de las esclavas ha caído en la mermelada hirviendo.

—Esto es un escándalo —dijo Atosa, enojada por la carcajada demasiado sonora—. ¿Dónde está esa esclava, Amestris? Quiero verla ahora mismo.

Amestris dio enseguida la orden de buscarla.

—¡Traédmela aquí, rápido! —gritó Atosa.

No tardó más que unos segundos. Fuera, en el pórtico, las mujeres trajinaban con sus cosméticos, aceites y confituras. Un par de ellas volcó el contenido de una gran olla de cobre sobre una esclava a la que siempre hostigaban. Al sentir la papilla dulce y templada chorreándole sobre la cabeza y el cuerpo, la esclava chilló. Las otras mujeres la condujeron hacia dentro a empujones.

—¡Aquí está, reina madre! —exclamaron las mujeres, y empujaron delante de Atosa a la esclava, toda cubierta de papilla roja.

El látigo restalló en el aire. Las correas flagelaron a la muchacha.

—¿Querías estropear la mermelada? —gritó Atosa azotándola una y otra vez—. ¡Conducid a la cruz a esta imbécil!

Las mujeres arrastraron a la esclava, que se resistía y chillaba, hacia el otro lado de la sala.

Por entre los divanes de Amestris y Artazostra, apareció en el portal de la sala Ogoas, el jefe de los eunucos:



—¡Reinas de Persia! —anunció con voz chillona—. Han llegado mensajeros de Celene enviados por el Rey de reyes y los príncipes persas. ¡Ved aquí el correo!

Y señaló el cesto que portaban otros dos eunucos.

Era el correo real. Los eunucos avanzaron lentamente, como exigía el protocolo, y entregaron a Atosa y a Amestris grandes rollos de cartas y tablillas selladas en oro de parte de Jerjes y de Masistes (el segundo hijo de Atosa y tío de Amestris) y de parte de los numerosos primos, primos segundos y nietos, todos ellos comandantes del ejército persa. A Artisona le entregaron tablillas de cera de parte de sus nietos Mardonio y Arsames (este último general de las tropas etíopes) y a Parmis de parte de su hijo Ariomardes, quien comandaba a los moscos; a Artazostra, de parte de su esposo Mardonio; a Artainta, de parte de su padre Masistes. Su madre Artajija vino del pórtico donde se preparaba la conserva para ver qué cartas le habían llegado y también Faidima recibió una carta de su padre Otanes.

—¿No ha llegado ninguna carta de Otanes para mí, su hija a la vez que reina? —preguntó contrariada Amestris.

Los eunucos, que seleccionaban y entregaban las cartas avanzando a paso lento por el suelo de mosaico entre los divanes, se pusieron a buscar en la pila de cartas y hallaron la que Otanes dirigía a su hija, la reina.

Se armó un gran revuelo. Las reinas y princesas rompían los sellos y las sirvientas y esclavas se arremolinaban detrás de ellas, ansiosas de noticias. Atosa se dispuso a leer unas líneas de la carta de Jerjes entornando sus ojos miopes detrás de un berilio pulido, que usaba de monóculo. El otro ojo lo mantenía completamente cerrado:

—«Reina madre, hija de Ciro, esposa de mi memorable padre Darío —leyó Atosa en voz alta—. Estando a punto de tender el puente de barcas sobre el Helesponto con nuestras poderosas huestes, os hago saber que yo, vuestro hijo, Rey de reyes, estoy necesitado de concubinas y otras amantes de inferior rango, pues muy pocas mujeres nos han acompañado en la expedición.»—¡El rey me envía el mismo mensaje! —exclamó Amestris, la reina.

Entre el guirigay de voces que competían entre sí por llamar la atención, una cosa quedó clara: que todos los comandantes persas (hijos, hermanos, primos, tíos, nietos y primos segundos) se quejaban a la reina y a las cuatro reinas viudas de no haberse llevado suficientes concubinas y amantes para cruzar el Helesponto. Las cartas habían sido enviadas a las mujeres por pura diplomacia. Jerjes había enviado el mensaje no sólo a Amestris. Masistes se lo había enviado a Artajija, Ariomardes a Parmis. Todos los hombres habían enviado cartas a sus madres y esposas con idéntico mensaje. Y es que, si antes de que partieran de Sardes y cruzaran el Helesponto hubieran dado la orden de proporcionarles concubinas y amantes sólo al eunuco jefe, habría estallado con toda seguridad una revuelta femenina y una guerra



entre reinas y princesas. Por el contrario, informando de la situación a todas las mujeres y dejando a ellas la selección de las concubinas y amantes entre las miles de residentes en el palacio de Susa, lograban que las mujeres de la familia real se sintieran halagadas y desarmadas. Así y todo, Artajija, la bellísima madre de Artainta, con la punta de la nariz manchada de mermelada roja, cuya dulzura había probado mientras preparaba la confitura, no pudo menos que exclamar:

—¡Mi Masistes nunca tiene suficientes amantes! ¡Oh, Artainta, hija mía, qué padre tan insaciable te ha dado el sol!

—¡Sagrado! —reaccionaron las mujeres a coro.

—¡Y vaya hombre me ha tocado a mí! Hija, vete a preparar confitura. ¿Qué es eso de estar tirada en el diván sin ayudar a tu madre con la jalea de rosas?

Y echó a Artainta del diván para ocupar su lugar. Artainta, a pesar del mohín que hizo, era lindísima. Se retiró al pórtico con cara de enfado. Un vaho dulce de perfume de rosas invadió la estancia.

Amestris ordenó retirar el telar.

—¡Reina madre! —le dijo a Atosa con respeto—. ¿Os parece bien que deliberemos acerca de qué concubinas y amantes vamos a enviar a Sardes a nuestros esposos, hijos y primos?

—Llamad a Ogoas y que se presente ante nosotras.

La reina hizo señas a Ogoas para que acudiera.

El eunuco jefe hizo a su vez señas a otros catorce eunucos que tenía detrás de sí, su séquito habitual, para que comparecieran ante las mujeres.

Atosa y Amestris ordenaron abandonar la estancia a todas las sirvientas y esclavas.

Pero éstas se quedaron espiando y escuchando detrás de las columnas de los pórticos. Las mujeres arrimaron los divanes.

La deliberación dio comienzo.



VII

A dos jornadas de viaje de Sardes, en el lugar donde Jerjes y sus comandantes pasaron el invierno a la espera de que concluyera la excavación del Atos y la construcción del puente de barcas, el camino principal se bifurca. El de la izquierda lleva hacia Caria; el otro hacia la propia Sardes, capital de Lidia.

El camino a Sardes discurre por un puente que cruza el Meandros y bordea la ciudad de Calatebo. En ese lugar se fabrica miel artificial, una miel finísima y olorosa extraída del tamariz, del trigo y de los frutos del tamarisco.

Una caravana de acémilas cargadas con miel de tamariz en grandes cántaros se dirigía hacia Sardes cuando pasó por delante de un plátano inmenso. El verdor dorado de las hojas recién brotadas del plátano destacaba contra el cielo primaveral. Delante del árbol había un hombre muy grande marcando el paso, un Inmortal. Caminaba de un lado a otro, furioso.

Los Inmortales eran el cuerpo de élite de la guardia del Rey de reyes. Bajo el mando de Hidarnes, hijo de Hidarnes, lo integraban diez mil soldados, hombres fornidos y apuestos, ataviados con un vistoso uniforme. El nombre de Inmortales se debía a que su número no era nunca ni más ni menos de diez mil: si uno de ellos moría en combate o enfermaba, le sustituía de inmediato un aspirante a Inmortal.

El Inmortal marcaba furioso el paso frente al inmenso plátano cuando la caravana de la miel se acercaba lentamente por el camino polvoriento. El paisaje era pedregoso y árido, las montañas azules ondulaban en la lejanía, el cielo azul lo envolvía todo y en medio del camino se alzaba el descomunal plátano. Y el Inmortal marcando el paso, furioso.

—¡Eh! ¿Hacia dónde os dirigís? —le gritó el Inmortal al jefe de la caravana.

—¡Vamos a Sardes! —contestó el hombre—. ¡Al ejército! ¡A la corte! ¡Al rey! Con miel de tamariz. ¿Todavía hay aquí un Inmortal haciendo guardia delante del plátano?

—Ignoro si habitualmente hay un Inmortal haciendo guardia delante del plátano —respondió enojado el guardia—. Lo único que sé es que yo, Inmortal, llevo todo un



día y toda una noche aquí frente al plátano y que se han olvidado de relevarme. ¿Acaso se han vuelto locos en Sardes? ¿Se han olvidado completamente de mí? Estoy extenuado, llevo diez horas sin probar bocado, me muero de sed y esta noche me he quedado dormido apoyado contra el plátano, de puro agotamiento. ¡Por Ahriman y todos los demonios! ¡Maldito plátano! ¡A tomar viento! ¡Maldito plátano!

Y el Inmortal apretó los puños amenazando al plátano. El árbol, fuerte y hermoso, seguía alzando su tronco plateado, seguía extendiendo sus pesadas ramas, seguía echando hojas nuevas. Jerjes había pasado por delante del plátano cuando se dirigía a Sardes. El árbol le causó una profunda impresión, tanto que se refirió a él como el rey de los árboles y lo abrazó como a un hermano de la familia real. Y es que Jerjes tenía una extraña sensibilidad estética que provocaba en él arrebatos de sentimentalismo. La belleza del plátano lo había emocionado y conmovido. Ordenó que le colocaran unas cadenas alrededor del tronco y unos brazaletes alrededor de las ramas y dejó a uno de los Inmortales de guardia junto al plátano. Durante todo aquel invierno llegó a diario un relevo de Sardes, a pesar de la larga distancia que había desde ahí a la ciudad. Pero esta vez se habían olvidado del Inmortal. Y no había ningún sitio en los alrededores donde acudir, ni tan siquiera una posada. No había sino el camino blanco, polvoriento e infinito, las montañas azules y onduladas en la lejanía, el cielo azul envolviendo el paisaje pedregoso, y el plátano, con sus cadenas y brazaletes.

Y el Inmortal, furioso.

—¡A tomar viento! —volvió a gritar el hombre—. Me voy contigo, jefe de la caravana de miel.

—¿Y los brazaletes? ¿Y las cadenas? —inquirió el jefe de la caravana.

El Inmortal soltaba reniegos.

—¡En Sardes se han olvidado del plátano! —repuso—. Voy a quitarle las cadenas y los brazaletes.

—¿Te has vuelto loco, Inmortal? —exclamó el jefe de la caravana, muy asustado—. Te clavarán en la cruz.

También los muleros profirieron exclamaciones de horror. Pero el Inmortal no atecía a razones, estaba como poseído. Arrancó las cadenas del tronco y se subió a una rama baja para arrancarle el brazaletes.

El jefe de la caravana y los muleros asistían aterrados al espectáculo. El Inmortal se había encaramado al plátano e iba despojando a las ramas de los brazaletes.

—¡Tomad! —gritó el hombre arrojando al suelo los adornos e insignias. Bajó del árbol y tambaleando de agotamiento se puso a recoger del suelo los objetos de oro.



—Toma —dijo tendiéndole al jefe de la caravana un brazalete—. Éste es para ti. Y estos dos para tus muleros. Y el resto es para mí. Llévame contigo en tu caravana entre los cántaros de miel de tamariz.

Los muleros ayudaron al hombre a subirse a un carro. Con sus miembros gigantes incómodamente extendidos entre los grandes cántaros, el Inmortal estuvo a punto de perder el conocimiento. Pero antes de que la caravana se pusiera en marcha, entre el restallido de látigos y los comentarios a voz en grito del jefe de la caravana y de los muleros, el Inmortal apretó el puño en dirección al plátano y le increpó:

—¡Maldito plátano! ¡Maldito plátano! El plátano no respondió. Indiferente al hecho de haber sido despojado de las insignias con las que el Rey de reyes le había agasajado, alzaba hacia el cielo azul su copa de amplias hojas, bello e imperturbable.



VIII

Jerjes envió desde Sardes heraldos a todas las regiones de Grecia, salvo a Atenas y a Lacedemonia, para solicitar «tierra y agua». También los envió a todas las ciudades para advertir a las autoridades de que tuvieran disponibles víveres y una comida para cuando llegara el rey con sus tropas. En el pasado, a Darío, el memorable padre de Jerjes, le habían negado «tierra y agua».

Entretanto, miles de soldados del cuerpo de ingenieros trabajaban en la construcción del puente de barcas que debía cruzar el Helesponto entre Abido y Sestos. El istmo en esa zona era muy estrecho, no más de siete estadios, similar a un ancho río con márgenes pedregosos y abruptos. Los egipcios unían las barcas con maromas de corteza de biblo. Los fenicios, en cambio, trabajadores habilidosos, preferían las maromas de lino.

Una fuerte tormenta de varios días de duración asoló el mar y la tierra. Se partieron las maromas, tanto las de corteza de biblo como las de lino, y las barcas entrechocaron y quedaron destrozadas.

La tormenta amainó, como si hubiera satisfecho sus deseos. El mar en calma parecía un lago. El Helesponto, entre las rocas azuladas bajo el cielo azul de primavera, era como un río inocente, un mar idílico bajo el cielo meridional.

Los vientos apenas movían las pequeñas olas susurrantes. Estaban en calma y tan satisfechos como lo estuvieron después de segar las vidas de Hero y Leandro (recordemos que Leandro se ahogó mientras nadaba hacia la torre desde la que su amada Hero se arrojó al mar).

Pese a la aparente calma, el Helesponto sería castigado.

Jerjes hubiera querido castigar también a los vientos. Pero éstos soplaban en libertad y no se dejaban azotar fácilmente. El Helesponto, sin embargo, sí sería azotado: ante la mirada de los soldados y del pueblo que acudieron en masa, los verdugos de Jerjes propinaron al Helesponto trescientos azotes. Marcaron sus aguas con hierro candente. Los hierros sisearon entre las olitas murmurantes del Helesponto. De hecho, éstas no hicieron sino echar un poco de espuma bajo los



latigazos y continuar murmurando impertérritas. Ante semejante espectáculo, la gente se echó a reír y los suboficiales de Jerjes gritaron enojados:

—¡Chusma!

La gente paró de reír en seco. Y un heraldo con una bella voz se puso a leer en público de un rollo que iba desplegando:

—¡Aguas saladas! ¡Aguas amargas! Vuestro maestro os castiga por haber osado resistiros y por haberle ofendido. Jerjes, Rey de reyes, pasará por encima de vosotras a las buenas o a las malas. ¡Y nadie os ofrecerá jamás sacrificios, porque sois un río salado y embustero!

El Helesponto contestó con susurros que no era un río sino un istmo, aunque muy estrecho. Pero los verdugos no entendieron lo que decía el Helesponto. De modo que decapitaron a los arquitectos encargados del puente de barcas que se había hundido. Otros arquitectos fueron seleccionados para probar fortuna con la construcción del puente.

Los nuevos arquitectos mandaron unir trirremes y pentecóntoras: trescientas sesenta naves en el flanco occidental y trescientas catorce en el oriental. Las primeras orientadas al Propontis; las segundas, al mar Egeo. Éstas últimas cedían con la corriente, con lo que las maromas estaban más tirantes. Las naves soltaron anclas. Esta vez habían sido unidas con maromas dobles pasadas por unas inmensas poleas de madera fijadas en la orilla. Había cuatro maromas de corteza de biblo y dos de lino. Las últimas eran más fuertes y pesaban un talento por codo.

Una vez acopladas las naves, aserraron y lijaron unos anchos tablones y los colocaron, en paralelo, sobre las naves encima de unos pesados soportes de madera, con las maromas muy ajustadas, formando así el puente. A continuación cubrieron los tablones de madera con arena. Y a uno y otro lado del puente levantaron una valla para evitar que los caballos y las acémilas se espantaran viendo el Helesponto, pues sus olas no siempre susurraban sino que con frecuencia bramaban violentamente azotadas por Inertes tormentas.

Los fenicios estaban orgullosos de sus maromas. ¡Eran tan bellas e irrompibles! Los egipcios, por su parte, aseguraban que las suyas no lo eran menos.

El puente sobre el Helesponto estaba listo. El monte Atos estaba horadado.

Habían sido dos grandes obras.

Se le comunicó el resultado a Jerjes.

Y él partió de Sardes con sus tropas.

De camino a Abido, el sol se ocultó de repente a pesar de que era un día claro y despejado.



Y se hizo de noche en pleno día.

Los persas se hincaron de rodillas en los campos que flanqueaban los caminos y se pusieron a orar invocando a Ormuzd y Mitra.

Jerjes pidió explicaciones acerca del eclipse solar a los magos que le acompañaban.

Éstos le contaron que el sol, aun siendo el dios de Persia —el dios de los persas— no había vaticinado el futuro de Persia sino el futuro de Grecia y de su caída.

Era la luna la que vaticinaba el futuro de Persia.

El sol volvió a salir. El ejército, infinito, avanzaba agradecido bajo la luz del día, aún pálida y desvaída.



IX

Durante la primera parada, Pitio, el lidio pudiente que había ofrecido toda su fortuna al Rey de reyes, salió al encuentro de Jerjes acompañado de un gran séquito. Le hizo al rey mil cumplidos.

Jerjes lo recibió en la residencia, que había sido amueblada e improvisadamente decorada por los intendentes, en la que se alojaba aquella noche. Esbozando una afable sonrisa tras su barba negra, el rey, imaginando que el lidio había venido a ofrecerle más dinero, le rogó que se sincerara con él. Pitio, haciendo un gesto de modestia con la mano, tomó asiento en un sillón frente a Jerjes. El rey siempre disponía de un trono, estuviera en la residencia que estuviera. Y es que viajaba con diferentes tronos.

Pitio, alentado por la afable sonrisa del rey, le rogó:

—Oh, gran déspota, me atrevo a pedir os un favor que os sería muy fácil conceder y que para mí sería una gran merced.

—Hablad —sonrió Jerjes, pensando en todo el dinero que el lidio volvería a ofrecerle con humildad y cortesía. Y consideró que era su obligación añadir, con cortesía pero sin humildad—: Pitio, vos habéis sido muy generoso conmigo y yo debo ser justo, como lo fue mi memorable padre Darío. Así que voy a concederos cuanto me pidáis...

Y Jerjes se dijo: «Volverá a ofrecerme su dinero, unos dos mil talentos de plata y cuatro o cinco millones de estate res».

Pitio tomó aliento y respondió:

—Señor, yo ya soy un hombre anciano y mi mayor bien son mis cinco hijos. Los cinco están obligados a participar en la expedición contra Grecia. Tened compasión de mi avanzada edad. Concededme al primogénito. Os suplico, rey, eximidle del ejército. Permitid que permanezca conmigo para administrar mis bienes. Llevaos a la guerra a los otros cuatro...

El anciano Pitio juntó las manos esbozando una sonrisa tras su barba gris. Creía haber ganado ya el favor del rey.



Sin embargo, Jerjes saltó del trono hecho una furia. ¡Cómo! ¡Nada de talentos de plata ni estateres de oro!

—¡Un desalmado, eso es lo que eres! —le espetó Jerjes furibundo—. ¿Cómo te atreves? Yo me dispongo a luchar contra Grecia con mis hijos jóvenes, con mis hermanos, cuñados y primos. ¿Y tú, tú que eres mi esclavo, osas hablarme de tu hijo? Deberías haber participado en la expedición con tu familia al completo, eso es lo que deberías haber hecho, con tus esposas e hijos, con todos tus esclavos, pues todos me pertenecen. ¿Acaso crees que un súbdito mío tiene derecho a la propiedad? Entérate de una vez por todas de que el alma del hombre reside aquí, en su oído.

Y Jerjes, fuera de sí, se señaló el oído.

—Cuando un hombre escucha algo agradable, se alegra —continuó Jerjes sin dejar de señalarse el oído—, y la alegría se propaga por todo su cuerpo. Cuando escucha algo desagradable —el dedo índice de Jerjes parecía estar a punto de perforar el tímpano del oído—, se enfada, monta en cólera. Si bien al principio te comportaste conforme a mis deseos, nunca fuiste tan generoso como yo, un rey, podría haber sido. Estoy convencido de que guardas escondidos en algún lugar talentos de plata y a saber cuántos millones de estateres de oro. Aun así, como muestra de mi gratitud real, no te trataré con extremo rigor. ¿Un hijo me pides de los cinco? Pues bien, te concedo cuatro, pero con el quinto, tu primogénito y favorito, haré lo que me plazca.

Y Jerjes dio la orden de detener al hijo mayor de Pitio y entregarlo a los verdugos. Éstos lo partieron por la mitad. Depositaron una mitad del cuerpo a la derecha del camino y la otra a la izquierda.

Jerjes y su ejército partieron al día siguiente. Los generales, oficiales, suboficiales y soldados miraron de reojo el tronco despedazado y sangriento del hijo de Pitio.

La marcha de la infantería duró horas, el ruido de (ascos de la caballería era constante. Blancas nubes de polvo se levantaban por el camino.

Pasado el mediodía se presentó Pitio llorando la muerte de su hijo.

Iba acompañado de un gran número de familiares y amigos de avanzada edad, gente pudiente como él.

Entre grandes muestras de aflicción, los familiares recogieron las dos mitades del cuerpo tiradas a ambos lados del camino. Unieron las dos partes y las depositaron encima de un féretro donde las cubrieron con una tela de color azafrán. Los ancianos acaudalados que portaban el féretro cruzaban comentarios en voz baja:

—Pitio debería haberle pagado al Rey de reyes sólo los tributos de guerra obligatorios.

—¡Y no todo su dinero en metálico!



—¿Todo su dinero en metálico?

—Prácticamente todo su dinero en metálico. Hizo mal en entregarle al rey más dinero que nosotros.

—De no haberlo hecho, habría podido disfrutar al menos de su primogénito el resto de sus días.

—Como esperamos disfrutar nosotros de nuestros primogénitos si regresan con Jerjes vencedor.

Y entre lamentos, los viejos millonarios que habían entregado a sus hijos pero no todo su dinero en metálico portaron el féretro de vuelta a la ciudad.



X

El ejército siguió su camino de Sardes a Abido, ciudad situada a orillas del Helesponto. Al frente marchaban los camellos, los dromedarios y las acémilas cargadas con bultos y cofres. Era una caravana infinita. Detrás de los animales iban las tropas aportadas por todas las naciones que estaban bajo el dominio del Rey de reyes y que constituían más de la mitad del ejército. Formaban una multitud desordenada de generales, oficiales y suboficiales, unida sólo por el restallido de los látigos.

A continuación, el vacío.

Un vacío muy prolongado. No había sino el blanco polvo del camino. Después de este intervalo seguían mil jinetes, seleccionados entre los súbditos persas, que desfilaban con solemnidad.

Después mil lanceros, el cuerpo de élite de la infantería, que desfilaban con la punta de la lanza dirigida hacia el suelo.

Luego, diez caballos sagrados.

Los caballos eran neseos, pues procedían de una llanura en Media llamada Nesea. Había ahí unas espléndidas remontas con ciento cincuenta mil caballos, los corceles más grandes y nobles del mundo, blancos como la nieve o negros como el azabache. Verlos trotar por la llanura de Nesea era como ver a los caballos de los dioses, caballos como un mar espumoso o nubes tormentosas, caballos de ojos centelleantes y cerviz arqueada, las crines al viento, las colas agitándose, exhalando fuego por los ollares. Los ciento cincuenta mil caballos trotando por la llanura de Nesea constituían un espectáculo de soberbia belleza: un océano viviente, un cielo de nubes que avanzaba eternamente sobre la tierra...

De entre aquellos corceles habían sido escogidos los diez caballos sagrados, magníficamente enjaezados y adornados con plumas, que eran llevados por los palafreneros de noble alcurnia.

A los caballos les seguía el carro sagrado de Zeus.



El carro, vacío, era tirado por diez caballos blancos. Detrás del carro iba el cochero a pie, pues a nadie le estaba permitido ocupar el carro. Zeus, el Zeus de los persas, que es el dios de los persas, lo ocupaba a veces, de forma invisible.

A continuación venía Jerjes en persona, montado en su carro de guerra tirado por dos caballos neseos. A pie iba el cochero con las riendas. Era Patiranfes, hermano de la reina e hijo de Otanes.

Seguía la carroza cubierta de Jerjes, donde el rey se tendía cuando estaba cansado de ir de pie en el carro.

Después venían mil lanceros, con manzanas de oro clavadas en las lanzas con las puntas hacia arriba.

Luego mil jinetes, el cuerpo de élite de la infantería.

¡Y los diez mil Inmortales!

Todos ellos, jinetes e infantería, brillaban. Refulgían sus cascos dorados, las armaduras de escamas de bronce de sus brazos y piernas, sus grandes escudos, arcos, lanzas y espadas. Casi todo estaba recubierto de oro brillante. Mil de los Inmortales portaban granadas de oro en sus lanzas, los otros nueve mil granadas de plata. El oro y la plata de los cascos emitían un intenso resplandor que se reflejaba en los ojos como en pequeños espejos y en los escudos como en grandes espejos. Reflejos y pinceladas de oro, piala y azul se turnaban sobre la nariz de los hombres, pues el sol en el cielo azul reverberaba en todas partes, sobre las granadas y los escudos y las puntas de las lanzas. Cada vez que los caballos se encabritaban y relinchaban, sus crines blancas o negras se agitaban festivamente sobresaliendo por encima del resplandor cual hermosas banderas.

Seguía a todo aquello un vacío de otros dos estadios.

Y después de todo aquello venía la tropa con su impedimenta, avanzando sin orden durante horas bajo la disciplina de los látigos chasqueantes y entre los reniegos de los suboficiales.

Por la tarde, la atmósfera se cargó.

El ejército había dejado atrás Lidia y llegó a Misia. Cruzó la ciudad de Carena y atravesó Adramiteo y Antandros, la antigua ciudad pelasga. A su izquierda dejó el monte Ida. Aquella noche marchó por parajes homéricos. Los comandantes más ilustrados adivinaron que Troya estaba a lo lejos... Un orgullo febril corrió por las venas de Jerjes. A través de las cortinas de su carroza intentaba vislumbrar las célebres ruinas.

No vio sino las laderas de los montes ondulados bajo un trágico cielo negro de nubes en movimiento.



El ejército se detuvo. Las tropas, exhaustas de la larga marcha, se dispusieron a acampar al pie del Ida.

Una violenta tormenta estalló en la negra noche.

Muchos vieron en esa tormenta un presagio funesto por haberse desatado justo después del eclipse solar.

Aquella noche, los rayos que caían sobre los picos de los montes, atraídos por la gran cantidad de metal que portaban las tropas, segaron la vida de un gran número de hombres y caballos.

A la noche siguiente el ejército acampó en los márgenes del río Escamandro. Los soldados apenas habían bebido desde que salieron de Sardes. El río, aun crecido por la lluvia, apenas pudo proporcionar agua suficiente a hombres, caballos y acémilas. En los lugares en que bebieron no quedó sino fango que al poco se secó y se resquebrajó bajo el intenso y sofocante sol.

Jerjes fue a visitar las ruinas de Troya, el Pérgamo de Priamo. Pidió que le informaran de todo y se puso a citar la *Ilíada*, en un griego pésimo. Todo aquello le emocionó, pues era un hombre sensible al arte. Pese a todo le embargó una cierta inquietud, la vigilia de su expedición, por encontrarse en ese escenario en el que habían sido vencidos los troyanos y donde su ciudad se había consumido en llamas. En la ciudadela de Troya se erguía todavía, como en los tiempos heroicos, un templo consagrado a Palas Atenea. Jerjes sacrificó a la diosa mil búfalos, cuya carne sirvió de alimento a las tropas. Los magos efectuaron libaciones en honor a los héroes troyanos.

Aquella misma noche, cuando descargó de nuevo la tormenta, estalló una revuelta: hordas de soldados presos del pánico se dieron a la fuga.

Jerjes no se enteró de nada.

Al despuntar el alba, el ejército emprendió la marcha hacia Abido.



XI

Hacía un sol espléndido aquel día. Desde lo alto de un cerro, sentado en un trono de mármol que sobresalía por encima de los numerosos sitiales de sus comandantes, Jerjes contemplaba su ejército y su armada. Los trirremes y las naves de gran eslora de su flota ocupaban el Helesponto de oriente a poniente, hasta donde el ojo pudiera alcanzar. El ejército estaba a punto de tender el doble puente flotante de barcas. Dispuesto en formaciones cuadradas y rectangulares, centelleaba en las playas frente a la ciudad de Abido. El sol arrancaba destellos a escudos, lanzas y cascos. Visto desde el trono de mármol del rey, aquello constituía un espectáculo portentoso: en la tierra, el ejército refulgía como si sus armas fueran relucientes espigas de oro y de plata floreciendo en los campos infinitos; en el agua, de escamas azules y doradas, las barcas se mecían cual bellos monstruos marinos cuyas infinitas patas de insecto eran los remos que se movían con ligereza. Tan magnífico era el espectáculo que el corazón de Jerjes se inflamó de soberbia y orgullo. Colmado de gratitud y felicidad, invocó al cielo. Pero acto seguido, la conciencia de su propia grandeza le infundió terror y su alegría se quebró de repente en un sollozo nervioso. El rey no pudo contener las lágrimas.

—¿Qué os sucede, mi sobrino y Señor? —preguntó su tío Artabano, quien a pesar de su avanzada edad había acompañado al ejército en la expedición—. Hace un instante me pareció veros invocar a los dioses, feliz y contento. ¿Y ahora lloráis como un niño?

Jerjes, sentado en su trono detrás de los comandantes que pasaban revista, tomó a su tío por el brazo, nervioso, y le musitó al oído:

—Tío mío, cuando me paro a pensar en lo breve que es la vida de los mortales, siento el impulso de llorar como un niño al imaginarme que dentro de cien años no vivirá ni un solo hombre de los cien mil que componen mi ejército y mi armada. Semejante vacío me produce una especie de sensación de vértigo.

Artabano se lo quedó mirando. Conocía bien los súbitos arrebatos de sentimentalismo y las debilidades de su sobrino. Unas veces le daba por lo estético, otras por lo filosófico. Pero había otros muchos matices. Esta vez su experiencia no



había sido estética, como la que había inspirado el plátano; esta vez había sido particularmente filosófica. Y el tío Artabano, proclive también él a la filosofía, consideró que debía responderle en el mismo tono, sobre todo cuando notó que Jerjes, apesadumbrado por el pensamiento que le acababa de asaltar, se apretaba contra él aferrándole el brazo.

—A lo largo de nuestra existencia, nos acontecen cosas más tristes que la muerte —dijo el tío Artabano con voz melancólica y quebrada—. La vida es breve, cierto, pero, así y todo, no hay ni un solo hombre entre esos cientos de miles que vemos aquí (ni ningún hombre en el mundo) que no haya deseado la muerte en al menos una ocasión.

Y es que las desgracias, las enfermedades, el dolor y los desengaños pesan a veces tanto en la existencia humana que preferimos la muerte a la vida, por muy breve que ésta sea.

—Yo también he deseado morir en alguna ocasión —respondió Jerjes más por cortesía que por otra cosa, pues en realidad no recordaba en qué momento de su vida había deseado la muerte—. Pero ahora quiero vivir, porque todo este espectáculo que tengo ante mis ojos es mi orgullo y felicidad —añadió señalando la ingente flota desplegada en el mar y las tropas que centelleaban bajo la brillante luz del sol—. Decidme, tío Artabano, ahora que ha quedado irrefutablemente probado que el sueño nos engañó tanto a vos como a mí, ¿habéis logrado vencer vuestras dudas iniciales? ¿Seguiríais disuadiéndome de emprender la guerra contra Grecia? ¡Hablad con franqueza, os lo ruego!

—Señor —repuso Artabano—, esperemos que el sueño nos haya dado buenos consejos, tanto a vos como a mí. Así y todo, a pesar del momento de gloria que vivimos, sigue habiendo dos cosas que me infunden temor...

—¿Qué cosas? —inquirió Jerjes, muy sobrecogido esta vez después de su arrebatado filosófico.

—La tierra...

—¿La tierra?

—Sí, y el agua.

—Explicaos con más claridad, tío mío. ¿Tenéis miedo de la tierra? ¿Del agua? ¿Acaso no os parece mi ejército suficientemente numeroso? ¿No es poderosa mi armada? ¿Me recomendáis reclutar a más hombres? ¿Construir más naves?

La barba negra de Jerjes casi rozó la barba gris de su tío. El rey, sentado, continuaba aferrado al brazo de Artabano, quien permanecía de pie.



—Ay, mi Señor. ¿Quién en su sano juicio os propondría reclutar a más hombres o construir más naves? Ved todos esos soldados que atestan la llanura y las playas. Ved todas esas naves cubriendo el mar que es como un río. Señor, la tierra y el agua me inspiran temor y no porque vuestro ejército sea débil o vuestra armada despreciable. ¡Ambos son grandes! ¡Demasiado grandes! Son la más grande expresión del poder humano. Pero, decidme, ¿dónde encontraréis puertos capaces de abrigar a todas esas miles de naves cuando amenacen las tormentas del Peloponeso? ¿Dónde encontraréis trigo para alimentar a todos esos cientos de miles de hombres? ¡Temo la tierra! ¡Temo el agua! Señor, estaréis a merced del cielo que envía los vientos, a merced de la tierra de la que brota el trigo. No tenéis grandes puertos en las costas de Tracia y Macedonia. Y aunque hayáis ordenado hacer acopio de provisiones en todas las tierras que habéis de cruzar, no crece en ellas suficiente trigo para alimentar a los cientos de miles de hombres.

Jerjes permaneció en silencio. Estaba muy pálido. Angustiado, paseó la mirada por su inconmensurable poder.

—Y además, en el caso de que haya suficiente trigo y los vientos os sean favorables, os tornaréis insaciable —continuó Artabano—. Querréis seguir adelante, querréis más y más, querréis apropiaros de toda Europa y conquistar todo cuanto existe en ese lejano y desconocido occidente. ¡Y vuestra ambición será incontenible!

—Es posible —masculló Jerjes detrás de su barba.

El ánimo le dio un vuelco. Su sentimentalismo desapareció de repente. Sus ojos, que no habían dejado de recorrer el espectáculo que se desplegaba ante su vista, se llenaron ahora con la visión de un poder nunca visto. Asia le pertenecía, Europa no tardaría en pertenecerle. La tierra le pertenecía, el cielo no tardaría en pertenecerle. Los vientos le pertenecían y obedecerían la autoridad de su cetro. El trigo le pertenecería y sus espigas, obedientes, brotarían para él en abundancia. Sometería a los griegos, ese insignificante pueblecillo. Una sensación de infinita grandeza le inflamó el ánimo y se rio para sus adentros. Alrededor del trono hacían guardia los Inmortales, a una distancia que no les permitía oír sus palabras, dispuestos en columnas, inmóviles, como gigantescas estatuas de escamas doradas. Frente a él marchaban las espaldas relucientes de los numerosos comandantes. Todo aquello era formidable, resplandeciente, grandioso, todo aquel poder estaba ya a su alcance. Y ese poder continuaría creciendo y alcanzaría cuanto pudiera abarcarse.

Y Jerjes sonrió de nuevo, complaciente y afable, y sintiéndose invencible, repitió:

—Es posible, tío, que llevéis cierta razón en lo que decís. Pero si yo pensara en todas esas cosas, no haría nada. ¿Acaso no es mejor ser valiente y pasar a la acción, aunque sea sufriendo la mitad de las desgracias que la acción pudiese acarrear, que dejarse dominar de antemano por temores que nos condenen a la no acción? Los



mortales nunca podemos estar seguros de nada. El valiente suele conseguir lo que desea; los lentos y prudentes rara vez alcanzan sus metas en la vida.

Jerjes, viendo ante sí aquella gloria y magnificencia, el alma henchida de orgullo ante ese fabuloso espectáculo de poder, se escuchaba a sí mismo pronunciar esas bellaspalabras con complacencia. Se desasíó del brazo de su tío. Seguro de sí mismo, continuó:

—¡Cuánto poder ha alcanzado el imperio de los persas! Si mis antepasados, tanto por parte de padre como de madre, hubiesen pensado como vos, tío mío, los persas no habríamos llegado a este nivel de gloria. Nuestro imperio ha crecido desafiando el peligro. Las más grandes empresas son las más peligrosas. No pasaremos hambre, no sufriremos por culpa de la tierra o del agua, no, tío mío. Conquistaremos toda Europa.

Artabano comprendió que ya no le quedaba nada que aconsejar o desaconsejar. Sin embargo, aún se atrevió a decir:

—Sólo una cosa más quisiera deciros, Jerjes, antes de que nos despedamos y yo emprenda mi regreso a Susa. Tened cuidado con los jonios.

Jerjes se echó a reír.

—Tened cuidado con los jonios —repitió Artabano—. No los obligues a luchar contra su propia sangre. No los necesitamos, sin ellos somos igualmente el ejército más grande. De unirse a nosotros, esa gente será la más mala o la más justa. La más mala si sometemos su tierra, la más justa si luchan por su libertad. Su maldad no nos aportará ninguna ventaja importante, pero su sentido de la justicia sí puede perjudicarnos sobremanera.

Jerjes se echó a reír.

—No temáis, tío. Tengo plena confianza en mis acciones y también la tengo en los jonios. Regresad a Susa, gobernad mi reino y mi casa. ¡A vos os presto mi corona y mi cetro!

Jerjes sabía expresarse con elocuencia. Su tío, por muy filósofo que fuera, quedaba impresionado cuando Jerjes hablaba de este modo, con esa sonrisa de superioridad, ese gesto majestuoso del brazo y el movimiento elegante de la mano. En el ánimo del rey se alternaban la soberbia y la sensibilidad con una armonía muy humana, pensó su tío.

Al parecer los comandantes sentados frente al trono habían concluido la revista de las tropas y de las naves, pues se pusieron en pie y se acercaron al rey. También Jerjes se puso en pie y empezó su discurso:



—Persas, ante la visión del magnífico espectáculo desplegado ante nuestros ojos, os encomiendo que no deshonréis jamás las valiosas proezas de mis ilustres antepasados y de mi memorable padre Darío.

Y Jerjes pronunció una magnífica arenga que los comandantes oyeron y que las tropas reunidas en las llanuras, las playas y las naves no pudieron sino adivinar.



XII

El ejército debía cruzar el Helesponto al día siguiente. Los comandantes esperaron a que saliera el sol. Sobre el puente de barcas quemaron incienso en unos grandes recipientes de bronce. Nubes de perfumes flotaban en el aire. El andamio estaba sembrado de ramas de mirto. Festones de laurel se enroscaban por la valla y por los altos maderos. Al salir el sol, el rey se subió al puente de barcas acompañado de sus comandantes. Junto con sus magos hizo sus oraciones al sol. Con una copa de oro efectuó las libaciones de rigor y alzando los brazos exclamó:

—¡Oh, Sol! ¡Evitad cualquier contratiempo que impida que Persia conquiste Europa hasta sus últimos confines!

Los magos repitieron la plegaria. Con gesto elegante, Jerjes arrojó la copa al agua y a continuación el cántaro de oro. Después, con ambas manos, sumergió en el agua una espada curvada.

A su alrededor se comentaba en voz baja que la intención del rey era hacer las paces con el Helesponto después de haberlo azotado y marcado con un hierro candente.

Empezó la travesía. Duró siete días con sus siete noches. Y Jerjes, durante todos esos días y noches, vio pasar su ejército al otro lado del puente. El primero en cruzarlo fue él con sus diez mil Inmortales, los caballos sagrados, el carro sagrado y su guardia de lanceros.

Por el lado este del puente de barcas cruzaron de Asia a Europa la infantería y la caballería.

Por el lado oeste pasaron las acémilas cargadas con baúles y cajas, los esclavos, las sillas de manos con numerosas sirvientas y las concubinas enviadas de Susa.

Y mientras Jerjes desde su trono en la playa de Sesto veía pasar ante sus ojos las infinitas comitivas, una tras otra, un hombre de Sesto le gritó, como en un arrebató de locura:

—¡Zeus! ¡Oh, Zeus! ¿Por qué adoptando la apariencia de Jerjes, rey de los persas, conducís tantos hombres contra Grecia? ¡Podrías hacerlo sin ellos!



Jerjes se echó a reír, orgulloso.

Sucedió que una yegua que acompañaba a la tropa parió una liebre. ¡Era obvio lo que significaba semejante portentoso! Los magos apenas tuvieron que interpretarlo, estaba más claro que el agua: la gran expedición tendría un éxito escaso, si es que no acababa en retirada. Y, por si fuera poco, una mula parió un potro hermafrodita. Ese prodigio era más difícil de interpretar, pero aun así...

Jerjes no se tomaba en serio los prodigios. Su orgullosa armada navegó costeando la tierra. El ejército vadeó el río Melas, cuyo caudal quedó agotado después de que todos trataran de calmar la sed en sus aguas. Luego, con un rodeo inevitable, el ejército se dirigió primero hacia poniente, pasando por Eno, ciudad eolia, hasta confluir en la llanura de Dorisco que se extiende hasta el mar.

Por esa llanura discurre el Hebro, un río caudaloso que el ejército no alcanzó a agotar del todo. Ahí estaba la fortaleza en la que Darío, cuando marchó contra los escitas, había puesto una guarnición persa.

Jerjes decidió pasar revista por segunda vez a sus tropas y a su armada, pues la llanura y el golfo le parecieron lugares mucho más apropiados para hacerlo que la playa de Abidos y el ridículamente estrecho Helesponto.

Tenía la sensación de respirar con más libertad en aquel lugar, de que su ejército y flota respiraban también con más libertad. Era como si se hubiera apoderado ya de un mundo más grande.

Las naves avanzaban entre Tasos y Samotracia, mientras que el Rey de reyes, delante de la fortaleza, ordenaba a su ejército desfilar para él en la llanura.

El ejército contaba en su totalidad con un millón setecientos mil hombres. Para hacer el recuento de tropas, reunieron a latigazos a un grupo de diez mil hombres en un mismo lugar. Ahí los apiñaron a todos, trazaron un círculo a su alrededor y cercaron el lugar con un muro que les llegaba hasta la cintura. Luego hicieron salir a ese grupo y metieron a otro en el cerco y así sucesivamente hasta que terminaron de hacer el recuento de todos los hombres. Con ese procedimiento calcularon que había un millón setecientos mil hombres.

Las tropas desfilaban.

Los primeros eran los persas. Llevaban unos bonetes de fieltro llamados tiaras. Vestían largas túnicas de colores con mangas estrechas, sobre las que portaban corazas de acero que parecían escamas de pescado y cubrían las piernas con unas largas calzas muy ajustadas.

Tenían un aspecto atractivo y cuidado. El uniforme les favorecía, les hacía más esbeltos, destacaba sus formas musculosas y les daba un aire juvenil. Sus escudos de mimbre, que portaban sobre los hombros y de los que pendía una aljaba, formaban



unos elegantes rombos. Traían unos arcos muy grandes, unas largas saetas de caña y llevaban un puñal que se balanceaba rítmicamente sobre el muslo.

Al frente de esta tropa marchaba a caballo el gran Otanes, hombre de avanzada edad, padre de la reina Amestris y uno de los siete persas que Darío había ascendido al trono.

A los persas seguían los medos, que vestían igual que los persas. En realidad fueron los persas quienes, desde los tiempos de Ciro, adoptaron esa forma de vestir de los medos después de vencerlos. A la cabeza de los medos iba a caballo Tigranes, el Aqueménida, primo de Jerjes.

Los cisios, a continuación de los medos, vestían idéntico uniforme, pero a diferencia de los anteriores llevaban una mitra de metal en la cabeza. Al frente de ellos marchaba a caballo Anafes, hijo de Otanes, hermano de la reina, cuñado de Jerjes.

Los hircanios vestían igual que los cisios. Su general era Megapano, sátrapa de Babilonia.

Los asirios portaban unos curiosos yelmos entretejidos con tiras de bronce. Vestían petos de lino, un lino prensado con dieciocho capas impregnadas en vinagre y sal. Ni un solo dardo atravesaba semejante coraza. Iban armados de mazas de madera muy pesadas, claveteadas de hierro. Los caldeos iban pertrechados del mismo modo. Los conducía a caballo Otaspes, hijo de Artaqueo.

Los bactrios iban armados con unas lanzas muy cortas. Les seguían los sacas (que en realidad son escitas). Éstos portaban unas hachas muy anchas. Al frente de la infinita multitud de bactrios y de sacas marchaba a caballo Histaspes, hijo de Darío y Atosa, hermano de Jerjes.

Los indios eran comandados por Farnazates, hijo de Artabates, montado a caballo. Iban provistos de corazas de algodón prensado, arcos y saetas de caña con la punta de hierro.

Al frente de los arios marchaba a caballo Sisamnes, hijo de Hidarnes. Seguían los partos y corasmios comandados por Artabazo, hijo de Farnaces, montado a caballo; los sogdos eran conducidos por Azanes, hijo de Arteo, montado a caballo, y Artifio, hijo de Artabano y primo de Jerjes, mandaba a los gandarios y dadicas.

Los caspios llevaban como uniforme unos pellicos de piel de cabra. Sus cuerpos morenos y fornidos asomaban por entre el largo pelo de sus pellicos. Al frente de los caspios marchaba a caballo Ariomardo, hijo de Artifio. Los sarangas vestían con colores chillones y llevaban unos borceguíes que les llegaban a la rodilla y que les conferían un aspecto muy guerrero. Los comandaba Ferendantes, hijo de Megabazo, montado a caballo.



Los paccies vestían pieles de animales salvajes y eran comandados a caballo por Artaintes, hijo de Itamitres.

Seguían los ucios y micos. Sus generales eran Arsamenes, hijo de Darío, hermanastro de Jerjes. Siromitres, hijo de Eobazo, comandaba a los paricanios montado a caballo.

Los árabes llevaban largas marlotas ajustadas con un cinturón y unos arcos que podían tensarse por ambos lados. Seguían los etíopes africanos, de aspecto fiero, envueltos en pieles de león y leopardo, armados de unos arcos largos de madera de palma de cuatro codos de longitud y largas saetas de caña terminadas en punta de piedra esmèril, usada también para grabar. Llevaban lanzas en forma de cuernas de corzo, ahorquilladas hacia la punta, y mazas claveteadas. Medio cuerpo lo llevaban pintado de yeso y el otro medio de almagre. Rojos, blancos, fuertes e imbatibles, con su negro cabello crespo y cubiertos de pieles de animales, el aspecto de los etíopes era verdaderamente horripilante. Los comandaba a caballo Arsames, hijo de Darío y Artistona, hermanastro de Jerjes.

Seguían los etíopes indios. Tenían el cabello lacio y portaban yelmos hechos de piel de cabeza de caballo, con las orejas erguidas y todas sus crines. Portaban escudos de piel de grulla. ¿Quién los comandaba a caballo?

Masages, hijo de Oarizo, comandaba a caballo a los libios, unos gigantes negros cubiertos de ásperas pieles.

Los paflagones portaban yelmos de cuero, de los que asomaban mechones de pelo trenzado, y calzaban unos botines hasta media pierna. Los capadocios iban armados como ellos, con arco y saetas. Doto, hijo de Megasidro, comandaba a caballo a los paflagones; Gobrias, hijo de Darío y Artistona, comandaba a caballo a los capadocios.

Seguían los frigios, con su gorra de punta curvada; luego los armenios, colonos de los frigios. Los comandaba a caballo el yerno de Jerjes, el jovencísimo general Artocmes.

Los lidios y los misios, con sus escudos pequeños y fuertes y sus lanzas aguzadas con fuego, eran conducidos a caballo por Artafernes, hijo de aquel Artafernes que había comandado los persas en Maratón.

Los tracios asiáticos, llamados más adelante bitinios, llevaban pieles de zorro y cubrían sus túnicas con unas amplias marlotas de colores. Calzaban borceguíes de piel de corzo. Los comandaba a caballo Basaces, hijo de Artabano y primo de Jerjes.

Los calibios portaban cascos de bronce en forma de cabeza de búfalo, escudos de cuero crudo de búfalo, dos lanzas y unas envolturas escarlatas en las pantorrillas. Les seguían los cábeles, los meonios, los lasiones. Bardes, hijo de Histanes, era quien comandaba todos ellos a caballo.



Los moscos portaban cascos de madera. A su frente marchaba a caballo Ariomardo, hijo de Darío y de Parmis. Seguían los mares y los coicos capitaneados por Farandates, hijo de Teaspis. Después venían los pueblos de las islas del mar Eritreo... ¿Qué otras naciones integraban aquel ejército?

Los oficiales subalternos comandaban a caballo regimientos de decenas de miles de hombres, distribuidos en formaciones de mil hombres subdivididas en formaciones de cien hombres...

Bajo el sol, un deslumbrante resplandor. Mardonio, primo y cuñado de Jerjes, generalísimo de todos los ejércitos de tierra, con sus hombres: Tritantecmes, hijo de Artabano, primo de Jerjes; Esmerdomenes, hijo de Otanes, hermano de la reina; Masistes, hermanastro de Jerjes, hijo de Darío y de Atosa; Gergis, hijo de Arizo; Megabizo, hijo de Zópiro. Todos ellos iban montados a caballo acompañando a Mardonio. Una vez que las diferentes naciones hubieron marchado por la llanura de Dorisco formando delante del trono de Jerjes un frente de tres líneas, apareció Mardonio, deslumbrante, con sus hombres y sus diez mil Inmortales, los célebres invencibles, los gigantes elegidos, los sublimes hombres esculturales, soberbios y audaces, luciendo sus cascos de oro, su armadura de escamas doradas, sus escudos dorados, sus caballos neseos enjaezados de oro. Conforme se acercaba Mardonio, las tropas corearon vítores que repetían rítmicamente.

Mardonio descabalgó y subió al trono, donde Jerjes lo abrazó ordenándole con elegante ademán tomar asiento a su lado para seguir contemplando el desfile de la caballería.

En aquel momento aparecieron los sagartios, los nómadas. Cruzaron la llanura armados de lazos y redes, montando unos caballos, pequeños, fuertes y raudos, cuyo trote retumbaba como una tormenta. Arrojan sus lazos sobre un enemigo imaginario al que arrastraban hacia sí profiriendo gritos y lo atrapaban con una red trenzada con tiras de cuero. Después mataban al enemigo o lo capturaban vivo, medio estrangulado. Pasaron como un torbellino, vitoreando, en simulacro de combate.

A continuación vino la caballería india. Sus carros tirados por cebras y cargados de hombres armados, hacían un ruido ensordecedor. Les seguían los cisios, los medos, los bactrios, los caspios, los libios y los paricanios, con sus caballos acorazados y sus carros de combate provistos de guadañas con las que segaban cuanto encontraban a su paso. Después pasaron los árabes cabalgando camellos no menos raudos. Sin contar camellos y carros, el número de la caballería ascendía a ochenta mil. Distribuidos por escuadrones, efectuaron un simulacro de combate entre aclamaciones. Cada escuadrón tenía su forma de mover las armas, agitar la túnica y aclamar al rey, según el carácter de su pueblo. Los árabes desfilaron los



últimos para evitar que los camellos espantasen a los caballos. Y es que los caballos no toleran a los camellos.

Eran los jefes de la caballería Armamitres y Titeo, los dos hijos de Datis, aquel que había comandado las tropas persas en Maratón junto con Artafernes. Iban montados a caballo, naturalmente, blandiendo la espada. El desfile se prolongó durante horas, pero Jerjes no mostró signos de cansancio. El espectáculo de su poder no le cansaba jamás. Una vez que los generales y oficiales subalternos hubieran dispuesto el ejército en orden de combate por toda la llanura —aquella ingente cantidad de tropas era lo nunca visto—, Jerjes se subió a su carro. Mardonio cabalgaba a su lado. Los Inmortales lo rodeaban, dispuestos en filas. Eran como un sol que avanzaba por la llanura irradiando destellos de oro.

Jerjes inspeccionó sus tropas, afable y cordial. Esbozando una sonrisa de satisfacción bajo su negra barba ensortijada, formuló una gran cantidad de preguntas a sus numerosos hermanos, primos y cuñados. Junto a su carro, los secretarios anotaban las preguntas y respuestas en unos largos rollos empleando la escritura cuneiforme. Durante todo aquel día, el sol calentó la llanura y las tropas alineadas, pero Jerjes, siendo él mismo el sol en la tierra, no mostró signos de cansancio. Una vez concluida la revisión de la infantería y la caballería, ordenó que le condujeran a la playa. El sol abrasaba el mar y la inmensa armada... Desde la playa, la flota desplegada en el mar era tan inabarcable con la vista como el ejército apostado en la llanura. Esa doble inmensidad colmó a Jerjes de satisfacción.

El rey se embarcó en su nave sidonia de gran eslora y se instaló bajo un palio de tela de oro. Bajo el sol abrasador, por la especular agua dorada, la nave, el rey y sus acompañantes avanzaban como un bloque de oro flotante. Los indígenas salvajes alineados en la llanura contemplaban el espectáculo con embeleso. No es de extrañar que vieran en Jerjes a un Dios, hijo de Ormuzd a buen seguro o tal vez de Mitra.

La nave de Jerjes pasó por delante de las proas de los barcos alineados. Estos estaban fondeados a cuatro pletros de la playa, las proas muy elevadas encaradas a tierra y los hombres pertrechados y listos para la batalla naval. El rey desembarcó y pasó por delante de las proas de las naves en su carro, de pie.

Los fenicios y los sirios disponían de trescientos trirremes. Sus hombres vestían petos de lino impenetrable, duro como el cuero, y en la cabeza portaban unos cascos similares a los de los griegos.

Los egipcios, con doscientos trirremes, portaban cascos de mimbre trenzado acorazados con bandas de hierro. Sus grandes espadas, largas hachas y anchos escudos les conferían un aspecto muy belicoso.

Los ciprios habían aportado ciento cincuenta trirremes. Ofrecían una imagen muy griega, hasta tal extremo que, por un momento, Jerjes se sorprendió.



Los cilios concurrían con cien trirremes. Sus adargas de cuero de búfalo sin curtir les daban un aspecto muy extraño. Con tanto pelo semejaban una manada de búfalos pero con cabezas humanas y con casco.

Con treinta trirremes se habían presentado los panfilios. ¡Qué aspecto tan griego tenían éstos!

Los licios traían cincuenta trirremes. Llevaban coraza, las piernas cubiertas con grebas de bronce, pieles de cabra sobre los hombros y bonetes con plumas en la cabeza. Iban armados con puñales y largas hoces.

También los dorios asiáticos, con sus treinta galeras, parecían griegos. Jerjes frunció el ceño. En cambio, se alegró al ver a los carios con sus setenta galeras y sus crueles hoces que usaban como armas.

Los jonios concurrían con cien galeras. Esos sí que mostraban un extraordinario parecido con los griegos. Mira que si esos jonios...

Los isleños aportaron diecisiete galeras; los eolios, sesenta. Los persas, medos y sacas estaban repartidos por todas esas galeras. Las naves fenicias eran las mejores, en especial la nave sidonia de gran eslora...

Jerjes pasó por delante de la nave almirante. La armada contaba con numerosos almirantes: Ariabignes y Aquémenes, hijos de Darío, hermanos de Jerjes; Megabazo, hijo de Megabates; Prexaspes, hijo de Aspatines. A su alrededor estaban todos los otros caudillos de la armada con sus maravillosos nombres. Nombres sidonios, tirios y persas que suenan como golpes de gong o de címbalo: Tetramnesto, hijo de Aniso; Siennesis, hijo de Oromedonte; Cibernisco, hijo de Sica; Timonaz, hijo de Timágoras; Damasítimo, hijo de Candaules...

Mientras Jerjes desde su carro miraba con simpatía a sus capitanes y les infundía ánimo, en sus oídos sonaban aquellos bellos nombres a medida que un ayudante los pronunciaba. El ayudante se los conocía bien y poseía la buena voz de un heraldo.

Y pasada la nave almirante, el ayudante exclamó a viva voz:

—¡Artemisia, hija de Lígdames, reina regente de Halicarnaso...!

La reina concurría con cinco magníficos trirremes, ricamente guarnecidos, sólo comparables con las naves sidonias. Ella ejercía la regencia en nombre de su hijo menor de edad, un niño. Cual intrépida amazona marina, no había dudado en seguir a Jerjes en la batalla. Artemisia portaba un yelmo en la cabeza, su melena negra ondulaba sobre su coraza de oro. Aclamaba al Rey de reyes junto con sus halicarnasios, sus coos y sus nisirios. Jerjes, con extremada cortesía, le devolvió una sonrisa amabilísima...



El rey pasó por delante de las naves de carga preparadas para transportar los caballos, las cebras, los camellos, los carros de guerra y los víveres.

Jerjes volvió la cabeza. No avistaba el puerto, demasiado pequeño, sino la orilla del mar festoneada con su impresionante armada a lo largo de millas. Las altas proas de las naves con sus anchos espolones se sucedían las unas a las otras hasta perderse en la lejanía; los mástiles, en sucesión infinita, formaban un bosque mecido por el agua; las velas de diferentes colores, desplegadas y engalanadas, sólo un instante infladas por la brisa marina, se sucedían las unas a las otras fundiéndose el amarillo, rojo, verde, violeta, añil, blanco hasta perderse los colores...

Y, ahí lejos, en la llanura de Dorisco, se sucedían bajo el sol abrasador los escuadrones cuadrados del portentoso ejército, apenas visibles en la lejanía. ¡El ejército y la armada de Jerjes alcanzaban el horizonte más lejano!

Y el rey sonrió sintiéndose sobrehumano. Su poder le inflamó de soberbia.



XIII

Aquella noche Jerjes no fue capaz de conciliar el sueño. Fue su primera noche de insomnio. Abandonó su dormitorio de la fortaleza de Dorisco. La guardia real, alertada por su extraña conducta, le siguió a cierta distancia, como era su obligación. Jerjes subió a la gran terraza con amplias vistas a la llanura y al mar...

Era una noche de principios de verano. El cielo estaba moteado de miles de millones de estrellas, como polvo de diamante. En la llanura sumida en la noche apenas se distinguían las infinitas líneas de las tiendas que se perdían en la lejanía como un rumor de olas. Sobre la extensa superficie del mar apenas se distinguían las formas redondas de las quillas de las miles de embarcaciones ni el fino bosque transparente de los mástiles con las velas bajadas. Una niebla luminosa lo envolvía todo. Mientras contemplaba la escena, Jerjes se sentó en el trono (había un trono en la terraza, pues Jerjes se topaba con tronos en cualquier lugar) y, a sabiendas de que el oficial de la guardia real le había seguido hasta la puerta de la terraza, le ordenó:

—¡Que venga el rey Demarato!

Su voz sonó hermosa en el silencio infinito de la noche. Con esa imagen difusa (pero real) del ejército que le rodeaba y de la ilota desplegada en el mar frente a él, sólo un Rey de reyes, sólo Jerjes, era capaz de exigir, por ser incapaz de dormir, que fueran a buscar a otro rey, al rey Demarato. Así y todo, tuvo que esperar un rato. Y mientras esperaba contempló las estrellas fugaces que cruzaban el cielo cual saetas. La espera no duró mucho. El rey Demarato compareció al poco tiempo esforzándose por no parecer soñoliento.

Demarato había sido rey de Esparta. Había tenido que huir de su tierra a causa de diferentes intrigas y había sido acogido en la corte de Darío con todos los honores. Los persas lo respetaban y él había seguido a Jerjes, aunque nunca se le pasó por la cabeza luchar contra su propio pueblo ni contra su pueblo hermano, el griego.

Con un descuidado gesto de la mano, Jerjes le ordenó:

—Tomad asiento, Demarato.



No había ningún sitio donde sentarse al lado del trono, pero Jerjes no reparó en ello. Demarato miró a su alrededor, sin saber qué hacer. Pero gracias a su experiencia mundana supo reaccionar al instante y se postró al pie de Jerjes. Fue aquel un instante muy íntimo, ahí en plena noche, los dos reyes ataviados con sus prendas de dormir y envueltos en sus túnicas más o menos regias.

—Quisiera hablar contigo —empezó Jerjes—, Debido a la inspección de las tropas, apenas te he visto hoy. ¿Dónde estabas?

—Entre vuestro séquito, rey, detrás de vos —contestó Demarato.

—Ah, bueno —dijo Jerjes—. Necesito hablar contigo ahora mismo, porque no puedo dormir. ¿Tú duermes bien?

—No duermo mal, Señor.

—¿No tienes pesadillas? ¿Sueñas mucho? Tu madre solía soñar mucho, ¿verdad? ¿Acaso no eres tú hijo de un sueño?

—Solían decir que mi madre se había acostado con un acemilero. Es cierto que me dio a luz después de haber soñado con el héroe Astrabaco —respondió Demarato en tono un poco seco—. De no ser hijo de Aristo, rey de Esparta, algo que éste ponía en duda porque su esposa me parió antes de que el embarazo llegara a término, entonces soy en efecto el hijo del espíritu del héroe Astrabaco, con quien mi madre soñó.

—Una historia fabulosa —repuso Jerjes distraído mientras se frotaba nervioso la frente—. Sueños... Yo también sueño a veces cosas extrañas, al igual que mi tío Artabano. Soñé que era voluntad de los dioses que yo emprendiera la guerra contra Grecia. Demarato, dime con franqueza: ¿Qué piensas tú? ¿En algún momento se te ha ocurrido pensar en la posibilidad de que los griegos y las naciones occidentales, entre los cuales existe escasa cohesión y avenencia, me... quiero decir, opongan resistencia a mi ataque?

—Señor —respondió Demarato—. ¿Deseáis que os conteste con dulces lisonjas en esta silenciosa noche, aquí frente a vuestro ejército y armada?

—Dime la verdad, Demarato.

—Entonces hablaré con franqueza, Señor —repuso Demarato—. Los griegos nunca se avendrán a ofreceros «agua y tierra». Los griegos jamás prestarán oído a vuestras pretensiones.

—¿En serio?

—Por el contrario, os saldrán al encuentro.

—¿De verdad lo crees?



—¡Lucharán!

—¿Todos los griegos?

—Los lacedemonios, mi pueblo, seguro que sí, aunque los demás se rindan.

—¿Son muy numerosos esos lacedemonios?

—No me preguntéis por su número, Señor. Aunque fuesen mil, os vencerían. Aunque fuesen trescientos, os atacarían y os impedirían vencer. ¡Es imposible ganarles la batalla!

Jerjes, nervioso, prorrumpió en una carcajada.

—¡Demarato! —exclamó—. ¿Lucharías tú contra diez persas? Contra veinte, quiero decir, pues tú eres rey, y un rey espartano sabe enfrentarse al doble número de hombres, ¿no es así? Demarato, ¿quieres que te diga una cosa? Si los griegos y los lacedemonios son como tú, un seismesino hijo de un sueño si no de un acemilero, entonces mucho me temo que tus palabras son meras baladronadas. He conocido a otros griegos y lacedemonios y nunca me parecieron gran cosa. Y además, ¿no tienen un señor que los conduzca! ¡No tienen monarca! ¿Has visto mis Inmortales, cuyo monarca soy yo? ¿Has visto lo fuertes que son esos hombres? Un individuo de esos es capaz de enfrentarse a tres lacedemonios a la vez y más si le obliga el látigo de su suboficial. No, hombre, no. Aunque ellos fueran en número igual a nosotros, ni tan siquiera así... ¡Mira mi ejército! ¡Mira mi armada!

Y Jerjes, con un gesto de la mano, señaló la inmensidad de su poderío bajo la luz plateada de las estrellas.

—Señor —repuso con calma Demarato—. Escuchar la verdad de mi boca no os complace, bien lo sé, pero os aseguro que los espartanos son tal como os los he descrito. No tengo más remedio que hacer justicia a mis compatriotas, a pesar de todo el daño que me hicieron. No respetaron mis privilegios, difamaron a mi madre, me obligaron a huir y me condenaron al destierro... Vuestro padre Darío...

—Sí, mi memorable padre... —le interrumpió Jerjes, nervioso, pensando en la malograda expedición de su padre contra Grecia.

—Vuestro memorable padre —corrigió Demarato— me acogió, me dio una casa donde vivir, una mujer persa como esposa, y me confió las ciudades de Pérgamo, Teutrania y Halisarnia. ¿Cómo no voy a estarles agradecido a él y a su hijo? Lleváis razón, yo no soy capaz de luchar contra diez hombres. Pero, de verme en la necesidad, sí me enfrentaría a uno de vuestros Inmortales. Y lo mismo haría cualquier espartano. En la lucha hombre a hombre, nadie supera a los espartanos. Unidos son invencibles.

Jerjes se encogió de hombros.



—¿A quién obedecen los espartanos? —preguntó Jerjes.

—Obedecen la ley —repuso Demarato.

—¿La ley? —preguntó Jerjes sorprendido.

—La ley —repitió Demarato—. La que les impide huir.

Jerjes soltó una carcajada nerviosa.

Entonces el Rey de reyes se puso en pie y tiró a Demarato de la manga. Juntos se encaminaron a un extremo de la terraza. Jerjes miró a su alrededor y oteó el horizonte. Y de nuevo señaló todo aquel poderío con un gesto de la mano.

—Es imposible —concluyó, reprimiendo sus propios temores.

—Señor, ¡que todo discurra conforme a vuestros deseos! —exclamó Demarato.

Jerjes se retiró a paso lento, sin volver la vista hacia Demarato.

Y aquella fue su primera noche de insomnio.



XIV

Era como un torrente que crece arrastrando consigo todas las aguas que encuentra a su paso. Así era el ejército de Jerjes. Después de partir de Dorisco, Jerjes ordenó a todos los pueblos de Tracia, sometidos a él desde que Mardonio en Maratón los había subyugado a Persia, sumarse a la guerra. Todos obedecieron. Cuando las tropas se encontraban entre Mesambria y Estrima, ciudades entre las que discurre el río Liso, los soldados saciaron su sed en el agua del río hasta dejarlo seco.

Las tropas se dividieron en tres. El tercio comandado por Mardonio y Masistes bordeó la costa. El otro tercio, comandado por Gergis y Tritantacmes, marchó por el interior. Y por el medio marchó el resto de las tropas con Jerjes al frente.

Las tierras que atravesó el ejército quedaron devastadas, los ríos secos. Los lagos de Ismaris y Bistonis, junto a Dikaia, apenas bastaron para saciar la sed de las tropas. El río Néstor fue como un sorbo de agua en la palma de las manos de los hombres. Y una laguna de agua salobre, de unos treinta estadios de circunferencia, apenas sirvió de abrevadero para las bestias de carga. Los petos, los cicones, los histories, los sapeos, los derseos, los edonos, todos los pueblos de Tracia se sumaron a la expedición del Rey de reyes. Lo hicieron por la fuerza pero también porque era su única salida, aunque sólo fuera por abandonar sus ciudades, que en pocos días habían quedado desabastecidas, y sus tierras, que habían quedado segadas y sin animales. Los tracios siguieron al ejército, por tierra o por mar, con sus mujeres e hijos, con todas sus pertenencias. Los únicos que no se unieron a las tropas fueron los satras, un pueblo bravo e indómito que jamás nadie había logrado someter. Desde sus altos montes, cubiertos de exuberantes selvas y coronados de nieve en invierno, los satras señalaban el ejército de Jerjes y se reían de él.

El torrente crecía fluyendo incesantemente hacia Poniente. Llegado Jerjes al Estrimón, los magos sacrificaron diez caballos blancos en honor del río. Los caballos fueron degollados en el interior de un hoyo, pues el rito exige que la sangre de los sacrificados no enturbie el agua. Los magos depositaron los caballos sacrificados sobre ramas de mirto y laurel y les prendieron fuego, revolvieron el fuego con finas barras y vertieron sobre la tierra en derredor leche, aceite y miel. Mientras ejecutaban



esas operaciones, los magos entonaban sus «teogonias», los himnos sagrados que acompañaban los sacrificios. Las entrañas de los caballos anunciaron buena suerte.

Las aguas del Estrimón, un río ancho, no se agotaron. Las tropas cruzaron el Estrimón por los numerosos puentes ya construidos. La tierra que se extendía al otro lado del río recibía el nombre de Los Nueve Caminos. Los magos decidieron efectuar más sacrificios para que los dioses foráneos fueran benévolos con la expedición del Rey de reyes. Nueve mancebos y nueve vírgenes, elegidos entre los jóvenes indígenas, fueron enterrados vivos en honor de la divinidad del mundo subterráneo.

En Acanto, Jerjes hizo un alto en el camino para descansar. Ahí recibió la buena noticia de que la construcción del canal que atravesaba el Atos había concluido pero también la mala noticia de que había muerto, a causa de un cólico, Artaqueo, el Aqueménida, aquel hombre grande y de potente voz que medía cinco codos de rey menos cuatro pulgadas, el que había supervisado las obras de perforación y excavación del Atos.

—Su muerte es una catástrofe nacional —declaró Jerjes, y decretó luto riguroso para el ejército y la armada. Ordenó a los acantios erigir un monumento de roca sobre el sepulcro de Artaqueo y efectuarle a éste sacrificios como si de un semidiós se tratara.

Así hicieron los acantios, y, entre los lamentos de las plañideras, invocaron su nombre:

—¡Artaqueo! ¡Artaqueo!

Durante la estancia de Jerjes en Acanto, los acantios pudientes acabaron arruinándose por causa del dispendio al que les obligaba la mesa del rey. Exasperados, buscaron a Antipatro, hijo de Orges, el hombre que había convidado al rey en Tasio. Era éste el tasio más rico y unos de los capitanes del ejército de Jerjes.

—¡Antipatro! —le suplicaron en la plaza del mercado los acantios adinerados, todos ellos al borde de la ruina—. ¡Antipatro, os lo rogamos! Decidnos cuánto os costó el banquete que ofrecisteis a Jerjes en Tasio.

—Más de cuatrocientos talentos de plata —respondió Antipatro sin inmutarse—. El convite se ofreció en nombre de los pueblos de Tasio en tierra firme. No quedamos nada mal —añadió Antipatro con modestia.

Los inafortunados acantios, a punto como estaban de perder sus haciendas, alzaron los brazos y exclamaron desesperados:

—¡Cuatrocientos talentos de plata! ¡Ahora entendemos por qué no está contento con nosotros el Rey de reyes! Pero ¿qué más podemos hacer? Cada día, Antipatro, estamos obligados a convidar al rey a una cena espléndida. ¡Y no sólo eso! También tenemos que alimentar al ejército y la armada!



Megacreonte, quien había seguido al ejército desde Abdera, su ciudad, se acercó a ellos y dijo:

—Honorable acantios, mejor haríais en agradecer a los dioses que el Rey de reyes no almuerza lo mismo que cena y que no acostumbra a tomar más de una comida al día.

Los acantios pudientes suplicaron a Antipatro y a Megacreonte que les acompañaran un momento fuera de la plaza, a las afueras de la ciudad...

Ahí les mostraron lo que llevaban haciendo desde hacía meses, desde que los heraldos de Jerjes acudieron a solicitar «agua y tierra» para su señor. Inmensas piedras de molino quebrantaban el grano de trigo movidas por asnos y por esclavos que daban infinitas vueltas. Las mejores reses habían sido recluidas en recintos vallados. Eran verdaderos parques atestados de ganado bovino, de cabras y de ovejas. Había estanques artificiales para los peces y las aves acuáticas. Trabajaban en aquel lugar decenas de miles de hombres, mujeres y niños bajo la supervisión de cientos de vigilantes. Los orfebres no cesaban de fabricar vajilla de oro y de plata; los carpinteros construían triclinios y sillones. Y es que tanto el mobiliario como la vajilla desaparecían cada noche del palacio donde Jerjes cenaba. El ejército tenía su campamento a las afueras de la ciudad. Según cuentan, el ejército y la armada de Jerjes, sumando los generales tracios que habían sido obligados a incorporarse a filas, constituían una masa de cinco millones veintitrés mil doscientos veinte hombres. Y nadie hizo jamás un recuento del número de eunucos, esposas, concubinas, esclavas y niños que acompañaban a todos esos generales, príncipes y soldados. Y, excepto los caballos, tampoco se supo nunca el número de camellos, cebras, bestias de carga y los perros indios que seguían a las tropas o que fueron enviados de avanzadilla. Toda esa multitud de gente y de animales comía y bebía a su paso por aquellas tierras, por lo que no es de extrañar que la expedición dejara los ríos sin agua y a las familias más ricas sin hacienda.

El ejército de Jerjes estaba a punto de llegar a Tesalia...

La flota de Jerjes no tardaría en atravesar el monte Atos.



XV

En Grecia y Lacedemonia, los atenienses y espartanos aguardaban el peligro que se cernía sobre ellos desde oriente. Sabían que la batalla que estaba a punto de librarse sería una batalla por la cultura.

El imperio persa no era antiguo. Bajo el mando de Ciro, los persas, jóvenes y pujantes, habían vencido la antigua y decadente Media. La hija de Ciro, Atosa, era la madre de Jerjes. Sin embargo, en tres generaciones un pueblo es capaz de transformarse, física y espiritualmente, en cuerpo y alma, a no ser que sea ya antiguo y decadente como era el pueblo medo después de siglos de cultura. Ciro, hijo del persa Cambises y de la princesa meda Mandane, sólo era medio medo, a pesar de la sangre persa heredada de su padre. Cuando Ciro, siendo mozo, vio a su abuelo Astiages (el rey de los medos a quien más adelante vencería), le llamó la atención que su abuelo tuviera los ojos maquillados, el rostro blanqueado, que llevara peluca y una larga túnica meda que arrastraba por el suelo. Tan hermoso le pareció su abuelo a Ciro que cuando su madre Mandane le preguntó quién le gustaba más, si su padre Cambises o su abuelo el rey de los medos, el muchacho contestó:

—Mi padre me parece el persa más guapo y mi abuelo el medo más guapo.

Ciro se pronunció así por tener una madre meda y por ser él medio medo. Más adelante, siendo ya rey y un general invencible, decretó que los persas vistieran la larga túnica meda como atuendo nacional y no castigó a quienes se blanqueaban el rostro, ni siquiera a los comandantes y capitanes.

Quienes jamás se blanqueaban el rostro eran los habitantes de Grecia y Lacedemonia, los atenienses y los espartanos.

La cultura persa no era antigua. Había madurado, eso sí, y alcanzado su pleno apogeo. La sociedad persa destacaba sobre todo por su excelente organización y sistema administrativo. Ciro había instaurado por todo el reino el sistema postal real con sus postas, sus raudos mensajeros y sus caballos siempre a punto de emprender la carrera. Y esa era la estructura organizativa que se había instituido por todo el imperio. Las satrapías del reino formaban de este modo un entramado perfectamente cohesionado como si estuvieran unidas por un cinto de oro. Tanto el gobierno como



las finanzas del reino se articulaban en estructuras locales. Así operaba el ejército y la armada; así se determinaba cuál de las ciudades proporcionaba a la reina persa sus velos y cuál sus pañuelos. El sistema funcionaba a la perfección y los persas aspiraban a someter todas las otras culturas occidentales.

La cultura griega era en cambio muy joven y cultivaba, de manera inconsciente, un ideal muy distinto. No aspiraba a la dominación del mundo material existente. Su ideal era el perfeccionamiento del espíritu humano, manifestado en la perfección del cuerpo humano. Durante los cuatro años en los que Jerjes se preparó para hacerse con el poder mediante millones de hombres que alargaban su mano hacia occidente, en Olimpia, Pindaro entonaba sus himnos a los vencedores de los juegos olímpicos y Esquilo concebía y escribía sus divinas tragedias. Nada queda hoy del puente que tendieron sobre el Helesponto ni del canal que atravesó el monte Atos. Sin embargo, los himnos y las tragedias son un legado eterno para la humanidad.

Sin ser aún plenamente consciente de ello, Atenas sentía ya en su interior el despertar de su futuro inmediato: el siglo de Fidias y Pericles.

En cambio, en Susa, capital de Persia, las numerosas reinas, princesas y sirvientas que rodeaban a Atosa en el palacio del Rey de reyes jamás sintieron en ningún momento que el siglo de Ciro estaba tocando a su fin.



XVI

Jerjes no envió heraldos ni a Atenas ni a Esparta en demanda de «agua y tierra». Tiempo atrás, Darío había enviado a esas ciudades unos heraldos, que fueron arrojados a un pozo destinado a los condenados a muerte. Los atenienses y lacedemonios les instigaron, entre burlas, a llevarse del pozo agua y tierra para su rey. Desde entonces, las entrañas de los animales sacrificados no habían sido de buen agüero para Esparta. Por esta razón, con el objeto de expiar ante Jerjes el asesinato de los heraldos persas, los lacedemonios enviaron a Susa a dos de sus hombres más nobles, Bulis y Espertias. Pero Jerjes, en un arrebato de magnanimidad, no permitió su sacrificio y envió a las dos víctimas de vuelta a Esparta.

Así pues, Jerjes no envió heraldos a Atenas y Esparta como había hecho Darío. En Grecia y Lacedemonia los griegos aguardaban el peligro que se cernía sobre ellos desde oriente.

Los atenienses enviaron a Delfos a sus delegados sagrados a consultar el oráculo.

En el santuario, la pitia, Aristonica, estaba sentada sobre el trípode sagrado rodeada de vapores olorosos. Los delegados se sentaron en círculo alrededor de ella. Y la sacerdotisa musitó:

—¡Infelices! ¿Os quedáis sentados? ¡Abandonad vuestras casas y alejaos de la roca de la Acrópolis. ¡Huid a los confines de la tierra! ¡Atenas será devastada!

Los delegados se pusieron en pie al unísono. Y la pitia, en trance profético, continuó: —¡Vuestra ciudad será pasto de las llamas! Y el terrible Ares, en su carro sirio, destruirá vuestras fortalezas y torres y también las de las otras ciudades. La furia de las llamas devorará los templos, que ya manan sudor y tiemblan de espanto. La sangre negra ya corre por el tímpano del templo. Ay, pobres de vosotros, atenienses. ¡Salid de mi santuario y armaos de valor! Tendréis que afrontar grandes calamidades.

Los delegados salieron del templo a toda prisa y alzaron la vista hacia el frontón del santuario, pero no vieron correr ninguna sangre negra por la fachada. Por esta razón se atrevieron a regresar al día siguiente, pero esta vez como suplicantes, con ramos de olivo en la mano, para consultar el oráculo de Apolo.



Hincados de rodillas suplicaron a la Pitia: —¡Apolo Febo! ¡Ofrecednos un mejor oráculo acerca de nuestra patria ahora que nos arrodillamos humildes ante ti con estos ramos de olivo! De lo contrario permaneceremos aquí arrodillados hasta el fin de nuestros días.

Entonces, por entre los vapores del incienso, sonó la voz balbuceante de Aristonica:

—¡En vano ha acudido Palas Atenea a Zeus, su padre olímpico, a suplicarle por su ciudad! El no cederá. ¡Escuchad, atenienses, la última y definitiva respuesta! Cuando el enemigo se haya apoderado de todo cuanto abarcan la tierra de Cécrope y el sagrado Citerón, entonces Zeus le concederá a su hija y a su ciudad una muralla de madera... Abandonad, oh, atenienses, vuestra ciudad... ¡y protegeos con una muralla de madera!

—¿Una muralla de madera...? —se preguntaron los delegados, arrodillados.

—Y vos, oh, divina Salamina, matarás a los hijos de las madres —continuó el oráculo—. Los matarás, digo, cuando Deméter esparza o reúna las espigas.

Los delegados regresaron a Atenas.



XVII

En Atenas maduraba el genio ático. Puede que no fuera todavía el genio de la filosofía y del arte supremo, pero sí el de la civilización helena. Una civilización que no alcanzaba todavía lo divino como haría más adelante en el ámbito de la filosofía y del arte, pero que se encaminaba ya hacia la genialidad.

Y la genialidad se manifestó en Temístocles.

Todas las cualidades propias de los genios de la bienaventurada Grecia las reunía Temístocles, orador y militar: sensible a la vez que duro, amable y circunspecto, astuto y compasivo, estratega y soldado aguerrido. Frente a tales cualidades nada podía aportar Persia sino la soberbia de su inmenso poder y la obediencia ciega (incluso de sus numerosos monarcas) a la presión bien organizada de un mando supremo.

Temístocles, hijo de Neocles, tarambana y derrochador en sus años mozos, había sido desheredado por su padre. Pero, siendo aún muy joven, luchó al lado de Miltiades en la batalla de Maratón y ahí enmendó lo que en su juventud había echado a perder con sus frivolidades. El hijo pródigo logró reconquistar la patria, un triunfo que en aquel tiempo suponía una gran gloria. El patriotismo era por aquel entonces algo más que sentimentalismo y afán de seguridad. El patriotismo era una virtud. Ahora bien, en Atenas el amor a la patria excluía el amor a Esparta. Con el paso del tiempo, el patriotismo ha ensanchado sus miras y así lo seguirá haciendo hasta convertirse en amor por el mundo. En aquel tiempo, en cambio, a los atenienses les correspondía la virtud de amar Atenas, no sólo por encima de Persia sino también por encima de Esparta, y de aspirar a hacerse con la hegemonía sobre los estados griegos y en especial sobre Esparta.

Temístocles, que era un genio a la vez que un hombre de grandes contradicciones, era por naturaleza ambicioso, aunque al mismo tiempo actuaba con la gozosa indiferencia del hedonista. Pero la ambición acabó imponiéndose y relegó sus veleidades a un segundo plano. Grecia vivía una atmósfera juvenil. Las virtudes, depósito de la belleza más esencial, florecían como árboles frutales en un exuberante vergel. La mala hierba se estaba asfixiando. La Grecia que brotaba era muy distinta a



la Persia que estaba en plena floración... Temístocles solía decir que los laureles cosechados por Miltiades, quien había vencido a los persas en Maratón —aunque Jerjes no aceptara eso como verdad histórica—, le quitaban el sueño. Y el insomnio de Temístocles era muy diferente al de Jerjes...

Después del regreso a Atenas de los delegados, el oráculo de la Pitia circuló por toda la ciudad... ¡Una muralla de madera! ¿Una muralla de madera? Los atenienses estaban abatidos y consternados. Entonces Temístocles se dirigió a ellos con una nueva voz, una voz que sonó alentadora en ese mundo joven donde el germen de las cosas aún por nacer flotaba en el aire:

—¡Atenienses! ¿Qué discutís con vuestros sabios y sacerdotes? ¿Os preguntáis por el significado de la muralla de madera a la que se refirió la Pitia? ¿De verdad creéis que la tosca empalizada que rodea nuestra Acrópolis nos protegerá del gran peligro oriental y del océano persa que amenaza anegar nuestras tierras? ¿Y para qué esa inquietud y desesperación? ¿Vaticinó la Pitia nuestro futuro o el de nuestros enemigos? ¿Se habría referido ella a la «divina» Salamina si los hijos que van a morir fueran de nuestras madres? ¿No se habría referido en tal caso a la «fatal» Salamina? No, atenienses, no os confundáis: la muralla de madera es la muralla de nuestras naves...

La nueva voz se impuso a la temerosa advertencia de los vaticinadores de que era conveniente abandonar el Ática y refugiarse en otras tierras (¿dónde?). Y la nueva voz no sólo era valiente, alentadora y seria, poderosa y alegre como la de un joven dios... También era la voz de un estratega y de un hombre sagaz. Transmitía entusiasmo, además de sentido práctico. Tiempo atrás, a petición de Temístocles, se había extraído plata y oro de las minas de Laurio que constituían el tesoro público. Él fue quien persuadió a los atenienses de invertir esas reservas en la financiación de una flota para protegerse de los de Egina, con los que estaban en guerra por aquel entonces, en lugar de repartir el tesoro al modo comunista entre los ciudadanos mayores de edad, tal como se había previsto inicialmente (a cada ateniense le habría tocado en tal caso diez dracmas). Al final las naves entonces construidas no se emplearon en la guerra. Permanecían intactas en el puerto.

—¿Acaso no está lista nuestra armada? —sonó la nueva voz como el canto de un gallo al alba.

Acababa de nacer una potencia naval.



XVIII

Mientras el Rey de reyes marchaba por Tesalia con su ejército creciente, la inmensa flota persa bordeó las costas de Magnesia y fondeó en un lugar situado entre la ciudad de Castanea y el cabo Sepiada. En aquella zona no había puertos. Ni uno solo. Las primeras naves echaron ancla encarando sus proas hacia la playa. Las demás amarraron detrás de éstas. Los cientos de naves fondeadas formaban una escuadra de ocho hileras. Las anclas de la última hilera de embarcaciones cayeron en un fondo muy profundo, lo cual preocupó a los marineros. La noche era oscura e inquietante. Se levantó una brisa fría. Era como si Bóreas, el viento del norte (que según el mito era esposo de una ateniense, Oritia, hija de Erecteo) amenazara la flota con sus fuertes ráfagas. ¿No había advertido el oráculo que Atenas haría bien en contar con la ayuda de sus yernos? ¿Y no era Bóreas el «yerno» de Atenas? Aquella noche el «yerno» de Atenas hizo bailar y entrechocar las quillas persas en el agua. El mar Egeo, vasto y oscuro bajo el firmamento nocturno, hacía rodar sus altas olas. Al rayar el alba se levantó un repentino viento. Era el *helespontias*, según anunciaron los habitantes de las costas que acudían a traer provisiones a los marineros que trajinaban con los cabos enmarañados. Entonces se desató una violenta tempestad. Seguía siendo oscuro a pesar de que ya había amanecido y el huracán arreció. Las gigantes olas hicieron entrechocar los trirremes. Los marineros de la primera hilera de naves arrastraron sus embarcaciones hacia la costa y ahí quedaron éstas, como encalladas, pero fuera de peligro. En cambio, las naves que se encontraban en mar abierto sufrieron los flagelos de Bóreas. El viento las arrancó de sus anclas y las arrojó las unas contra las otras. En su furia, las estrelló con un golpe de ola gigante contra las rocas y escollos del monte Pelio, que se alza en la costa como una enorme y abrupta muralla fatídica. Las embarcaciones a la deriva llegaron destrozadas a Castanea y Melibea.

La catástrofe se prolongó durante tres días y tres noches. El cuarto día amaneció luminoso, con un mar de estío, azul y agradable. Más de cuatrocientas naves se fueron a pique. Las aguas arrojaron a la playa fragmentos de las embarcaciones, velas hechas jirones y los cuerpos de los marineros. En los alrededores del cabo Sepiada, un ciudadano de Magnesia, Aminocles, hijo de Cretino, era propietario de una extensa hacienda que abarcaba desde el monte hasta la costa rocosa. Mientras



Aminocles lloraba junto con los suyos la muerte de sus hijos, cuyos cuerpos habían sido arrojados a la playa, las olas aplacadas le trajeron, ironía del destino, una copa de oro tras otra. Las bandejas de plata, que todavía no se habían hundido en el mar, flotaban alrededor de sus pies. En un solo día, los dioses le habían arrebatado a sus hijos al tiempo que le habían entregado los tesoros persas. Aminocles era un hombre rico. No sabía si reír o llorar...

Los magos efectuaron entonces sacrificios a los vientos, a Tetis, a las nereidas. Pero la calma ya había regresado sin necesidad de sacrificios. Los mortales suelen hacer las cosas más inútiles para ganarse el favor de los dioses, cosas que, eso sí, son de una gran belleza, la belleza del gesto y del pensamiento.

Jerjes no se enteró de la catástrofe hasta más adelante. Había llegado con sus tropas al golfo Maliaco después de haber atravesado Tesalia. Seis millones de hombres integraban sus tropas por aquel entonces. Las tierras que cruzaron habían quedado devastadas y los ríos sin agua. Jerjes daba la impresión de haber crecido, en aquella época. Era más alto que nunca y su aspecto era más majestuoso. Sin embargo, en su mirada escrutadora se adivinaba una extraña inquietud. Dormía mal desde el día en que pasó revista a su ejército en Dorisco. En la costa del golfo Maliaco la marea cambia más de una vez al día. Jerjes observaba el flujo y reflujo de la marea, el agua acercándose a sus pies y retirándose por la arena húmeda y rizada. Y el rey pensaba y soñaba con la marea cuando se adormilaba.

Pasado el golfo Maliaco, el ejército llegó a una llanura de la comarca traquinia. El lugar suscitó el interés del rey, pues le evocaba a Hércules, hijo de Zeus, el gran héroe de los griegos. Ahí, detrás de la ciudad de Traquina, la antigua Heraclea, se alzaba en el cielo azul, más allá de las blancas nubes, el monte Eta, en cuya cima Hércules había entregado su alma a los dioses sobre una pira. Jerjes contemplaba aquel paisaje con sumo interés. Entre los ríos Melas y Asopo, con el mar al fondo, las tiendas del ejército ocupaban la vasta llanura...

Jerjes consultó con sus comandantes cómo adentrarse en Grecia, pues le preocupaban las montañas, que le parecían un muro infranqueable...



XIX

Entretanto, los griegos llegados de diferentes polis custodiaban las Termopilas. Eran apenas cinco mil hombres.

Se trataba de un paso estrecho, la única vía de acceso a Grecia. En la aldea de Antela, un carro ancho tirado por un búfalo apenas pasaba por el desfiladero y en Alpenos apenas podía salir. A un lado del paso se alzan unas rocas escarpadas, al otro lado se divisa el brillo del mar y unas lagunas en el fondo de los barrancos. Las encinas serpentean entre las rocas con sus troncos negros y sus ramas retorcidas y el mar en el horizonte se torna aún más azul por contraste con las frondas verdes y negras de los árboles centenarios. Y más azules aún son los *chytri*, los baños de mujeres, unos lagos calientes cuyas aguas son de un azul jamás visto... En ese lugar hay un altar consagrado a Hércules, el héroe de esos parajes. Unos portones viejos, de bronce y madera pesada, cierran el paso. Un alto muro se levanta ahí donde las rocas se tornan más pequeñas. En ese paraje silencioso y solitario se estremece uno al evocar los viejos tiempos míticos. Los baños han dejado de usarse. Los portones están deteriorados... El altar en cambio sigue utilizándose. De cuando en cuando un águila, seguida por una segunda águila, planea sobre ese paraje encantado. El mar y los lagos azules, las rocas y cañadas pardas, las frondas casi negras de las encinas destacando unas sobre otras, toda esa armonía de colores confiere al lugar una belleza sagrada y severa. Los dioses y los semidioses dejaron la impronta de su belleza por donde pasaron. En ese paraje no sólo resonó el trágico lamento de Hércules sino también su risa clara y profunda de héroe. Su risa se oyó junto a la roca llamada Melampigo, donde capturó a los dos hijos de Theia, la nereida, por mofarse de los viajeros que por ahí transitaban. El héroe ató los pies de los muchachos y se los echó a la espalda debajo de su piel de león. Cuántas veces les había advertido su madre que no se burlaran de los viajeros por temor a que cayeran en manos del coco del trasero negro... De repente los muchachos estallaron en una carcajada y Hércules les preguntó por qué se reían en su situación, atados como iban sobre su espalda y boca abajo. Y ellos contestaron que era porque los pronósticos de su madre se habían confirmado. Que era verdad que Hércules tenía unas nalgas muy peludas. Entonces el héroe prorrumpió en una carcajada más sonora aún que la de los muchachos y los liberó...



Cuando el viento soplaba alrededor de la roca era como si se despertara el eco del pasado y de aquella antigua carcajada. Más allá, el paisaje se tornaba más severo; las rocas se tornaban sagradas; el mar, divino. Se apostaban ahí unos miles de griegos reunidos en torno a Leónidas, como si el lugar estuviera predestinado a la grandeza...



XX

¡Leónidas! Es él quien no ha permitido que la historia derroche ironía. En la antigua Hélade floreciente, ese mundo joven y pletórico de belleza, es él quien ha sido siempre, sin ironía, el héroe, el héroe modélico, el *heros*, casi un semidiós entre los hombres. La historia en torno a Leónidas es ya casi mítica. ¡Leónidas! En la vida real no fue diferente de lo que de él nos ha transmitido la historia. Un hombre joven, noble y rubio, rey de Esparta, de la estirpe de Hércules y de su hijo Hyllos. En su rubia belleza de atleta, ese rey, a la par que *heros* y héroe, se parecía al joven Hércules y más aún a su hijo Hyllos. Y se parecía asimismo a los héroes rubios de los mitos, tales como Meleagro, el cazador del jabalí de Calidonia; Belerofonte, el domador del caballo Pegaso; Perseo, que decapitó a la Medusa; Teseo, que mató al Minotauro; Jasón, que se apoderó del vellocino de oro. El rubio rey de Esparta era descendiente de Hércules, pero en belleza se asemejaba a todos los grandes héroes de la mitología. No hay diferencia entre él y ellos. El mito en él se ha mantenido fiel a la historia y la historia en él ha devenido mito. En Leónidas, la esencia divina del hombre deja de ser un ideal imaginario y se torna realidad; y la esencia humana de lo divino se revela en él como un ideal histórico tangible, con la belleza de una estatua antigua. Ningún poeta ha podido imaginar jamás a un héroe más bello que Leónidas, rey de Esparta. El continuó siendo, en su historia desprovista de ironía, un modelo para todos los héroes; y continuó irradiando la gloria de su fama, como estatua de mármol. Ante Jerjes, la Historia se sonríe y de Jerjes extrae sus anales cargados de ironía; ante Leónidas, la Historia jamás se sonrió. Ante Leónidas alzó con orgullo y gratitud su semblante materno de diosa que casi nunca se deja ablandar y de sus ojos divinos manaron dos largas lágrimas como perlas.

¡Leónidas! Quién, en sus años mozos, no quedó deslumbrado por la belleza de este hombre. De jóvenes escuchamos por primera vez su melódico nombre y vimos su ensalzada efigie de mármol. Leónidas fue nuestro gran héroe. Era él quien suscitaba, más que ningún otro héroe, nuestra admiración escolar. Tal vez fuera por su belleza divina, su complexión atlética y su cabello de fábula, rubio como el sol. O porque brillaba como un dios del sol entre los oscuros y siniestros muros de las Termopilas poblados de negras sombras. Y porque en esas mismas sombras él se desvanecía como un dios del sol se desvanece en la noche cuando ha concluido su heroica tarea.



¡Leónidas! En mi mente lo asocio con mis personajes favoritos de la Antigüedad. El rubio rey de Esparta, protagonista real de un hecho histórico, se confunde en mi imaginación con los héroes homéricos de la antigua y mítica Ilion. ¡Leónidas! ¡Cuánto lo he admirado! Más que a Aquiles, a quien también admiraba y no menos que a Héctor, a quien admiraba aún más. Leónidas. Aún hoy me sigue cautivando. Escribiré sobre él, inspirándome en los anales de la Historia, a menudo cargados de ironía. Pero él nunca me hará sonreír como me hace sonreír Jerjes. Me referiré a él con admiración y afecto y le tenderé una última rama de laurel: ¡Leónidas!



XXI

Aquella mañana Jerjes envió un jinete a la cima del monte con la orden de explorar las misteriosas puertas de los baños de agua caliente. El jinete, atento a diestra y siniestra a cualquier peligro que asomara entre las rocas, conducía su caballo lentamente cuesta arriba, abriéndose paso entre la espesura y las encinas. Los persas eran unos magníficos jinetes. Aquel Inmortal era en efecto un magnífico jinete y su caballo sabía dónde pisar. Jerjes, desde abajo, sentado en el trono que siempre le acompañaba, observaba al explorador cuya silueta se recortaba claramente contra el cielo azul como una efigie ecuestre de bronce y oro. Finalmente, Jerjes vio al jinete recorriendo con precaución la cima de la montaña desafiando el peligro de despeñarse por las rocas.

Desde ahí arriba, resplandeciendo bajo el cielo azul, tal vez al alcance de un dardo lacedemonio, el jinete miró hacia abajo. Su sorpresa fue mayúscula. No había esperado ver aquello. En el largo desfiladero, de unas siete millas, no había nadie. Más allá, en cambio, ahí donde el paso se ensanchaba, avistó numerosas puntas blancas de unas tiendas plantadas en torno a una tienda apenas más grande. Unas mil puntas rodeaban la punta de aquella tienda que sobresalía por encima de las demás. Enfrente de ésta había un hombre sentado sobre una piedra, en idéntica postura que Aquiles sentado frente a su tienda. Tenía las piernas cruzadas, la barbilla reposando en la palma de la mano y la cabeza inclinada, en actitud pensativa. Bajo su casco asomaban unos cabellos rubios. Unos mechones, dorados como el sol, le caían sobre la ancha nuca desnuda, visible entre las placas relucientes de su coraza. En los brazos y piernas semidesnudos del joven monarca se perfilaban, atléticos y nobles, sus heroicos músculos.

Aquel hombre era Leónidas, constató el jinete persa. Leónidas, rey de Esparta, descendiente de Hércules, el más grande héroe de la Hélade, cuya fama había llegado ya a oídos del ejército persa.

Desde la cima del monte, el jinete observó fascinado a Leónidas. El rey de Esparta no estaba sentado en un trono, como el Rey de reyes. Estaba sentado en una piedra. No le acompañaba una guardia real de Inmortales... Tampoco tenía cuñados, hermanos o primos que le comandaran las tropas. El rey de Esparta estaba sentado



en una piedra, humildemente. Y reflexionaba, la barbilla reposando en la palma de la mano y una rodilla apoyada con firmeza y tranquilidad sobre la otra. El jinete persa jamás había imaginado que un rey pudiera tener ese aspecto ni pudiera estar sentado en esa postura, ni siquiera un rey de Esparta.

Y entonces, al extender su mirada, el explorador se sorprendió todavía más. Abajo, en el largo desfiladero, no habría más que unos cuatro mil hombres. Parecían estar todos muy animados. Algunos se entretenían en ejercicios con las lanzas; otros lanzaban discos, y otros corrían. Se oyó la sonora risa, como la de un muchacho, de un ganador en el juego olímpico. Pero lo que más sorprendió al persa fue descubrir que casi todos aquellos hombres se estaban peinando el pelo que les cubría la nuca, como si estuvieran acicalándose para una fiesta.

No sabía el jinete que los lacedemonios se cepillan el pelo cuando se preparan para la batalla. Ignoraba la afirmación de Licurgo de que el pelo largo hace más atractivos a los hombres guapos, y a los feos, más aterradores. No salía de su asombro el jinete persa.

En aquel momento Leónidas levantó casualmente la mirada. Y descubrió al persa, al jinete que resplandecía en la cima de la montaña. Tal vez al alcance de un dardo.

Durante un instante Leónidas clavó su mirada en el persa, quien, a pesar de su intrepidez, se sobresaltó, aunque supo dominar a su caballo. Y entonces Leónidas bajó la mirada, impertérrito, y con la vista fija en el suelo permaneció en la postura adoptada por Aquiles frente a su tienda, en actitud pensativa, con las piernas cruzadas y la barbilla reposando en la palma de la mano.

Los demás hombres también se percataron de la presencia del persa. Alzaron la mirada, aquí y allá. Algunos lo señalaron con el dedo, se oyeron algunas risas. Y prosiguieron con sus carreras o con el lanzamiento de discos y lanzas... Y continuaron cepillándose el pelo con el semblante serio.

El jinete persa estaba perplejo. Salvo aquel puñado de personajes excéntricos, no había más tropas en el paso de las Termopilas de casi treinta y siete estadios de longitud...



XXII

Después de que el explorador persa, de vuelta en el campamento donde Jerjes le aguardaba, diera cuenta al Rey de reyes y a sus comandantes de cuanto había observado en su expedición, estalló una sonora carcajada. Jerjes dudó de que el explorador hubiera visto bien las cosas desde aquella altura. Dudó de que hubiera reconocido a Leónidas. Pensó que se habría inventado lo de los hombres cepillándose el pelo, porque probablemente no habría visto nada. Cuando la risa soberana de Jerjes se calmó un poco, ordenó que llamaran a Demarato, hijo de Aristón, a quien ya había consultado en la terraza de la fortaleza de Dorisco. Demarato se acercó a él y Jerjes lo invitó a sentarse con un gesto de la mano. Esta vez el soberano desterrado no pudo ni tan siquiera sentarse a los pies de Jerjes, dado que éste ocupaba un trono de campo pequeño, de gradas estrechas.

—Demarato —dijo Jerjes—. De ser verdad lo que afirma el explorador, ¿por qué actúan de forma tan extraña esos lacedemonios en las Termopilas?

—Oh, rey —repuso Demarato—. Ya os hablé de ellos cuando os preparabais para la batalla. Cuando os expuse mis temores, os reíste de mí. Me resulta difícil decir la verdad en presencia de vuestra majestad, pero voy a hacerlo. Escuchadme, os lo ruego. Esos hombres, ese puñado de hombres, apenas unos pocos miles, entre quienes se encuentra el rey de Esparta, que ha usurpado mi lugar, os impedirán el paso por el angosto desfiladero. Los lacedemonios suelen peinarse y cepillarse las largas melenas cuando se saben amenazados y se disponen a sacrificar sus vidas. Si vencéis a esos hombres, oh, rey, y a los espartanos que permanecen en la ciudad, ninguna otra nación volverá a levantarse jamás contra vos, pues los espartanos contra los que os disponéis a marchar son el pueblo más valiente de toda Grecia. Su reino es el estado más floreciente de la Hélade, su ciudad la más bella de todas las ciudades griegas...

Jerjes, sin percibir la melancolía que ocultaban las palabras exaltadas del rey desterrado, insistió:

—¡Cómo van a enfrentarse a mi ejército unos pocos miles de hombres! —Y se echó a reír.



Y se echaron a reír sus hermanos, cuñados y primos que le acompañaban.

Demarato se limitó a decir:

—Ay, Señor, llamadme embustero si no sucede lo que yo os digo...

Y Demarato se retiró. Durante cuatro días, los persas no tuvieron nada que hacer en aquellos montes. Jerjes aguardaba que se dieran a la fuga aquellos hombres que se peinaban el pelo, junto a su extraño rey y comandante, que soñaba sentado en una piedra frente a su tienda. Pensó, magnánimo, en dejarles huir, y, con una sonrisa bondadosa en el semblante, se extrañó de que aquellos pobres locos actuaran de esa forma. Sin embargo, llegado el quinto día, al ver que aquellos hombres en lugar de retirarse le estaban retando con su desfachatez, el rey montó en cólera. Ordenó a una tropa de medos y cisios que los apresaran y los condujeran ante él. Estuvo esperándolos todo el día, impaciente. Nuevas tropas partieron para ver qué había sucedido con las primeras. Los medos y cisios regresaron sin los prisioneros e informaron a sus capitanes de las grandes pérdidas sufridas.

—¿Cómo es posible? —exclamó Jerjes furioso.

Todos los capitanes, uno detrás de otro, le dieron la misma respuesta:

—Señor, tenemos muchos hombres. Pero pocos soldados.

La batalla contra los defensores del angosto desfiladero duró todo el día, como si éste fuera una fortaleza. Los cuerpos de los persas (unos veinte mil, según los cálculos) se amontonaron en la orilla del mar. Al día siguiente Jerjes decidió acabar de una vez por todas con aquella situación. Llamó a Hidarnes y a los Inmortales y les ordenó capturar a aquella pequeña tropa de griegos y traerla ante su trono, su trono rural. Hidarnes, deslumbrante con su coraza de oro, montado a caballo entre sus hombres esforzados, los Inmortales, con sus refulgentes corazas de oro, se dirigió a las Termopilas, a Anthela.

Poco importó que sus tropas contaran con diez mil hombres. Además, no acudieron los diez mil. Tal vez partieron seis mil, o cinco mil o tres mil. Eso poco importó. La garganta era tan angosta que sólo era posible el enfrentamiento en combate singular. Por si fuera poco, las lanzas de los Inmortales eran demasiado cortas. Aquellos hombres esforzados parecían incapaces de luchar. Al menos no contra los lacedemonios. Más de un Inmortal perdió la vida.

Y cayó abatido, hermoso, con sus escamas doradas y la sangre brotando de su cuello cercenado. La sangre obstaculizaba el paso de quienes venían detrás. Los lacedemonios parecían batirse en retirada, hombro con hombro, por el estrecho paso. Y los Inmortales, profiriendo gritos de triunfo, los persiguieron. Pero entonces, de repente, los lacedemonios se dieron la vuelta, y cinco de ellos, no más, embistieron con lanza y espada a los vociferantes Inmortales. Y los mataron lanzándolos contra la



viva muralla de hombres que venían detrás, que creían que los primeros habían ganado terreno. Los lacedemonios, aparentemente, se replegaron de nuevo, para luego volver a retomar, de modo regular y maquinal, su violenta estrategia. El número de Inmortales que derribaron fue increíble. Los cuerpos caídos impedían el paso por el desfiladero. Hidarnes, furioso, ordenó a los Inmortales que se detuvieran y retiraran a los caídos.

Jerjes, quien había colocado su trono encima de una roca sobresaliente, contemplaba desde ahí el combate. También él estaba furioso. Saltó del trono tres veces, furibundo, señal de que el espectáculo le estaba impresionando, pues habitualmente guardaba las formas y permanecía tranquilamente sentado mientras contemplaba la batalla. Pero esta vez era demasiado. Tres veces saltó del trono. A la caída de la tarde los persas se replegaron. Una larga procesión de cuerpos de Inmortales, portados en andas hechas con ramas, bordeaba la costa. Los lacedemonios entraban a sus caídos por los portones. Eran tan pocos que los persas no podían ni creerse que hubieran acabado tan pronto con sus muertos. Y ante Jerjes compareció entonces el inevitable y fatídico traidor: Epialtes...



XXIII

Por la noche, Epialtes condujo a los persas por una senda secreta que discurría entre los montes y que arrancaba en el río Asopo. De no haber sido por el traidor, los persas nunca habrían encontrado el sendero. Hidarnes y los Inmortales siguieron los pasos de Epialtes a la hora en que se prendieron las antorchas. En la noche oscura y aciaga, cruzaron los montes, cada vez más escarpados, deslizándose por entre la crujiente maleza bajo las tupidas encinas. Marcharon toda la noche en silencio, desconfiando del delator, pues pensaban que éste tal vez estaba sacrificándose por su nación simulando una traición... Cuando alcanzaron la cima del monte, el alba rompió por el este y entre los troncos de los arboles empezó a clarear... Y los mil infantes focenses que vigilaban la senda del monte oyeron sorprendidos los pasos de los persas que se acercaban por la densa hojarasca... Una sorpresa para ambos bandos... Ante la nube de flechas persas, los focenses huyeron hacia la cima más alta del monte y se dispusieron a morir, pues los Inmortales eran miles... Pero éstos descendieron del monte sin prestar atención a los que habían huido hacia la cima.

Fue entonces cuando los focenses comprendieron...



XXIV

El adivino Megistias, tras haber examinado las entrañas de las víctimas sacrificadas, fue el primero en advertir aquella noche a los griegos aliados que iban a ser sitiados por los persas en las Termopilas y que morirían si permanecían ahí.

Leónidas reunió a su consejo.

A los hombres descorazonados, a los reacios a quedarse, a los que pensaban de otra manera, les aconsejó marcharse para salvar la vida.

Y les dijo que él permanecería en las Termopilas junto con trescientos lacedemonios, los tespienses y los rehenes tibetanos... ¿Por qué iban a quedarse los demás? Les apetecía bien poco esperar en aquel lugar la muerte segura anunciada en las entrañas de las víctimas sacrificadas. Querían servir a su patria con prudencia y de un modo más práctico. Eso fue lo que le comunicaron a Leónidas, quien se encontraba entre sus trescientos lacedemonios como el dios Ares entre un puñado de héroes. De modo que los hombres desmontaron las tiendas del campamento, que no les había sido fácil plantar en las húmedas y musgosas grietas de las rocas. Se despidieron con mucha retórica, con discursos, con ironía incluso, también con sentimiento. Y se marcharon. Leónidas hasta les recomendó que se apresuraran, sin ironía ni rencor, sereno y magnanimo. Y ellos desaparecieron entre las rocas y las cuevas, entre los troncos retorcidos de los robles, pasando por delante de los lagos azules de los «baños femeninos». Las espinilleras de cobre en sus piernas refulgían entre los helechos pisados y los lirios amarillos. Miraron de reojo hacia la izquierda, hacia el mar Egeo, cuyo azul intenso se entreveía entre las rocas y se extendía por las lagunas salinas. Querían cerciorarse de que la flota persa no estaba ahí apostada, aun sabiendo que no lo estaba ni lo estaría nunca. Y es que, cuando acecha un peligro, quien siente inquietud imagina lo imposible. Así desaparecieron tras la roca Melampigo, un batallón tras otro, cientos, miles de hombres, y se adentraron en Locris.

Las Termopilas, con su longitud de treinta y siete estadios, quedaron prácticamente solitarias. Desde la alta pared de roca el desfiladero —cuya máxima anchura era de cincuenta metros y se abría entre unas rocas que eran como titanes de



piedra recién salidos de un combate— se divisaba unos pocos puntos blancos: apenas trescientas tiendas rodeaban la tienda de Leónidas.



XXV

Texto. Leónidas meditaba. No era un genio como Temístocles. No era un estadista sagaz ni un pensador ingenioso. Su alma grande y sencilla no lidiaba con conflictos ni contradicciones. No había en él sino claridad y sólo veía ante sí el resplandor de las líneas rectas. Además Leónidas era piadoso con los dioses en los que creía. Sentado entre las rocas frente a su tienda, como Aquiles sentado en la playa de Ilion, no pensaba en cómo huir con los suyos del inminente peligro, a pesar de que el cerco de los persas estaba a punto de cerrarse sobre ellos. Él sólo pensaba en lo que había anunciado el oráculo...

Cuando, al estallar la guerra, los lacedemonios acudieron a Delfos para consultar a la Pitia, ésta les había advertido en versos hexámetros:

Ciudadanos de la gran Esparta, vuestra ciudad será arrasada por los descendientes de Perseo, o, de no ser así, la tierra de Lacedemón llorará la muerte de su rey, descendiente de Hércules...

Hacía poco tiempo que Leónidas era rey de Esparta. Sus dos hermanos mayores habían fallecido. El nunca imaginó que le tocaría asumir el trono. Hacia apenas un par de semanas que era rey. Leónidas pensaba en su breve reinado y en la muerte que le esperaba en la batalla. Pensó en su joven esposa, Gorgô, hija de Cleómenes, su hermano muerto. Pensó en su hijo pequeño. Pensó en los trescientos hombres que permanecían a su lado, todos ellos en la flor de la edad, y en las esposas e hijos que habían dejado en Esparta. Pero la melancolía que le inspiraban esos pensamientos ocupaba poco espacio en el alma de Leónidas. Más le pesaba la serena expectación, el entusiasmo silencioso, de luchar y morir por su tierra, arropado por sus hombres más valientes, y el deseo de obtener fama eterna. Al lado de su blanca frente, lisa y pensativa, surcada por una única arruga varonil, oyó agitarse las alas extendidas de



Niké, la diosa de la Victoria. Sintió los pliegues de su amplia túnica moviendo el aire, vio sus blancos brazos virginales tendiéndole las coronas y ramas de mirto y de laurel. Entre las rocas escarpadas, por las que asomaba en aquel instante el sol del día aciago (el primero de sus días aciagos), las blancas visiones cual materia solar empolvada de oro flotaban en torno a Leónidas, el héroe meditabundo...



XXVI

Aquel día, su postrer día, Leónidas convocó a sus trescientos lacedemonios, a los tebanos, que eran sus rehenes (dado que eran partidarios de los persas), y a los tespienses. Encabezados por su comandante Demófilo, hijo de Diadromas, los tespienses habían manifestado públicamente que morirían junto a Leónidas.

—Padre sagrado —le dijo Leónidas al adivino que le había anunciado su fatídico hado a partir de las entrañas de las víctimas sacrificadas—. Márchese, aún hay tiempo.

—Leónidas —repuso Megistias—, yo ya he cedido con mi único hijo, por cobardía paternal... Es aún tan joven, casi un muchacho. Le ordené que se marchara y se fue. Pero yo me quedo.

—Pues ésta será nuestra última comida —dijo Leónidas—. Comed, a gusto, amigos, pues esta noche cenaréis en el palacio de Plutón.

Y los hombres se sentaron en las rocas y la hierba y empezaron a comer.

Jerjes había acampado aquella noche con los Inmortales en la cima del monte. Ahí, entre los magos, el Rey de reyes hizo por la mañana las libaciones de rigor al sol. Los gestos que hacía con el ánfora y la copa impresionaban. Jerjes sabía realizar tales ceremonias con solemnidad. Concluida la ceremonia, los persas descendieron del monte, decenas de miles de ellos, y cercaron las Termopilas formando un amplio círculo a su alrededor. Los comandaba Epialtes, el traidor. Los suboficiales, empuñando sus látigos, acuciaban a los soldados que descendían por las rocas. Hasta aquel momento el muro reforzado del desfiladero había protegido a los lacedemonios, pero ante el ataque de los persas que venían de todas partes, Leónidas y los suyos se vieron forzados a retirarse hacia la parte más ancha del desfiladero. Ahí se quedaron esperando a los persas, con la muerte ante los ojos y sin embargo serenos, el pensamiento puesto en su empresa y en la fama que les depararía el futuro. Habían decidido vender sus vidas y el angosto paso a Lokris lo más caro posible. Y con sus largas lanzas y anchas espadas, aquellos locos sublimes arremetieron contra los persas...



Aguijados por los látigos de los suboficiales que los obligaban a avanzar, los primeros persas sucumbieron al ataque de los griegos. Combatiendo se precipitaron en el mar. Cayeron aplastados bajo los pies de los hombres que bajaban por las rocas detrás de ellos. Cayeron hasta que las largas lanzas griegas se partieron y las cortas espadas griegas se rompieron contra los escudos persas. Cada vez eran más numerosos los soldados persas que bajaban por las rocas. Eran como un refulgente aluvión de miles de soles. Leónidas luchó como una fiera. Le rodearon las lanzas persas, una nube de largas y afiladas agujas. De repente reparó en la presencia de Epialtes a lo lejos y lo reconoció. Y entonces..., entonces Leónidas vio al propio Jerjes en medio de sus resplandecientes suboficiales y sus Inmortales. Y la ira de Leónidas creció hasta tal extremo que olvidó que su casco estaba perforado, que le sangraba la cabeza y que la sangre le cubría todo el cuerpo como consecuencia de las graves heridas infringidas por las espadas y las lanzas. Blandiendo la espada en medio de sus hombres más fieles, se fue abriendo camino en dirección al rey persa. Sus ojos azules echaban chispas. Epialtes se apartó, pero Jerjes quedó tan sorprendido por la violenta acometida del rey de Esparta, al que había ordenado capturar ya diez veces, que se quedó inmóvil, perplejo. Estaba flanqueado por sus dos hermanos menores, Abrocomas e Hiperantes, hijos de Darío. Y, de repente, Jerjes vio a ambos príncipes, que sólo estaban a un paso de él, peleando en combate singular contra los lacedemonios en medio de fuertes gritos. Los Inmortales cayeron, ambos príncipes cayeron. Entonces se acercó el mismísimo Leónidas, un pie sobre el cuerpo de Abrocomas. Y Jerjes, como petrificado por ver acontecer lo imposible, no era capaz de defenderse, estaba perplejo, no podía creer que sus dos hermanos yacieran en el suelo, justo delante de él, pisoteados por esos locos, por esos enajenados. En aquel momento Leónidas estaba ya muy cerca de Jerjes. Leónidas ya no tenía lanza, partida como estaba; ya no tenía espada, rota como estaba. Y, a pesar de ello, ensangrentado de los pies a la cabeza, con las manos en alto y los puños apretados, embistió a Jerjes... Y le arrebató su tiara. Y se la lanzó a la cara. Jerjes gritaba de dolor e indignación. Los Inmortales le rodearon con una barrera de espadas, pero los lacedemonios rodearon a Leónidas, que se tambaleó, empapado de sangre. Y éstos se retiraron llevándose a su rey agonizante, a pesar de estar rodeados por los persas. La masa de combatientes se desplazó cuatro veces de un lado a otro por el desfiladero. Cuatro veces dio la impresión de que los griegos iban a vencer a los persas a la vista del dolor y la desesperación de Jerjes, que estaba junto a los cuerpos de sus hermanos con los puños en alto. Pero Epialtes se fue aproximando con nuevas tropas más numerosas. Éstas bajaron en bandadas por las rocas. Los tebanos, que no eran de fiar, se rindieron gritando que ellos eran partidarios de Persia, que siempre lo habían sido... Mientras tanto los lacedemonios y los tespienses, muy juntos, entre ellos el agonizante Leónidas, ganaron el monte junto al paso por el que habían entrado, detrás del muro conquistado que había dejado de protegerles ahora que los enemigos



se acercaban en bandadas por todas partes. Y se abrieron paso, luchando con las pocas espadas que les quedaban y sobre todo con las manos y los dientes, despedazando al enemigo. Hasta que una multitud de escudos persas cayeron ruidosamente sobre los griegos y los sepultaron. Las lanzas persas atravesaron todo cuerpo que asomase bajo los escudos sonoros. Las espadas persas cercenaron toda cabeza que asomase bajo los escudos letales.

El camino a Delfos, a Atenas, estaba libre...

Jerjes se avergonzaba de sus pérdidas. Envió un emisario a su flota, que estaba fondeada entre el cabo Artemisio e Histiaea, e invitó a las tropas de su armada a que acudieran a ver el campo de batalla de las Termopilas, que tan glorioso había sido para los persas. Los comandantes de la flota y los marineros acudieron a ver el espectáculo. Hallaron unos mil persas caídos y les rindieron los últimos honores. Los otros miles de hombres caídos los vieron, pues Jerjes había ordenado arrojar sus cuerpos a toda prisa por los barrancos y cubrirlos con tierra y hojarasca. Lo que sí vieron las tropas de la armada fueron los miles de caídos griegos cuyos cuerpos Jerjes había hecho amontonar en aquel mismo lugar con gran efectismo dramático.

Pero el ardid del rey no engañó a nadie. Los comandantes y marineros regresaron al día siguiente a la flota. Habían oído y comprendido. Sus sonrisas y sus cuchicheos revelaban que habían comprendido...

Jerjes siguió adentrándose en la Hélade con su ejército.

El paso de las Termopilas siguió abierto, libre y abandonado.

Hordas de buitres siguieron el vuelo de dos águilas que sobrevolaban a ojos vistas los barrancos, los lagos azules y los estrechos de mar ribeteados de espuma, internándose entre los troncos de las encinas. Durante los siguientes días, se oyó de continuo el siniestro batir de las alas de los buitres, que cruzaban las Termopilas como una nube oscura...

El sonido del aleteo de los buitres no perduró mucho tiempo, pero sí ese otro sonido que Leónidas había percibido en su mente como armonía y música cuando meditaba frente a su tienda. Fue éste el sonido que resistió el paso de los siglos, no el de las alas de las aves rapaces, sino el de las alas puras y blancas de las diosas de la victoria, el del suave susurro de sus túnicas en movimiento, y el de las ramas y coronas de mirto y laurel que las diosas agitan en el aire al entregarlas a las almas de aquellos héroes inolvidables que combatieron en ese lugar, los inolvidables hombres de Leónidas, el rubio rey de Esparta, *heros* y héroes, ejemplo para héroes venideros...



XXVII

De regreso al campamento, Jerjes hizo llamar a Demarato a su tienda. El rey estaba sentado en su trono. Su hermano Aquemenes, a quien había nombrado almirante de la armada, estaba sentado a su derecha. Jerjes indicó a Demarato que se sentara en la banqueta vacía que tenía a su izquierda. La luz del sol se filtraba a través de las rojas lonas de seda del vasto pabellón en cuyo interior lucía el mobiliario de Jerjes: su lecho dorado cubierto de pieles de león, su mesa dorada con los artículos de tocador en oro y un aparador dorado con una vajilla de oro. Ahí pendían asimismo las armas de oro de Jerjes. El rey y el príncipe estaban sentados a una mesa dorada sobre la que reposaba un mapa de la Hélade. Todo aquel oro refulgía bajo la luz del sol tamizada por el rojo y envolvía a Jerjes con ese brillo esplendoroso que tanto amaba.

—Demarato —dijo Jerjes en tono complaciente—, eres un hombre de bien: se ha demostrado que dices la verdad. Se ha cumplido todo lo que me pronosticaste. Dime sólo una cosa más: ¿cuántos lacedemonios han quedado en Esparta? ¿Son éstos igual de valientes que los que han luchado contra nosotros?

Jerjes prefería no pronunciar el nombre de Leónidas. Aún tenía una cicatriz en la sien causada por la tiara que el griego le lanzó a la cara. Y la tiara había quedado completamente aplastada.

Así y todo, el Rey de reyes le dirigió a Demarato una sonrisa complaciente.

—Señor —respondió Demarato—, hay muchos lacedemonios y tienen muchas ciudades. Pero os diré lo que queréis saber. Esparta, la capital lacedemonia, cuenta con dieciocho mil hombres y todos ellos son tan valientes como...

También Demarato, que había sido rey de Esparta, intentaba no pronunciar el nombre de Leónidas, pero de sus labios brotó:

—...como los trescientos acompañantes de Leónidas que habéis vencido. —Y consideró necesario añadir—: Los demás lacedemonios son también hombres valientes pero no comparables a ese... —de nuevo Demarato se tragó el nombre de Leónidas— que habéis vencido —repitió quien había sido rey de Esparta.



—Dime cuál es la manera más sencilla de vencerlos —insistió el rey—. Porque esto ya está durando en exceso.

—Gran rey —habló Demarato—, os daré mi sincero consejo. Enviad trescientas naves a la costa de Lacedemonia, a la isla Citera. Desde ahí tomad Lacedemonia, que siempre ha temido el ataque de una armada. El resto de la Hélade será entonces una presa fácil, si Esparta no le apoya por estar ocupada en otras lides. De no seguir mi consejo, os espera en el istmo de Corinto la batalla más encarnizada.

Entonces Aquemenes se levantó de un salto. Detestaba a Demarato, ese desterrado a quien su hermano Jerjes siempre pedía consejo.

E indignado exclamó:

—¡Mi rey y hermano! ¿Estáis dispuesto a prestar oídos a quien envidia vuestra suerte y actúa movido por sus propios intereses? ¿Acaso no son así todos los griegos? Envidian la dicha ajena y detestan a quienes son superiores a ellos. Habéis perdido ya cuatrocientas naves en la tormenta. Si enviáis otras trescientas naves a recorrer las costas del Peloponeso, el enemigo será tan fuerte como nosotros. En cambio, si no dividimos nuestra armada, seremos invencibles. El ejército y la armada unidos se apoyarán mutuamente. Si se separan, perderán toda su fuerza.

Jerjes estaba amable y de buen humor.

—Aquemenes —replicó Jerjes esbozando una generosa sonrisa alrededor de su barba negra—, tu consejo me parece acertado y probablemente te haga caso. Pero Demarato es un hombre de bien y es mi huésped. Su palabra siempre ha sido digna de consideración y no quiero que se hable mal de él...

Cuando Aquemenes y Demarato abandonaron la tienda, Jerjes se puso a reflexionar sopesando los pros y los contras... Enviar trescientas naves... a la costa peloponesa... o no...

Estuvo dándole vueltas al asunto hasta altas horas de la noche y no logró conciliar el sueño.



XXVIII

La flota griega puso proa al cabo Artemisio, el punto más nórdico de Euboia.

Los corintios aportaron cuarenta naves; los megarenses, veinte; los de Cálcide, otras veinte cedidas por los atenienses. Los eginetas suministraron dieciocho naves; los sicionios, doce; los lacedemonios, diez: los epidaurios, ocho: los de Eretris, siete; los de Troizina, cinco; los de Estira, dos; y dos también los de la isla Ceo; los locros concurren con siete naves, la mayoría pentecoteros, con los que surcaron las movidas aguas del mar Egeo.

Los atenienses por su parte se dirigieron al cabo Artemisio con ciento veintisiete naves comandadas por Temístocles. Ejercía el mando sobre toda la armada Euribíades, hijo de Euriclides, un lacedemonio, pues los aliados no querían a un ateniense como almirante.

Los atenienses, por diplomacia y amor patriótico hacia el conjunto de la Hélade, no insistieron, a pesar de que su flota era numerosa. Se prepararon para el combate y Temístocles, astuto como era, iba maquinando diferentes estrategias.

Pero los comandantes griegos, cuando advirtieron la inmensidad de la flota persa desde el cabo Artemisio (inmensa todavía a pesar de las adversidades), se amedrentaron y quisieron darse a la fuga. Los que estaban en Euboia suplicaron a Euribíades que esperara hasta que pusieran a salvo a mujeres, niños y esclavos.

No lograron convencer a Euribíades.

Acudieron a Temístocles. Y le ofrecieron treinta talentos a cambio de retener la flota frente a la isla, para que la batalla no se librara en otro sitio y Eubeia no quedara indefensa.

Temístocles observó sonriente los treinta talentos que le ofrecían. No le pareció una traición dejarse sobornar por los griegos en beneficio de la Hélade. Tampoco le pareció una deslealtad sobornar a los comandantes helenos para no abandonar aquellas aguas en beneficio de la Hélade. Se dirigió con los tres talentos a Adimanto, comandante de los corintios, quien se disponía ya a hacerse a la vela, y le dijo:



—Adimanto, por Zeus, dios poderoso, no nos abandonéis. Si os quedáis, os ofreceré un obsequio más grande que el que os ofrecería el rey de Persia por dejarnos.

Y le entregó tres talentos. Adimanto resolvió quedarse, en la suposición de que había recibido dinero ateniense.

Luego Temístocles le ofreció a Euribíades cinco talentos. También éste se quedó, creyendo que había recibido dinero griego.

Temístocles conservó el resto del dinero eubeo: veintidós talentos. No se consideraba deshonesto, en todo caso sí astuto. Se reía de la gente y de las cosas, satisfecho por lo que había conseguido para la Hélade y para sí mismo.

Entonces comparecieron ante él un hombre y una mujer joven, ambos empapados hasta los huesos.

—¿Quiénes sois? —preguntó Temístocles.

—Temístocles, hijo de Neocles —contestó el hombre—, soy Escilias de Skione, el mejor buceador de la Hélade. Esta es mi hija Kyana, ella bucea como yo. Cuando la flota persa fue azotada por la tormenta frente al monte Pelión, ambos nos sumergimos en la profundidad del mar a pesar del mal tiempo.

—Y arrancamos las anclas persas —añadió Kyana con una sonrisa.

—Recuperé para los persas muchas piezas de vajilla de oro y plata que saqué del fondo del mar —aclaró el buceador en tono pícaro.

—La verdad es que nosotros nos quedamos con algunas de las piezas —se rio Kyana.

Temístocles se unió a sus risas y preguntó:

—¿Y ahora qué?

—No queríamos seguir viviendo con los persas —repuso Escilias.

—Queríamos volver con los griegos —dijo Kyana.

—Cerca de Efetas, donde está anclada la flota persa, yo me arrojé al agua.

—Y yo también —dijo Kyana.

—No salí a la superficie hasta llegar al cabo Artemisio.

—Y yo también —repitió Kyama.

Temístocles se echó a reír:

—No es verdad.

—¿Que no es verdad? —repuso Escilias indignado.



—¿Cómo que no es verdad? —añadió la hija indignada.

—¿Cuánto tiempo nadasteis, pues, bajo el agua? —preguntó Temístocles sin dejar de reír. Y lo calculó él mismo—: Ochenta estadios...

—Estadios pequeños —precisó el buceador mostrándose un poco más humilde.

—Fuisteis en barca —repuso Temístocles riendo todavía.

—Pero primero nadamos bajo el agua —puntualizó Kyana—. La barca nos esperaba.

—Bueno, en realidad no nadamos ochenta estadios bajo el agua —reconoció el pícaro buceador.

Los tres rieron. Entonces Escilias dijo:

—Yo soy un buen griego. Podéis confiar en mí. La flota persa, una parte de ella, pone rumbo a Eubea. Eso era lo que venía a anunciaros. Y lo de las anclas persas es verdad.

—Te creo —contestó Temístocles riendo—. Propondré a los comandantes que deliberen.

Aquella mañana los comandantes se reunieron en consejo. Por la tarde, la pequeña e incompleta flota griega se dirigió hacia la flota persa para demostrarle lo que era capaz de hacer.

Los marineros y comandantes de la flota persa tomaron a los griegos por una pandilla de locos al verlos acercarse con tan pocas naves. Levaron anclas creyendo que les sería fácil dominar a aquellos griegos insensatos.

Los griegos emprendieron el ataque. En el paso estrecho se apoderaron de treinta trirremes persas...

Y aquella noche, como si Bóreas y los dioses del viento continuaran protegiendo a los griegos, se desató una tremenda tormenta. Era pleno verano. Del monte Pelio llegaron unos negros nubarrones acompañados de truenos y lluvias torrenciales. Un gran número de naves persas se fueron a pique. Los cuerpos de los hombres y los fragmentos de las galeras flotaban entre los remos de las otras naves.

Todo ello sucedió porque Zeus, el dios de los griegos (enfrentado al dios de los Persas, a quien éstos también llamaban Zeus), quería igualar las fuerzas de la armada persa con la griega. Las naves persas se vieron arrojadas sin compasión contra los arrecifes de Eubea. Al apuntar el día acudió un refuerzo griego de cincuenta y tres naves atenienses. Durante aquella tarde éstas destruyeron las naves de Cilicia integradas en la armada persa.



Al tercer día lucharon con las fuerzas igualadas. La flota persa, perjudicada por su excesivo número de galeras, lo que hacía que los remos entrechocaran, perdió aquel día una gran cantidad de hombres y de navíos. Los griegos, por su parte, también sufrieron un gran número de bajas... En aquellos mismos días Leónidas defendía las Termopilas. Los griegos defendían el paso a la Hélade tanto por tierra como por mar.

Aquella noche, de vuelta a Artemisio, los griegos, y sobre todo los atenienses, se percataron de las grandes bajas sufridas y se reunieron para deliberar cómo refugiarse lo antes posible en el interior de la Hélade.

No era eso lo que Temístocles quería y se dijo para sí: «Si al menos pudiera conseguir que los de Jonia y Caria se volvieran a unir a nosotros...».

Entonces mandó escribir sobre las rocas, cerca de las fuentes de agua donde con toda seguridad los marineros persas acudirían a rellenar sus cántaros, el siguiente mensaje: «¡Jonios! Os equivocáis enfrentándoos a vuestros padres e intentando someternos a nosotros, los griegos, al yugo persa. No olvidéis que sois vosotros quienes habéis provocado esta guerra... Si no podéis hacer otra cosa, manteneos al menos neutrales, y, si los persas os obligan a luchar, no empleéis la fuerza contra vuestros padres y hermanos...».

Temístocles pensó: «Si estos mensajes no llegan a oídos de Jerjes, los jonios desertarán y se pasarán a nuestra armada... Ahora bien, como Jerjes se entere, sospechará de los jonios y no les dejará participar en la batalla».

En aquel instante llegó un explorador procedente de Traquis anunciando la muerte de Leónidas, de sus trescientos hombres y de los tespios. El camino a Atenas estaba libre...

Fueron días de inquietud, casi de incertidumbre. No era aconsejable permanecer por más tiempo en aquellas aguas lejanas ni aunque se fuera a pique toda la armada persa. Oh, cuán frágil era aquella «muralla de madera», esa flota nueva y orgullosa, aunque ya castigada, de la joven potencia naval. Debajo de ella no había sino olas en lugar de la tierra que los hombres necesitan.



XXIX

Un grupo de arcadios llegados de Focia compareció ante Jerjes y sus hombres. No les agradaba combatir y estaban desmoralizados. Lo único que querían era trabajar la tierra, arar, sembrar y cosechar.

—¿Qué están haciendo los griegos en Elida, en Acaya, en Argolis y en Arcadia? —preguntó Jerjes con el ceño fruncido—. ¿Acaso se están preparando para luchar contra nosotros?

—No, señor —contestó el portavoz de los arcadios.

—¿Qué hacen entonces? —insistió Jerjes.

—Celebran los juegos en Olimpia, señor —respondió el arcadio—. Concurren a certámenes atléticos, a carreras de carros y de caballos, rey.

—¿Qué premio obtiene el ganador?

—A veces un trípode, otras veces una corona de olivo —contestó el arcadio—. La corona de olivo es el premio máspreciado. Por él se libra la competición más reñida...

—Pero, ¿contra qué clase de pueblo nos enfrentamos, oh Mardonio? —exclamó Tritantecmes, hijo de Artabano—. Estamos a punto de vencerlos y ellos se entretienen en Olimpia con carreras y ejercicios atléticos por una simple corona de olivo. ¿Acaso luchan por la fama como hizo Leónidas en las Termópilas?

Jerjes, contrariado, dijo:

—Primo Tritantecmes, es una cuestión cultural. No entiendo cómo no lo ves. Nuestra cultura es superior a la griega. Nuestro concepto de la organización y de la administración no nos permite dedicarnos a algo tan frívolo como la celebración de unos juegos atléticos en vísperas de una batalla decisiva. Nosotros los persas somos más serios. Imagina por un momento que sufriéramos una derrota, algo que es imposible, porque el dios de los persas nos protege y nos seguirá protegiendo. Nosotros, antes de emprender una batalla, pondríamos a prueba...

—¡Comoquiera que sea, a mí me parece elegante eso que hacen! —intervino Tritantecmes.



La interrupción de su primo molestó a Jerjes. Pero no sólo su primo, también el humilde arcadio interrumpió al Rey de reyes, diciendo de buena fe:

—Señor, ellos todavía no creen que van a ser derrotados. Y nosotros los arcadios tampoco. Nosotros hemos venido aquí no tanto porque confiamos en vuestra victoria sino porque deseamos trabajar. Señor, nos falta lo más necesario y somos campesinos más que soldados. Deseamos trabajar la tierra, arar, sembrar y cosechar, si con ello podemos ganarnos la vida...

Cuando Jerjes se consideraba agraviado en su dignidad de monarca —lo cual sucedía alguna que otra vez, con tantos hermanos, cuñados y primos—, tenía el buen gusto de disimular su enojo. Para colmo, esta vez le había ofendido un campesino arcadio. Así que se limitó a decir al grupo de excelsos comandantes que tenía detrás:

—Siempre creí que los arcadios eran más poéticos, al menos más que este campesino. Elegante no es, este arcadio, Tritantecmes, pero le podemos ofrecer en arrendamiento un poco de tierra de cultivo de la Focia conquistada.

Se dibujó una sonrisa aristocrática de aprobación en los labios y barba de los resplandecientes hermanos, cuñados y primos, y Jerjes dejó partir en paz a los arcadios. Estos se dedicaron a cultivar la tierra de Focia con el pensamiento puesto en el futuro...



XXX

Jerjes reanudó su marcha hacia Atenas...

Envió a uno de sus contingentes hacia la derecha, a Delfos. Hubiera preferido ir él mismo a Delfos, pero el lugar le inspiraba temor. Sólo de pensar en el oráculo, se estremecía. De camino a Atenas, Jerjes dirigió la mirada disimuladamente hacia la derecha, donde se alzaba el Parnaso, el sagrado monte reino de Febo-Apolo, en cuyas laderas pobladas de prados y flores bailaban y cantaban las musas...

Ardieron las ciudades a orillas del río: Drimo, Elatia, Hiampolis, Parapotamios. Los templos fueron pasto de las llamas. El santuario de Apolo en Abas fue saqueado. Toda aquella devastación no siempre se produjo por orden de Jerjes. Las antorchas de la guerra y la codicia de los bárbaros también hicieron lo suyo. En el camino yacían mujeres violadas, agonizando. Las hordas avanzaban pisoteando los campos en su cruel expedición. Ya no había sino horror en aquellos sagrados parajes míticos pisados por el pie del conquistador. Y los dioses guardaban silencio.

Los hombres de Delfos consultaron el oráculo. Querían saber qué hacer con los sagrados tesoros de los templos, si enterrarlos o trasladarlos a otro lugar. Ante la respuesta ininteligible del oráculo, resolvieron enviar a sus mujeres e hijos a la Acaya, en Corinto, y ellos huyeron hacia las laderas del Parnaso o hacia Anfisa...

Quedaron nada más que sesenta hombres, los servidores de los templos. Éstos se arracimaron en torno al profeta Acerato, que era quien interpretaba los oráculos que la Pitia balbuceaba cuando entraba en trance.

Aquella noche, mientras las tropas persas se acercaban a la ciudad sagrada, el cielo estaba negro y cargado de nubes bajas. Bajo esa extraña oscuridad se aproximaron los asaltantes persas. No hallaron resistencia. Aun así, muchos de ellos hubieran deseado no haber sido elegidos para esa operación. Se acordaron de que Febo-Apolo era probablemente el mismo dios que Ormuz, con la diferencia de que el uno era el dios de los griegos y el otro el de los persas. Y no sólo eso, en aquel cielo estival cargado de nubes negras se olía la tragedia y la cólera divina. El Parnaso, apenas visible, envuelto por las nubes en movimiento, se iluminaba una y otra vez y no presagiaba nada bueno. La tierra que estaban conquistando era tierra extranjera y en



aquel monte residían dioses extranjeros. Y, separados como estaban de los millones de hombres que constituían el poderoso ejército, no acababan de sentirse vencedores del todo. Más bien se veían a sí mismos como salteadores a punto de cometer un atraco a plena noche.

A lo lejos, el impresionante perfil de los templos se dibujaba contra el negro círculo de nubes que se iluminaba una y otra vez. La blancura de los tímpanos y de las columnas de mármol creaba un ambiente fantasmagórico a los ojos de los persas que marchaban contra la ciudad. La blancura de las murallas cuadradas que protegían los templos les hacía presentir que iban a toparse con insuperables obstáculos divinos. Unas grandes sombras blancas parecían flotar en el vasto espacio abierto del teatro, como si los fantasmas de los dioses estuvieran representando en aquel lugar su espectáculo sagrado.

Los persas veían cosas extrañas en el sendero pedregoso por el que descendían. Llovía y la tormenta arreciaba. A su derecha se erguía el templo de Atenea Pronaia...

De repente la tierra tembló. Tembló la tierra bajo los pies de los asaltantes persas. Del templo de Atenea llegaron voces amenazadoras y gritos de guerra. Sonó un atronador ruido de armas. ¡Era como si se acercara la propia diosa! Y del monte Parnaso se desprendieron unos enormes peñascos como enviados por el dios para aplastar a los profanadores de su templo. Entretanto, los persas que ya habían alcanzado el templo de Apolo vieron al profeta. Éste señaló con el dedo una pila de armas (escudos, lanzas, espadas, cascos) en las que se reflejaba la luz de los rayos. Eran las sagradas armas del mismísimo Apolo, que nunca nadie había tocado ni trasladado de lugar, que estaban amontonadas frente a la puerta del templo. El metal emitía intensos destellos luminosos. A la vista de aquella imagen, el profeta exclamó:

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡Nunca nadie ha tocado las sagradas armas y ahora han aparecido aquí!

Los peñascos rodaban monte abajo en tal cantidad y a tal velocidad que era como si hubieran sido arrojados por los titanes. La tierra tembló. Los persas, horrorizados, se dispersaron y huyeron perseguidos por Filaco y Antonoo, dos luchadores de compleción y fuerza sobrehumana, héroes de aquellas tierras.

Al día siguiente, los cuerpos de los persas yacían al pie del Parnaso diseminados por el camino.



XXXI

Desde Atenas, ya conquistada, Jerjes envió un emisario a su corte con sendas cartas para Atosa y Amestris. El sistema de postas real, uno de los grandes logros de la administración persa, había sido ideado e implantado por Ciro. Las postas de mensajería, bajo control militar, estaban colocadas a cortos intervalos a lo largo del camino. Los caballos, frescos, habían sido ensillados y los mensajeros, descansados, estaban a la espera, atentos.

Se acercó a gran velocidad un jinete con la saca de correo atada a la cintura. Detuvo el caballo, soltó la saca, el mensajero que le relevaba se la ató a la cintura y se subió de un salto al caballo ensillado. Desapareció al instante en una nube de polvo galopando a todo correr hasta la siguiente posta...

Así, en catorce días, el correo real cubrió el trayecto de Atenas a Susa...

Y Atosa y Amestris, madre y esposa de Jerjes, leyeron en voz alta sus cartas, prácticamente idénticas, que Jerjes les había escrito:

Hemos logrado una magnífica victoria con la ayuda del Dios de los persas. Atenas está en nuestro poder.

El enemigo ha huido. Sus bajas son incontables. Nos hemos apoderado de grandes tesoros. Nuestras bajas son escasas. El Dios de los persas está a nuestro lado.

Firmado:

JERJES, REY DE REYES

Las reinas y las princesas se sabían de memoria ese tipo de cartas. Pero esta vez la noticia de la victoria (¡Atenas!) era más importante que los mensajes habituales del



rey en que les daba cuenta de que había cruzado el canal del Atos con la ayuda del dios de los persas o que había conquistado alguna insignificante ciudad de Tracia o Tesalia. ¡Esta vez se trataba de Atenas! ¿Acaso no significaba eso que la Hélade era ya suya?

—La guerra está a punto de concluir —sentenció Parmis, y Faidima asintió.

Y Artazostra dijo, contenta:

—Atosa, reina madre, yo he recibido carta de Mardonio. ¿Queréis que os la lea?

Las reinas y princesas, sentadas en los divanes, formaban un amplio círculo. Atosa, entornando los ojos enfurecidos, continuaba con el látigo en la mano, Amestris continuaba tejiendo la túnica de oro para Jerjes. Se leyeron las cartas la una a la otra. Era una forma de pasar el rato.

Lo que no mencionó Jerjes en sus cartas es que Leónidas le había arrancado la tiara.

El otoño había llegado. De los pórticos exteriores del palacio llegaba un dulce olor a jalea de melocotón y pera.



XXXII

La armada griega abandonó el cabo Artemisio y puso rumbo a Salamina. Ahí se quedó, por insistencia de los atenienses. Las mujeres y niños abandonaron Atenas y se refugiaron en Salamina, Troizen, Egina. Los oráculos se cumplieron. La sagrada serpiente de la Acrópolis, alojada en el templo de Atenea, dejó de comer las tortas de miel que le ofrecían, lo que era señal de que la diosa Atenea también había abandonado la ciudad consagrada a ella.

Los peloponesios, que se habían comprometido con Atenas a defender Beocia, no pensaban sino en defenderse a sí mismos y levantaron una muralla en el istmo de Corinto.

Jerjes se acercaba y con él parecía acercarse la fatalidad...

La armada griega aguardaba fondeada frente a Salamina. Hacía un día de verano magnífico, como si el cielo y los dioses se burlaran de las adversidades que se cernían sobre Atenas.

Dieciséis trirremes aportaron los lacedemonios; los corintios contribuyeron con cuarenta naves; los sicionios con quince; los epidaurios con diez; los trecenios con cincuenta; los hermionenses con tres. Esas eran todas las naves peloponesias. Atenas aportó ciento ochenta naves, la flota más rica. Los eginetas, grandes maestros en la navegación a vela, participaban con cuarenta y dos naves de las más raudas. Los calcidenses aportaron veinte; los de Eretria, siete. Ellos ya habían participado en la batalla del cabo Artemisio.

Estaban también las naves de los ceos, las de Naxos y las de Melos. Los serifios y los sífnios tenían galeras de cincuenta remos. Además de esas naves más pequeñas, trescientos cuarenta y ocho trirremes se mecían sobre las aguas azules frente a Salamina, en el angosto paso de mar que hay entre esa isla y el monte Aigaleo.

Los capitanes se reunieron con Euribíades en Salamina.

Un mensajero ateniense les dio la noticia:

—Los bárbaros han asaltado Atenas.



Hubo instantes de confusión. Muchos de los capitanes querían partir de inmediato con sus naves, otros eran de la opinión de que había que hacer un último intento de defender el istmo de Corinto. El desánimo paralizó a los más esforzados. Sin embargo, no todos ellos amaban Atenas, pues envidiaban el creciente poder de la ciudad que ahora era víctima del hado adverso.

—Han blandido sus antorchas por todo el Ática —anunció el mensajero—. Tesia arde en llamas y Platea...

—Y eso que no hace ni tres meses que cruzaron el Helesponto —murmuraron los capitanes. Los pueblos griegos se lanzaban reproches los unos a los otros.

—Atenas estaba abandonada —continuó el mensajero—. Sólo había unos cuantos hombres pobres y viejos escondidos en la Acrópolis tras una muralla de madera. Tal como había ordenado la Pitia...

Se oyó en las voces profundas de los hombres un murmullo de desesperación.

—Ese puñado de desvalidos intentó defender la ciudadela. Jerjes estaba apostado con su ejército frente a la Acrópolis, en la colina de Ares. Cuando sus soldados intentaron acercarse a las sagradas puertas, les cayeron encima las piedras arrojadas por esos hombres menesterosos aunque admirables defensores de la ciudadela.

Se alzaron exclamaciones de admiración.

—Entonces los bárbaros encontraron el pasadizo secreto que discurre entre las rocas escarpadas...

¿Acaso no había anunciado el oráculo que los persas conquistarían toda la tierra firme del Ática?

—Cuando los defensores de la ciudadela vieron que los bárbaros habían penetrado en la Acrópolis, se quitaron la vida los unos a los otros, se arrojaron desde las murallas o huyeron hacia el interior del templo. Los bárbaros, a pesar de las ramas de olivo que les tendían los suplicantes, los mataron a todos y saquearon el templo. ¡La ciudadela y el templo han quedado reducidos a ceniza!

—¡Ambos serán reconstruidos en toda su gloria! —exclamó Temístocles anticipándose al futuro.

Sin saberlo, estaba anunciando el siglo de Pericles.

Mientras tanto, los capitanes que estaban bajo el mando de Euribíades, el almirante de la flota, se reunieron para deliberar si debían abandonar Salamina y defender su patria frente al istmo de Corinto.



Temístocles temía que los aliados griegos, en cuanto levaran anclas en las aguas de Salamina, se dispersaran y regresaran a sus ciudades. No expresó su temor en voz alta, pero, de nuevo a bordo, trató el asunto extensamente con su amigo Mnesifilo.

—Como los aliados leven anclas... —dijo Mnesifilo.

Los dos hombres cruzaron una mirada pensando lo mismo.

—La Hélade estará perdida —concluyó Temístocles.

—Nadie, ni siquiera Euribíades, será capaz de retener a los aliados —añadió Mnesifilo—, Temístocles, convoca una nueva reunión del consejo.

Temístocles se dirigió de nuevo a Euribíades. El jefe de la flota volvió a convocar a sus capitanes.

Temístocles habló con vehemencia insistiendo en sus propósitos, pero Adimanto, el general de los corintios, le interrumpió bruscamente:

—Temístocles, quien en los juegos se adelanta a la señal de salida, recibe un azote del Hellanodike, el árbitro.

—Cierto —asintió Temístocles sin enojarse—. Pero los que se quedan atrás no se llevan la palma.

Y de nuevo no dijo aquello que pensaba, que los aliados no permanecerían unidos si decidían abandonar Salamina. Pero supo aducir otros argumentos:

—Euribíades, en tus manos está la salvación de la Hélade. La salvarás si combates en estas aguas y no escuchas a quienes quieren abandonar Salamina. Escucha ambos puntos de vista y sopesa los pros y los contras. Cerca del istmo, nuestras galeras tendrán que luchar en mar abierto y eso no nos conviene, porque tenemos menos naves que los persas y además nuestras embarcaciones son más pesadas. Por muy favorable que nos sea la batalla, perderemos inevitablemente Salamina, Megara y Egina. El ejército de tierra de los bárbaros perseguirá la flota y se adentrará en el Peloponeso. Si eso sucede, la tierra de nuestros dioses será expuesta al mayor peligro. Sigue mi consejo y ganaremos la batalla con toda seguridad. El paso es estrecho, lo que es una ventaja para nosotros, pues nos bastarán pocas naves para cerrarlo. Estoy convencido de ello, es un presentimiento, me lo susurran unas voces que oigo a mi alrededor. ¿Acaso no estamos obligados a defender Salamina donde están nuestras mujeres e hijos? ¿Acaso no defenderéis el Peloponeso mejor aquí que en Corinto? Nuestros enemigos, una vez que hayamos ganado la batalla en el mar, se darán a la fuga presas del pánico. Los destruiremos a millones. ¡Estoy seguro de ello y nadie me podrá convencer de lo contrario! Ahora bien, sólo ganaremos la batalla si hacemos las cosas bien y actuamos con cordura. ¡De lo contrario, no nos salvarán ni los dioses de la Hélade!



Adimanto, que sólo pensaba en los intereses de Corinto, reaccionó furioso:

—¿Y tú crees que tu decisión es la más acertada, Temístocles? ¿Es razonable que Euribíades intente salvar una tierra que ha dejado de existir? Muéstrame tu tierra, Temístocles. Muéstrame tu ciudad. ¿Dónde está el Ática? ¿Dónde está Atenas? ¿Dónde? ¡En manos de Jerjes y de los bárbaros!

—Mi tierra y mi ciudad, el Ática y Atenas, están ahora mismo donde son más poderosas que Corinto —contestó Temístocles fuera de sí—. Están a bordo de las más de doscientas galeras tripuladas por atenienses. Ni un solo estado de la Hélade podrá con nosotros, aunque no seamos nada más que nuestra flota. ¡Euribíades, quedaos en Salamina! Quedaos y salvaréis la Hélade entera. ¿Qué otra cosa tenemos los griegos más que nuestras naves? Quedaos o si no... abandonad Salamina. Pero en tal caso iremos a buscar a nuestras mujeres, hijos y esclavos y partiremos hacia Siris en Italia, que nos pertenece desde hace mucho y donde según nos han anunciado los oráculos fundaremos una colonia.— Y muy enojado añadió mirando en derredor—: ¡Y cuando todos vosotros hayáis perdido el apoyo de unos aliados como nosotros, lamentaréis vuestra suerte!

En aquel preciso instante se produjo un temblor de tierra. Tembló el mar y las olas levantaron las naves que rodeaban la galera del almirante de la flota...

Las aguas se serenaron poco a poco.

Era como si los dioses —los de los griegos, no los de los persas— hubieran hablado entre ellos.

Los griegos hicieron ofrendas a los dioses y a los héroes Ajax y Telamón para que sus espíritus les acompañaran en el inminente combate.



XXXIII

En Atenas, Jerjes había permitido el regreso a la ciudad de varios hombres que habían sido desterrados. Uno de ellos, Diceo, hijo de Teocides, era un viejo amigo de Demarato, el rey de Esparta desterrado. Ambos hombres, desmoralizados, salieron a pasear por las afueras de Atenas durante uno de los días previos a la batalla naval. Diceo se sentía asfixiado en esa Atenas a la que había regresado por orden de un rey persa que simulaba hacer una política magnánima. Y el rey desterrado, que se había acercado a Esparta con un ejército enemigo, a pesar de sus ambiciones que en breve se materializarían, se sentía también asfixiado junto a su amigo ateniense. Los dos hombres paseaban junto a los flancos del monte Aigaleo, que se alzaba como una muralla entre Atenas y Eleusis, la sagrada ciudad de los misterios. Mantenían una conversación apasionada acerca de los sucesos del día, esperanzadores o desalentadores según los iban considerando, y así, sin apenas darse cuenta, llegaron al campo Triasio.

El campo Triasio, que para nosotros sería como un brezal seco, era un desierto en el que asomaban largos penachos de hierba. Los persas lo habían cruzado en su camino a Atenas. Quedaban aún huellas de su marcha por los caminos arenosos y la tierra pedregosa: fragmentos de vajilla rota ahí donde habían acampado, pieles y restos de reses sacrificadas con las que se habían alimentado. Aquí y allá las ruinas de una casa o granja devastadas por el fuego dibujaban una muesca hollinada en el cielo gris. En aquella época los terremotos eran frecuentes. Tanto los griegos como los persas los interpretaban a su favor. Demarato y Diceo, absortos en su conversación y gesticulando ampliamente mientras caminaban, se adentraron más de lo previsto en aquella tierra solitaria que la gente había abandonado en su huida. Caminando a trompicones por aquel pedregal arenoso, se alejaron cada vez más de Atenas. El sol se había ocultado detrás de Eleusis. A lo lejos, contra la luz del crepúsculo que envolvía la ciudad sagrada, se recortaba el perfil del templo consagrado a Deméter. Los buitres volaban en círculos.

—Deberíamos regresar —propuso Diceo—. Nos hemos alejado tanto que estamos en Eleusis.



—Esa luz y ese cielo dan miedo —observó Demarato mirando en derredor, y entonces señaló algo que había delante de sus pies, hasta aquel instante oculto por una piedra...

—¡Mira!

Y mientras señalaba con el dedo se aferró al brazo de su amigo. Era el cuerpo de una mujer, medio devorado por las aves rapaces, un espectáculo repulsivo...

—¡No! ¡Mira ahí! —exclamó Diceo, y esta vez fue él quien señaló algo a lo lejos.

Ambos hombres, aferrados el uno al otro, extendieron la vista. No hacía viento. Por la llanura vieron aproximarse una inmensa nube de polvo como la que suele levantar un ejército en marcha. No se oían voces ni pasos. Y entonces, de pronto...

—¡Escucha! —gritó Diceo—. ¡Escucha!

Y Diceo se quedó atónito, petrificado, consternado. Demarato, asustado, seguía sin comprender. Pero entonces oyó una voz clara entonando una canción.

—¿Hay alguien ahí cantando? —preguntó sin dar crédito a lo que oía.

—Es el himno a Yaco —susurró Diceo, impresionado y asustado por cuanto estaba sucediendo aquella tarde mientras el cielo oscurecía de manera misteriosa y el rojo sangre del sol poniente se filtraba a través de la nube de polvo que seguía avanzando hacia ellos.

En efecto, de lejos llegaba el son solemne y místico de una voz que decía: «¡Yaco! ¡Yaco!».

—¿Qué significa eso? —preguntó Demarato.

—¿No lo sabes? ¿No has oído hablar de los misterios de Eleusis? —preguntó Diceo.

—No —reconoció Demarato—. Cuéntame.

—Es el sagrado himno que se entona el sexto día de los misterios, el vigésimo día del mes boedromión, cuando se saca en procesión a la imagen de Baco-Yaco. ¡Que nosotros escuchemos ese himno en esta llanura solitaria no promete nada bueno! Porque ahí... Demarato, ahí..., en esa nube de polvo que canta hay un ser divino... ¡Demarato, eso presagia una gran desgracia! ¡Desgracia para Jerjes! ¡Mira! ¡La cosa esa se está alejando de Eleusis!

Los buitres sobrevolaban la cabeza de los dos hombres...

—¿Hacia dónde se dirige? —preguntó Demarato mirando la nube aterrorizado, aferrado del brazo de su amigo.



—Se dirige hacia los aliados —aclaró Diceo, conocedor de los misterios de Eleusis— Sí, sin duda, va hacia los aliados... ¡Mira! ¡Mira cómo se mueve la nube por el cielo! Si va en dirección sur hacia el Peloponeso, el ejército de tierra persa será destruido.

—¡No, no! ¡Se dirige hacia oriente, hacia oriente! —gritó Demarato señalando con el dedo la nube.

—¡Eso significa que la flota de Jerjes será destruida en Salamina! ¡Escucha lo fuerte que suena el himno!

En efecto, la voz que salía de la nube en movimiento cantaba de un modo extraño: «¡Yaco! ¡Yaco!».

Ya caía la noche y Demarato, aferrado al brazo de Diceo, susurró:

—Diceo, no cuentes a nadie lo que hemos visto. No sobreviviríamos ni tú ni yo.

—No.

—Ni una palabra a nadie. Que los dioses nos protejan, a nosotros, desterrados... Y que los persas...

Ambos hombres abandonaron la zona corriendo, tropezando con las piedras del camino. Regresaron los buitres que se habían alejado al llegar ellos y se posaron sobre el cuerpo de la mujer...



XXXIV

La armada persa estaba fondeada frente a Falero y el Pireo. Jerjes se embarcó en su nave sidonia y se sentó en su trono. Había convocado a consejo a todos sus capitanes y comandantes. Al igual que los griegos, tampoco los persas tenían claro si iban a combatir en Salamina.

Una vez que Jerjes hubo tomado asiento en su trono naval, situado debajo de la vela dorada, se sentaron los demás: los reyes de Sidonia y de Tiro y la reina Artemisia de Halicarnaso. Mardonio requirió la opinión de cada uno de ellos. Todos los presentes, así como el propio Mardonio, se manifestaron a favor de librar la batalla naval.

Sólo la reina Artemisia expresó otro parecer cuando Mardonio le preguntó:

—Artemisia, vos que ya demostrasteis ser una heroína en Eubea, decidnos francamente qué pensáis.

—Mardonio, opino que deberíamos guardar nuestras naves y no entrar en batalla. En el mar los griegos son superiores a los persas, en la misma medida en que los hombres son superiores a las mujeres. ¿De verdad queremos arriesgarnos? ¿Acaso no se ha apoderado Jerjes ya de Atenas, que era su objetivo? ¿Acaso no caerá el resto de la Hélade inevitablemente en poder de los persas? Escucha: si dejamos nuestras naves fondeadas en estos puertos y nos dirigimos por el istmo hacia el Peloponeso, seguro que la victoria será nuestra. Los griegos no podrán hacernos frente por mucho tiempo. Vos, Mardonio, los obligaréis a regresar a sus ciudades, pues en Salamina no tienen provisiones. Y si marcháis por tierra hacia el Peloponeso, los peloponesios no permanecerán tranquilamente en Salamina. ¿Qué interés tienen ellos en luchar en defensa de Atenas? Ahora bien, si nos decidimos por la batalla naval, mucho me temo que tras la derrota en mar seguirá la derrota en tierra. Pues recuerda, Mardonio, y díselo a Jerjes, que todos nuestros miles de aliados, egipcios, chipriotas, cilicios, panfilios, son esclavos y los esclavos no son de fiar.

Jerjes, aun sin considerar demasiado a las mujeres en su corte de Susa, tenía a Artemisia en gran estima. A su parecer, una reina no debía ocuparse de las guerras, sino que debía limitarse a gobernar su corte con el látigo como hacía su madre Atosa,



o tejer mantos de oro como su esposa Amestris. Sin embargo, en ese caso particular, valoraba sumamente la opinión de Artemisia. La amazona de las aguas, en medio de sus almirantes y capitanes, le resultaba atractiva. Portaba con gracia su casco, bajo el que asomaba una larga melena negra, y su corta falda militar dejaba entrever sus pantorrillas elegantemente cubiertas por unas brillantes grebas. Artemisia causaba en Jerjes una emoción estética. Cuando se enteró del consejo que ésta le había dado (y que Mardonio le había comunicado conforme al protocolo de las deliberaciones sirias), a pesar de no estar en absoluto de acuerdo con la recomendación de la reina, le dirigió una sonrisa afable. La encontraba una mujer original, muy original. Demasiado original tal vez...

Así y todo, el resultado final de la deliberación fue... que Jerjes decidió emprender la batalla naval. Además, la decisión ya la había tomado antes de la deliberación. Ésa era la manera de proceder habitual de Jerjes. El tenía sus propias ideas y sus propias ocurrencias originales, tan buenas como las de Artemisia de Halicarnaso. Su ocurrencia de aquel momento la compartió con Mardonio, mientras los reyes, la reina, los comandantes navales y los capitanes, todos ellos deslumbrantes con sus cadenas de honor y sus numerosos brazaletes, se embarcaban en los botes para acudir a la reunión.

—Mardonio, reconozco que el mes pasado no estuvimos muy afortunados en Eubea. Las tropas no cumplieron con su obligación. Nuestra armada debería haber acabado con esa flotilla griega. La responsabilidad es mía por no haber estado presente. Esta vez contemplaré la batalla de Salamina desde mi trono. Haz que me lo coloquen sobre un peñasco cómodo. Con la ayuda del dios de los persas destruiremos la flotilla griega.

Aquella noche Mardonio empezó a marchar con el ejército de tierra hacia el Peloponeso. Al poco se enteró de que los griegos aliados (los arcadios, los eleos, los corintios, los sicionios, los epidaurios, los filiasios, los trecenos, los hermionenses) estaban levantando una alta muralla en el istmo. La obra se estaba realizando por orden de Cleombroto, hermano de Leónidas.



XXXV

En cuanto los griegos apostados frente a Salamina se enteraron por sus espías de que Jerjes había decidido emprender la batalla naval, se desató el pánico. Se repitieron las deliberaciones de la semana anterior. La mayoría de los aliados reprocharon a Euribíades su gran imprudencia por permanecer frente a Salamina con una flota que era muy pequeña en comparación con la armada persa. Por el contrario, Temístocles, al igual que los atenienses, los eginetas y los megarenses, seguía empeñado en la idea de que Salamina sería la salvación de la Hélade.

Temístocles empezaba a estar harto del asunto. Sobre todo cuando vio que se iba imponiendo la opinión de sus adversarios que se decantaban por abandonar las aguas salaminas. Así que salió disimuladamente de la reunión y ordenó a Sicino, ayo de sus hijos y hombre de su confianza:

—Toma una barca y acércate a la armada persa.

—La armada meda —corrigió el ayo.

Llamar a los persas «medas» era una suerte de purismo lingüístico con tintes nacionalistas, pues los medos habían sido anexionados por los persas, con quienes formaban una sola nación.

Temístocles se encogió de hombros y repitió:

—Te estoy diciendo que te acerques en barca a la armada persa y que le digas a Jerjes...

Temístocles susurró tres largas frases al oído del ayo.

—¿Te acordarás? —preguntó.

—Sí —repuso el ayo—, Y mi mensaje será la salvación de la Hélade y la derrota de los medos.

Temístocles volvió a encogerse de hombros al oír que se refería a «los medos». El ayo, acompañado de dos marineros, se hizo a la mar como quien va a darse un paseo en barca. El mar estaba en calma, los delfines jugaban entre las olas. El cielo estival lucía un azul precioso. El ayo bordeó el cabo Cinosura. Las costas, los arrecifes, las



rocas, la isla Psitalea teñían de azul el horizonte como una bruma de luz. Ahí estaba la armada persa, inmensa, meciéndose sobre las olas casi quietas como si apenas pesara: una nave al lado de otra, las velas enrolladas, los largos remos recogidos, el cordaje cual finas líneas negras dibujándose contra el trémulo azul del cielo meridional.

El ayo agitó una tela blanca.

Los «medos» advirtieron su presencia. El hombre agitaba el pañuelo mientras se acercaba. Le resultaba extraño verse en su barquita junto a dos marineros al lado de la inmensa fuerza naval «meda».

Rodeando la boca con las manos, el ayo pidió a voz en cuello hablar con el Rey de reyes, a quien traía un mensaje de parte del jefe de la armada ateniense.

Se le concedió permiso. Condujeron al hombre ante Jerjes. Este solía recibir esa clase de mensajes con precaución, protegido por una barrera de Inmortales.

El ayo., rodeado de guardianes, habló así:

—Rey de reyes, Temístocles apoya los intereses de vuestra majestad meda. Desea vuestra victoria. Desea la derrota de los aliados. Éstos, preocupados por que os fortalezcáis cuando se acerque el hado, están planteándose huir y abandonar las aguas salaminas.

—¿Por ese angosto istmo de allí? —dijo Jerjes señalando con el dedo.

—Vos mismo lo habéis dicho, oh majestad meda. Iniciad el ataque a primera hora de la mañana y venceréis por completo a los aliados, que no se ponen de acuerdo entre sí y no hacen más que discutir.

Sicino regresó en su barca. Pensó en lo extraño que era que la palabra de un individuo pudiera resultar decisiva ante una fuerza de miles de hombres. Y también pensó, entre los delfines que jugaban alegremente en torno a su barca, en la recompensa que Temístocles le había prometido en caso de que tuviera éxito su ardid: una gran cantidad de dinero y tal vez, más adelante, una vez concluida la guerra, la ciudadanía de Tespia...

Y el ayo se consideró a sí mismo un purista, un sabio y, por añadidura, un buen patriota.



XXXVI

Cayó la noche. Un gran número de persas desembarcaron en Psitalea, la isla situada entre el continente y Salamina. Bandadas de golondrinas surcaban el cielo y las líneas de las costas, cabos, rocas y arrecifes se enlazaban y curvaban como si reprodujeran la forma armónica de unos cálices, hechos de lapislázuli y cristal de amatista, que hubieran sido moldeados artísticamente por manos divinas para servir en ellos las quietas aguas del mar. Se doblaban, viraban, se ensanchaban o estrechaban como si fueran fuentes llenas de un líquido, apenas rizado, de color azul oscuro y violeta.

Entonces, con los remos apenas batiendo el agua espumeante, el ala oriental de la flota persa se dirigió desde el Pireo hasta el cabo Cinosura pasando por detrás de la isla Psitalea. Los remos soltaban chorros de agua plateada, con un ritmo y melodía que recordaba el modo lidio, como si todo aquello no tuviera nada que ver con la guerra. Reinaba un profundo silencio, las órdenes se transmitían en voz baja. Después de la maniobra, que sólo las gaviotas advirtieron, la parte oriental del istmo de Salamina quedó bloqueada. Los numerosos trirremes persas navegaban lo más cerca posible de la costa y lo más lejos posible de la vista de las naves griegas que seguían un curso paralelo. Avanzaban ligeros y raudos, como al ritmo de una música. La noche, el silencio y la belleza del paisaje azul oscuro y violeta, con las amatistas, rocas y arrecifes iluminados por las estrellas convertían todo aquello en un espectáculo fabuloso.

La pequeña flota griega, que aún confiaba en huir aquella mañana, quedó atrapada entre ambos flancos de la armada.

Temístocles, escrutando la noche desde su nave, buscaba ver en las quietas líneas de cristal de la noche azul aquello que suponía que estaba sucediendo como consecuencia de su ardid. Y sonrió...



XXXVII

En Salamina, justo antes de romper el alba, los comandantes y capitanes de la armada volvieron a reunirse en consejo. Temístocles, sin dejar de sonreír, habló en un tono casi sarcástico. Sabía que, después de lo que había tramado, la huida era imposible y mantuvo en el error a quienes deseaban huir.

Desde la puerta de la sala de juntas, una voz le llamó:

—¡Temístocles!

Temístocles volvió la cabeza. Era Arístides, hijo de Lisimaco, un ateniense enemigo suyo a quien el pueblo había condenado al ostracismo. El hombre acababa de llegar de Egina.

—¿Qué quieres? —preguntó Temístocles alzando la voz.

—Hablar contigo. A solas.

Temístocles abandonó la sala y se acercó a él.

—Tú me odias —le espetó Arístides.

—Sí —respondió Temístocles—. No te soporto. Eres un desterrado y sin embargo todo el mundo habla bien de ti.

—Olvidemos nuestro mutuo rencor —replicó Arístides—. No es el momento ni el lugar para sentimientos personales. Atenas está ahora mismo bajo la presión del hado. Los peloponesios quieren huir.

—Sí —repuso Temístocles.

—La huida es imposible. La armada persa nos tiene acorralados. Lo he visto con mis propios ojos cuando venía de Egina. Ni siquiera Euribíades y los corintios serían capaces de abandonar esas aguas aunque se lo propusieran. Regresa a la sala de juntas y transmite mi mensaje. Yo, como desterrado, no puedo hacerlo.

—Lo que me dices ya lo sospechaba yo.

—¿Lo sospechabas?



—Sí, los persas han seguido mi consejo. He fingido una traición para obligarnos a emprender la batalla naval. Has visto con tus propios ojos lo que yo me he propuesto que sucediera, que la flota persa acorralara a la nuestra. Comunica tú mismo este mensaje al consejo. Es la mejor noticia que un desterrado puede traer. Si lo digo yo, no me van a creer. Entra. Si te creen, bien. Y si no, también. Pues, acorralados como estamos, la huida es imposible.

Aristides entró en la sala de juntas y dijo:

—Atenienses, he visto con mis propios ojos...

Los jefes de la flota no acababan de creerse lo que oían. Pero por poco tiempo, pues en aquel mismo instante llegó un trirreme procedente de Tenos, comandado por Panetio. Éste confirmó el mensaje de Arístides.

Entonces Temístocles dijo levantando la voz:

—Es mi trabajo...

La huida era imposible. Los capitanes reunieron a las tropas. Temístocles arengó a la suya con un vehemente discurso cargado de ambición. Las tropas embarcaron... La armada griega, trescientas ochenta naves, levó anclas.

El dorado sol ascendía en el cielo cuando «la muralla de madera» se puso en movimiento. Las mujeres y los hijos, congregados en los muelles del puerto, despedían a los defensores de la tierra de los dioses helenos agitando sus velos y pañuelos.

Bajo el cielo rosado del amanecer asomaba por el este la inmensa flota persa cubriendo por entero el horizonte. Era el día de Salamina, era el sol de Salamina. Bajo el resplandor de ese sol revoloteaban las inmortales diosas de la Victoria, invisibles a los ojos de los mortales, las que vuelan de la mano de Zeus hacia las personas, unas veces una, otras veces otra, según dispone sabiamente el dios.



XXXVIII

Al noreste del Pireo, una península cuadrada se adentraba en el mar como una tribuna hecha de roca. Las plácidas olas del verano, con sus crestas de espuma, batían melódicamente contra las rocas. La naturaleza había creado ese lugar muchos siglos atrás con el propósito de que un día Jerjes colocara ahí su trono y contemplara desde él la batalla de Salamina.

El Rey de reyes se sentó en su trono como si fuera a presenciar un espectáculo, una naumaquia. Era una hermosa tarde de final de verano. Corría una agradable brisa y Jerjes tenía el sol a su espalda, de modo que no le molestaba. Además, su trono estaba cubierto con un dosel de tela dorada. Jerjes, ataviado con armadura de oro, portaba en la cabeza una tiara nueva muy puntiaguda. Su barba negra olía a perfume. Miraba en derredor satisfecho y complacido.

Los Inmortales e Hidarnes estaban apostados en los cuatro costados de la confortable península y formaban como una barrera de escudos dorados, cascos y lanzas.

Al lado de Jerjes estaba Mardonio. Un gran número de hermanos, cuñados y primos acompañaban al rey. Aquello era una maravillosa reunión de príncipes. Bajo el sol, sus brazaletes y condecoraciones emitían constantes destellos. El brillo era cegador. Jerjes miraba a su alrededor con complacencia, le encantaba ese resplandor constante. Estaba satisfecho. Con todo, le pesaba la pérdida de sus dos hermanos, Abrócomas e Hiperantes, que habían muerto en las Termopilas por defenderle a él. Yes que Jerjes sentía debilidad por su familia y afecto por sus numerosos hermanos, cuñados y primos. Por un instante le vino a la mente que el orfebre de la corte, quien le había acompañado en su expedición por Europa, le había hecho la tiara un poco grande y que su corona, que Leónidas le había arrancado en las Termopilas, le ceñía mejor las sienes. Intentó subirse la tiara frunciendo la frente, sin tocarla con la mano. Pero no funcionó. La tiara se le iba deslizando sobre las cejas. Con elegante descuido, se la ajustó de nuevo sobre la cabeza. Lo hizo una sola vez. Cuando la tiara volvió a deslizársele por las cejas, se resignó con filosofía.



Aquel día Jerjes se sentía muy seguro, sereno y ecuánime. Hacía un tiempo espléndido y el espectáculo de su flota, que se extendía de poniente a oriente cercandando la flota griega con ambos flancos, le llenaba de soberbia. El inmenso flanco noroccidental era apenas abarcable con la vista. Jerjes era consciente de que ningún monarca del mundo había reunido una fuerza naval y terrestre de esas dimensiones en las llanuras del Ática como había hecho él, Rey de reyes. No estaba dispuesto a enojarse por culpa de esa tiara que le iba demasiado grande. Esta vez intentaría dominarse. Claro que siempre podría haber alguna nave que no cumpliera con su deber, por mucho que él estuviera pendiente de todo. En caso de que sucediera ante él algún accidente o desgracia, esta vez no saltaría de su trono. Se había visto tentado a actuar de ese modo cuando presenció desde su trono aquella maldita resistencia en las Termopilas. El trono que tenía ahora era más ancho y confortable. Jerjes estaba animado y convencido de su triunfo. El dios de los persas le protegía a él y a los suyos.

Jerjes llevaba ya tres cuartos de hora sentado. De vez en cuando intercambiaba algunas palabras con Mardonio. Pensó que tal vez había acudido demasiado pronto al palco para presenciar el espectáculo. Sus hermanos, cuñados y primos, todos resplandecientes, hablaban también entre sí en susurros, como exigía el protocolo. Los Inmortales, aquellos bellos hombres hercúleos, los mejor adiestrados del mundo, guardaban silencio, inmóviles como estatuas de oro. Con sus espaldas, escudos y cascos dorados formaban una muralla de oro. La península entera era un terrón de oro bajo el sol.

De repente el rey vio la flota griega aproximarse desde poniente. Todos los persas la vieron. Entre los dos flancos de la fuerza naval persa, inmensa y poderosa, asomó una pequeña hoz, la flota griega. Jerjes, perplejo, movió por un instante la cabeza y enseguida pensó en su tiara y se dijo que no volvería a moverla. Aun así, no salía de su asombro. ¡Qué se habían creído esos griegos!

—La batalla va a empezar —dijo Jerjes. Y a un oficial que estaba sentado a su lado le ordenó—: Llama a los secretarios.

Los secretarios se acercaron al rey arrastrándose por el suelo. Los seis se pusieron en cuclillas detrás de Jerjes. En sus manos sujetaban largos rollos y estilos. Se les había encomendado registrar en escritura cuneiforme el desarrollo de la batalla.

—Mirad, mi cuñado y señor. ¡Mirad! —advirtió Mardonio señalando con el dedo.

Jerjes extendió la vista. La luz del amanecer era todavía pálida, reverberaba sobre el mar azul, sobre las lejanas y sinuosas costas azules, sobre los golfos que se adentraban en la tierra y los cabos que penetraban en el mar. En la trémula luz del alba no todo se distinguía con claridad. Desde tan lejos... Oteando el horizonte, Jerjes



y Mardonio advirtieron que una nave griega y una nave persa se habían enzarzado en una batalla.

—¿Qué galera es ésta? —preguntó Jerjes a los oficiales presentes.

Los hombres otearon el horizonte. No eran capaces de identificarla. Eso no le hizo ninguna gracia a Jerjes, porque no podía hacer registrar el incidente. Los secretarios esperaban sentados, listos para abalanzarse con sus estilos sobre los rollos de papiro.

Fue Aminias, el ateniense, quien inició la batalla. Aunque, más adelante, los de Egina le disputaron ese honor. Dicen que los griegos creyeron ver bajo el sol cegador un fantasma en forma de mujer (Palas Atenea), y que ésta les alentó con un gesto. Algunos incluso aseguraron haber oído a la diosa exhortarles a no ser cobardes y a no batirse en retirada. Fue el éxtasis, y no sólo el sol, lo que les provocó esa maravillosa alucinación y les hizo oír el son de la divina voz.

Jerjes y Mardonio, habituados ya a la pálida luz y a la distancia, distinguieron a los fenicios. Éstos avanzaban en dirección a la flota ateniense. Enfrente de los lacedemonios estaban los jonios. Los relevos, que remaban de un flanco a otro de la flota persa, notificaban al rey y a los príncipes lo que sucedía en el mar...

Al tiempo que los relevos transmitían las noticias, Jerjes ordenaba a quienes estaban detrás de él:

—¡Anotad, secretarios!

Y los seis secretarios, con los estilos preparados, se abalanzaban sobre los largos rollos de papiro y registraban la historia. Se controlaban los unos a los otros: «Los jonios..., leales al Rey de reyes...».

—Y eso que Artabano me advirtió que desconfiara de los jonios —dijo Jerjes riendo con soberbia.

«... se han apoderado de un gran número de naves griegas...», anotaron los secretarios.

—Registrad el número de naves —ordenó Jerjes en tono imperativo.

Los secretarios, por acuerdo tácito, registraban el doble de naves de las mencionadas por los relevos.

—¿Y los nombres de los capitanes jonios? —inquirió Jerjes.

—Temestor, hijo de Androsmento..., Filaco, hijo de Histiaios, ambos de Samos — notificaron los relevos.

Los secretarios registraron los nombres garabateando con premura los signos cuneiformes sobre los largos rollos.



—Esos jonios son valientes y leales —dijo Jerjes—, A Temestor lo nombraré rey de Samos. Ya Filaco le entregaré tierras... A ambos les concederé el título de «Orosanbas», bienhechores del rey. A Temestor le regalaré cuatro brazaletes anchos y a Filaco, dos. Registrad, secretarios.

Los secretarios anotaron, además de las victorias, las promesas que acababa de hacer el rey... A espaldas de Mardonio, el jefe de los relevos susurró:

—No todos los jonios son leales... Al parecer, algunas de sus naves se han dirigido a la línea griega con premeditación... Hay traidores entre esos jonios...

—¿Cómo se llaman sus capitanes? —volvió a inquirir Jerjes en tono severo.

El jefe de los relevos le comunicó los nombres. Mardonio, frunciendo el cejo, le notificó a Jerjes en voz baja la traición jonia.

—¿Cómo es posible? —preguntó Jerjes, indignado—. No puede ser verdad.

Entrecerró los ojos para ver mejor a los jonios que se movían a lo lejos bajo el cielo azul cada vez más luminoso. Enojado, el Rey de reyes se dirigió a los secretarios, quienes alargaron sumisos la cabeza hacia él creyendo que debían seguir registrando los hechos, y les dijo: —No, aquí ya no hay nada que registrar. Entretanto, a lo largo de todo el istmo de Salamina, las naves se enzarzaron en combate. Se cruzaron flechas incendiarias con trapos impregnados en aceite y azufre. En ambos bandos ardía algún que otro trirreme. El fuego era apenas visible bajo la claridad del cielo azul, pues las llamas amarillas se habían vuelto blancas y no se distinguían. Sólo se veían altas columnas de humo negro. Las naves se embestían unas a otras, hendiéndose el flanco con el espolón de bronce. La nave perforada zozobraba. Se tendían puentes móviles de una galera a otra. Los soldados combatían fuertemente armados y caían al mar. Las guadañas, manejadas entre varios hombres, eran armas terribles que segaban el cielo emitiendo cegadores destellos de luz, como un duelo de fieras tempestades. Ambos bandos agitaban esas temibles guadañas cortando cordajes y velas. Con ímpetu, embestían los mástiles. Las galeras que poco tiempo atrás, cuando clareaba el día, habían maniobrado con sus delicadas y finas siluetas dibujadas contra el azul del agua, y del cielo, se enredaron ahora con sus remos. Debido a su gran número, los remos de la armada persa fueron los que más entrechocaron. Y los remeros persas lanzaban reniegos...

El combate arreció. Las guadañas seguían destrozando velas y aparejos, los mástiles crujían y se partían, y un gran número de naves ardía en llamas. El resplandor amarillo y transparente del fuego apenas adquirió un tono rojo bajo la luz dorada del sol de verano. Los arietes de hierro, colgados de los mástiles con cadenas, retumbaban y se balanceaban. Y así, balanceándose de un lado a otro con sus pesadas y afiladas puntas, embestían los flancos de las naves en combate, perforando sus cascos y reduciéndolos a astillas hasta volcar las embarcaciones. Y ese terrible



estruendo de los arietes, chirriando y jadeando en las cadenas, era como el ritmo de la guerra, acompañado del coro vociferante de los soldados y de las órdenes transmitidas a voz en grito. Desde el trono de Jerjes, elevado sobre la batalla, se veía todo, pero confuso. No lograba distinguir los detalles. La impresión que producía el combate naval era sobre todo de un gran desorden. Los estragos de la batalla eran cada vez más evidentes. Y cada vez que una nave ardía en llamas, la humareda negra y la bruma gris dificultaban la visión de lo que los príncipes persas habían visto anteriormente.

Jerjes guardó silencio durante un buen rato. Cada vez era más obvio, a pesar de la humareda, el desorden y la multitud de trirremes en combate, que la flota persa estaba sufriendo grandes pérdidas. Los secretarios, con el estileto en las manos, dejaron de registrar los hechos, pues ya no podían registrar las bajas de las naves persas que ardían en llamas o se iban a pique. Hasta donde podía alcanzar la mirada de Jerjes, todo el istmo, entre nave y nave, estaba sembrado de fragmentos de embarcaciones, de restos flotantes de velas y cables y de hombres que se ahogaban. A Jerjes le llamó la atención que los naufragos griegos se dirigían a nado hacia Salamina, y que los persas, armados en exceso o nadadores inexpertos, se ahogaban hundiéndose los unos a los otros bajo el agua en su agonía. No sólo el agua estaba sucia, también el cielo se había manchado. La hermosa claridad del cielo de verano había desaparecido. Su pureza había sido mancillada por las densas columnas de humo negro y gris que surgían de las naves en llamas. Las rocas habían perdido su reflejo azulado. El horizonte era cada vez más difuso, el aire irrespirable. Fragmentos de naves en llamas, átomos humeantes, salpicaduras de hollín revoloteaban en el aire cayendo por todas partes, hasta sobre el trono de Jerjes. En el agua sucia, los más valientes, en botes, osaban cortar con hachas de doble filo los cables de los grandes timones. La galera quedaba así fuera de combate e incapaz de maniobrar. Entonces, en un baño de sangre, abordaban la nave sobre los puentes móviles que iban tendiendo de un lado a otro.

Jerjes palideció al darse cuenta de que las llamas procedían sobre todo de las naves persas y de sus aliados. Las galeras, abordadas con anclas y largos arpones, eran destrozadas con los retumbantes arietes. Jerjes palideció: ¿por qué razón esta batalla, de cuyo resultado había estado tan seguro, volvía a frustrar sus expectativas? ¿Sería cierto que los griegos eran mejores navegantes? Lo que era indudable es que ellos sabían nadar, a diferencia de los persas y sus aliados. Cómo era posible, se preguntaba Jerjes, que sus hombres no supieran nadar, que se ahogaran en masa delante de sus ojos. ¡Y entretanto los griegos, hasta donde podía ver, nadaban tranquilamente hacia Salamina! Su inquietud aumentó de tal manera que rompió su silencio, aferró el brazo de Mardonio y dijo con voz hueca:

—Mardonio...



No fue capaz de articular ni una palabra más. Vio que Mardonio estaba tan pálido como él mismo. Miró fugazmente en derredor y vio cómo sus deslumbrantes hermanos, primos y cuñados observaban la batalla, todos ellos pálidos. Y ya, sin poder contenerse por más tiempo, dijo: —¡Qué mal están luchando! ¡Cómo se atreven a luchar así ante mis ojos! Haré que Aquemenes...

Pero no dijo qué pensaba hacer con Aquemenes, su hermano y almirante de la armada, quien comandaba la extraordinaria nave sidonia. Jerjes se levantó del trono bruscamente, aun cuando se había propuesto no moverse, dominar sus emociones y permanecer sentado en el trono sucediera lo que sucediera. Acababa de ver el trirreme de Artemisia, reina de Halicarnaso, en medio de un gran desorden y confusión, entre las naves que se golpeaban unas a otras con los arietes, ardiendo en llamas y con las velas hechas jirones. Un trirreme griego perseguía la nave de Artemisia. Ella, al parecer, no se había atrevido a entrar en batalla y estaba huyendo, bogando con los remos jadeantes. Hasta que alcanzó las naves amigas que la precedían... No se lo pensó dos veces: la nave de la reina de Halicarnaso embistió la nave de Damasatimo, rey de los calcidenses, aliado persa, que le obstruía el paso.

La nave alcanzada se hundió como si una fuerza tirara de ella hacia el fondo...

La nave de Artemisia siguió avanzando trazando una ligera curva.

El capitán de la galera ateniense, creyendo que se había equivocado y que la nave de Artemisia combatía a favor de los griegos, dejó de perseguirla y cambió de rumbo.

—¿Quién ha hundido a Artemisia? —preguntó Jerjes.

Todos sabían que el rey sentía simpatía por Artemisia. A nadie le importaban demasiado los calcidenses ni Damasatimo, un rey de poca monta, ni siquiera a quienes los habían reconocido. Además, ¿sobreviviría alguien de su tripulación para contar lo sucedido? Aquello fue como una repentina conspiración, urdida con premura y en silencio, a favor de Artemisia. En aquel momento crítico, Jerjes no pensó en Damasatimo... Apenas era consciente de la existencia de su aliado... Había cientos de esos reyes. ¿Los conocía Jerjes, Rey de reyes, a todos ellos?

—Oh, Rey de reyes —observaron algunos de los presentes—. Artemisia, aun siendo una mujer, es la más valiente. ¿Visteis cómo hundió la galera ateniense?

—¿Era ateniense? —inquirió Jerjes.

—¡Sí, era ateniense! ¡Era ateniense! —exclamaron los primos y los cuñados.

Mardonio guardó silencio, no estaba seguro.

—¡Esa mujer lucha como un hombre! —exclamó Jerjes—. En cambio, mis hombres...



Quiso añadir «luchan como mujeres»... Pero se lo guardó para sí y llamó a los secretarios, que acudieron a toda prisa con sus estilos y rollos de papiro:

—Registrad, secretarios... Artemisia, reina de Halicarnaso, Cos y Nisiros, ha hundido un trirreme ateniense... ¡Y vosotros debéis estar orgullosos de registrar la Historia!

En aquel momento un relevo desembarcó de una lancha debajo del trono, situado sobre la roca. Subió por la escalera esculpida en la pared de roca y, desesperado, sudando y sin casco, se postró a los pies de Jerjes y exclamó:

—¡Señor! ¡Rey de reyes! Ariabignes, hijo de Darío, vuestro hermano soberano y almirante..., se ha ahogado. Su nave ha sido hundida con todos sus oficiales y tripulación...

—¿Cómo? —gritó Jerjes fuera de sí.

Un segundo relevo siguió al primero. Gravemente herido y sangrando, el hombre se postró a los pies de Jerjes y exclamó:

—Señor, os vengo a advertir de que son los jonios, esos despreciables jonios, los traidores. ¡Por su perfidia han sido aniquiladas las naves fenicias!

—¡Los jonios! ¡Los jonios! —vociferó Jerjes apretando los puños—. ¡Son unos traidores! ¡El tío Artabano ya nos lo advirtió!

Un tercer relevo volvió a postrarse ante el trono mientras que los secretarios, confusos, no sabían ya qué hechos registrar...

—Rey de reyes, yo en cambio vengo a comunicaros que los samotracios jonios han hundido un trirreme ateniense.

—¡Registrad esa victoria! —ordenó Jerjes a los secretarios. Estos reanudaron su trabajo, el estilo sobre el papiro. A toda prisa volvieron a garabatear los signos cuneiformes sobre los ondulados rollos de papiro...

El segundo relevo se había desplomado. Al primero y al tercero se los llevaron, mientras que un cuarto relevo, empapado hasta los huesos, se postró ante el trono de Jerjes:

—Señor, Rey de reyes, un trirreme egineta ha hundido la nave Samotracia de la que le habló mi predecesor...

A Jerjes le rechinaron los dientes de rabia y apretó los puños. Los relevos continuaron presentándose uno detrás de otro, haciendo cola sobre la escalera esculpida en la pared de roca. Las espaldas redondas y doradas, habitualmente inmóviles, de los Inmortales se estremecieron...



Y los relevos se postraron, uno detrás de otro, ante el pie de Jerjes. Cada vez que uno traía una buena noticia, el siguiente la desmentía. Por muy increíble que fuera, cada vez era más obvio que la batalla no se ganaría.

Jerjes culpó a cada uno de los almirantes y a cada una de las naciones de que la batalla no se desarrollara según sus deseos. Al mismo tiempo, sintió nacer en su interior un ingenuo asombro por el hecho de que esas carracas atenienses no sólo estuvieran resistiendo su formidable fuerza naval sino que incluso amenazaran con vencerla. ¡Resultaba increíble! ¡Increíble! No daba crédito a lo que veía suceder desde su trono. Entretanto, los samotracios, después de que una de sus naves hubiera sido hundida, abordaron el trirreme egineta que les había atacado, se apoderaron de él, y, siendo como eran diestros tiradores, ahuyentaron a los eginetas y los mataron. Esa hazaña hizo que Jerjes se conformara un poco y desviara la atención de los jonios, esos traidores, contra los que el tío Artabano ya le había prevenido. Pero, dado que necesitaba dirigir su enojo a alguien, lo volvió contra los fenicios cuyas naves habían sido aniquiladas.

—¡Decapitad a todos los capitanes fenicios que han logrado salvarse! —ordenó Jerjes a voz en grito, con la mirada ebria y la tiara excesivamente grande inclinada sobre la cabeza—. No quiero que esos cobardes puedan difamar a quienes les superan en valor!

Los jonios, en aquel instante de emociones cambiantes, lograron salvarse. Con todo, en medio de la confusión, en el mar mancillado, en la atmósfera mancillada, se veía claramente que la flota persa destruida se batía en retirada y ponía proa hacia la bahía de Falero, detrás de la isla Psitalea. ¡La flota persa huía! En la roca del trono, los príncipes persas en torno a Jerjes y Mardonio se pusieron en pie y presenciaron la huida de la armada persa. Era perseguida por las naves atenienses y las naves de Egina remaban con temeridad a su encuentro. La armada parecía haber caído en una emboscada. Se enredaba en sus propios remos, que eran muchos y se movían demasiado juntos. La tripulación y los capitanes lanzaban maldiciones. La derrota se veía, se oía. ¡Ya no había duda alguna!

—Jerjes —susurró Mardonio, olvidando todo protocolo—, Ya no estamos seguros aquí...

En la isla Psitalia, donde miles de persas trataban de desembarcar, se libraba la batalla muy cerca del trono de Jerjes. Fue Arístides, enemigo de Temístocles, aunque por aquel entonces reconciliado con él, quien pasó a cuchillo a los persas, con ayuda de los hoplitas atenienses fuertemente armados.

La mirada desesperada de Jerjes recorrió todo el istmo de Salamina, que estaba lleno de humo. Las costas, cabos y rocas se habían vuelto cada vez más negros y opacos debido a las naves en llamas. Sus líneas y horizontes, antes azules y bellos,



transformados en un paisaje infernal, le resultaban irreconocibles. Entretanto, la marea creciente arrojaba los remos, los fragmentos de naves y los cuerpos a los pies de su trono. Entonces se limitó a decirle a Mardonio:

—Vámonos...

Todas las espaldas persas reunidas en la roca del trono se dieron la vuelta: los Inmortales, los primos, cuñados y hermanos, el propio Jerjes. Un resplandor alargado, una resplandeciente línea de oro inútil, descendía, como avergonzada, por la escalera tallada en la roca: era el Rey de reyes que emprendía la huida.



XXXIX

Aquella noche flotaba una especie de extraña calma sobre el mismo mar en cuyas aguas se había librado la batalla el día anterior. Al norte de Salamina, un hombre subió despacio por las rocas, y una vez arriba, fatigado, oteó el mar. De la flota persa derrotada ya no quedaba rastro. Se había retirado hacia el sudeste, a la bahía de Falero. El hombre vio la flota persa apostada frente a Salamina. Era la misma imagen que el día anterior: una pequeña hoz curvada. En la oscuridad, no se adivinaba de los estragos más que alguna vela o mástil derribados. Bajo la violeta luz nocturna, que todo lo desdibujaba, las naves yacían como extenuadas una al lado de otra. La humareda de los fuegos aún no se había disuelto del todo. Un olor a quemado flotaba en el aire. Pero las estrellas asomaban ya a través del humo, cada vez más ligero.

El hombre fatigado que oteaba el mar se habituó a la oscuridad. Distinguía cada vez más cosas. En el norte alcanzó a ver la bahía eulesina, que se extendía como un mar sin horizonte. Las olas apenas se movían y los vientos estaban en calma. Empezó a ver más y más cosas. Frente a él, la gigantesca cresta del monte Egaleo destacaba contra el cielo nocturno, moteado de estrellas. Y las líneas de las costas y de los cabos en punta se dibujaban en tonos lila, plano tras plano, deslizándose como el telón de un teatro etéreo universal.

El hombre, absorto, el codo sobre la rodilla, la barbilla reposando en la palma de la mano, paseó su mirada por la quietud y extensión del mar, extrañamente en calma tras la agitación y la violencia del día anterior. No se oía ruido alguno, ni siquiera el de la ciudad bajo sus pies, donde los atenienses, reunidos de nuevo con sus esposas e hijos, honraban a sus muertos a la vez que celebraban su victoria, ni de las naves donde la tripulación, exhausta, dormía.

Y en la noche violeta, el sueño del hombre sentado sobre las altas rocas frente a los horizontes lilas, completamente solo y rodeado de un vasto silencio, se transformó en un sueño de fatalidad y de dioses, de crimen y compasión, y fue como si los fantasmas aparecieran ante sus ojos asomando tras el telón del teatro etéreo.



El hombre era Esquilo, hijo de Euforion, natural de Eleusis. Aquel día él mismo había luchado contra los persas en un trirreme ateniense acompañado de su hermano Ameinias. Diez años antes, en su juventud, había peleado en Maratón con su hermano Cinegiro, quien fue herido gravemente y perdió un brazo... Pero, además de ser un soldado audaz de la flota ateniense, Esquilo era poeta. Hacía ya veinte años que escribía tragedias y competía en certámenes dramáticos junto con el famoso Pratinas. Yen varias ocasiones había sido galardonado...

Él había sido el primero en organizar en Atenas representaciones dramáticas según su criterio en el nuevo teatro de piedra de Dionisio, que sustituía al antiguo teatro de gradas de madera ubicado en el flanco sur de la Acrópolis. Había concluido la época del carro de Tespis, cuando los actores, los rostros pintados con el poso del vino, declamaban ditirambos báquicos. Aquél había sido el arte franco y libre de la inspiración instantánea y de la recitación no ensayada. Un arte bello, sencillo, natural, que brotaba de los corazones extáticos de los actores, los cuales fundían lo religioso y lo trágico en una voz de incontenible éxtasis. Concluido el espectáculo proseguían su camino con su carro y su burro, atravesando ciudades y pueblos, cual felices vagabundos, satisfechos de la vida y felices con la belleza que sentían en su interior y que entregaban a los demás, con generosidad, a cambio de unas pocas monedas o de una cena...

Cuando Esquilo, el poeta soldado, evocaba esos tiempos antiguos, le invadía una suerte de melancolía y sentía en su interior la arbitrariedad del hado. En su imaginación siempre agitada, en su fantasía siempre creadora, nunca había dejado de ser consciente de la fatalidad. Los fantasmas de grandes personajes... siempre los vio delante de sí... Los veía pasar... a lo lejos..., en la noche violeta, por entre colinas y otras vertientes de formas imprecisas como telones de fondo; los veía pasar con paso vacilante, sus figuras heroicas y divinas, sobrehumanas, agrandadas con el amplio gesto de sus brazos envueltos en holgadas mangas y los bellos pliegues de sus espléndidos mantos, y con la expresión extrañamente noble, atormentada o aterradora, de sus grandes máscaras. Y entonces le parecía oír, desde las cavidades redondas de las bocas de las máscaras, sus súplicas y profundos lamentos vertidos en palabras declamadas con solemnidad, mientras que en el cielo, al igual que en esa noche iluminada de estrellas, los dioses disponían del dolor y de la felicidad de los mortales, y en torno a éstos, la fatalidad, la inevitable fatalidad y el todopoderoso Hado, inconciliable y eternamente presente, regían el mundo desde su aterrador poder absoluto. Un poder que provocaba la compasión por el ineluctable sufrimiento de los mortales. Y que hacía que éstos reconocieran su crimen (la causa de su sufrimiento, que no habían podido evitar debido a una sucesión de actos encadenados) como una culpa ineludible. Un crimen a partir del cual nada servía excepto ser piadoso y humilde ante quien sustentaba ese poder absoluto...



Así veía el poeta soldado los fantasmas cuando soñaba, así los vio en su sueño aquella noche... Vio a los fantasmas de Agamenón y Clitemnestra; vio al fantasma de Prometeo avanzando entre las ninfas oceánidas flotantes que acudían a consolarle; vio al fantasma de Orestes perseguido por las Euménides²; vio a los criminales más notorios cuyos destinos estaban en manos de los deslumbrantes dioses, mientras que las fatalidades, que confluían en el inmenso hado, parecían cubrir por entero el firmamento nocturno, más allá de las estrellas, por entre las estrellas, en las propias estrellas y alrededor del mundo, hasta donde la imaginación pudiese alcanzar. Y de repente, el poeta soldado, el poeta soñador, Esquilo, vio en su incontenible imaginación la realidad de aquel día. En un raptó de sublime lucidez y exaltación, vio lo que había sucedido en la angosta franja de agua del istmo de Salamina: la aniquilación de la poderosa armada persa, a cuya destrucción él mismo había consagrado parte de su vida por amor a su tierra. Él, que ya no era un hombre joven, se centró sobre todo en aquello que le había impresionado vivamente desde su propio trirreme: la huida, la huida del rey de los persas y de todo su esplendoroso séquito, una línea reluciente de oro diluyéndose bajo el sol poniente. Ahí, entre los cabos violetas, la amatista de las islas iluminadas por el cielo estrellado, volvió a ver la misma imagen, pero más elevada, más inmensa, más terrible tal vez de lo que había sido en la realidad y sin la ironía que impregna la realidad habitualmente. Sí, ahí estaba de nuevo la imagen, y Esquilo sintió como si su amor patriótico se diluyera un poco en las olas, más grandes y humanas, de la compasión que le embargaba, un sentimiento del que era inconsciente y que le abrumó el alma, su alma de poeta soldado, después del horror que le había inspirado la culpa... La culpa de Jerjes, el inmenso crimen de la soberbia, que había arrastrado sin compasión a millones de hombres a la muerte, sacrificando sus vidas en aras de un perverso y altivo ideal inalcanzable, un ideal que el hombre que se creía dios aspiraba a poner en práctica. Jerjes había tanteado el peso del poder terrenal en sus manos débiles, mientras que el peso del poder celestial, en el que el poder terrenal revolotea como una pelusa en un remolino, cae sobre toda la humanidad y aplasta a quien carece de humildad... Oh, esa extraña y profunda compasión del griego, que aquel mismo día aún había combatido por su tierra con todo el valor y la fuerza de que era capaz; la divina e inexplicable compasión del poeta ateniense, que olvidó su condición de soldado. Compasión hacia el rey persa a quien había visto allá arriba, en lo alto de una roca, en su trono, darse la vuelta entre los suyos como un hombre culpable, un criminal, para emprender la huida hacia el lugar de donde había partido. Regresaba a Persia, a su lejana tierra, de donde saliera con millones de soldados, acompañado de numerosas naciones, numerosos reyes, numerosos parientes de la corte, triunfante y altanero, cruzando mares sobre los que había tendido puentes y atravesando montes horadados... Y sin embargo, a pesar de todo, una compasión inconcebible,

² Diosas de la venganza (*N. de la T.*).



inexplicable, penetró en la mente creadora de Esquilo impregnando sus versos, que le brotaban rítmicamente de los labios. Compasión hacia Jerjes, el gran fugitivo Jerjes, ese hombre henchido por la soberbia, destrozado, a quien Esquilo había visto huir allá lejos, por los horizontes violetas nocturnos del mar y de las rocas, pisando con sus altas botas de suela gruesa, asomando los brazos por su ancha túnica que había rasgado en su desesperación, quejándose de la derrota de su armada y de sus soldados por la boca ahuecada de su máscara, cuyas trágicas facciones se retorcían de un modo horrible contra la neblina violeta de la noche. Allí, a lo lejos, detrás de esa neblina, estaba la tierra desconocida pero recreada en la imaginación del poeta... Persia... La ciudad real: Susa... La bella sonoridad de los nombres persas: Ariomardo, Tritantecmes, Farandates, Anchaes, Xanthes, Arsakes... parecían desgarrar la noche con sus gritos y lamentos, mientras que los leales ancianos en Susa le pedían cuentas a Jerjes, interrogándolo acerca de lo que había hecho con sus numerosos hermanos, cuñados y primos, todos ellos hombres esforzados y en la flor de la juventud. Y Jerjes, en el vasto escenario nocturno, contestó a gritos que habían muerto en combate, que sus cuerpos flotaban en el mar entre miles de remos astillados, que las aguas los habían arrojado contra las rocas extrañas, ásperas y enemigas, y que sus cuerpos ya nunca serían incinerados con honor en la pira funeraria. Y les gritó a los ancianos:

—¡Llorad! ¡Sollozad! ¡Rasgaos las vestiduras, oh, ancianos! ¡Mesaos las barbas! ¡Conoced nuestra desgracia! ¡Todos, absolutamente todos han muerto! Mirad, ¡mi aljaba no contiene flechas! ¡Mi túnica real está hecha jirones! ¡He perdido mi tiara! ¡Los Inmortales han resultado ser mortales!

Y los ancianos leales afirmaron:

—El poder de Persia se ha desmoronado. Nuestro dolor es insoportable. ¡Golpeémonos el pecho! ¡Suspiremos! ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

—¡Entonad un lamento misio³! —exclamó a lo lejos el fantasma de Jerjes.

Y los ancianos respondieron:

—¿Debemos, pues, presentarnos así de desesperados en Persia?

—¡Sí! —gritó Jerjes en tono trágico—. ¡Que Persia sea testigo de mi infortunio, de nuestro infortunio! Desgraciadamente, he perdido mis navíos. ¡Lamentaos, oh, persas, vosotros que tan afortunados erais en tiempos pasados!

Entonces, detrás de ese dolor, el poeta, en quien el soldado, el patriota, había hecho desaparecer el sentimiento de compasión que había inundado su alma, dejándolo sólo en poeta, creyó ver la figura de una madre que se erguía. Y vio a Atosa, pero no la vio tal como era, una reina oriental sentada en su diván, con un

³ Música de los pueblos del Asia Menor (*N. de la T.*).



látigo en la mano para castigar a las esclavas y lavanderas cada vez que se enojaba, entre el calor sofocante del vapor del perfume de mermelada y aceites de rosa... No, la vio como una figura inmensa, purificada, espiritualizada, allá entre las amatistas y las colinas translúcidas, con la silueta diáfana del palacio de Susa al fondo; la vio magnificada como una diosa en su condición de soberana y de madre; la vio ir y venir trágicamente, retorciéndose las manos, llena de inquietud y de sueños incomprensibles acerca de los cuales pidió consejo a los ancianos sabios; la vio finalmente tendiendo los brazos maternales al oír la noticia de la desgracia que traían los mensajeros y gritar su dolor por la negra boca de su máscara, el dolor por su hijo Jerjes, quien huía con la túnica desgarrada y la aljaba vacía hacia las montañas horadadas y los mares sobre los que había tendido un puente...

Y mientras que el horror y la compasión abrumaban el alma del poeta, ahí sentado encima de la alta y solitaria roca que dominaba Salamina y desde la que veía Eleusis, Esquilo concebía *Los persas* en su imaginación y su alma palpitante, con la sagrada dicha de la inspiración poética.



XL

En su carroza con las cortinas echadas, tirada por cuatro caballos a trote, Jerjes huyó hacia Atenas, rodeado por la guardia imperial de los Inmortales y seguido por los príncipes y el ejército... Nadie entre los persas había pronunciado todavía la palabra «huida», pero el pánico se reflejaba en los ojos de todos, en los cascos de los caballos, y en los pliegues de las túnicas militares que quedaban derechas del susto detrás de los hombros de los jinetes. Y Jerjes, recostado en la traqueteante carroza camino a Atenas, se preguntaba: ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible? ¿Era verdad que su flota había sido vencida por esas toscas barcasas griegas? Ya no las llamaba barquitas... En su ingenua incredulidad se hizo esas preguntas mil veces, incómodamente envuelto en su armadura, sujetando en la mano la tiara que le iba grande.

Jerjes huía, pero no era la huida trágica y bella que el soldado poeta veía aquella noche en su imaginación creadora. Jerjes no se desgarró las vestimentas, no se mesó la barba ni portaba sobre el hombro la aljaba que Esquilo veía simbólicamente sin flechas. El Rey de reyes era demasiado importante como para ser balletero...

En Atenas, en la casa reconvertida en palacio persa de la mejor manera posible, reinaba un ambiente de nerviosismo entre los príncipes y comandantes. ¿Cuál sería la decisión del rey? Hasta que Jerjes irrumpió en el palacio y ordenó con la voz aguda y temblorosa de ira:

—¡Ordenad que se establezca de inmediato una conexión entre la tierra firme y la maldita Salamina!

Los príncipes y comandantes se quedaron de piedra, boquiabiertos, sin comprender la orden. Y Jerjes añadió:

—Haced que las naves de transporte fenicias se junten para formar un puente y una muralla. Eso es lo que quiero decir. ¡Veréis cómo atraparemos a esos griegos!

Y apretando el puño en el aire, el rey se encerró en su habitación. Ahí permaneció, con la mirada perdida en el vacío, sin comer, pensando en cómo informar del desastre sufrido a Susa, a su tío Artabano, a Atosa... No lograba encontrar las palabras.



Mardonio le pidió audiencia. Jerjes no se atrevió a negársela a quien era su cuñado y generalísimo, de modo que le permitió la entrada.

—¿Qué quieres? —inquirió con aspereza. Mardonio, pálido, estaba de pie frente al Rey de reyes, quien seguía mirando al infinito, los ojos llenos de rabia y desesperación. Y Mardonio, sintiéndose responsable del desastre por haberle inducido a la guerra, dijo:

—Jerjes, mi cuñado y señor. Estamos solos, así que decidme: ¿en serio deseáis enzarzaros en una nueva batalla naval? ¿O es ese puente hacia Salamina una maniobra? Una maniobra, obvia al menos para mí, para preparar la huida masiva y sacar ventaja a los griegos que nos persiguen.

—No lo sé —respondió Jerjes con la mirada enloquecida—. Ya no sé nada...

Mardonio, que a pesar de haber recomendado la guerra tenía un alma bella, le contestó emocionado:

—Oh, rey, ¡no sigáis apesadumbrado por lo que ha sucedido en Salamina! ¡No sigáis considerándolo como un mal insuperable! ¡El éxito de esta batalla no depende únicamente de nuestras naves! ¿Acaso no disponéis de Mardonio y de toda vuestra poderosa infantería y caballería? ¿Acaso han sido vuestros ejércitos alguna vez superados o igualados? Esos griegos, que creen haber logrado su objetivo, no abandonarán sus naves, que es la única fuerza que tienen, para combatir con nosotros. Los griegos que permanecieron en tierra firme, no valen nada. ¡Oh, señor mío, dejadlo todo ahora en manos de Mardonio! Invadamos de inmediato el Peloponeso. ¿O preferís un respiro? No hay que desanimarse. Los griegos están extenuados y acabarán siendo vuestros esclavos. ¡Algún día les pediréis cuentas por Maratón y Salamina! Ahora bien, si preferís regresar a Persia, como sospecho..., entonces, escuchad mi consejo, oh, rey.

Mardonio, muy afligido —pues su alma bella, aunque ciega ante lo que el futuro depararía, estaba profundamente emocionada—, se hincó sobre una rodilla frente a Jerjes. Éste seguía sentado, furioso, desesperado.

Y Mardonio continuó:

—¡No permitáis, oh, rey, que los griegos se burlen de nosotros! Los persas no han perjudicado vuestra causa. ¡Los persas han peleado como fieras! Los culpables son los cobardes de nuestros aliados. Los culpables son los fenicios, los egipcios, los cipriotas, los cilicios. Ellos son los que no han cumplido con su deber y no podéis culparnos a nosotros, a mí, de lo que ellos hicieron. ¡Escuchadme, oh, Jerjes! —Y Mardonio se atrevió a tomar la mano de su yerno—: Si no deseáis permanecer aquí, regresad con la mayor parte del ejército. ¡Y dejadme a mí aquí! Me bastan trescientos



mil hombres. Os juro por nuestros dioses que someteré a esos griegos a vuestro yugo. ¡De lo contrario moriré!

Jerjes estaba también muy emocionado. Se quedó mirando a Mardonio un buen rato y admiró la belleza de su alma. Jerjes era también sensible al bello dramatismo de aquel instante, pues tenía una notable sensibilidad estética. Él también habría sido sensible a la obra del poeta-soldado: habría admirado *Los persas* de Esquilo, si alguna vez hubiera podido oír o ver esa tragedia escrita acerca de su persona. Movido por la ternura y la emoción, abrió los brazos. Y lo hizo con un gesto dramático, tal vez inconsciente. Pero estaba bien así. Abrazó a Mardonio, hincado de rodillas ante él, y lo atrajo hacia sí diciendo:

—Mardonio, eres un héroe. Y tienes un alma bella. Entonces, tras aquellos instantes de profunda emoción, Jerjes tornó a lo práctico y añadió:

—Hay que deliberar con nuestros hermanos, primos y cuñados para decidir lo que debemos hacer.

Mardonio asintió. Se convocó la reunión. Jerjes deliberó con sus hermanos, primos y cuñados, y, tras haber recorrido varias veces con la mirada la sala abarrotada de comandantes, preguntó:

—¿Dónde está la reina de Halicarnaso? ¿Por qué no está aquí Artemisia? ¡Traedme a la reina de Halicarnaso! Ella es una heroína y estoy deseando oír sus consejos.

Artemisia, quien estaba escuchando detrás de una cortina, se presentó de inmediato. Estaba un poco preocupada por haber hundido el trirreme de los aliados calcidenses y de su rey Damasatimo, acción que había realizado en autodefensa. El corazón le palpitaba bajo la coraza. Jerjes pidió quedarse a solas con Artemisia, pues quería escuchar sus palabras sin testigos. Los hermanos, primos y cuñados se sintieron ofendidos, pero lo disimularon... y abandonaron la sala.

Jerjes le señaló a la reina un sillón. Ella tomó asiento y el rey dijo:

—Artemisia, Mardonio me recomienda invadir el Peloponeso. O bien retirarme con el ejército a Persia y dejarle a él con trescientos mil hombres en el Ática para someter a los griegos a mi yugo. Artemisia, vos que has demostrado ser una heroína...

Artemisia respiró con alivio. Jerjes no parecía haberse enterado de nada...

—... decidme: ¿qué me aconsejáis hacer? —Oh, rey —exclamó con alegría la mujer triunfante. Pero, astuta como era, enseguida mitigó la alegría de su voz:

—Es difícil daros consejo en esto... Pero, con todo, soy de la opinión que debéis partir. Dejad a Mardonio aquí con las tropas que él seleccione. Él dice que someterá los griegos a vuestro yugo...



Artemisia se puso en pie. Lanzó una fugaz mirada en derredor. Se colocó sobre la grada del trono de Jerjes y le susurró levantando hacia él la cabeza:

—Si él venciera, los honores serían para vos, Jerjes. Si no vence... no pasa nada: estaréis lejos de aquí y a salvo, tanto vos como vuestra corte. Mientras Jerjes viva, los griegos temblarán, por mucho que ahora les haya acompañado la suerte. Lucharéis contra ellos tantas veces como sea necesario hasta lograr su derrota. Llegará el día en que tengan que someterse a vos. En el caso de que Mardonio cayera..., él no es más que un esclavo de Jerjes, como todos nosotros, oh, rey.

Artemisia, seductora, levantó su rostro hacia el rey. Era una mujer muy bella y el rey era sensible a la gracia de esa amazona acuática. Tenía un encanto novelesco. A pesar de ser mujer, era una heroína. En su propia corte, Jerjes no hubiera permitido, por considerar que no casaba con la tradición de los aposentos femeninos en Susa, que una mujer participara en una batalla. Sin embargo, le había encantado la presencia en la expedición militar de esa mujer, esa reina guerrera, que fingía amarle como él fingía amarla a ella, esa Semíramis que se tendía suavemente a sus pies y le hacía olvidar todo. Cuánto necesitaba un instante de placer en ese momento de su vida. Lo que más le atraía de ella era la coraza que le cubría el pecho, las grebas que le ceñían las piernas. Había una armonía estética en todo ello. En aquel instante, ninguna de sus numerosas concubinas, ni ataviada con la túnica médica de larga cola, habría significado algo para él.

—Artemisia... —dijo Jerjes con ternura.

Ella estaba apoyada en su rodilla y le miraba con gesto interrogante. La barba negra del rey le hacía cosquillas en la frente. Pero entonces, de repente, el rey fue presa de una nueva emoción. Pensó en sus tres pequeños hijos bastardos que le acompañaban y por quienes sentía un profundo afecto.

—Artemisia —continuó Jerjes cambiando de tono—, agradezco tu consejo. Agradezco el amor que me profesas. Pero ahora no es el momento de... Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Estaba pensando en mis tres hijos... Me preocupan. Son tan jóvenes y son la alegría de mi vida. Puede que corran peligro. Quién sabe qué dificultades nos deparará el regreso a Susa... ¿Puedo confiar mis hijos a ti, Artemisia? Seguro que tus naves pueden zarpar disimuladamente... Y llevarse a mis hijos a Éfeso...

Artemisia disimuló su alegría. Prefería la confianza del rey a una horita de amor con él. Ya nada tenía que temer. Enseguida aceptó su propuesta.

Jerjes ordenó a la guardia:

—Traed a los niños.



Y comparecieron los tres hijos naturales de Jerjes. Eran tres lindos muchachitos persas, la tez color ámbar, el cabello negro ensortijado y engalanado. Para Jerjes eran como juguetes, con sus amuletos y dagas de piedras preciosas. El eunuco Hermotimo los llevó ante el rey y éste los abrazó con ternura...

Detrás de ellos se oyó cierto movimiento. El oficial de la guardia, haciendo una gran reverencia, exclamó desde la puerta:

—¡El correo real, oh, Rey de reyes!

Un mensajero traía cartas de Susa. Era el magnífico sistema postal persa. El mensajero acababa de llegar corriendo de la última posta donde había tomado el relevo a su predecesor, quien le había entregado a toda prisa las cartas para Jerjes y para sus hermanos, cuñados y primos. La nieve, la lluvia, el calor, la noche..., nada había sido capaz de detener la carrera del mensajero persa. Éste se postró ante el trono de Jerjes y le tendió la saca con ambas manos.

Los hermanos, cuñados y primos, advertidos de la llegada del correo, entraron en el salón. Se procedió a la selección de las cartas.

Jerjes recibió correo de Amestris, la reina; de su madre Atosa, del tío Artabano. ¡Las cartas eran todas de felicitación por la toma de Atenas!

Y todas rezaban más o menos así:

Para Jerjes, Rey de reyes. ¡Nos congratulamos de que nuestro rey haya ganado la guerra y haya alcanzado el objetivo supremo, la toma de Atenas! Las calles de Susa han sido cubiertas de ramas de mirto. En todas las plazas humean recipientes con inciensos y aromas ofrendados a los dioses. Esperamos, oh, Jerjes, vuestro regreso triunfal...

Jerjes empezó a leer en voz alta. Todos lo escuchaban en silencio y con la cara pálida. Entonces, en un súbito arrebato de ira, Jerjes arrugó el papiro de su tío Artabano, hizo de él una bola y lo arrojó al suelo. Era la noche de Salamina.

—¡Prended fuego a Atenas, oh, Rey de reyes! —gritó Artemisia, feliz a pesar de las circunstancias, mientras abandonaba el salón seguida de su eunuco y rodeando con el brazo a los tres príncipes bastardos, los tres muñequitos.



XLI

Aquella misma noche, por órdenes superiores, zarpó del puerto de Falero el resto de la flota persa con Artemisia a bordo... La flota puso rumbo a oriente, a gran velocidad. En el crepúsculo, las velas izadas de la flota semejaban una multitud de animales acuáticos alados, monstruosos y espectrales, con sus largas patas entrando y saliendo de las olas. Bajo la luna ascendente, la flota era como una inmensa visión, una quimera traslúcida del poder humano que se había demostrado inútil, inútil porque los dioses así lo habían dispuesto. La flota avanzaba con las velas izadas. Su objetivo era proteger los puentes de barcas tendidos sobre el Helesponto de un posible ataque de los griegos. Aun así, las naves diseminadas sobre las aguas del mar parecían una comitiva de fantasmas huyendo en lugar de una flota poderosa y combativa...

El silencio de la noche guardaba el secreto de su huida y la pálida luz de la luna envolvía la flota en un halo de misterio. Un misterio que lo era también para la propia flota y que le hacía ver visiones. En su zozobra los navegantes imaginaban que los cabos, rocas e islas que asomaban bajo la luz de la luna eran galeras griegas que navegaban a su encuentro...

Y así las naves se dieron a la fuga como si las impulsara un viento que no soplaba. Los isleños, al verlas avanzar en la noche, creyeron, asustados, que eran espectros.

Al cabo de un rato, conscientes de su error, las naves volvieron a reunirse y se alejaron hasta perderse de vista en el horizonte perlado, rumbo a un amanecer más seguro...

Aquella mañana los griegos vieron las tropas de infantería persa acampadas al otro lado de Salamina.

Y dedujeron que la armada persa se encontraba todavía en el puerto de Falero. Sin embargo, pronto supieron que ésta había huido.

Y salieron tras ella con sus naves hasta alcanzar la isla de Andros. Pero la flota persa no se veía por ningún lado...

Los griegos celebraron consejo frente a la isla de Andros.



—¡Persigamos a las naves persas por el mar Egeo! —propuso Temístocles—. ¡Debemos ir directamente al Helesponto y destruir el puente de barcas!

—Yo discrepo —intervino Euribíades—. Si Jerjes no logra escapar con su ejército de millones de hombres, nos espera una catástrofe de incalculables consecuencias. Nos espera el hambre. El hambre que ya amenaza.

—¡Concedámosle al rey la oportunidad de huir! —propusieron los capitanes peloponesios.

—¡Enfrentémonos a él más adelante, en su propia tierra! —exclamaron otros.

Temístocles se imaginó de repente al rey persa aislado, sin poder llegar a Asia, en manos de los atenienses, quienes harían con él lo que les placiera. La visión era perturbadora...

Temístocles se rio para sus adentros.

Pero los capitanes atenienses que le acompañaban se mostraron indignados con la propuesta de que los aliados permitieran la huida de la flota persa. Propusieron poner rumbo al Helesponto sin ellos...

Temístocles, aún con una sonrisa en los labios, tuvo entonces como una premonición de lo que le depararía el destino... Caer en desgracia en Atenas, ¿por qué no? La fortuna es voluble..., el ostracismo..., pedir asilo. ¿Dónde? ¿En Persia?

A su mente acudieron todos esos vagos pensamientos. Inconscientemente, Temístocles acababa de vislumbrar, de un modo genial, el futuro que le esperaba.

Y, sin dejar de sonreír y llamando a la calma con un gesto de su mano alzada, dijo:

—Atenienses, no sería la primera vez que a un enemigo vencido y desesperado se le concede la oportunidad de recuperarse de la primera derrota. Atenenses, hemos logrado, contra todo pronóstico, que esas hordas de bárbaros se hayan dado a la fuga. No persigamos a un enemigo que huye. No es nuestra fuerza la que nos ha conducido a la victoria, sino los espíritus protectores de nuestros héroes y el dios de los griegos. ¡Sí, el dios de los griegos! Él, nuestro dios de dioses, nuestro gran Zeus, no ha permitido que un individuo impío y desalmado se apodere de Asia y de Europa, un hombre que no distingue entre lo sagrado y lo profano, que prende fuego a los templos de los dioses y derriba sus imágenes, que manda azotar el mar y le pone grillos. Atenenses, hemos alcanzado un gran bien, no deseemos un bien mayor. Permanezcamos en la Hélade, cuidemos de los nuestros. El bárbaro ha sido expulsado. Construyamos sobre lo que ha sido destruido. ¡Sembremos los frutos del futuro! Y cuando llegue la primavera, nos dirigiremos al Helesponto e invadiremos Jonia.

Los atenienses ovacionaron a Temístocles.



Inmediatamente después, Temístocles, astuto como era, ordenó al ayo Sicino que le llevara a Jerjes un mensaje secreto. El ayo salió en una barca acompañado de unos cuantos remeros. Borearon las costas del Ática. Sicino hizo señales a la guardia persa.

—Traigo un mensaje del general de la flota ateniense para el rey de los medos.

En Atenas, Sicino fue conducido ante el rey y vio la conmoción que había en la ciudad conquistada.

Jerjes lo reconoció: éste era el hombre que le había aconsejado emprender la batalla de Salamina. Se puso pálido de ira. Pero el ayo dijo:

—Majestad meda, me envía Temístocles, hijo de Neocles, general de los atenienses... para anunciaros que está dispuesto a...

—¿Temístocles? —inquirió Jerjes vacilante.

—Sí, majestad meda. Me manda anunciaros, para que vos y vuestros hijos jamás lo olviden, que...

—Que ¿qué?

El ayo enfatizó cada palabra retóricamente:

—Que, por vuestro bien, ha logrado impedir que los griegos, aliados y atenienses, persigan vuestra flota y destruyan el puente de barcas del Helesponto. Majestad meda, podéis regresar a vuestro reino sin preocupación alguna...

El ayo se despidió y regresó en la barca de remo. Encontró a Temístocles en la cámara de su galera contando dinero. Éste escuchó con una sonrisa el resultado del mensaje enviado a Jerjes.

—Señor, esta vez no acabo de entender la razón por la que me habéis enviado al rey medo. El mensaje que le he transmitido me resulta incomprensible.

—Puede que ni yo mismo lo comprenda —repuso Temístocles sin dar más explicaciones.

—¿Acaso intentáis entablar amistad con los medos?

—¿Piensas que he cometido una traición, Sicino?

—Que los dioses me guarden de hacer semejante afirmación, señor. Gracias a vuestra traición fingida, la flota ateniense ganó la batalla de Salamina. Aunque debo decir que en aquella ocasión sí comprendí el sentido del mensaje que transmití al rey. Esta vez, al no comprenderlo, lo he formulado mal, como hizo el segundo actor de una tragedia de Esquilo, hijo de Euforio, representada esta primavera en el teatro de Dionisio.



Temístocles se puso en pie y dijo:

—Sicino, necesito dinero. Mucho dinero.

—Amáis el dinero en exceso, señor —repuso Sicino, disgustado—. Desde vuestros años mozos gastáis demasiado dinero.

—Es posible —contestó Temístocles riendo—. No soy más que un ser humano, con mis debilidades humanas. Yo no soy Leónidas.

—¿Qué pretendéis decir con eso, señor?

—Que no soy un semidiós. Ni soy espartano.

—Sois ateniense.

—Sí —repuso Temístocles—. Y un hombre. Un hombre que necesita dinero. Acércate con la barca a Andros y comunica a las autoridades de la isla que no pueden negarse a entregar dinero a Atenas. Deben hacerlo en honor a dos grandes diosas.

—¿Qué diosas, señor?

—La Necesidad y la Persuasión —sonrió Temístocles.

El ayo se marchó y regresó al cabo de una hora.

—¿Y qué? —preguntó Temístocles.

—Señor, los andrios dicen que Atenas, bajo la protección de esas diosas poderosas, es con derecho grande y próspera. En cambio, en su isla residen...

—¿Quiénes?

—La Penuria y la Necesidad.

—¿Se niegan a pagar la contribución?

—Es más, dicen que el poder de Atenas nunca será tan grande que no sea mayor la necesidad de Andros.

Temístocles dejó de sonreír y, frunciendo el ceño, añadió:

—Tienen sentido del humor, esos andrios. Pero serán sitiados, esos traidores. Sicino, acércate a Caristos y Paros. Pide dinero a las autoridades de esas islas. Necesito dinero.



XLII

En Atenas se estaba preparando el repliegue del ejército, una operación harto compleja. El inmenso ejército de tierra, de millones de hombres, regresaba a Boecia por el mismo camino por el que había venido. A Mardonio le pareció conveniente escoltar a Jerjes un trecho e invernar con algunas de las tropas que él seleccionaría. Más adelante, en primavera, atacaría el Peloponeso. Al llegar a Tesalia, Mardonio escogió a sus hombres. Eligió a los Inmortales. El general de éstos, Hidarnes, quiso permanecer al lado de Jerjes. Mardonio eligió asimismo a los coraceros y al regimiento de mil caballos; y a los medos, sacas, bactrios e indos. Formó así un ejército con los hombres más fuertes y mejor adiestrados. Hombres que habían ganado un gran número de collares y brazaletes que pendían con todo su peso sobre sus corazas y ceñían sus musculosos brazos. Aquella última mañana en Tesalia, mientras Jerjes inspeccionaba a toda prisa su ejército de trescientos mil hombres fornidos (temeroso de que pudiera ser destruido el puente de barcas y que los aliados le impidieran el regreso a Asia), por un instante su soberbia hundida volvió a inflamar su ánimo. Le parecía inconcebible que los aliados pudiesen hacer frente a ese poderoso ejército, por mucho que en el mar la fortuna voluble se hubiera girado contra los persas.

Concluida la inspección, un heraldo de los lacedemonios compareció ante Jerjes. Con asombro e íntimo temor, el rey se preguntó cómo ese hombre había logrado dar con él en Tesalia. Le preocupaba la posibilidad de que hubiera sido destruido el puente de barcas, algo de lo que ya le había advertido Temístocles, de quien se fiaba muy poco.

El heraldo había sido enviado por Esparta. Un oráculo de Delfos había ordenado a los espartanos que pidieran a Jerjes reparación por la muerte de Leónidas y que aceptaran la respuesta del rey como un augurio.

Jerjes, montado a caballo con pose altiva, esta vez con la tiara ceñéndole firmemente las sienes, recibió al heraldo.

—¡Oh, soberano de los medos! ¡Los lacedemonios y los heráclidas de Esparta os piden reparación por la muerte de Leónidas! —dijo el heraldo.



Jerjes estalló en una carcajada sonora y despectiva.

—¿Es eso todo? —preguntó con desprecio—. ¿Me envían los espartanos un heraldo sólo para pedirme una reparación inútil?

En aquel mismo instante se presentó Mardonio, resplandeciendo entre sus resplandecientes hombres.

Jerjes señaló a Mardonio con un gesto que había recuperado su habitual elegancia. Las tropas elegidas resplandecían en la llanura.

—Ved aquí, heraldo, el héroe que dará reparación a vuestros conciudadanos.

El heraldo miró fijamente a Mardonio. Recorrió despacio con su mirada el ejército y a continuación dijo:

—Oh, Jerjes, acepto vuestra palabra como augurio, tal como nos ha ordenado el oráculo.

Jerjes se encogió de hombros. El heraldo partió. Pero las pesadillas no dejaron de perseguir al Rey de reyes. Se despidió de Mardonio. Durante el repliegue del ejército, Jerjes pensó más de una vez que Mardonio tenía un alma bella, a pesar de todo. El retorno era cada día más duro, era como una derrota prolongada, aunque no corriera la sangre. Una derrota provocada por el hambre, la peste y la disentería. Los soldados caían extenuados por caminos y campos. Se alimentaban de cuanto encontraban a su paso: semillas, hierbas de los prados, cortezas y hojas de árboles frutales o silvestres. No había reses por ningún lado, puesto que esas mismas hordas habían acabado con ellas durante su expedición contra Grecia. Jerjes dejó atrás a miles de soldados en todas las ciudades que atravesó, ciudades asoladas por la miseria, las enfermedades y el hambre. Dejó a pueblos enteros por el camino, esos pueblos que habían engrosado las filas de su creciente ejército.

—¡Alimentad a mis soldados y cuidado de ellos! —ordenó Jerjes a las autoridades de las ciudades que atravesaban.

Palabras vanas. Resultaba imposible acatar su orden. No había nada con que alimentar a las tropas. No había sino lluvia. El agua de los ríos saciaba la sed de los enfermos de peste y disentería. Pero era agua contaminada. Bajo la lluvia, diseminados por el camino, los moribundos yacían al lado de los muertos. Jerjes seguía su camino, mirando al frente. La mayor parte del tiempo iba en su carroza con las cortinas echadas. Los caballos maltrechos, con las rodillas debilitadas, avanzaban al trote. Llegado a Macedonia, el rey pidió que le trajeran la carroza sagrada de Zeus, el dios de los persas. Pero la carroza había desaparecido. Los peonios se la habían entregado a los tracios para su custodia. Cuando Jerjes les reclamó a éstos la carroza, le contestaron que los caballos sagrados neseos habían sido robados por los bandoleros de la Tracia Alta que moran cerca de las fuentes del río Estrimón, los



mismos que desde sus altas rocas se habían reído de Jerjes, en primavera, cuando éste pasaba por ahí.

En Eion, junto al Estrimón, Jerjes se subió a bordo de una nave fenicia. Cuarenta y cinco días duró el repliegue de las tropas, una catástrofe de dimensiones cada vez más trágicas. Al fin llegaron al Helesponto. Hiadarnes vio el puente de barcas que las tropas debían cruzar como una frágil línea de salvación meciéndose en las aguas del mar, y respiró aliviado, a pesar de lo deterioradas que estaban las barcas por causa de las tormentas y el embate de las olas.



XLIII

Jerjes, a bordo de la nave fenicia, pensaba en miles de cosas. Estaba pálido, la mirada vacía y enloquecida, y su barba negra de reflejos azules llevaba días sin ser recortada por su afeitador. Durante aquel mes de infortunios, apenas se había cambiado la ropa que llevaba debajo de la armadura. Recostado detrás de una cortina, con el ánimo derrotado y la mirada perdida, mientras los remos de los remadores fenicios entonaban una monótona melodía, como una elegía llena de desolación, el rey pensaba en Mardonio, quien se había quedado atrás con los hombres más fuertes. Para insuflarse ánimos evocó la última revista que había hecho al ejército. Había sucedido lo inconcebible y podía volver a suceder... Pensó en Mardonio, a quien había dejado atrás, y en el tío Artabano, que le esperaba... Esa mujer vieja que siempre había estado en contra de la guerra. ¿Había llegado el fin? No, eso era imposible. Mardonio saldría victorioso. Pero, regresar de esta manera a Susa... Jerjes pensó en hacer un regreso triunfal, quedaría mucho mejor... Apenas había enviado ya cartas a su tío y a las mujeres. No había sido capaz de redactarlas. Ya no lograba inventarse aquellas bellas frases que concluían con lo más hermoso: «El dios de los persas nos protegerá...». Y la carroza robada, y los caballos robados...

¡Y ese eterno viento en las aguas del mar Egeo! ¡Esas aguas siempre enemigas de los persas! Cómo volvía a soplar. El cielo estaba encapotado y la nave se balanceaba de izquierda a derecha. La melodía jadeante de los remadores, el jadeo de los remos cortando las olas, las velas plegadas, los crujidos de la nave como si se agrietara cada tabla del casco...

Jerjes se incorporó bruscamente de su lecho. Descorrió las cortinas. Vio la tormenta. Era el implacable otoño que tiraba de los cordajes como si le agarrara con sus zarpas. En la borda, numerosos capitanes, oficiales y algunos primos de Jerjes se sostenían los unos a los otros. Y el timonel intentaba dominar la nave con rabia contenida.

—¡Timonel! —gritó Jerjes—. ¿Es esto peligroso?

—¡Sí, mi rey!



—Hay esperanzas de que nos salvemos, ¿verdad, timonel? —preguntó Jerjes enojado.

—Ninguna esperanza, oh, déspota, mientras siga habiendo sobrecarga y no aligeremos la nave.

—¿Sobrecarga? Si apenas llevo equipaje conmigo.

—Sobrecarga de hombres, oh, mi rey.

La tormenta otoñal, con la ira de las furias, azotaba el trirreme que se balanceaba sobre las olas de izquierda a derecha. La nave no avanzaba. Los remos jadeaban en vano entre las olas que saltaban sobre la borda.

—¡Que los remeros fenicios se arrojen por la borda! —gritó Jerjes.

—¿Quién remarará entonces, señor? Vuestros hombres persas no reman igual que los fenicios. Si éstos se lanzan al agua, seguro que no sobrevivimos.

—¡Persas! —gritó Jerjes—. Ha llegado la ocasión de demostrar vuestro amor por el rey. ¡De vosotros depende mi vida!

Se produjo un momento de vacilación entre los persas apiñados sobre la cubierta. Se aferraron los unos a los otros. Los superiores empujaron a los inferiores hacia delante. Estos se prosternaron ante Jerjes. A continuación se pusieron en pie y se lanzaron al mar. Tras éstos se lanzaron los superiores. Saltaron al agua a izquierda y derecha de la nave, que se balanceaba a merced de las olas. Las grandes olas devolvieron a muchos de los hombres que se habían inmolado, arrojándolos sobre la borda. Los hombres que permanecían junto al rey los arrojaban de nuevo al agua a patadas. La melodía de los remadores continuó sonando como una elegía... El trirreme aligerado saltaba sobre las furiosas olas...

Al día siguiente amainó la tormenta. El viento aún soplaba con fuerza y a lo lejos se avistaba la línea gris de la costa. Era la costa eólica, Asia, la salvación de la valiosa vida del rey.

Jerjes desembarcó. Regaló al timonel una corona de oro, lo que suponía un gran honor, por haber salvado la vida del rey.

A continuación mandó decapitarle, por ser él también el responsable de la muerte de cientos de persas.

Aquello no fue un acto de crueldad. Era una cuestión de lógica y de jurisdicción monárquica.



XLIV

Tras una breve estancia en Sardes, Jerjes regresó a Susa. No regresó tal como se lo había imaginado Esquilo, el poeta soldado inspirado por la musa, aquella noche en Salamina cuando sentado sobre las rocas violetas divisaba el mar de color amatista... No regresó con el hermoso símbolo de las ropas desgarradas y la aljaba vacía. Tampoco regresó solitario como el protagonista de la tragedia. Regresó acompañado de sus numerosos primos, cuñados, hermanos (no todos habían perdido la vida), pero sin los Inmortales, que permanecieron al lado de Mardonio. Sólo Hidarnes acompañó al rey. Un séquito notable de persas y medas siguieron el ruido de los cascos del caballo del rey y de sus acompañantes. Jerjes, más arrogante aún que de costumbre, cabalgaba erguido. En las calles, la gente guardaba silencio. Jerjes había sido lo suficientemente prudente como para evitar una entrada triunfal. El trayecto desde la puerta principal de la ciudad hasta la puerta más cercana al palacio, que era una ciudad en sí, era corto. El ejército se dispersó de inmediato y se dirigió hacia el campamento de invierno y los cuarteles. Un viento frío traía del norte, del mar Hircanio, copos de nieve extraviados.

Una vez en el palacio, Jerjes no tardó en recluirse en sus aposentos. A sabiendas de que su tío Artabano había tenido razón al desaconsejarle la guerra contra Grecia, lo trató con altivez y apenas le dirigió la palabra. A su madre Atosa sí la recibió con todos los honores, tal como exigía el protocolo respecto a una persona de rango superior, pero enseguida le dijo que se retiraba a descansar. El rey no traía las ropas desgarradas, tal como lo imaginó Esquilo en su tragedia, ni Atosa tuvo que traerle nuevas prendas a su hijo, tal como lo describió el poeta por razones estéticas. Lo que sí hizo Jerjes fue recibir a su esposa Amestris, quien le trajo una túnica.

—Señor y esposo mío —dijo Amestris, señalando a cuatro esclavas que portaban sobre sus brazos la túnica polícroma de reflejos dorados—, ved aquí, mis manos han tejido esta túnica en la soledad de los aposentos femeninos...

Amestris había tejido sin descanso en compañía de las reinas viudas de Darío y las otras princesas. Y la conversación había fluido...



—En la soledad de los aposentos femeninos —repitió Amestris en tono de queja—. Señor y esposo mío, espero que mi labor sea de vuestro agrado y que la túnica os caiga bien sobre los soberanos hombros.

—Bien, bien. ¡Gracias, Amestris! —repuso Jerjes nervioso, manteniendo a distancia a las esclavas que se acercaban a él con la túnica desplegada. Las esclavas retrocedieron y depositaron la túnica sobre un sitial.

Amestris, disgustada por la reacción del rey, se marchó ofendida. Jerjes se quedó solo. El palacio estaba en silencio. No se oía nada en los jardines. La ciudad que rodeaba el palacio estaba en silencio. Todo aquello era tan grande y vasto, tan distante de Grecia y de Salamina, que era como si nada hubiese ocurrido. Jerjes, paseándose de un lado a otro de la estancia o acostado en un lecho, se preguntaba: ¿qué es lo que ha sucedido en realidad?

Todo parecía irreal, un sueño. El monte Atos horadado, el puente tendido sobre el Helesponto, la expedición del ejército cada vez más numeroso convertido en un aluvión de millones de hombres... Las Termopilas y la tiara que el loco rey de Esparta le había arrancado... La toma de Atenas... Y ese suceso tan increíble, tan inconcebible: ¡la batalla de Salamina!

¿Era real todo ello? Parecía un sueño... Él había regresado a su hogar. Y todo estaba como siempre. El imperio persa, inmenso, colosal, como todo lo que le rodeaba. Susa, su capital: nada había cambiado.

Bueno, sí, tres de sus hermanos habían perdido la vida: Hiperantes, Abrocomas, Ariabigne, esforzados comandantes los dos primeros y almirante el tercero. Habían perdido la vida otros parientes suyos, sí, pero la mayoría de ellos había muerto con más edad que sus hermanos... ¿Era realmente un sueño? No, no era un sueño. Era la realidad. Porque Mardonio estaba en Tesalia y los Inmortales estaban con él...

Jerjes, recostado sobre unos almohadones, sintió cómo le embargaba la melancolía. No era un sueño. Era una realidad muy amarga. Su Dios persa no le había protegido como esperaba. El robo de la carroza sagrada y de los caballos neseos era una faena, desde luego, pero aun así..., no sería ése el motivo del enojo de Zeus. Y Persia (lo reconoció por un instante) no había cumplido sus aspiraciones. No daba crédito a lo que había sucedido aquel día en Salamina. Y haberlo visto con sus propios ojos. ¡Increíble! ¡Increíble! ¿Acaso sus ambiciones no eran legítimas para un Rey de reyes? Él no quería sino conquistar el mundo. ¿Qué había en contra de que Persia conquistara Asia y Europa? No había nada en contra. Jamás había existido un imperio tan excelentemente organizado como el persa. La antigua cultura egipcia no podía medirse con la organización persa. Ni tampoco la cultura asiría y babilónica. El poder terrenal le correspondía a Persia. Le correspondía a él, Jerjes. Ciro y su



memorable padre Darío le habían allanado el camino: a él le tocaba ahora asumir el poder... Pero no lo había conseguido. Lo había hecho mal.

Jerjes se puso en pie. Hacía frío en su estancia. Las ventanas abiertas daban a una galería de columnas. El jardín, azotado por el viento, presentaba un aspecto lamentable. Los largos troncos de las palmeras se doblaban y los escasos copos de nieve extraviados le hacían a uno estremecerse en esas tierras orientales del sur, en esa gran estancia real que sólo las cortinas aislaban del mundo exterior. Jerjes se estremeció, y su mirada perdida, enloquecida, se posó en la túnica que Amestris le había regalado. Estaba extendida sobre el trono. Era bellísima, de color púrpura escarlata rematada con un amplio ribete de un azul casi negro y toda ella con reflejos dorados. Era una túnica magnífica, pensó Jerjes. La tomó en sus manos y se la puso. Se trataba de una túnica médica, larga y de mangas amplias, como las que lucían indistintamente hombres y mujeres en ocasiones solemnes. Jerjes se miró en el espejo de pared enmarcado en oro y se dijo que le quedaba bien. Se envolvió en la túnica, arregló los pliegues, se contempló satisfecho en el espejo y se acarició ufano la negra barba azulada. Era un hombre todavía joven y, al verse en el espejo, se pavoneó. Y es que en los últimos tiempos... Después de Salamina... Durante la expedición de regreso, esa horrible expedición, apenas se había desabrochado el cinturón... Ahora tenía necesidad de lucirse.

Mardonio ya se las apañaría allá lejos. Jerjes, en su estancia, se envaneció y sintió necesidad de que le halagaran. ¿Y todas esas concubinas? No... ¿Amestris? No... Si le mostraba su afecto, daría la impresión de querer expresar su gratitud por la túnica. Deseaba algo cariñoso, joven, tierno, fuera persona o cosa. Pero no sabía qué.

El Rey de reyes, envuelto en su bella túnica, se sintió muy desdichado, aunque era incapaz de reconocérselo a sí mismo. Le embargó ese sentimentalismo melancólico que le sobrevinía en ocasiones después de sus arrebatos de soberbia y vanidosa autocomplacencia.

Ya no soportaba más la soledad. Golpeó el enorme gong que pendía como un sol entre dos barrotes de bronce.

—¡Traedme a los niños! —ordenó Jerjes.

El eunuco, Hermotimo, compareció con los tres muchachitos. Jerjes los quería mucho, los atrajo hacia sí y los acarició. Eran sus tres hijos favoritos. Les regaló unas cuantas joyas, les dejó comer golosinas y se los quedó mirando embobado. Los niños se comportaban como gatitos: era lo que se esperaba de ellos... Y le hablaron de su viaje de regreso con Artemisia, quien les había llevado a Efeso. Desde ahí Hermotimo los había acompañado a Susa.

—Mira —dijo de repente el mayor de los muchachos—. ¡Mira, ahí va Artainta!



—¿Quién es Artainta? —preguntó Jerjes mirando afuera.

—Es la hija del tío Masistes —repuso el segundo muchacho.

—Y de la tía Artaxixa —añadió con una voz muy aguda el tercer muchacho.

Jerjes, mirando afuera, vio cruzar el jardín a una de las jóvenes princesas, hija de su hermano Masistes. Era una muchacha muy bella. Su risa era encantadora entre todas las mujeres que le acompañaban. Éstas se arrimaban a ella y se resguardaban bajo los pliegues de su túnica del viento y de los copos de nieve que revoloteaban por el cielo. Los eunucos las seguían.

—¿Es Artainta? —interrogó Jerjes al eunuco Hermotimo, quien esperaba en el pórtico a que el rey se cansara de estar con sus hijos.

—Sí, mi soberano. Debe de estar regresando a los aposentos femeninos después de haber dado la bienvenida a su padre.

Jerjes apenas conocía a la muchacha. No sabía quién era. Le pareció deliciosamente joven, hermosa y virginal, esa sobrinita suya...

Susurró a Hermotimo dos palabras al oído.

—Sí, soberano —repuso Hermotimo haciendo una reverencia.

—Llévate a los niños —ordenó Jerjes.



XLV

Dos semanas después, Artainta, la bella muchacha, estaba de pie frente a Jerjes, que estaba sentado. La joven se sentía orgullosa del amor de su tío, el rey.

—Artainta —dijo Jerjes—, dime qué deseas y te haré un regalo de gran valor.

Hacía ya tiempo que Artainta sabía lo que quería.

—¿Permitiréis que me quede con lo que os pida, oh, mi tío y rey? —sonrió Artainta, consciente de sus encantos.

—Lo juro por el más grande Dios de los persas —contestó Jerjes.

Acababa de hacer un juramento imprudente, como hacían a veces los reyes persas, y del que luego difícilmente podían desprenderse si implicaba inconvenientes.

Artainta, sus manitas aún en las manos de Jerjes, pensaba en su futuro, como era natural en una princesa persa educada en el ambiente de intrigas de los aposentos femeninos. Dado que tenía que competir con un gran número de primas, la muchacha se preocupaba por su futuro, al igual que hacía su madre Artaxixa, que era popular por su excelente mermelada.

—Si es así, oh, soberano y rey, os pido ser la esposa de vuestro hijo Darío —dijo Artainta desplegando todos sus encantos—. Deseo ser vuestra nuera, oh, Jerjes, y la princesa heredera de Persia.

Jerjes frunció el ceño. Se sentía decepcionado de que Artainta, después de semanas de haberse entregado a él voluntariamente, pensara en desposar a su hijo en el momento de pedir una merced.

—Darío es muy joven aún —respondió Jerjes—. Y de hecho le toca tomar como primera esposa a..., la verdad, no sé a cuál de tus primas, Artainta.

—Yo sí lo sé —repuso Artainta con astucia—. Pero yo quiero ser la primera esposa de Darío. Quiero ser reina.

—Eso no va a ser posible, Artainta.

—Sí lo va a ser —insistió ella—. Quiero ser la primera esposa de Darío.



—Tal vez puedas ser su segunda esposa...

—No, no —volvió a insistir Artainta—. Quiero ser reina.

—Puedes casarte con Artajerjes, Artainta —dijo Jerjes, en un intento de calmarla.

—No quiero —repitió ella—. Artajerjes es todavía un niño. Darío y yo sólo nos llevamos un par de años. Quiero casarme con mi primo Darío y convertirme en reina de Persia. Tío y soberano mío, prometiste satisfacer mis deseos.

—En realidad, no es tan descabellada la idea —reconoció Jerjes—, Bien, Artainta, haremos que Darío te tome como primera esposa...

—Y más adelante seré reina de Persia.

—Más adelante, sí, más adelante, Artainta...

—Y quiero otra cosa más —añadió Artainta dispuesta a formular su deseo más grande.

—¿Y qué más quieres, Artainta? —preguntó Jerjes con cierto recelo.

Artainta desasíó sus manitas de las manos de Jerjes con suavidad y coquetería. Retrocedió unos pasos como si se dispusiera a bailar, pero no lo hizo. Así, paso a paso, alcanzó el bello trono sobre el que estaba extendida la magnífica túnica que Amestris había tejido para Jerjes. Y entonces, extendiendo su manita hacia la túnica, dijo:

—Quiero esa túnica.

Jerjes se sobresaltó.

Pero Artainta ya se había puesto la túnica médica. El púrpura escarlata con el ancho ribete azul negro de reflejos dorados le quedaba como si fuera ya la reina de Persia.

Jerjes se incorporó de un salto.

—¡Esto es imposible, Artainta! —exclamó irritado.

—¡La quiero! —insistió Artainta, y envolviéndose en la túnica se miró en el brillante espejo de pared tal como se Había mirado el propio Jerjes. La joven dio vueltas y más vueltas delante del espejo...

—¡En serio, Artainta, es imposible! —repitió Jerjes, rojo de ira—. Es la túnica que me tejó Amestris durante la guerra. No puedo regalártela.

—Yo quiero esta túnica —insistió Artainta, mientras se miraba en el espejo—. He visto cómo la tía Amestris la tejía. Lo sé todo de ella. No está muy bien tejida, por cierto, tiene algún fallo. Mira aquí, en el ribete... Pero no importa, la quiero para mí. No voy a devolveros la túnica, tío Jerjes. Me la quedo, ahora es mía...



—En serio, Artainta...

—Prometiste concederme todo cuanto te pidiera, tío Jerjes...

—Sí, pero me pides...

—No te pido mucho. Pido ser la primera esposa de Darío y más adelante reina de Persia. Y pido esta túnica. Una túnica que ni siquiera está bien hecha.

Jerjes, alteradísimo, apretó los puños, pero se dominó e intentó disuadirla.

—Artainta —continuó el rey, moderándose, intentando hablarle con cordialidad a la vez que con firmeza y autoridad regia, como corresponde a un amante regio ante su joven favorita—. Artainta, es imposible. En serio, cariño mío, no va a poder ser. Pídeme otra cosa.

—No quiero.

—Pídeme la propiedad de las ciudades que tú quieras.

—No quiero ciudades —repuso Artainta—, Quiero la túnica.

—Pídeme oro, tanto oro como quieras.

—Que no quiero oro. El oro me sobra y cuando sea reina de Persia tendré todo el oro del mundo.

—Pídeme entonces un ejército, Artainta. Artainta, un ejército es la mayor merced que puede conceder un rey de Persia. Un ejército que tú misma puedas comandar...

—No quiero comandar ningún ejército —replicó Artainta—. ¡Quiero esta túnica! ¡Quiero esta túnica! Me has prometido la túnica, tío Jerjes. ¡Tienes que dármela! De lo contrario, faltarás a tu promesa. Y se lo contaré todo... a mi padre. ¡Le contaré a Masistes que Jerjes ha faltado a su promesa regia!

De repente, envuelta en su túnica, Artainta se incorporó como una pequeña furia. Y desafió al rey. Las princesas eran esclavas de sus padres, hermanos, tíos, primos, pero en ocasiones, cuando ellas lo decidían, hacían esclavos a sus hombres.

—Procura que Amestris no vea que llevas la túnica —respondió Jerjes, mientras que Artainta, riendo, abandonó el aposento envuelta en su pesada túnica regia.

Los primeros días Artainta se puso la túnica únicamente frente al espejo. Se contemplaba a sí misma en diferentes posturas viéndose como futura reina de Persia. Las esclavas que la rodeaban la miraban con admiración. Luego, a sabiendas de lo bien que le quedaba, se tornó más audaz. Se atrevió a salir, y se dejó ver en los pórticos. Su madre, Artaxixa, le advirtió de que fuera prudente. Faidima y Parmis, las reinas viudas, la vieron paseando por el bosque de palmeras del jardín luciendo su túnica. En la estancia femenina, las princesas, concubinas y esclavas chismeaban en voz baja... ¡Artainta era la favorita del rey y llevaba la túnica que Amestris había



tejido para Jerjes durante la guerra! No todo el mundo se lo creía. Las mujeres miraban a la princesa escondidas tras las columnas. Hasta que al final la descubrió Amestris. La reina se puso furiosa, se arañó a sí misma de rabia y azotó a sus mujeres con el látigo. En la corte femenina se produjo una gran agitación que relegó al olvido las angustias causadas por la fatídica guerra y el luto por los hermanos, cuñados, primos y hombres muertos. La guerra había discurrido tan lejos, ahí, en la lejana «Europa»; lo que ocurría aquí en «Asia», en Susa, el episodio de la túnica, la condición de favorita de Artainta..., todo eso era mucho más interesante que aquella guerra librada en «Europa», más interesante que los «jonios» y que Atenas. La túnica, ése era el asunto que estaba en boca de todas las mujeres de la corte. Todas veían que Amestris estaba furiosa y que se había arañado el rostro.

Las mujeres estaban deseando saber cuál sería la reacción de Amestris...

La reina, aparentemente, no reaccionó. Hasta que se aproximó el cumpleaños de Jerjes. Aquel día se celebraba una gran fiesta en la ciudad y en el palacio. Los persas llaman esta celebración *ticta*, «el convite perfecto». Días antes los cocineros preparaban en la cocina enormes empanadas y tartas de gelatina dulce, los panaderos hacían miles de panecillos con formas sagradas y simbólicas, y los confiteros hacían sus pasteles con las mismas formas. Los dulces vinos de palma se condimentaban y mezclaban con miel de myrica...

Aquel mismo día, tras las ofrendas efectuadas a los dioses, entre himnos, juegos y danzas, tenía lugar la consagración de la cabeza del rey. Los sacerdotes ungían la frente del rey, su coronilla, sus sienes. Las gotas de perfume le resbalaban por el cabello negro y por la barba negra. Los aceites sensuales llenaban toda la sala con su perfume. Jerjes había pedido a Artainta que le devolviera la túnica para la ocasión. El rey estaba envuelto en su túnica, mientras el sacerdote le ungía.

El rey se puso a comer, a solas, sentado en un lugar elevado, servido por sus parientes más próximos. Todo era de oro reluciente, tanto la vajilla en la que comía y bebía como el mantel tejido con hilo de oro cuyos flecos dorados pendían sobre las gradas. La corte entera contemplaba al rey y el pueblo lo veía de lejos. La gente se aglomeraba tras las barandillas de mármol para captar alguna imagen del sagrado y esplendoroso convite real.

Después de que el rey hubiera comido y bebido con gran solemnidad —Jerjes convertía cada gesto en una elegante ceremonia que ejecutaba con gracia y conciencia regia—, se dispuso a hacer entrega de los obsequios a los suyos, a toda su corte, al pueblo. Había llegado el momento de conceder cuanto se le pidiera. Si bien era arriesgado que el suplicante mostrara una falta de comedimiento, la jurisdicción monárquica estipulaba que el rey no podía negarse a conceder la merced que se le



pidiera. Atosa, debido a su avanzada edad, no asistió a la ceremonia, de modo que fue la reina la primera en salir a escena.

El rey, lleno de gracia, se puso en pie y sintiendo todos los ojos clavados en su persona, preguntó a Amestris qué deseaba.

—Oh, gran déspota —respondió Amestris—. Vuestra esclava os ruega que le devolváis la túnica.

Jerjes se sobresaltó. Pero no podía negarse. Los sirvientes de la corte le quitaron a Jerjes la túnica y se la llevaron a Amestris.

Mientras depositaban la pesada túnica sobre los brazos de Amestris, ésta añadió:

—Y os pido también que me entreguéis a Artainta.

Esta vez Jerjes se puso pálido, empezó a temblar y a la vez se enfureció.

La reina pagaría por su falta de modestia, pero en aquel momento le era imposible negarse a concederle la gracia que le pedía. Artainta, que se encontraba entre las princesas, profirió un grito de horror. Fue conducida hacia la reina y ésta se retiró y ordenó que la princesa la siguiera.

El episodio causó un gran revuelo. Amestris había logrado vengarse. El pueblo, desde lejos, no entendía nada de lo que estaba sucediendo. La gente no hacía sino contemplar perpleja la fastuosidad de la corte. Sin embargo, entre los cuñados, hermanos, primos, entre las princesas y las mujeres, entre todas las miles de personas que constituían la corte, corrieron los rumores. Tanto fue así que aquellos que tenían intereses se olvidaron de pedir favores u obsequios al rey...

—¿Qué querrá Amestris con mi hija, oh, soberano y hermano? —preguntó Masistes, el padre de Artainta.

Jerjes, sin túnica pero manteniendo la dignidad, contestó algo... Pero no se le oyó. Había una confusión general. En los pórticos pudo oírse el furioso chasquido de látigos. Un muchacho de la pastelería, que portaba una fuente de mimbre repleta de dulces y pasteles, se dio contra alguien y tropezó...

Aquello era un escándalo, pensaban las reinas viudas y Artazostra, esposa de Mardonio. Las mujeres se congregaron en los pórticos para chismear. Los comentarios que circulaban eran muy fuertes. Todas estaban deseando saber qué haría Amestris con Artainta. Desaprobaban que la reina, al provocar semejante revuelo, les hubiera fastidiado la fiesta, el día del «convite perfecto». Pues aquello era verdaderamente un escándalo y justo el día en que habían preparado tantos dulces y pasteles exquisitos.

Entretanto, Artainta, que seguía a Amestris rodeada de guardias y de un enjambre de eunucos, había llegado a los aposentos femeninos. Y Amestris, que hasta aquel



momento había logrado contener su rabia, estalló y se volvió hacia la princesa apretando los puños. Rabiosa y con la mirada fiera, se puso frente a Artainta, quien se hincó de rodillas y suplicó con las manos en alto:

—¡Tened compasión! ¡Tened compasión! Reina, tía mía soberana, os pido que tengáis compasión.

—¡Ahora eres mía! —gritó Amestris, la saliva de la crueldad siseándole entre los dientes apretados, como a la espera del placer próximo—. ¡Ahora eres mía! Eunuco, llama a los verdugos. Esa puta es mía, es mi esclava. ¡El rey me la ha entregado! Le cortaré los pechos y se los arrojaré a los perros.

—¡Tened compasión! —suplicaba Artainta con voz trémula, y, desesperada, se arrastró por el suelo en dirección ¡il pie de Amestris.

—¡Ordenaré que le corten la nariz!

—¡Compasión!

—¡Las orejas! ¡Que le arranquen la lengua!

—¡Compasión!

—¡Que le corten los labios!

Artainta dejó de suplicar compasión. Sólo gritaba, gritaba como una loca, gritaba con los ojos desorbitados. En su angustia estaba ya sufriendo en su propio cuerpo esas atrocidades, engendradas por la envidia y el odio, que a veces se cometían en las estancias femeninas persas, atrocidades que ella había visto alguna vez practicadas contra alguna concubina o esclava, pero nunca contra una princesa real. Habitualmente se empleaba el látigo, pero cuando éste resultaba demasiado débil para castigar o vengar una afrenta, comparecía el verdugo con sus hachas, tijeras y tenazas. El espanto fue en aumento entre las mujeres que, junto con los eunucos, se arracimaban detrás de columnas y puertas, sobre todo cuando apareció el verdugo con sus ayudantes. Y eso que todas vestían sus mejores prendas con motivo del día del convite perfecto, el día del aniversario del rey y de su sagrada unción...

En aquel mismo instante apareció Atosa por la puerta que daba a los aposentos de las reinas viudas. Era una mujer ya anciana. Sus velos violetas le pendían como densas telarañas sobre los enjutos miembros, el cabello blanco y el rostro arrugado. En su mano flaca y temblorosa sostenía el látigo que siempre llevaba consigo y que manejaba ya con dificultad porque le fallaban las articulaciones, inflamadas por la artritis. Con todo, la reina madre, con sus ojos entornados, causó gran impresión cuando apareció entre las otras reinas viudas (Artistona, Parmis, Faidima), quienes la habían avisado para que acudiera. Entre todas ellas, Atosa era quien ostentaba la máxima autoridad. Las mujeres la temían más a ella que a la propia reina.



—¿Qué está sucediendo aquí? —inquirió con voz fría la reina madre.

Amestris, erguida, hecha una furia, contestó:

—Reina madre, el rey me ha entregado a esta puta para hacer con ella lo que me plazca. Esta puta que va por ahí luciendo la túnica que yo le tejí a mi esposo. Haré que le corten los labios, que le arranquen la lengua, que le corten las orejas y la nariz. Y haré que le corten los pechos y se los arrojen a los perros.

—¡Mi reina madre! —gritó Artainta arrastrándose por el suelo en dirección a Atosa— ¡Tened compasión! ¡Compasión!

Entretanto habían llegado, muy alteradas, Artaxixa, la madre de la princesa, y Artazostra, la esposa de Mardonio. Venían de suplicar a Jerjes que perdonara a Artainta. Jerjes había respondido que él no podía hacer nada y que tenía que conceder obsequios y mercedes a sus capitanes y sirvientes de la corte...

Un latigazo serpenteó por el aire. Las correas azotaron la espalda de Artainta. Atosa había atinado bien. La muchacha chillaba de dolor. En su nuca asomó sangre púrpura.

—¡Fuera de aquí! —gritó Atosa furiosa—. ¿Me escuchas? ¡Fuera! Vete para dentro, a tu habitación. ¡Zorra!

Y la anciana volvió a levantar el látigo, pero erró el blanco. El látigo le cayó de las manos, las esclavas se afanaron por cogerlo, y, encogidas y arrastrándose por el suelo, se lo tendieron con las manos alzadas.

La anciana acababa de conceder el perdón, ella, la soberana, todopoderosa en la corte femenina, ella, hija de Ciro; ella, en torno a quien se tejía ya una leyenda de respeto y de temor. Y Artaxixa agarró a su hija y la puso en pie, sus esclavas se abalanzaron sobre ella y un tercer movimiento del látigo indicó el camino a la culpable, que acababa de ser indultada:

—¡Largo! ¡A tus aposentos!

Artainta salió huyendo entre las mujeres. Pero Amestris gritaba como un depredador sanguinario a quien se le acabara de escapar una presa.

—¡El rey me la entregó! —gritó fuera de sí a la cara de Atosa.

El látigo se alzó en espiral, serpenteando en el aire. Y amenazó a Amestris, a la reina de Persia. Los ojos entornados de la madre todopoderosa destellaban ira e incuestionable autoridad.

Amestris, humillada, gritaba en dirección a las columnas. Sus manos se acalambraron de ira. Histérica de impotencia, se ahogó en sollozos.



—¡A sus aposentos, junto con la reina! —trinaba Atosa entre sus viejos y finos labios arrugados—. ¡A sus aposentos! ¡Yo soy la que mando aquí!

Todo temblaba. Amestris obedeció. Sus esclavas la sostuvieron, mientras ella daba puñetazos en el aire y se retorció como un animal salvaje atrapado. Los eunucos la rodearon, colocando por respeto cortinas delante de las puertas.

Atosa miró despacio a su alrededor con los ojos entornados en su rostro retorcido, unos ojos siempre doloridos, debido a la vejez y la enfermedad. Reinaba un silencio absoluto. No se oía ni una voz, ni un susurro se escuchaba entre las mujeres inmóviles que se habían congregado junto a ella: princesas, concubinas, esclavas. Entonces Atosa se dio la vuelta lentamente.

Se retiró junto con las otras reinas viudas de Darío: Artistona, Parmis, Faidima. Inmediatamente después, en torno a Artaxixa y Artazostra, se desataron cientos de voces femeninas en un murmullo ya incontenible.

—¡Ha recibido su merecido! —dijo la madre de Artaxixa refiriéndose a su hija.

Hubo fuertes comentarios entre las mujeres. Pero desde los pórticos llegó el agradable olor dulzón de las tartas y de todos los dulces simbólicos preparados para el «convite perfecto».

—En fin, lo sucedido no es razón para no probar todas esas exquisiteces —añadió Artaxixa.

Las mujeres asintieron. Con solemnidad, como si de una ceremonia religiosa se tratara, entró la comitiva de esclavas, con poses hieráticas, portando en bandejas de mimbre los dulces y las tartas, sosteniendo sobre la cabeza y delante del pecho los confites, que olían deliciosamente.

—Enviaremos dulces a Amestris —dijo Artaxixa.

—Y a Artainta —dijo Artazostra mostrándose compasiva.

—Y a las reinas viudas —dijo un coro de voces.

Artaxixa y Artazostra seleccionaron diversos dulces, y las esclavas, muy ceremoniosas, se dirigieron hacia las reinas viudas con las bandejas repletas de exquisiteces.

Se las llevaron a Amestris.

Y también a Artainta, la pobre.

Aquella noche, el convite perfecto discurrió como si nada hubiera sucedido.



XLVI

Transcurrió el invierno. La temprana primavera meridional exhalaba su fragancia de flor de almendro en la Hélade y Tesalia, donde Mardonio acampaba con su ejército junto con los príncipes aliados de su tierra. Los atenienses habían retornado a su ciudad arrasada por el fuego, que apenas habían reconstruido, inciertos como estaban acerca de su futuro. Los peloponesios habían terminado de levantar la muralla en el istmo de Corintio. Tanto los unos como los otros consideraron que había llegado el momento de enviar a Egina una flota conjunta de ciento diez naves. Leotíquides, hijo de Menares, era el estratega y capitán de las naves peloponesias, y Jantipo, hijo de Aritrón, el de las naves atenienses.

El caso es que Temístocles se había enfrascado en el estudio del persa. Estudiaba persa después de haber mandado construir el triple puerto del Pireo junto a Atenas, porque la bahía de Falero resultaba un poco angosta para la (reciente flota ateniense. Temístocles estudiaba persa después de haber mandado levantar una muralla alrededor de Atenas para fortificar la ciudad. Dado que los espartanos se oponían a ello, él mismo fue como embajador a Esparta, y, para ganar tiempo, llevó la defensa de su decisión de levantar la muralla con tal lentitud, que cuando quisieron darse cuenta estaba ya hecha. Ni él sabía muy bien por qué estudiaba persa. Quizá porque tuvo el presentimiento de que Atenas no conservaría la estima hacia un hombre que acumulara un excesivo poder en su república. Un hombre que había hecho mucho y seguía haciendo demasiado. Un hombre que había llevado la república a la gloria y había logrado que destacara sobre los demás estados helenos. Tal vez ésa era la razón por la que Temístocles estudiaba persa. Era como si presintiera todo lo que iba a suceder en los años siguientes: Esparta acusándole de haber colaborado con el rey de Persia, su destierro y su huida...

Su huida a Persia, una huida que en aquellos días en que Temístocles estudiaba persa aún estaba en un futuro lejano. Y sin embargo, en su lucidez, él intuía lo que le iba a deparar el futuro...

Entretanto, Mardonio preparaba su gran ofensiva. Deliberó con los reyes aliados de Tesalia. Además, envió a un griego, que no un persa, a Mys, a consultar todos los oráculos de la Hélade. Y sin embargo, era como si Mardonio, después de su bello



gesto ante Jerjes, después de haberse hincado de rodillas ante él y haberle asegurado que iba a someter a los griegos al yugo persa y que de lo contrario se mataría, se hubiera tornado pesimista, desconfiado. Aquel invierno de espera en Tesalia había sido como un destierro. Mys regresó con diferentes respuestas de los oráculos, pero ninguna de ella satisfizo a Mardonio.

Antes de decidirse por la gran ofensiva, Mardonio pensó en hacer una propuesta de paz a los griegos.

¿Por qué emprender esa guerra que tan obsesionado le tenía? ¿Acaso actuaba por venganza por la derrota que había sufrido diez años atrás, cuando aún era un militar joven y entusiasta que se aburría en el ambiente de laxitud e intriga de los aposentos femeninos en Susa? ¿Por qué esa guerra? ¿Para proporcionar a Atosa esclavas lacedemonias y corintias? ¿Para vengarse de los ataques de los griegos en Asia Menor? Ni él mismo lo sabía ya. El cuñado de Jerjes parecía haber envejecido más de un año durante los duros meses que habían seguido al desastre de Salamina y a la huida del rey... Al igual que Jerjes, Mardonio ya no lograba conciliar el sueño. Ya no estaba seguro de lo que quería... No le apetecía emprender la guerra. Echaba de menos Persia, Susa, su esposa Artazostra, sus hijos aún pequeños. Sentía que una misteriosa fuerza se oponía a él... Un hado ominoso oculto en esos aires que, a pesar del olor a almendros en flor, le eran hostiles... Tenía la impresión de que los dioses de la Hélade se escondían en algún lugar, detrás de las nubes de primavera que avanzaban lentamente por el cielo azul, y que iban a ser más poderosos que los dioses persas. Eso mismo solía decir Jerjes.

Mardonio se sentía cansado y lleno de nostalgia... Así que envió a Atenas a un emisario destacado, Alejandro, hijo de Amintas, rey de Macedonia, un hombre afin a los persas, emparentado con ellos, un alma persa aunque a la vez amigo de los atenienses, a quienes había ayudado en el pasado y que por tanto le debían mucho. Mardonio envió a Alejandro a Atenas para persuadir a la joven y poderosa fuerza naval de no rechazar la mano que les tendían los persas.

Y él, Mardonio, ya se las arreglaría con los ejércitos aliados de tierra.

Aquello no fue sino una ilusión producida por el cansancio, un momento de debilidad del que Mardonio apenas era consciente. Mardonio hacía una propuesta de paz...



XLVII

Alejandro se dirigió a la asamblea de atenienses con estas palabras:

—Atenienses, escuchad lo que os notifica Mardonio por mi boca. Me ha llegado un mensaje del rey que dice: «Perdono a los atenienses todas sus ofensas...».

El preámbulo del discurso de Alejandro resultó un poco ambiguo, pues empleó la primera persona gramatical para referirse sucesivamente a sí mismo, a Mardonio y a Jerjes. Los atenienses que se encontraban lejos del orador se confundieron con esa triple primera persona. Les pareció entender que Alejandro había perdonado a los atenienses sus ofensas.

¿Y qué ofensas les había perdonado? Las primeras palabras de Alejandro no cayeron nada bien. Alejandro, sin embargo, confiando en sus habilidades retóricas y en los favores que Atenas debía a Macedonia, prosiguió su discurso refiriendo lo que Jerjes le había anunciado a Mardonio: «Así que haz lo que te ordeno, Mardonio, y devuelve a los atenienses su tierra...».

Los atenienses que estaban a mayor distancia de Alejandro empezaron poco a poco a comprender lo que éste les estaba diciendo. No es que los atenienses fueran necios, ni mucho menos, sino que el estilo del discurso de Alejandro era bastante oscuro.

—... y permitid que los atenienses se hagan con algún otro territorio próximo al Ática.

Al oír eso, los atenienses pensaron que el rey Jerjes, desde la lejana Susa, ejercía el poder de un modo muy arbitrario.

—...y que gobiernen conforme a sus propias leyes...

Como no podría ser de otra manera...

—... y que, en cuanto quieran firmar un pacto conmigo, Rey de reyes, mandaré reconstruir sus templos arrasados por las llamas.

¡Eso era! Un rumor recorrió la sala de consejos, un cuchicheo, un bullicio. ¡Un pacto! ¡Firmar un pacto con Jerjes! ¡Eso jamás!



—Estas órdenes —continuó Alejandro, esta vez como si fuera Mardonio— se cumplirán si no me ponéis ningún obstáculo. Ahora os hablo en nombre propio...

—Habla en nombre de Mardonio... —opinaron los atenienses que estaban más cerca de él.

—Y dice lo que Mardonio le ha dicho...

Alejandro continuó:

—¿Qué locura es esa de declararle la guerra al rey?

—¡Es él quien nos ha declarado la guerra a nosotros! —gritaron nerviosos los atenienses—. ¡La culpa es de Jerjes!

—No lograréis vencerle jamás. Y no siempre seréis capaces de hacerle frente. Conocéis sus grandes hazañas y el tamaño de su ejército. Y también habéis oído hablar de mi ejército...

—¿Qué dice? —inquirieron los hombres que estaban a mayor distancia de Alejandro—. ¿El ejército de quién?

—El de Mardonio —aclararon los atenienses que estaban más próximos a él.

—Y aun en el supuesto de que vencierais a mi ejército (algo que, si sois sensatos, mejor que ni se os pase por la cabeza intentar), habrá ejércitos aún más poderosos que acudan a vengarme. ¿Acaso os consideráis iguales a Persia? ¿Acaso queréis perder la vida y vuestra tierra? Mejor haríais en reconciliaros con el rey...

—¡No! —gritaron los atenienses que estaban más lejos y que habían entendido sus palabras.

—¡Aceptad el perdón del rey!

—¿Qué perdón? ¡No!

—Nunca más, oh, atenienses, se os ofrecerán condiciones tan ventajosas.

Un fuerte murmullo recorrió el lugar. Pero Alejandro continuó hablando como si nada:

—Mirad, atenienses, lo que Mardonio me ha ordenado anunciaros...

—¿Habla por fin en nombre propio? —se oían comentarios enojados.

—... yo de mi parte quiero transmitir os mi buena voluntad...

—¡Es un persa! ¡Es un bárbaro!

—Y mi consejo es: ¡no rechazéis la propuesta de Mardonio! No estáis en condiciones de enfrentaros a Jerjes hasta el final.

—¡El rey ha huido de nosotros! ¡Se ha refugiado en Salamina!



—Si os considerara capaces de resistir hasta el final, no hubiera acudido a haceros esta propuesta. El poder del rey es inconmensurable, es sobrehumano. Si no aceptáis un pacto con Persia con estas condiciones tan favorables...

El murmullo se hizo ensordecedor. Las palabras de Alejandro se perdieron en un mar de comentarios indignados.

—... me temo que os suceda lo peor. A todos vosotros. De todos los aliados, vosotros sois los que más expuestos estáis a la venganza de Jerjes. ¡Las primeras víctimas volveréis a ser vosotros! Lo que os ofrece el gran rey tiene un valor incalculable. ¡Vosotros sois los únicos helenos con quienes desea trabar amistad!

En cuanto Alejandro concluyó su discurso, en medio de fuertes murmullos, los delegados lacedemonios que asistían a la reunión se pusieron en pie como un solo hombre, con dignidad a la vez que indignados. Habló el portavoz: —Oh, atenienses, Esparta delega en nosotros y nos ruega no emprender ninguna acción que perjudique a la Hélade. Y que no prestéis oído a la propuesta de Jerjes. ¡Un pacto con Persia sería una deshonra! Vosotros quisisteis emprender la guerra, contra la voluntad de Esparta...

Un rumor volvió a recorrer el salón. Esparta sí que había querido la guerra, exclamaron las voces. Los atenienses rogaron silencio.

El portavoz espartano continuó: —Al principio, la guerra no fue sino asunto vuestro... Comentarios contrarios... —Ahora la guerra es en interés de todos... Aclamaciones, expresiones de júbilo como si de colegas eufóricos se tratara.

—Acaso quisierais, después de haber sido la causa de estas desgracias...

Fuerte oposición entre el pueblo, siseos en demanda de silencio...

—... ver la Hélade sometida al yugo persa. ¿Vosotros, atenienses, que siempre os habéis jactado de ser los defensores de la libertad de los pueblos?

Una salva de aclamaciones estalló en la sala, un inmenso grito de mil bocas manifestándose contra la tiranía, contra la invasión persa, contra el tirano que quería conquistar el mundo.

El espartano había vencido. En medio de un nuevo y renovado silencio, continuó en voz baja:

—Atenienses, compartimos vuestro sufrimiento. Vuestras casas han sido destruidas. Lleváis dos años sin poder cosechar. Nos aflige vuestro dolor, así que nos ofrecemos a alimentar a vuestros ancianos, mujeres y niños. No os dejéis persuadir, os rogamus, por el discurso adulador de Alejandro. Es un tirano, esclavo de un tirano. Sed sensatos: no confiéis en el bárbaro. ¡No hay que confiar jamás en los bárbaros!



Los atenienses, en boca de sus portavoces, respondieron a Alejandro:

—Oh, Alejandro, hijo de Amintas, no hace falta exagerar el poder de los medos ni jactarse de ello. Sabemos, tanto como vosotros, que el ejército persa es más poderoso que el nuestro. Aun así, defenderemos con fuego sagrado nuestra libertad y lo haremos hasta la última gota de sangre. No intentéis convencernos de la necesidad de firmar un pacto con Jerjes. No lo haremos jamás. Transmitid a Mardonio la respuesta de Atenas, oh, Alejandro: mientras el sol salga y se ponga por su camino de siempre, jamás pactaremos con los bárbaros. Por el contrario, haremos frente a quienes invadan nuestras tierras y los expulsaremos confiando en la protección de nuestros dioses y héroes, cuyos templos e imágenes Jerjes destruyó.

Los atenienses escucharon con la respiración contenida. Una aclamación de respeto se alzó entre los presentes. El portavoz continuo hablando, esta vez en tono amenazador:

—Y en lo que respecta a vos, Alejandro, no volváis a trasladar jamás semejante mensaje a los atenienses. ¡No volváis a instigarnos a la infamia simulando servir a nuestra nación! Nos une la ley de la hospitalidad y de la amistad, sí, pero si es necesario, derogaremos esta ley en el acto!

Alejandro empalideció. El ateniense respondió ahora a Esparta:

—El temor de los lacedemonios a que negociemos con el bárbaro es infundado. Sería una negociación infame. No, no hay oro en el mundo ni tierra tan bella que nos haga sucumbir a la tentación de pactar con los medos y someter a esclavitud a la Hélade... Nosotros, los helenos, somos un solo pueblo unido por la sangre y la lengua, adoramos los mismos dioses, hablamos el mismo idioma. Oh, espartanos, os agradecemos vuestra propuesta de alimentar a nuestras mujeres e hijos, pero descuidad, no será necesario, somos capaces de procurarnos nuestro sustento sin vuestra ayuda. .. Así pues, preparad vuestro ejército para el combate... En cuanto el bárbaro se entere de que hemos rechazado su propuesta, invadirá el Ática... ¡Procuremos llegar a Beocia antes que los persas!

Se produjo un fuerte revuelo. Gritos, aclamaciones, aglomeraciones. Alejandro, pálido y furioso, estaba en la plaza frente al edificio del consejo.

Un heraldo se acercó a él y le dijo:

—Alejandro, hijo de Amintas, me han ordenado comunicarle que abandone Atenas antes de que se ponga el sol en este cielo... De lo contrario, le espera la muerte.

Entre la multitud ruidosa se oyeron susurros, blasfemias, bujías. Algunas piedras surcaron el aire.



XLVIII

Mardonio, sintiendo que era voluntad del hado, abandonó Tesalia junto con los monarcas tesalios y todo su ejército. Tras una dura expedición, los persas invadieron Beocia y se adentraron en Tebas, ciudad aliada. ¿Acaso no había Leónidas desconfiado siempre de sus rehenes tebanos?

Los tebanos querían impedir que Mardonio continuara avanzando con tanta celeridad.

—No vais a encontrar por el camino un lugar adecuado para acampar... Seguid nuestro consejo: enviad dinero a las ciudades griegas. Así sembraréis la discordia. Venceréis las resistencias con la ayuda de quienes logréis persuadir. Si los pueblos griegos permanecen unidos, no os será fácil someter la Hélade.

Mardonio, en su ardor febril, como si le abrasara un fuego fatídico, no hizo caso de las palabras de los tebanos simpatizantes de los persas.

Invadió el Ática como una marejada. Los persas tomaron Atenas por segunda vez, diez meses después de la primera conquista. Y Mardonio, jactándose de la victoria a pesar de que la ciudad estaba totalmente abandonada (los atenienses habían vuelto a refugiarse en sus naves fondeadas frente a Salamina), dio la orden de anunciar al rey de Asia la caída de Atenas.

El mensaje corrió más veloz aún que si hubiera sido transmitido por el perfecto sistema de postas del correo persa. Lo hizo mediante señales realizadas con antorchas, el mismo sistema con que Esquilo, el soldado poeta, anunció a Clitemnestra la caída de Troya en su *Agamenón*. Las llamas de una antorcha en lo alto de una torre de Atenas eran visibles a muchos estadios de distancia. Por la noche, en la llanura de Triasia, el guardián apostado en una segunda torre divisó el resplandor del fuego. A su vez, encendió una antorcha. Más allá, en la oscuridad, ardía la tercera antorcha que transmitió el mensaje de la victoria. A lo largo de toda la costa, a lo largo del extenso camino, ardían las antorchas, enlazando resplandor con resplandor en una cadena de raudas señales de fuego. Antes de clarear el día, sabía Jerjes, sabían todos los persas y toda Asia que Atenas había caído por segunda vez. La estenografía del fuego, con sus llameantes grafías, escribió en la noche de verano que Mardonio



había conquistado Atenas. El mensaje estaba escrito en el firmamento nocturno desde Atenas hasta Susa...

Los helenos no tuvieron tiempo de salir al encuentro de los persas en Beocia. En Esparta, los enviados atenienses se lo reprocharon a los lacedemonios, quienes en aquel momento estaban celebrando las Hiacínticas, las fiestas de primavera de Jacinto, el favorito de Apolo. Los atenienses animaron a los aliados a unirse a ellos para combatir a los persas en la llanura de Triasia.

Había un pacto de alianza, sí, pero siempre ha existido el egoísmo de los Estados, como existe el egoísmo de los individuos, por mucha amistad que les una. La muralla levantada en el istmo de Corinto estaba casi terminada.

En realidad, los peloponesios tenían poco que temer de los persas. Y Apolo era el dios más grande y las Hiacínticas las fiestas sagradas que celebraban el renacimiento de la naturaleza sagrada. ¿Debían los lacedemonios desatender el culto a su dios porque los persas invadieran el Ática?

Así y todo, los éforos de Esparta respondieron a los atenienses, tras una demora de diez días en la que la muralla protectora había sido concluida, que cinco mil espartanos, cada cual asistido por siete elotes, sus esclavos, iban camino del Ática.

El rey de Esparta, a quien correspondía el mando del ejército lacedemonio, era Pleistarco, hijo de Leónidas. Pero el muchacho no era más que un niño, que jugaba a la guerra con otros niños. Su madre, Gorgo, la joven esposa rubia del rey héroe, el eterno héroe de las Termopilas, condujo al muchacho ante su primo y tutor Pausanias, hijo de Cleómbroto, quien iba a asumir el mando de los lacedemonios. Pausanias se inclinó hacia el pequeño rey y lo abrazó: un instante de belleza tan pura que el ritmo homérico parecía vibrar en el cielo primaveral.



XLIX

Mardonio recibió el aviso de que se acercaban los espartanos. Fuera lo que fuese lo que tramó con los argivos, no le sirvió de nada: su heraldo más veloz vino a anunciarle que se acercaban los espartanos. Mardonio no permanecería en Atenas. Combatiría en la vasta llanura de Tría o más al norte aún, al otro lado del Citerón...

Atenas ardió de nuevo en llamas. De nuevo se destruyeron murallas y casas. Mardonio no respetó ni siquiera a los dioses de los templos. En un trágico instante de ofuscación, el bárbaro está condenado por el destino a no respetar cuanto fue consagrado por el culto de los hombres. Y si alguna vez se le reprocha este comportamiento, él responderá con el mismo reproche. La culpa siempre la tienen los demás. El mundo, los tiempos y las personas no cambian.

Las estafetas se sucedieron. Anunciaban la llegada de unos mil lacedemonios a Megara. Y que su ejército más poderoso se dirigía hacia el istmo para defender la muralla.

Mardonio ordenó construir una muralla a lo largo del río Asapo. El campamento de su ejército ocupó un vasto territorio que comenzaba en Eri tras y se extendía hasta Platea. Mientras tanto en Tebas, Atagino, hijo de Frinón, ofreció una gran fiesta en honor a Mardonio. Al banquete asistieron los cincuenta persas más notables de la ciudad y cincuenta tebanos. En cada lecho se recostaron un tebano y un persa. Bebieron vino y comieron en abundancia y hubo música, juegos y bailes.

Un persa le preguntó en griego a Tersandro de Orcómeno, con quien compartía el lecho:

—¿De dónde sois vos, comensal?

—De Orcómeno —respondió Tersandro—, Pero decidme vos, comensal, ¿por qué estáis tan inquieto?

El persa, que había formulado la pregunta por pura cortesía, estaba muy pálido, le temblaban los párpados y las manos:

—Sí, ni en una charla de sobremesa soy capaz de disimular mi inquietud. ¿Queréis que os diga por qué estoy tan alterado? Pues escuchadme, Tersandro de Orcómeno,



para que en los próximos días os acordéis de vuestro compañero de mesa y podáis tomar una decisión que os sea beneficiosa.

El persa aferró el brazo de Tersandro y continuó:

—¿Veis a los invitados reclinados en sus lechos disfrutando del banquete?

—Sí —replicó Tersandro mirando despacio en derredor.

—Mirad ahí lejos, entre las columnas y a través de las cortinas. ¿Veis el ejército en la llanura?

—Sí, lo veo.

—¿Y no veis nada más? —preguntó el persa estremeciéndose.

—No, no veo nada más —respondió Tersandro sorprendido—. ¿Qué más queréis que vea?

—¿No veis una luz extraña?

—El cielo está encapotado.

—Pero, ¿no veis esa tenue luz azulada que envuelve el ejército?

—No...

—¿No veis esa pálida luz crepuscular? Es escalofriante. Es una luz tenue, como la que acompaña a la muerte inminente. Como una bruma que avanza poco a poco.

—Yo no lo veo. ¿Lo veis vos?

—Sí, yo sí lo veo.

—Sois un hombre sensible. Tenéis un sexto sentido para ver cosas...

—Veo la bruma. Veo la niebla. Viene de fuera. Mirad cómo flota ahí a lo lejos. Envuelve a los soldados y las tiendas como un tenue crepúsculo. Y mirad, aquí, en el interior de la sala, esa extraña oscuridad alrededor de Mardonio y de los persas que le acompañan, tiene el color de la muerte...

Los compañeros de mesa se cruzaron una mirada, pálidos.

—Ahora estáis tan inquieto como yo —dijo el persa.

—Estoy inquieto, sí. ¿Veis todo esto?

—Sí, lo veo.

—¿Qué presagia esa extraña escena?

—La muerte. Dentro de unos días, sólo unos cuantos de estos persas, de todos mis compatriotas, volverán a ver el sol. Yo mismo...



El persa vaciló. Palpó a su alrededor como si sintiera el frío que no era capaz de ver.

—No sé si yo... —vaciló—. Pero todos ellos sí que... —y señaló a su alrededor.

—¿Morirán? —inquirió Tersandro.

—Muchos de ellos, sí.

El persa sollozó ocultando el rostro detrás de la copa.

—¿Y por qué no avisamos a Mardonio?

El persa volvió a colocar su mano sobre el brazo de Tersandro.

—No, mi anfitrión —contestó el persa—. Los hombres no pueden interferir en los designios de Dios. Si uno se niega a creer algo, es imposible convencerlo. Pero, mirad a vuestro alrededor...

—Estoy mirando... Veo muchos persas que...

—Continuad.

—Inquietos y con el rostro pálido, como vos. ¿Están viendo ellos lo mismo que nosotros?

—Sí —repuso el persa.

En efecto, los persas parecían estar viendo lo mismo. Pálidos y mirándose los unos a los otros con desconcierto, veían la pálida luz crepuscular, la niebla teñida de color de cadáver. Una niebla que durante un instante flotó, como una visión, sobre las numerosas cabezas...

Mardonio en cambio no veía nada. Charlando animosamente con Atagino, su compañero de mesa, sostenía un cuenco en la mano e hizo su libación...



L

Cinco días después, Mardonio recibió por estafeta real la felicitación de Jerjes por la segunda toma de Atenas. Por un instante, las tablillas de cera le colmaron de felicidad. Sintió la necesidad de estar solo y de salir a tomar el aire, después de un día de muchas emociones. Se subió a su caballo blanco acompañado de Artabazo, hijo de Farnaces, un comandante de gran valía.

A qué se deberá la ironía del destino, se preguntaba Mardonio, mientras cabalgaba despacio por un lado del campamento junto a Artabazo, ambos sumidos en el silencio, seguidos por una guardia de Inmortales, los cascos de los caballos retumbando sordamente. ¿Por qué esa ironía? La jornada se había teñido de luto y de dolor, justamente el día en el que había recibido la felicitación de Jerjes. La noche era calurosa y no había estrellas, la oscuridad era casi total y el silencio casi absoluto, pero el día, oh, el día, había sido casi insoportable... Las entrañas de los animales que consultó Hegesístrato, el adivino eleo, no habían prometido nada bueno y habían llegado avanzadillas para advertir de que los sacrificios habían sido favorables a los griegos. Los lacedemonios habían acampado en el Istmo, detrás de la muralla. Luego, rodeando el muro, habían proseguido su marcha junto con los atenienses hasta el pie del Citerón...

Sin embargo, no cruzaron los pasos del Citerón. Al parecer, por prudencia, estuvieron un largo tiempo deliberando qué hacer, protegidos por sus montañas sagradas. Aquella misma mañana Mardonio había enviado contra ellos su magnífica caballería, comandada por Masistio. Oh, aciago día, ¡cómo era posible que la noche fuera tan extrañamente serena, silenciosa y oscura tras un día de tanta adversidad! En el silencio sólo se oían los golpes sordos de los cascos de los caballos, que el cielo, con su aire pesado y caluroso, envolvía de oscuridad como si los vistiera con prendas de riguroso luto. Y el héroe Masistio, montando su caballo neseo enjaezado de oro, tan grande y bello él como los grandes héroes sagrados de Persia cuyos espíritus están ahora con los dioses, arremetió con sus jinetes contra los griegos infligiéndoles mucho daño y llamándolos cobardes y mujeres que huyen. ¡Ay!, cómo iba Mardonio ahora a explicar al rey lo sucedido.



Acudieron refuerzos para el enemigo, llegaron atenienses y los persas los atrajeron hacia los pasos de la llanura. Estalló el combate. Pero Masistio, oh, día aciago... El encabezaba la marcha, él que siempre había sido demasiado temerario para un general, demasiado impaciente. De repente una flecha alcanzó el flanco de su hermoso caballo. Mardonio vio de lejos cómo el animal se encabritaba, oyó su desesperado relincho, y luego lo vio derrumbarse, encima de Masistio. Y los griegos acudieron corriendo, las lanzas en ristre, pero en un principio no lograron alcanzar a Masistio porque estaba protegido por las escamas doradas de su poderosa coraza, hasta que le alcanzaron en el ojo y lo mataron. Mardonio vio la escena de lejos, pero los jinetes persas que estaban cerca de Masistio no repararon en ello porque estaban ocupados en embestir al caballo y porque ninguno de ellos lo había visto caer. Hasta que al fin se percataron de que su general había muerto y se precipitaron sobre él para hacerse al menos con su cadáver.

¡Cómo lucharon por su cuerpo! Y cuando lo tuvieron en sus manos, después de un encarnizado combate, ¡cómo lloraron su muerte! Se afeitaron la cabeza y la barba; cortaron las crines a los caballos y a las bestias de carga. Hicieron un grandísimo duelo y sus plañidos debieron de oírse por toda Beocia. El cielo enemigo debió de temblar con sus plañidos. Porque Masistio, el héroe, había dejado de existir. Depositaron su cuerpo en un carro y lo condujeron despacio por el campamento. Los soldados, entre grandes lamentos, acudieron a ver su cuerpo, que yacía en el carro. Qué hermoso era y qué grande a pesar de su ojo perforado. ¡Cómo se parecía a los héroes sagrados que rodean a los dioses persas! Su alma estaba con toda seguridad en el paraíso celeste donde reina Ormuzd acompañado de sus héroes alados en una gloria de luz. Mas si la gloria está en el cielo, el duelo está en la tierra. Oh, la fatalidad, la terrible fatalidad. ¿Qué es lo que flota en el aire? ¿Qué peligros esconde la noche? ¿Es el hado adverso de los persas que está al acecho? ¿Se hará éste realidad? ¿Después de las Termopilas? ¿Después del desastre de Salamina? Ellos que habían tomado Atenas dos veces y que siempre habían salido victoriosos pese a todos los obstáculos, ¿acaso esa atmósfera hostil estaba minando su poder y su esperanza? Y Mardonio, mientras cabalgaba con Artabazo a su lado, ambos en silencio, seguidos por la guardia de los Inmortales, sintió la necesidad de interrogar a gritos a la noche cargada de misterio: ¿Era posible que él, Mardonio, fuera derrotado por los dorios y los jonios? ¿Él, que se había empeñado en combatir y llevar a cabo la expedición militar y que había permanecido al lado del ejército cuando al rey le convino marchar? ¿Era posible que, después de Ciro, después de Darío, los persas perdieran su poder?

No, eso no era posible. Mardonio recuperó la calma, trató de dominarse. El silencioso paseo a caballo, durante el cual ambos jinetes no habían intercambiado palabra, llegó a su fin. Ahí estaba su tienda. Mardonio descabalgó y entró en la



tienda acompañado de Artabazo. La lujosa decoración del interior estaba tal como la había dejado Jerjes: su trono dorado, su lecho dorado, su valiosa vajilla, los tapices ricamente tejidos. La luz de las lámparas se reflejaba en los objetos de bronce y oro. Las mechas ardían iluminando la pared color púrpura de la tienda. Se celebró una reunión de consejo con los otros comandantes y capitanes. Decidieron que convenía desplazar el campamento hacia el oeste: ahí había más agua y fuentes más puras...

—¿Cómo se llama la ciudad en la que acamparemos? —preguntó Mardonio.

Y en la tienda sonó un nombre, un nombre que, al igual que Termopilas, que Salamina, era un eco de la voz del hado: «Platea...».



LI

Transcurrieron ocho días. Los dos ejércitos enemigos estaban apostados en la llanura, al pie de del Citerón, el uno frente al otro. Ambos bandos estaban a la espera, con paciencia recelosa. Era un día de finales de verano. Bancos de nubes blancas flotaban por el cielo agitado por el viento. Hegesítrato efectuó sus sacrificios en la ribera del Asopo. Mardonio, impaciente, estaba junto al adivino cuando éste consultó en el altar las entrañas de las reses.

—¿Son de buen agüero? —inquirió Mardonio.

—No, todavía no —contestó el adivino.

—El ejército griego engrosa sus filas a diario —dijo Mardonio—. Así nos lo han comunicado las avanzadillas.

—Los signos no son favorables ni a los persas ni a los griegos que les apoyan.

—¿No son favorables a los tebanos?

—No, ni a los tesalios tampoco. Será mejor esperar.

A Mardonio le costaba dominar su impaciencia. Estaba obsesionado con la idea de vengarse de los griegos, especialmente desde la muerte de Mardonio. Ordenó efectuar nuevos sacrificios y llamó a un nuevo adivino, Hipómaco de Leucadia, para interpretar las entrañas de las reses. También éste juzgó que las entrañas desaconsejaban que los persas emprendieran el ataque.

Mardonio hubiera deseado forzar la voluntad de los dioses. A ratos sentía en su interior aquella visión que sus persas habían visto en el banquete de Tebas. Sentía aquel vago resplandor, que ellos habían interpretado como un presagio de la muerte inminente. Pero Mardonio rechazaba ese sentimiento. Esta vez quería ganar la batalla y estaba ansioso por iniciar el ataque. De noche, acostado en el lujoso lecho que Jerjes le había dejado, no podía conciliar el sueño...

Transcurrieron otros dos días. Desafiantes, los persas y tebanos se acercaban una y otra vez a la ribera del río desde donde lanzaban burlas a los griegos y sus aliados. ¿A qué esperaba el hado? ¿Por qué obraba así? ¿Qué sucedería entre esas nubes, entre esas cimas y ese río, entre las tiendas plantadas en Platea y las plantadas al



ancho pie de los montes sagrados? De cuando en cuando, los jinetes persas recorrían desafiantes la vasta llanura que mediaba entre ambos campamentos empuñando sus lanzas afiladas al tiempo que se mofaban de los jonios y los persas tachándolos de cobardes.

Los ejércitos llevaban once días apostados el uno frente al otro. ¿Quién de los dos iba a iniciar el ataque? ¿A quién concederían los dioses la victoria que Zeus sujeta en la palma abierta de su mano? Los griegos no respondían a los desafíos de los persas. Y, por su parte, los persas..., las entrañas de las reses continuaban siendo demasiado desfavorables como para hacer otra cosa que desafiar a los griegos.

Mardonio consultó con Artabazo y con los otros comandantes. Artabazo, quien había tenido la misma visión y había sentido lo mismo que Mardonio, dijo:

—Levantemos el campamento y trasladémoslo a Tebas, para reponer fuerzas. Ahí hay víveres, provisiones y forraje para las bestias. Escúchame, Mardonio, si es posible, acabemos con esta guerra cuanto antes y no volvamos a combatir más. Las entrañas de las reses siguen siendo desfavorables. No retemos a los dioses. Están contra nosotros...

—¿Los dioses? —exclamó Mardonio fuera de sí, como presa de un estado de exaltación—, ¿Qué dioses? ¿Los dioses griegos a quienes ofrecimos sacrificios? —Nuestros dioses —respondió Artabazo. —No volveré a efectuar sacrificios —exclamó Mardonio ante la mirada atónita de los comandantes—. Quiero honrar la ley de los persas y combatiré conforme a las normas persas. Llevo demasiado tiempo confiando en adivinos que han nacido bajo estos cielos hostiles. Ya no me fío de ellos. ¡Nuestros dioses nos protegerán! ¡Mi ejército es poderoso!

Ya nadie le refutó. Él era el general, siempre estuvo a favor de la guerra y en ese momento quería emprender el combate a toda costa.

Ahí estaba Mardonio, jadeando, trágico como los héroes de las tragedias que posteriormente se compondrían. Y mirando en derredor, exclamó, desafiante:

—¿Alguno de vosotros tiene conocimiento de un oráculo que haya vaticinado a los persas mi muerte?

Todos permanecieron en silencio. Algunos miraron hacia otro lado. Y Mardonio continuó:

—Ya que no sabéis nada, o no os atrevéis a decírmelo, os diré yo lo que sé con toda seguridad. Un oráculo nos vaticinó que seríamos vencidos si saqueáramos el templo de Delfos. Nuestros dioses nos han impedido saquear el templo de Delfos provocando un temblor de tierra. Nunca haremos semejante cosa, respetaremos la voluntad de los dioses y mostraremos gratitud por la protección que nos dispensan. Venceremos a los griegos.



Con un gesto de la mano, Mardonio indicó a los comandantes que se retirasen. Estos abandonaron la tienda con ademán de preocupación.

—Hay otro oráculo, el de Bacis —dijo uno de los tebanos que estaba fuera.

—¿Y qué dice éste? —preguntó Artabazo.

El tebano miró en derredor. Todos se arracimaron en torno a él y entonces respondió en voz baja:

—Las riberas del Asopo se llenarán de tropas helenas... Oigo los gritos de los bárbaros... En ese día aciago los medos serán aniquilados en masa...

—Hay más oráculos que han vaticinado algo similar —dijo un tesalio, y se puso a hablar en voz baja. Artabazo se apartó de él. No quería seguir escuchando. Sabía muy bien lo que les deparaba el destino, no necesitaba oráculos para ello. Él mismo lo había visto y sentido...



LII

Cayó la noche. Una calma crepuscular, sin estrellas, descendió sobre la llanura, sobre los montes, sobre el agua y sobre ambos campamentos, el de los persas y el de los griegos. Los centinelas estaban en sus puestos. El resto de los hombres y las bestias aparentemente dormía. El extraño misterio del día siguiente estaba oculto en el sueño, en el silencio y en el crepúsculo. Era ese momento de extraña calma que precede a la tormenta del hado, y los centinelas, como si temieran ese silencio, escuchaban y vigilaban.

Entonces los centinelas griegos, que estaban muy alerta, divisaron a un jinete que cabalgaba tranquilamente por la llanura. Se dirigía del campamento persa al griego. En la opacidad de la noche no se vislumbraba más que una silueta negra de hombre y caballo. Cuando estuvo cerca y tras haberse identificado ante los guardias, el jinete pidió hablar con los comandantes atenienses. Su tono era firme. Dos de los centinelas avisaron a los jefes de que había llegado un jinete del campamento persa.

Los jefes, en plena noche, se acercaron a la avanzadilla de los guardias. El jinete, montado en su caballo negro y envuelto en su túnica oscura, permanecía inmóvil.

—¿Qué queréis? —le preguntaron.

El jinete hizo avanzar su caballo un par de pasos y respondió:

—Atenienses, estoy aquí para revelaros un secreto. Os ruego que se lo comunicéis a Pausanias, si es que no está aquí entre vosotros. La oscuridad me impide verlo. Soy griego, desciendo de un linaje muy antiguo. No quisiera ver la Hélade sometida al yugo persa. Así que he venido a deciros que las entrañas de las reses siguen siendo desfavorables a Mardonio. De haber sido favorables, él hubiera emprendido la batalla hace ya tiempo. Aun así, Mardonio ha decidido atacar...

—¿Cuándo?

—Mañana. Teme que vuestro ejército continúe engrosando sus filas. Debéis estar preparados. Aunque Mardonio demore el ataque, no os mováis de aquí. Sólo dispone de víveres para dos días...

—¿Por qué traicionáis a las tropas que servís?



El jinete no respondió a la pregunta, sino que añadió:

—Si esta guerra concluye conforme a vuestros deseos, os ruego que seáis justos con quien, por amor a la Hélade, os ha revelado los planes de Mardonio exponiéndose al máximo peligro.

—¿Quién sois vos?

—¿No reconocéis mi voz? Soy Alejandro, hijo de Amintas. Soy Alejandro de Macedonia. Fui yo quien en Atenas vino a transmitir el mensaje...

Despacio, hizo girar a su caballo. Su oscura silueta, sombría como la propia incertidumbre, se perdió en la noche en dirección hacia el campamento persa.

Los comandantes acudieron a la tienda de Pausanias para despertarle. Este, que temía a los persas, dijo:

—Atenienses, os habéis apostado frente a los beocios. Será mejor que cambiéis de lugar y os situéis frente a los persas, cuya estrategia de combate conocéis bien desde Maratón. Nosotros, espartanos, nunca hemos luchado contra ellos, en cambio sí tenemos experiencia con los beocios y los tesalios, esos traidores. Así que nos conviene cambiar de posición. Colocaos vosotros a la derecha y nosotros nos situaremos a la izquierda.

—Eso es justamente lo que os veníamos a proponer —respondieron los jefes atenienses.

Aquel día los atenienses y espartanos se cambiaron de posición. Los beocios se lo contaron a Mardonio e inmediatamente éste ordenó que persas y beocios cambiaran de posición, para que los persas volvieran a estar apostados frente a los espartanos.

Pausanias, al enterarse de ello, ordenó un nuevo cambio de posición a los atenienses.

Un heraldo persa apareció en la llanura. Le parpadeaban los ojos bajo el sol naciente. En tono burlón, dijo:

—¡Lacedemonios! Tenéis fama de ser los más valientes de vuestra tierra. Os jactáis de no haber huido nunca ni de haber abandonado jamás vuestro puesto en el combate, sino de haber resistido hasta matar o morir. —El heraldo soltó una carcajada sarcástica y prosiguió—: Nada es menos cierto. Os dais a la fuga sin haber combatido. Cedéis a los atenienses el honor de medirse con nosotros. Para luchar con mayor seguridad preferís enfrentaros con aquellos que son nuestros esclavos, esclavos de vuestra sangre. La verdad, nos habéis decepcionado. Pensábamos que ibais a enviar un heraldo para retornos a nosotros, los persas, pero en lugar de ello tembláis de miedo y esta mañana os habéis cambiado de puesto dos veces. Pero ahora que somos nosotros quienes os retamos, ¿por qué no luchamos con tropas



iguales en número? Ja, ja, ja! ¡Vosotros, los más valientes entre los griegos! ¡Nosotros, que no somos sino unos bárbaros cobardes! Dejad que el resultado del combate se decida entre nosotros, y si queréis que entren nuevas tropas en acción, que lo hagan después. Aunque a mí me parece que basta con que vosotros los espartanos y nosotros los persas decidamos quién se lleva la palma.

El orgulloso heraldo esperó desafiante la respuesta. Él era uno de los que no había visto ni sentido nada... Nadie le contestó. La voz del hado de los persas permaneció en silencio. El persa se encogió de hombros, hizo una mueca de desdén y cabalgó de regreso a su campamento volviendo la cabeza de vez en cuando para evitar que le alcanzara algún dardo por la espalda. De lejos continuó lanzando pullas a los griegos. Ya no se podía oír lo que decía, aunque por las muecas de sus labios se deducía que los tachaba de cobardes y los llamaba mujeres viejas...

El heraldo informó a Mardonio de lo ocurrido, diciéndole que los espartanos no se atrevían a combatir, que eran unos cobardes, y que en lugar de responder a su propuesta se habían quedado ahí temblando de miedo.

Mardonio se puso eufórico. Hubiera querido abrazar a ese orgulloso heraldo, a ese héroe de la confianza. Ordenó a la caballería invadir la llanura y desafiar a los griegos todavía más. Al cabo de poco tiempo el lugar estaba atestado de jinetes. La vasta llanura entre el río Asopo y el monte Citerón se llenó de magníficos Inmortales persas. Los resplandecientes jinetes emitían destellos. Con maestría arrojaban la lanza y con grácil fuerza tensaban el arco y disparaban los dardos. Al inicio del combate, sus siluetas de ballesteros despedían reflejos dorados y sus herniosos caballos de color negro azabache destacaban mudamente sobre la árida y pálida llanura. Centelleaban continuamente, sobre todo sus cascos y corazas. Sartas de dardos silbaban por el aire cruzándose en mil direcciones. Los ballesteros se jactaban de no errar jamás el tiro.



LIII

Los griegos no tenían capacidad para hacer frente a la magnífica caballería persa. Ésta se movía sin parar de un lado a otro, como si estuviera jugando con el enemigo. Los persas libraban un combate ficticio contra los griegos, quienes estaban un poco desorientados, y sus dardos alcanzaron a muchos hombres. Hacía calor aquel día y los persas impidieron a los griegos alcanzar la fuente Gargafia, cuyas aguas daban de beber a todo el ejército griego. Los griegos estaban nerviosos. Se habían quedado sin víveres, tenían hambre y sed en ese día caluroso...

Pausanias deliberó con los comandantes. Consideraron la conveniencia de instalarse en la llamada «isla», ubicada muy cerca de Platea, entre los diferentes brazos del río. Pausanias propuso dirigirse hacia la isla aquella misma noche, entre otras razones para eludir así a la caballería persa, que les estaba volviendo locos. Y de pronto, los griegos vieron la misma visión y experimentaron la misma sensación que ya habían sentido los persas: una inquietud en el aire, en la llanura; una inquietud en sus almas. En Pausanias. Vieron y sintieron la inquietud en él. Pausanias parecía tener miedo... Él, que pertenecía al linaje de Leónidas y de sus ancestros...

Habían decidido partir aquella noche hacia la «isla», pero permanecieron todo el día expuestos a las provocaciones de la caballería persa. A pesar de todo, los griegos admiraban a los magníficos jinetes persas. Por la noche lograron alcanzar la isla, en la que abundaban los torrentes de agua, y pernoctaron cerca del Hereo, el templo de Hera, frente a Platea.

Había llegado el día de Platea. El sol de Platea estaba saliendo...

Cuando Mardonio se enteró aquella noche de que los griegos habían trasladado su campamento, se dirigió ufano a los comandantes tesalios:

—¿Qué tenéis que decir, ahora que los griegos han abandonado su campamento? Estabais convencidos de que los lacedemonios no huirían, de que eran los hombres más valientes del mundo. Nada de eso, están muertos de miedo, se han cambiado dos veces de puesto con los atenienses y ahora han huido definitivamente. Son unos cobardes entre los griegos cobardes. De todos modos, os perdono que los elogiaraís, pues sólo los conocíaís a ellos y no a nosotros, los persas. Lo que sí me ha



sorprendido es que incluso Artabazo, que es persa, diera muestras de temer a esos lacedemonios, y también me extrañó que quisiera que nuestro ejército se retirara a Tebas. ¡Ya me encargaré yo de informar al rey de eso! Pero antes que nada, vamos a impedir la huida de esos griegos fugitivos. ¡Les perseguiremos y acabaremos con ellos para siempre en el día de hoy!

El ejército griego al completo cruzó el Asopo. La infantería y caballería inundaron la llanura como un vasto mar. Las tropas persas, que ocupaban una inabarcable extensión de tierra, corrieron con gran algazara al encuentro del sol de Platea creyendo que los griegos habían huido y les siguieron el rastro hasta la «isla». Los atenienses, apostados detrás de las lomas, al pie del Citerón, al principio no vieron venir a los persas. En cuanto se percataron de que éstos invadían en tropel la llanura, los atenienses arrancaron sus estandartes, cruzaron las lomas a toda prisa y se adentraron en la llanura en medio de un gran griterío.

Pausanias, preocupado como estaba, envió un heraldo a los atenienses. Éste cruzó las lomas y corrió a avisarles. A gritos les informó de que la caballería persa les estaba atacando. Pidió a los griegos que acudieran en su defensa, que les enviaran ballesteros al menos, pues la infantería no era rival para la caballería persa. Las tropas atenienses, dando terribles voces, cruzaron las lomas y la llanura y se precipitaron sobre los persas, a los que pillaron desprevenidos por la espalda. Eran hoplitas armados hasta los dientes. Los ballesteros persas, sorprendidos, se dieron la vuelta sobre sus caballos, que relinchaban encabritados por el griterío. Se giraron en sus sillas de montar y dispararon sus dardos. Una nube de dardos oscureció el cielo. Los dardos se cruzaban incesantemente como si tejieran en el aire, con veloces destellos, una oscura red que se desgarraba una y otra vez... Los dardos continuos, los miles de dardos impidieron a los atenienses acercarse...



LIV

En la «isla» los espartanos llevaron a cabo sus sacrificios y los adivinos consultaron las entrañas de las víctimas. Al mismo tiempo, sus tropas más fuertes (cincuenta mil hombres) hacían frente a los persas. Pero las entrañas no eran favorables a los espartanos, y, entretanto, parapetados tras un muro de escudos dispuestos en horizontal y en vertical, la caballería e infantería persas disparaban sin cesar miles de dardos. Éstos teñían de oscuridad la luz aciaga de aquel extraño sol de finales de verano, una luz que no era dorada, en un cielo despejado pero no azul. Cientos de espartanos cayeron alcanzados por los dardos inevitables, mientras que en el centro de la «isla» Pausanias alzaba sus ojos y sus manos hacia el templo de Hera suplicando a viva voz la protección de la diosa.

Al concluir su súplica, oh, milagro, las entrañas del animal recién sacrificado mostraron signos favorables para los griegos. ¿Era posible? La inquietud de Pausanias se desvaneció en el acto, y en cuanto se hizo público que los dioses les protegían, los espartanos recuperaron la confianza. Era como si el mismo hado hubiera tomado una decisión y se manifestara en las almas de los luchadores que hasta aquel momento se habían sentido inseguros. Los lacedemonios, avanzando a toda marcha enfilas cerradas, se precipitaron sobre los persas, indiferentes ya a la nube de flechas. Los dardos les sobrevolaban la cabeza mientras atacaban. Lacedemonios y persas estaban ya muy cerca los unos de los otros. Entre ellos se interponía el muro de escudos. Los persas se replegaron hacia el templo de Deméter, que se alzaba ahí fatalmente, con sus antiguos muros y su pesado tímpano, como destinado a detener el repliegue de los persas. Y la muralla de escudos persas fue resquebrajándose aquí y allá con grandes grietas. El combate entre persas y griegos arreciaba. Los persas hacían saltar las lanzas de los puños de los griegos. El ardor guerrero acumulado estalló en una lucha cuerpo a cuerpo, de uno contra uno, de dos contra dos, de diez contra diez, bajo los cascos de los caballos encabritados de los persas que golpeaban el suelo con fuerza. La infantería persa iba ligeramente armada comparada con los hoplitas griegos, que eran cada vez más numerosos y estaban armados hasta los dientes. Mardonio se erguía sobre su caballo blanco empuñando la espada ahí donde el combate era más intenso. Con la mirada extraviada, conducía y animaba a sus Inmortales. Los Inmortales caían a decenas —oh, ¡qué ironía la de su



nombre!— en torno a Mardonio, su coraje convertido en temeridad, su rabia en imprudencia. Y es que los Inmortales nunca pensaron ni en la posibilidad de una derrota, como tampoco imaginaron nunca que su larga túnica médica, que asomaba por debajo de sus corazas, llegara a ser un estorbo en el combate o que sus ligeras y elegantes armas, que portaban junto con el arco y la flecha, no fueran resistentes al ataque de los griegos mejor armados. Así y todo, mientras vieron a su lado a su general que les comandaba y animaba, se defendieron lo mejor que pudieron y abatieron a un buen número de lacedemonios.

De repente los Inmortales se percataron de que Mardonio se hallaba enzarzado en singular combate con un espartano. Era el espartano Aemnesto quien le había atacado. Dos espadas asomaban por detrás de los escudos, dos espadas que se cruzaban una y otra vez con ímpetu... Los Inmortales se acercaron todo lo posible a los combatientes para liberar a Mardonio... Entonces vieron a su general desplomarse en su silla de montar con un gesto de intenso dolor... Mardonio apretó los puños en dirección al cielo, a los dioses, a los dioses de la Hélade... La espada le cayó de las manos...

La densa multitud de persas estalló en un furibundo griterío.

Y Aemnesto exclamó a voz en grito:

—¡Hoy se ha vengado en Mardonio la muerte de Leónidas!

En cuanto los Inmortales vieron a su general abatido, pensaron por un momento que aún podían hacerse con el cuerpo de su señor, pero éste se deslizó hacia atrás en el caballo y cayó entre la multitud. Los Inmortales se dieron la vuelta desconcertados, lanzando gritos de desesperación y rabia, y pusieron pies en polvorosa. Todo el inmenso ejército, que había venido de tan lejos para castigar a los griegos, parecía desarticularse en aquel mismo instante. Los Inmortales huyeron en tropel. Era como si una visión de la diosa Deméter impidiera a los fugitivos buscar refugio en su santuario y en su bosque sagrado, donde en su condición de suplicantes hubieran podido protegerse. Los Inmortales, en su huida, rodearon el templo y regresaron a la llanura.

—¡En cuanto os ordene redoblar el paso, seguidme todos adonde yo os guíe! — había instruido Artabazo a sus tropas, en un intento de salvar a cuarenta mil hombres, cuando vio que Mardonio quería lo imposible. Y en aquel momento les ordenó redoblar el paso. Los hombres creían que seguían a Artabazo para ir al encuentro del enemigo dando un rodeo, pero Artabazo sabía que todo estaba perdido. Él había visto, había sentido la amenaza y sabía que no tenía sentido enfrentarse al hado y a los dioses. Y Artabazo se dio a la fuga. Huyó con sus tropas, no hacia la muralla de madera que todavía protegía el campamento, ni siquiera hacia Tebas... No, huyó, dando un gran rodeo, hacia Focia. Quería regresar a Tesalia, a



Persia, por muy lejos que estuviera, por muy inalcanzable que le resultara Susa en aquel momento. Quería abandonar aquel lugar, para advertir al rey de que no tenía sentido desafiar a los dioses y al hado.

Los persas huían por toda la llanura, la funesta llanura del Platea. También sus aliados se vieron obligados a huir, aunque al principio los tebanos continuaron enfrentándose a los atenienses... Huyeron miles de hombres. Levantando nubes de polvo, desertaron hacia horizontes lejanos, hacia el norte, hacia el noroeste. La huida, multitudinaria, fue como un pánico épico, la huida de unas naciones cuya alianza se había desintegrado súbitamente al morir Mardonio. Huyeron sin combatir (¿qué sentido tenía luchar tras la muerte de Mardonio!). Huyeron absolutamente todos, siguiendo el ejemplo de los persas que se habían dado a la fuga los primeros. Los griegos persiguieron a los fugitivos y aquí y allá se produjo aún una última refriega (la caballería boecia resistió algún tiempo más). La huida fue general, masiva, en medio de un baño de sangre y de terror sin compasión.

Los fugitivos persas junto con otros miles de bárbaros irrumpieron en el campamento persa, detrás del Asopo, detrás de la muralla de madera donde se alzaban las torres de vigía. A toda prisa lograron aún reforzarse. Incluso fueron capaces de resistir durante un tiempo a los lacedemonios, que carecían de experiencia en el asalto de fortificaciones, hasta que los atenienses acudieron en ayuda de los lacedemonios, hasta que cedieron las murallas de madera, hasta que los griegos penetraron en el campamento persa. Ahí se alzaban las magníficas tiendas de los comandantes, en medio de otras miles de tiendas. Entre ellas sobresalía la punta de la tienda color púrpura de Mardonio. En su interior, los esclavos persas suplicaban clemencia, mientras las mujeres, sirvientas y concubinas de los persas, temblaban de miedo. Los griegos saquearon la tienda de Mardonio. Se llevaron su trono de pies de plata, sus ostentosos muebles de plata y oro, su valiosa vajilla. Se burlaron de los camellos y se llevaron asimismo el pesebre de bronce de sus caballos, que era una pieza de arte, obra de un escultor persa. Lo mejor de aquel botín lo trasladaron a los templos para ofrendarlo a sus dioses.

De un ejército de trescientos mil hombres, escaparon de la muerte apenas tres mil esclavos suplicantes e indefensos.

Y Artabazo seguía huyendo. Huía hacia Focia, dando un gran rodeo, huía con sus cuarenta mil hombres, huía para comunicar a Jerjes que...



LV

—¡Depositad aquí todo el botín! —ordenó Pausanias— ¡Que nadie, oh, griegos, se apropie de una sola moneda o copa!

Los ilotas, esclavos espartanos, trasladaron el botín al centro del campamento. Portaban tiendas de seda enrolladas, telas y tapices con hilos de oro y plata, utensilios para beber también de oro y plata, perolas y quemadores. Los cacharros de cocina más sencillos eran de cobre y bronce. Despojaron a los numerosos muertos de sus cadenas y brazaletes, de sus puñales y espadas bellamente labrados con incrustaciones de piedras redondas. A los comandantes griegos que estaban ahí reunidos les trajeron los caballos neseos y los hilarantes camellos. Una multitud de mujeres aterrorizadas cerraba el séquito.

No hubo actos violentos gratuitos. Se clasificaron los tesoros, guardados en cofres y cajas, se hizo un recuento del dinero y un inventario de todos los bienes. Una décima parte del botín se consagraría a los dioses. Más adelante, con esos metales los vencedores forjarían, para el templo de Delfos, el trípode de oro con la serpiente de bronce enroscada que se alzaba sobre tres cabezas de serpiente; y para Olimpia, el Zeus de bronce, de diez codos de altura, y para el Istmo, el Neptuno de bronce, de siete codos de altura. Otra décima parte del tesoro se entregó a Pausanias: mujeres, caballos, camellos, algunos talentos y diversos utensilios. Todos los hombres que se señalaron en Platea, en aquel día aciago para los persas, recibieron su parte del extraordinario botín. ¡Cuánto lujo y suntuosidad! ¡Qué profusión de cosas inútiles traídas de Persia! ¡Cuántas mujeres y esclavas! ¡Como si una tienda de campaña fuera un aposento de la corte persa! Con todo, Pausanias estaba fascinado con aquel lujo, y mientras examinaba los objetos, en compañía de otros capitanes, los acarició con los dedos: un maletín para artículos de aseo; los jaeces recamados de oro de un caballo; un brazalete como insignia honorífica... Pausanias soltó una risa un poco forzada. Apreciaba la belleza de aquellos objetos y ordenó:

—¡Que acudan los cocineros, los vinicultores y los reposteros de Mardonio!

Se presentaron ante él, en fila, acompañados de sus superiores.



—¡Quiero que me preparéis para esta noche un banquete como el que hubierais preparado a vuestro señor! —ordenó Pausanias.

Los esclavos de la cocina pusieron manos a la obra. Los vinicultores mezclaron los vinos de palma con miel de tamariz. Se desplegaron los biombos de seda; se dispusieron las camas revestidas de oro y plata; en las mesas humeaban los delicados manjares...

Pero Pausanias había ordenado al mismo tiempo preparar una cena al estilo lacedemonio. Sobre la mesa de madera, sin mantel, humeaba en toda su sencillez la sopa negra.

Y Pausanias, con una sonrisa, señaló a sus oficiales la diferencia entre las dos cenas.

—¡Helenos! —exclamó—. Ahora podéis ver con vuestros propios ojos el delirio del rey persa y de sus hermanos, cuñados y primos. Tenían una mesa excelente y sin embargo envidiaban la nuestra. ¡No hagamos como ellos! ¡Conformémonos con la sencillez espartana!

Pausanias se sentó ante la sopa negra. Los otros hicieron lo mismo. Entretanto, los esclavos persas se quedaron perplejos al ver que los griegos no tocaban el suntuoso banquete. Las esclavas, que esperaban engalanadas a que los vencedores de costumbres relajadas les pidieran que cantaran, jugaran y bailaran, tampoco salían de su asombro. Así y todo, es posible que en aquel instante prendiera en el alma de Pausanias una extraña curiosidad hacia el lujo persa que tanto despreciaba. Fue tal vez entonces cuando el dios sembró, en su alma sencilla de guerrero, el germen emponzoñado del lujo, que más adelante... le haría vestir una túnica médica, le haría comer según el gusto persa, y le haría pedir a Jerjes la mano de su hija..., esa mujer que más adelante sería la causa de su caída... Pero no nos adelantemos a los acontecimientos; estamos todavía en el día de la batalla de Platea.



LVI

Y aquella misma noche fue la noche de Micale. La fuerza naval aliada acabó en Jonia con lo que quedaba de la flota persa. Las diosas de la victoria salieron volando de la palma abierta de Zeus hacia la Hélade, hacia Platea y Micale... El dios de los persas, que Jerjes había invocado una y otra vez, no acudió a protegerles...

* * *

Los días en Susa avanzaban lentamente. Era de nuevo verano y hacía un calor bochornoso. Las miles de rosas estaban en plena floración. En los pórticos de los aposentos femeninos, las mujeres preparaban mermeladas dulces y hervían despacio los escaramujos en azúcar. Cierto que estaban en guerra y que cundía el miedo y preocupación porque no llegaban los mensajeros de Mardonio y porque las antorchas con sus raudas señales de fuego no habían anunciado ninguna batalla definitiva ni la caída de los griegos aliados en Atenas o en otro lugar del Ática o en el Istmo... Y sin embargo, al mismo tiempo era la temporada de las rosas y hubiera sido una pena no cortarlas y no preparar las conservas y confitar los deliciosos escaramujos. Las reinas viudas, Atosa, Artistona, Parmis y Faidima, estaban como siempre sentadas en sus divanes. Amestris acababa de animar a Faidima a que volviera a contar la historia del falso Esmerdis para regocijo de las mujeres que querían gozar del favor de la reina. Artaxixa estaba ocupada en la elaboración de las conservas y Artainta, su hija, observaba con atención lo que hacía Artazostra. El episodio de la túnica y de la breve pasión de Jerjes por la joven hacía ya tiempo que había quedado relegado al pasado. Frente a Artazostra, esposa de Mardonio, estaba el gran telar y a su alrededor las esclavas se afanaban en devanar hilos de oro y seda púrpura. Era Artazostra quien tejía una túnica, una túnica para Mardonio, su esposo, confiando en su regreso triunfal. Artainta era ahora la esposa de Darío, el joven príncipe heredero. Éste era muy joven aún, un muchacho, y no vivía con ella, sino en



el campamento de los jóvenes donde recibía su instrucción guerrera. Artainta admiraba la túnica que Artazostra tejía para Mardonio y le susurraba al oído que esa túnica sería mucho más bonita que la que Amestris tejió en su día para Jerjes y que durante unos días le había pertenecido a ella. Y Artazostra, que esperaba con ilusión el regreso de Mardonio y que se sintió halagada, reprendió a la joven diciéndole que bajara la voz para que Amestris no la oyera...

—Hay un vaticinio... —susurró a espaldas de Artazostra una esclava, que devanaba un hilo de seda púrpura, al oído de otra que extraía las madejas de una canasta.

—¿Qué vaticinio? —inquirió esta última, sin prestarle mucha atención porque los vaticinios abundaban en la corte persa,, aunque no se referían nunca a la eventualidad de una derrota de las tropas de Mardonio.

—Pues que el príncipe Darío no llegará a ser Rey de reyes, sino que morirá joven... y que el rey será Artajerjes.

La esclava que recogía las madejas se encogió de hombros, indiferente. Pero acto seguido ambas esclavas se postraron en el suelo y todas las demás esclavas con ellas, porque alguien había pronunciado la palabra «sol». Y es que Artazostra acababa de decirle a Artaina, satisfecha con su labor:

—¡El sol en la espalda de la túnica va a quedar precioso!

—¡Sagrado! —murmuraron todas las esclavas al unísono postradas sobre el mármol del suelo.

En la calle creció un rumor. ¿Había llegado al fin el correo real, ese correo tan bien organizado, habían llegado las cartas de Mardonio y de los príncipes que le acompañaban dirigidas a sus madres, esposas e hijas?

—Será el correo real —observó la reina Amestris—. Yo estuve mucho tiempo sin saber nada de mi padre Otanes...

Pero no era el correo real... No estaba del todo claro lo que sí era. Era un vago rumor, que procedía del ala del palacio donde Jerjes tenía sus aposentos, y que fue acrecentándose en el patio. Las mujeres estaban muy alteradas. No sabían lo que estaba sucediendo. Pensaron en asesinatos, en incendios, en terribles catástrofes. En ningún momento se les ocurrió pensar en una mala noticia procedente de la Hélade. Nunca se les había ocurrido algo así, pues estaban acostumbradas a recibir únicamente buenas noticias de la Hélade. Dos veces había sido conquistada Atenas... No sabían nada de las Termopilas y Jerjes apenas se había referido a lo sucedido en Salamina. Cierto que sus hermanos, hijos y primos habían caído en la batalla de Salamina, pero aquello ya pertenecía al pasado. Ellas ya habían guardado luto, ya habían llorado sus muertos y estaban convencidas de que los persas vencedores iban



a vengar las víctimas de la guerra... Así que no pensaron en malas noticias procedentes de la Hélade, pero sí en asesinatos, en incendios, en una terrible catástrofe. Y a toda prisa, movidas por la curiosidad, temblando de miedo, las viejas reinas, Amestris, las jóvenes princesas, las concubinas, las esclavas, cruzaron el patio en dirección a los aposentos del rey. Ahí estaban los guardas, los eunucos, el personal de la corte. Las mujeres no entendían el motivo de aquel alboroto, hasta que de pronto advirtieron la presencia de Jerjes en su sala de audiencias abierta. Ahí estaba él con la mirada enloquecida, las manos acalambradas y frente a él estaba Artabazo, a quien hacían en la Hélade, en «Europa», como solían decir en la corte. Y oyeron que Jerjes le preguntaba:

—¿Y Mardonio?

—Mardonio ha caído —respondió Artabazo. Las mujeres lanzaron al unísono un grito elevando los brazos hacia el cielo como en un único ademán de desesperación. Y Artazostra gritó:

—¡Mardonio...! ¡Mardonio ha caído! Artazostra no daba crédito, la noticia resultaba increíble. Ella y Artistona, la abuela de Mardonio, se fundieron en un abrazo. Atosa fue apartando con su látigo a las esclavas curiosas y se acercó a su hijo. El joven príncipe Darío, esposo de Artainta, había acudido a toda prisa del campamento de jóvenes. Incluso Artajerjes, todavía un niño, había venido del palacio acompañado de su pedagogo y sus eunucos...

Y Artabazo repitió:

—¡Mardonio ha caído!

De nuevo el grito, de nuevo se elevaron los brazos. La desesperación recorrió como una ola el palacio. Hasta el último esclavo sabía ya que Mardonio había caído... Todos acudieron corriendo, imparable. Querían oír de boca de Artabazo lo que había sucedido en la batalla aciaga y cómo había caído Mardonio.

—¡Cobarde! ¡Has huido! —vociferó Jerjes.

Artabazo asintió. Sí, había huido, huido con cuarenta mil hombres. Ya no era posible combatir, le contestó al rey cuando éste le reprochó la huida. No se lamentaba de haber luchado y de haber perdido. No había huido por cobardía, sino porque había tenido una visión, un presentimiento, porque ya no era posible seguir combatiendo, porque quería comunicarle al rey la noticia.

—¿Quién sino se hubiese presentado en Susa para dar cuenta de lo ocurrido? —exclamó Artazo—, ¡Qué me importa a mí seguir viviendo después de la deshonra que hemos sufrido los persas!

—¿Dónde está tu ejército? —gritó Jerjes.



—¿Que dónde está mi ejército? Logré conducirlo a Tesalia. Les dije a los tesalios, que aún no sabían lo sucedido en Platea, que Mardonio me seguía con sus tropas y que yo tenía que continuar la expedición... y me di a la fuga y seguí huyendo. Los tesalios me creyeron. De no haberme creído, mi rey, se habrían rebelado, me habrían matado. Y nadie habría podido llegar a Susa para dar cuenta de lo ocurrido. Pero yo logré huir y atravesé Tracia. Los ríos estaban secos, no había rastro de trigo en los campos... Perdí a mis soldados... Cayeron por el camino..., víctimas de la peste o de los tracios. Daba igual quiénes fueran. El camino de Tesalia a Bizancio ha quedado completamente sembrado de cuerpos de mis soldados devorados por las aves rapaces...

Los gritos, los prolongados quejidos de las mujeres, de las miles de mujeres, convertidas todas ellas en plañideras, y el gesto multiplicado por mil de los brazos elevados al cielo llenaron el jardín, los pórticos, el palacio entero, envolviendo en un denso enjambre de rumores de desesperación a la abuela y esposa de Mardonio, a sus jóvenes hijos que acababan de llegar... La desesperación inundó el palacio, la desesperación penetró en la ciudad y al poco todo el mundo en Susa conocía la noticia. Sabían lo que había sucedido en las Termopilas, en Platea. Las mujeres persas, princesas o no, lo sabían por sus esposos, hermanos, padres y primos. Todas, todas sabían que el dios de Persia les había abandonado, que los ejércitos persas habían sido derrotados, que las flotas persas habían sido destruidas. Tropas de millones de hombres, con todos los pueblos aliados súbditos del rey, flotas de miles de naves. Todo destruido, todos vencidos. De nada había servido castigar los mares o horadar los montes, ni todo el poder mundial que había acaparado Persia en su día, en vida de Ciro...

Jerjes se retiró a sus aposentos huyendo de los lamentos. Se desplomó sobre su lecho y se quedó mirando fijamente los jardines a través de las ventanas abiertas. Las palmeras alzaban impasibles su corona de hojas hacia el azul estival del cielo. Todo estaba inmóvil: los torsos de los toros que sostenían las vigas de cedro del techo; los leones en relieve sobre los ladrillos esmaltados que circundaban la habitación; los enormes luchadores de esmalte con su extraordinaria musculatura que adornaban la puerta... Y Jerjes, mirando fijamente por la ventana, se preguntaba cómo era posible..., sus hermanos Abrocomas e Hiperantes, caídos en las Termopilas; su hermano Ariabignes; sus primos y cuñados caídos en Salamina; Tigranes, tan grande él y apuesto, caído en Micale. Artaintes, Itamitres. ¡Qué desgracia! ¡Todos muertos, muertos, muertos! ¡Y ahora Mardonio!

Jerjes estaba como loco, no daba crédito a lo sucedido. Cómo era posible que unos cuantos dorios incivilizados amenazaran a toda la cultura persa. Se puso en pie, fue paseando de un lado a otro, escuchando... Los agudos quejidos de las mujeres parecían taladrarle los oídos, el cerebro... y se desplomó, se desplomó sobre los



almohadones, se desplomó a la vez que se desmoronaba su soberbia, la mirada extraviada, como enloquecido.

Más allá, en el marco de la puerta que seguía abierta, junto a una cortina alzada en el portal, entre los colosales lanceros de esmalte, asomaron unas figuras humanas. Eran seis oficiales de la guardia real. Estaban bajo las órdenes de su comandante; Artabano era su nombre. Habían desenvainado sus espadas, pretendían perpetrar un regicidio. Estaban disgustados con la guerra. Artabano, hijo de Artabano, primo de Jerjes, aspiraba al trono de Persia. Los siete hombres planeaban asesinar a Jerjes como hicieron en su día Darío y los seis persas con el falso Esmerdis. Artabano asesinaría a Jerjes, al joven Darío, al niño Artajerjes...

¿Era ése el momento? ¿Había llegado la hora de intervenir? Cometer el asesinato, mantenerlo en secreto un tiempo, depositar el cuerpo en la torre de los buitres... Sembrar cizaña contra el rey en la ciudad, ahora que estaba perdiendo la guerra contra la Hélade, ahora que su ejército había sido diezmado, su flota destruida... Ahí estaba Jerjes, abatido, hundida su soberbia, ahí estaba con la mirada extraviada, enloquecido... ¿No era ése el momento?

Los hombres deliberaron rápidamente. Durante un segundo, la duda, la vacilación, se instaló entre aquellos hombres ambiciosos...

Se oían los lamentos de las mujeres en su duelo. ¡Qué contrapuestos eran a la osada ambición de los varones...!

—No, no... —susurró Artabano, hijo de Artabano—, Más adelante, más adelante...

Los oficiales se retiraron, el joven Artabano se retiró, la cortina cayó. Todo quedó inmóvil: las colosales imágenes en los azulejos, los leones en el friso, las palmeras en el jardín. Y Jerjes, con la mirada perdida, loco...

—¡Mardonio! —se lamentaba—. ¡Mardonio! ¡Itamitres! ¡Ariabignes! ¡Abrocomas! ¡Hiperantes!

—¡Mardonio! —respondió el eco del lamento desde lejos, desde los aposentos femeninos. Y era como si repitiera una y otra vez:

—¡Mardonio!



LVII

Transcurrieron nueve años. Atenas, tras la gloria de su triunfo, se había convertido en una ciudad nueva, la primera de la Hélade, la más floreciente de todas las ciudades griegas, destacando sobre Esparta, Mégara y Sición. Atenas era ya la promesa del milagro en que devendría unas décadas después. El siglo de oro estaba germinando y sus magníficos brotes asomaban ya en Atenas, que había sido reconstruida febrilmente. Exultante y pletórica de vida, la ciudad buscaba abrirse paso en todas las direcciones inyectando nueva sangre a sus jóvenes poderes e instituciones. Había reforzado su comercio y competía, intrépida, con Fenicia. Ejecutaba una excelente política naval, de potencia joven y fuerte. Su desarrollo cultural, más excelente aún, le permitiría alcanzar los hitos más altos del conocimiento humano. Su genialidad artística elevaría tanto la palabra como la línea y la forma (poesía, arquitectura, escultura) a la apoteosis de la capacidad humana, a la perfección más extrema.

Habían transcurrido nueve años desde Platea. En Atenas se celebraban las grandes fiestas dionisiacas instituidas por Pisístrato y que después de las guerras persas se celebraban anualmente con creciente vitalidad y pompa en honor a la hegemonía marítima de Atenas sobre los demás estados helénicos. Eran los tres días sagrados dedicados al dios Dionisio —que para los atenienses, tal vez más que para otros ciudadanos helenos, era el dios de la vida, de la juventud, del gozo y la alegría—, y era el noveno día del mes elafebolio, que coincidía con el mes de abril del calendario de los siglos posteriores. Y lucía el sol del sur, el delicioso sol del Ática, rubio como la miel del monte Himeto, y, con el zumbido de las abejas en el cielo lejano, profundo y diáfano, se mezclaba la alegre algarabía de la gente que pululaba por las calles y las plazas, por el ágora y por las pendientes del monte Areopago, por la cima de la Acrópolis, donde el viejo templo de Palas Atenea se convertiría en breve en el milagro del Partenón, o por abajo, en las inmediaciones del teatro de Dionisio, el teatro del dios de aquellos días felices... Y había violetas, las violetas del Ática, trenzadas en guirnaldas. Y rosas, las flores de la belleza floreciente, en ramilletes... Todo el mundo que pasaba por ahí compraba flores, hombres y mujeres sumidos en un inevitable estado de embriaguez, no la embriaguez que producen las uvas dionisiacas, a punto de tornarse púrpuras, sino la embriaguez de la alegría dionisiaca



y de la fuerza que emana de la felicidad, una felicidad que vibraba, vibraba, vibraba en el aire, bajo la luz del sol, como si del cielo pendieran liras invisibles.

Todos los amigos de Atenas, todos sus aliados, habían acudido a la ciudad por los caminos de polvo blanco o por los mares en calma. Aquella mañana se inauguraba el teatro de Dionisio. Frente a él se había congregado una gran multitud, un verdadero mar de gente. Y es que el ambiente, de alegría y vitalidad se mezclaba con el talante ático de fervor por las artes. La alegría de las fiestas dionisiacas preparaba gradualmente el ánimo de la gente y estimulaba el deseo de gozar de la belleza más sublime, de la belleza incluso trágica, puesto que la tragedia es una obra de arte sublime que no necesariamente aflige el ánimo ni es contraria al placer y la felicidad de la vida. Aquella mañana era el primer día del certamen de tragedias. Tres poetas iban a competir por el premio. El espectáculo de las tres tragedias, representadas sucesivamente, se iniciaba con unos dramas satíricos. La sátira era un género que gustaba a esas gentes que vivían felices, que hablaban con gracia, que tenían opiniones para todo. Eran los atenienses poco dados al sentimentalismo y sin embargo las tragedias, las nuevas tragedias, las que se representaban durante aquellos días, transmitían a los espectadores la más sublime y noble belleza a pesar del terror que les producía el hado todopoderoso, ese hado que dominaba hasta a los mismos dioses y que destruía la soberbia de los mortales. Y los espectadores gozaban con respeto de esa belleza, como si de un obsequio milagroso se tratara, para después congraciarse con el mundo que les rodeaba y comprender que las cosas eran como tenían que ser.

El teatro de Dionisio se llenó de gente. En lugar de una construcción de piedra o de mármol, al pie del Areopago había un amplio semicírculo esculpido en la ladera del monte con las graderías de madera. No se temía que fuera a llover. El sol era muy agradable, en esa temporada del año aún no apretaba el calor, y miles y miles de personas buscaban un lugar donde sentarse. Para los arcontes y magistrados se habían dispuesto asientos de piedra frente a la orquesta, la plataforma circular pavimentada con una gran piedra plana donde se alzaba la «timele», el sencillo altar de Dionisio, en cuyas gradas se situaba el flautista, que con sus modulaciones regulaba los pasos del coro, que se movía a paso solemne, y acompañaba sus cantos. El teatro no era todavía un monumento y la belleza del conjunto derivaba sobre todo de los miles de espectadores ahí aglomerados, gentes que habían acudido de todas partes por mar y por tierra y que estaban encantados de presenciar las fiestas dionisiacas. Era la belleza que emanaba del interés de la gente sencilla en las tragedias que los tres poetas competidores iban a presentar aquel día después de sus sátiras. El espectáculo era largo, pero la paciencia y devoción del público era grande. La sátira aún era un juego para ellos, pero la tragedia había adquirido un significado religioso de gran trascendencia, no muy diferente del que había tenido un siglo atrás



en tiempos de Solón, cuando Tespis viraba por ahí con su carro en el que representaba los misterios dionisiacos, interpretando como actor solitario los tres papeles de las tragedias, el rostro sin más maquillaje que el del poso del vino... El público ateniense y los aliados de Atenas atendían con gran entusiasmo las obras de los poetas, tanto sus divertidas sátiras políticas como las tragedias habitualmente míticas que se representaban a continuación. En las tragedias, los mortales solían mostrarse como seres soberbios y culpables, los dioses despiadados pero justos, y el hado, siempre todopoderoso. Aquel día, cuando la última obra del último de los tres poetas estaba a punto de empezar, se produjo una gran conmoción entre la multitud apretujada en los asientos de piedra o en los graderíos construidos en la loma de la montaña. El nombre del poeta, que no era ya desconocido, circuló de boca en boca, pronunciado en voz baja y con respeto: «Esquilo, hijo de Euforión...». El poeta había participado en las batallas de Maratón, de Salamina, de Platea... En el pasado había competido con Pratinas en algunos certámenes dramáticos y había sido galardonado en más de una ocasión... La nueva obra que ese día estrenaba el poeta-soldado se titulaba *Los persas*. En ella había introducido la figura del segundo actor: al protagonista le había añadido un deuteragonista. Los diferentes papeles (eran cinco en esa nueva tragedia de *Los persas*) se habían repartido entre esos dos actores. Durante el descanso previo al comienzo de la obra, corrió la voz de que era el propio Esquilo quien iba a interpretar los papeles del protagonista. Eso no era algo raro. A menudo los dramaturgos asumían los papeles protagonistas. Los devotos espectadores, imbuidos de una curiosidad sagrada, esperaban con extrema tensión a que empezara el espectáculo, con la mirada fija en la orquesta aún vacía, en el proscenio aún vacío, detrás del cual se ubicaba la escena y se alzaba la pared que cerraba el teatro. Se oía claramente la respiración contenida de la gente. Todos los ojos estaban clavados en el escenario y las almas en vilo. Reinaba un silencio sagrado a la espera de ese arte que estaba a punto de manifestarse y que era religión a la vez que belleza. Un arte que desataba miedos y pasiones, pero que al mismo tiempo lograba suscitar la compasión y el deseo de reconciliación. Sobre la grada del altar el flautista empezó su preludio. Por detrás de la *paraskenia*, la pared de piedra, apareció un decorado que representaba, mediante simples líneas estilizadas, la antesala de un palacio persa. El decorado no reproducía la maravilla de las cien columnas de toros. Tampoco aparecían los ladrillos de color verde azulado con los leones blancos y dorados del palacio de Jerjes. No, aquello apenas era persa. Era una representación sobria y vaga de la residencia real. A un lado de la sencilla hilera de columnas se erguía un monumento funerario de idéntica sencillez, que representaba el sepulcro de Darío, padre de Jerjes. En realidad, en el verdadero sepulcro de Darío, excavado en una pared de roca a las afueras de Susa, había muchas columnas y en lo alto de la roca había un bajorrelieve de colores fuertes donde se representaba a un dios. En el



teatro ateniense, en cambio, el sepulcro no estaba más que insinuado. Al parecer, eso era suficiente...

Entonces, de ambos lados del escenario, salieron por las puertas del palacio seis ancianos que descendieron los escalones en dirección a la orquesta y rodearon al flautista con paso solemne. Eran los doce Fieles, los persas nobles, quienes constituían el coro. Y su portavoz (el segundo actor) dijo que ellos, los guardas del orgulloso palacio de los reyes persas, tenían presentimientos sombríos...

El coro, dispuesto en torno al corifeo, reproducía los gestos con que éste expresaba sus emociones y temores. Los doce hombres, con su máscara de boca grande similar a un embudo, se movían a largas zancadas sobre los coturnos, vestían largas túnicas médicas (más sencillas que las que jamás había llevado el último servidor de Jerjes) y gesticulaban ampliamente con sus brazos alargados. Vistos desde lejos, desde los rincones más distantes, desde los bancos más altos construidos en la loma, eran como gigantes, y en aquella mañana soleada se tornaron unos seres extraños y aterradores. Las mujeres se arrimaron a sus hombres chillando de miedo y los niños se echaron a llorar. El siseo exigiendo silencio hizo cesar el irreverente bullicio. Se llevaron a los niños, las mujeres espantadas dejaron de chillar. Y las palabras del poeta, escuchadas con suma atención, impusieron su autoridad sobre la multitud conmovida. ¡Cómo! ¡Aquello era Persia! ¡Aquellos hombres eran los nobles persas que presentían la inminente catástrofe! Los doce Fieles pronunciaron los nombres sonoros de los príncipes persas y de los reyes orientales, tributarios del rey supremo y déspota. Elogiaron a los incomparables arqueros, a los incomparables jinetes que les seguían, y lo hacían en griego con las palabras de los poetas griegos. No había ninguna intención satírica en aquellos versos solemnes, aunque sí la había habido anteriormente en los preludios, que eran sátiras políticas y sátiras de personajes famosos del momento. Sin embargo, en esa tragedia, desde su mismo inicio, los versos del poeta destilaban compasión y temor, como si compartiera los presentimientos sombríos de los notables persas.

Todos los pueblos de Asia se han armado obedeciendo la terrible orden del rey... Nosotros, ancianos temblorosos, hemos visto a la floreciente juventud de Persia ir a la guerra...

No se apreciaba ningún tono irónico en los versos del poeta-soldado griego que representaba sobre el escenario a sus enemigos vencidos. No había sino nobleza y el



respeto más profundo hacia los vencidos. En ningún momento se insinuaba algún tipo de satisfacción por la victoria griega. No había sino compasión por el dolor de los persas.

Y los espectadores, todos ellos griegos o aliados, y entre ellos los soldados que nueve años atrás habían participado en la guerra contra los persas en defensa de su tierra, se emocionaron, porque eran conscientes de que la obra que estaban viendo era un arte sagrado, un arte que emanaba de la humanidad más noble.

Armado de millones de armas, seguido por miles de naves, impulsando los carros de guerra sirios, lanza Jerjes al combate a nuestros guerreros arqueros contra los pueblos que manejan la lanza... No habrá diques capaces de contener ese torrente de hombres...

Los espectadores veían en su imaginación cómo su querida tierra era de nuevo anegada por el agitado mar persa.

Las infinitas hordas que comanda el rey de Asia son como un dragón de ojos brillantes. Coloca su yugo de naves sobre los mares y los mares soportan el yugo, pero mi alma abatida tiembla de miedo cuando pienso que el rey confía el destino de tantas naciones a unos frágiles cabos y unas tablas quebradizas... Oh, infeliz ejército de los persas. ¡Ojalá que este lamento nunca se escuche en la ciudad de Susa, vacía de hombres!

La compasión invadió el corazón de los espectadores. La compasión invadió a los hombres que lucharon en Maratón, en Salamina y Platea, la compasión hacia aquellos a los que derrotaron.

—¡Pero, mirad! —exclamó el corifeo—. He aquí la madre de Jerjes. Honremos a la madre reina con los debidos respetos. Salve, oh, reina de Persia, viuda de Darío, madre de Jerjes. Vos fuisteis la esposa de un dios persa, vos sois la madre de un dios persa. Esperamos que los dioses concedan la victoria a nuestra tierra y a nuestro ejército...



Un estremecimiento, provocado por la belleza, el horror inminente y la compasión constante, invadió la multitud que llenaba el teatro y que tenía la mirada clavada en los actores... Era Atosa, la madre, quien acababa de salir del palacio. Su papel lo interpretaba el protagonista (el primer actor) y la gente comentaba en voz baja que se trataba del propio poeta, Esquilo. Cubierto el rostro con la trágica máscara femenina y vistiendo la holgada túnica femenina púrpura y dorada, su figura era inmensa, sobrehumana. La interpretación del personaje femenino no pretendía ser realista, ni en los gestos ni en la voz, que era profunda. La figura inmensa avanzaba a lentas zancadas. Era imponente más que femenina. Cuando Atosa expresó sus temores, sus versos vibrantes de dramatismo recorrieron el teatro abierto pasando por encima de las cabezas de los griegos ahí aglomerados. A ningún persa de la corte de Susa ese personaje creado por el poeta le hubiera recordado a la anciana macilenta, esa mujer ambiciosa y corta de vista que envuelta en velos violetas sostenía con nervio el látigo en su mano temblorosa... Y sin embargo, su personaje (tan alto e imponente sobre los coturnos, con sus ademanes exagerados y atormentados, y que formulaba con voz profunda y hueca las cuitas de su alma de diosa y gran madre) era un personaje superior a cualquier otro interpretado aquel día, a esa hora de sentimientos religiosos compartidos. El sueño que Atosa describía a los Leales, y que anunciaba su hado funesto, parecía proceder, como un viento henchido de poesía, de lugares remotos que escapaban a la conciencia y a la vista. Al son de sus ritmos cambiantes, su historia revelaba la inexorabilidad del hado. En versos transidos de inquietud, la madre de Jerjes formulaba preguntas. El corifeo de los doce Leales le respondía en versos que ya intuían la catástrofe, hasta que se acercó el mensajero (el deuteragonista). Muy alterado, éste aseguró a voz en grito que en Salamina se había hecho realidad todo cuanto los ancianos habían temido que sucediera, todo cuanto la madre había soñado. El mensajero venía de Salamina, y los espectadores, profundamente emocionados, recordaron la Salamina de nueve años atrás y la victoria de la flota ateniense sobre las miles de naves asiáticas. Y, como no podía ser de otra manera, a pesar de la compasión divina que sentían, todos se hinchieron de orgullo humano. Pero en ningún momento la multitud se jactó de su victoria con gritos broncos y ni una sola palabra del poeta sugería ausencia de compasión. La musa se mantenía compasiva, la musa trágica que inspiró al poeta mientras éste componía su obra y que siguió inspirándole en aquel instante, mientras estaba en escena. Y la madre, Atosa, pidió al mensajero que le refiriera la historia de la batalla de Salamina...

Los espectadores, sentados muy juntos, hostigados por los recuerdos, temblaban con los ojos clavados en el escenario y con el alma en vilo. ¡Oh, versos gloriosos, que cargados de belleza se filtran a través de la historia de la caída de Persia como se filtra la luz a través de las nubes! Versos que refieren la gloria de Atenas, la victoria de la Hélade. En un perpetuo vaivén, como las olas de un mar de humanidad, la



felicidad por la victoria se alternaba con un sentimiento de compasión hacia los vencidos. En los ojos y las almas de los espectadores concentrados en el espectáculo desapareció toda noción de teatro, de representación y de certamen. En ellos no había sino un sentimiento de profunda compasión mezclado con una gran alegría por haber salvado su tierra en aquel día triunfal. Las lágrimas les brotaban por la culpa que pesaba sobre el rey, por su madre que gritaba de dolor por él, pero al mismo tiempo sus labios esbozaban una sonrisa por su propia felicidad, que los dioses, en justicia, les habían concedido. La tensión provocada por todos aquellos dolorosos recuerdos resultaba casi insoportable. Hasta que apareció el fantasma de Darío, que el lamento de los persas había hecho levantar de la tumba. Este vaticinó a Atosa y a los doce Leales una catástrofe aún mayor que la de Salamina. Les vaticinó lo que los espectadores sabían que ya había sucedido nueve sagrados años atrás: Platea. La historia que refirió el fantasma del padre de Jerjes era como una brutal advertencia del destino. Entonces apareció en escena el propio rey y los espectadores olvidaron que esa figura gigantesca, presa de la desesperación, con su túnica desgarrada y la aljaba vacía, volvía a ser el propio poeta, Esquilo, el protagonista, que interpretaba los dos papeles principales. Pero los espectadores no veían en ese personaje desesperado sino al propio Jerjes, la culpa expiada, la soberbia quebrada. El rey les emocionó profundamente y en ningún momento se burlaron de él. El pecho de los espectadores se agitaba, subiendo y bajando al compás de la intensidad de los versos, las bocas jadeaban, las lágrimas silenciosas fluían, lágrimas que las almas de los conquistadores derramaban por aquellos a quienes habían vencido gracias al poder sagrado del arte. Jerjes gritaba de desesperación, los doce Leales le respondieron en eco:

—¡Persia ha perdido su poder! ¡Unámonos en el dolor! ¡Oh, ancianos, golpeaos el pecho, arañaos el rostro! ¡Lanzad los lamentos misios, arrancaos las barbas grises, llorad por nuestros ejércitos...!

Una y otra vez, el trágico lamento del coro resonaba por el aire elevándose hacia el quieto cielo azul:

—¿Debe ser Persia testigo de nuestras penas?

Y Jerjes respondió a gritos, hurgando en su propio dolor:

—¡Sí, que Persia sea testigo, testigo de nuestro dolor!

Y las dos voces se fundieron trágicamente en un lamento terrible que invadió como un mar todo el espacio del teatro.

—¡Ay! ¡Qué dolor de mis naves! ¡Qué dolor de mi ejército!

—¿Debemos hacer a Persia testigo de nuestras penas?

—¡Sí, que Persia sea testigo, testigo de nuestras penas!



El espectáculo terminó de repente. Un sentimiento de felicidad y compasión había desgarrado el alma de los griegos. Nunca en Atenas había logrado el arte emocionar con tal intensidad a toda una multitud. Era como si Dionisio y Apolo se hubieran embriagado juntos. El público estaba tan impresionado que casi se olvidó de ovacionar. Aquí y allá, por todas partes, se oyeron aclamaciones dirigidas a los arcontes, los magistrados. Y el gran teatro se volvió demasiado pequeño. La multitud aglomerada se asfixiaba bajo el quieto cielo azul. La gente necesitaba dar vía libre a sus emociones. Y como llevada por un arrebató colectivo, no se dispersó, sino que empezó a subir el Areopago, la colina de Ares. Un hombre joven, casi un muchacho aún, con esa belleza propia de las imágenes que poco tiempo después esculpirían los escultores, incitó a sus jóvenes compañeros a subir la colina. Nueve años atrás, durante las batallas de Salamina y de Platea, los corazones de esos jóvenes habían latido con fuerza en sus pechos de efebo aún no aptos para la lucha. Entonces estaban afligidos por no poder participar en la batalla... Ahora eran hombres, hombres jóvenes. No pudieron vivir el pasado, pero el futuro les pertenecía. El futuro sería Pericles, el joven que en ese momento incitaba a sus compañeros a subir la colina. Sus gritos resonaban por el aire primaveral. La multitud siguió al joven en su entusiasmo. ¿Hacia dónde? Hacia la Acrópolis. Hacia el antiguo templo de Palas Atenea. ¿Acaso vio Pericles detrás del antiguo santuario la resplandeciente imagen del futuro Partenón? ¿Vio alzarse la silueta luminosa del templo del futuro? La impaciencia de los jóvenes alcanzó el templo. Entre vítores de júbilo se enseñaron unos a otros el santuario a la vez que pronunciaban los nombres de los dioses y de Salamina y Platea.

Entre las columnas dóricas que rodeaban el santuario pendían los miles de escudos de oro persas confiscados en Platea. Pendían de las columnas, unos encima de otros. Eran como soles de oro. Como mil soles conquistados, soles caídos del cielo de la soberbia quebrada. Y Pericles y sus compañeros empuñaron sus dagas y los que carecían de ellas apretaron los jóvenes puños, mientras la multitud exaltada acudía corriendo de todas partes, para ver, para saber, para compartir el entusiasmo y la sagrada embriaguez. Y con las dagas, con los puños cerrados, los jóvenes empezaron a golpear los escudos, como Coribantes. Golpearon los miles de escudos de oro persas, esos soles de la soberbia confiscados, hasta que un ruido ensordecedor retumbó por la Acrópolis y entonces exclamaron, con toda la potencia de sus jóvenes voces, estremecidos de felicidad y de emoción sagrada:

—¡Tierra nuestra! ¡Tierra sagrada! ¡Tierra sagrada! ¡Sagrada!



Fin

Título original: Xerxes

Diseño de la sobrecubierta: Enrique Iborra

Primera edición: junio de 2010

© de la traducción: Isabel Clara Lorda Vidal, 2010

© de la presente edición: Edhasa, 2010

ISBN: 978-84-350-6178-0

